

DUBLINETA EIRE

Amagedón

in corpore



DUBLINETA EIRE

Amagedón
in corpore

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Almaguedon in corpore.

©Dublineta Eire, 2019.

Diseño de portada: Adyma Design.

Maquetación: Adyma Design.

*A mi alma gemela y polo opuesto,
que no es otro que el marido de siempre.*

AGRADECIMIENTOS

Antes de que empecéis a leer no quería dejar de dar las gracias a mis pacientes lectores cero y amigos. Sin ellos esta novela no sería la que es.

Mil gracias al bando de las chicas: Alba, Vero, María, Cristina y Coral. Y como no, también al de los chicos: Jose Luis, David y Dani.

También agradecer a todos los que os habéis involucrado a la hora de ayudarme con el título, mi gran drama. Pedro, García de Saura, Noni, Merien, Crisepunto y María del Mar, que sin tener obligación lo dieron todo con tal de que encontrara uno que me gustara.

A Vero, por esas largas conversaciones sin sentido, muy habituales en nosotras y que en esta ocasión lograron, después de casi quinientos títulos, que se dice pronto, dar con el bueno, con el que es y el que consiguió removerme por dentro. Gracias por no haber tirado la toalla tras dos incansables meses diciendo una media de cinco títulos cada cuatro horas.

Y como siempre, a Merien, que nunca me abandona y que sigue a mi lado desde el primer día que nos conocimos, aunque nunca la llame por su nombre. Sin tu magia y mis idas de cabeza esto no funcionaría. Espero tenerte siempre ahí, a mi lado.

Y no quiero olvidarme de Alba, de Albarita, de mi media Naranjita Valenciana, da igual como la llame, pero siempre será mi Miniyo. Gracias por seguir insistiendo en que tu título era buenísimo, sin esa insistencia no habría seguido buscando.

Almagedón, in corpore lleva un pedacito de cada uno de ellos.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

Prólogo

¡Hola! Ya sé que muchos os saltáis esta parte y tal, pero la verdad es que me hizo mucha ilusión cuando Dublineta me pidió si se lo podía escribir. Para mí es un privilegio haber sido lectora cero de esta historia que estáis a punto de comenzar a leer, al igual que poder formar parte de ella de alguna manera.

Para quienes no la conozcáis, cosa harto difícil... Dublineta Eire es una autora con unas cuantas novelas en el mercado como Enamorada por los pelos, Un donut por tus pensamientos, Días de caracoles y pastillas... como veis, ya solo sus títulos te animan a leer con una sonrisa. Pues bien, Armagedón in corpore no es una excepción.

Lo normal sería que os contara un poco sobre Armagedón in corpore, sin embargo no os quiero hacer *spoilers* innecesarios.... Bueno... venga... ¡Vale! Veréis... resulta que la protagonista se llama Alma, además es una chica muy maja por cierto, que va causando cierto caos a su paso y... si queréis saber cómo continúa solo tenéis que seguir y, dejaros sorprender.

Sin miedo a equivocarme, esta novela de Dublineta que toca el género paranormal os va a sorprender, os va a hacer reír y también, os va a mantener pegados a sus páginas sin saber qué será lo próximo que ocurra.

Una historia muy Dublineta, desde ya os lo digo, que solo a ella se le pueden ocurrir este tipo de novelas, en las que mezcla varias cosas y sale un combinado perfecto.

Así que sin más, os recomiendo que escojáis un buen lugar para leer, una bebida y algo de picar, para no pasar hambre... y ¡¡a leer!!

María Arribas

Capítulo 1

Tenía la seguridad de que iba a ser una de las elegidas. Había tenido un palpito y yo era muy de intuición, menos cuando me morí, que eso no lo vi venir, y de ahí que me encontrara en el más allá.

Tan solo quedaban un par de horas para el gran día, a las doce de la noche, cuando fuera Black Friday, se produciría el retorno al mundo de los vivos de un selecto y reducido grupo de almas agraciadas.

Me negaba a aceptar un no por respuesta cuando expusiera ante el gran Tribunal los motivos por los cuales tenían que elegirme a mí. Estaba convencida de que ese año sería el mío. Regresaría para disfrutar de la vida. Volvería a oler las flores, podría saborear kilos y kilos de chocolate calentito, me deleitaría, de nuevo, con el contacto físico... Iba a ser genial.

El momento había llegado. Era capaz de percibir el traqueteo del carrito que transportaba los botes de PVC ante el gran Tribunal, —hacía varios años que dejaron de usar cristal por ser un material frágil, un par de desafortunados accidentes liberaron ciertas almas, de esas que nunca debieron retornar a la vida—. Aclaro que yo me encontraba dentro de uno de esos tarros.

Justo cuando escuché el ruido de las cortinas al descorrerse, un fogonazo de luz blanca me cegó unos instantes.

Desde donde me encontraba, una vez había recuperado la visión, a través del frontal del bote, podía identificar a la directiva, y flotando en primera fila estaban los embajadores de las futuras almas libres.

La emoción se había apoderado de mi ser, lo tenía tan cerca...

—¡Qué comience el juego! —dijo el Sumo Sacerdote.

—Os iremos liberando y cuando sea vuestro turno, deberéis contarnos el motivo por el cuál habrías que dejaros regresar —añadió el más próximo a una de las columnas de la izquierda del salón presidencial.

Uno de los embajadores se acercó al carrito para elegir al azar uno de los botes. Le quitó el precinto, y segundos después, una sombra violeta fue tomando forma hasta transformarse en una especie de holograma.

—Habla.

—*Jubeo te salvere!* Me llamo Marco y...

—¿Otra vez tú, Cicerón? Es que no te rindes... Llevamos diciéndote, siglo tras siglo, que no puedes regresar, tú no.

Sin tiempo de reacción, un embajador sacó un caza mariposas opaco y se puso a correr tras él. La cosa se ponía muy emocionante. La ovación de los asistentes me animaba a salir al exterior, aunque fui capaz de reprimir mis impulsos, —no pretendía llamar demasiado la atención—, y tampoco podría haberme asomado, pues el precinto era de los mejores.

Intentaba escuchar muy atenta a cada uno de los que exponía su caso, sin embargo, me aburría horrores oír una y mil historias dramáticas, de esas que en el hipotético caso de haber tenido uñas, me las hubiera mordido hasta llegar a la de los pies. Y cada vez que les denegaban la vuelta, me sentía vibrar en el interior del botecillo. Comprobar cómo les daban caza para meterlos de nuevo en sus correspondientes frascos me excitaba. La competencia había menguado de manera considerable.

Y llegó mi turno; si hubiera tenido un corazón físico, estaba convencida de que se me habría acelerado.

Me sentía ansiosa, sabía que solo quedaban dos vacantes, y todavía más de cuatrocientos botes continuábamos a la espera para exponer nuestro caso. Yo no perdía la esperanza. «Tengo que ser yo. Voy a ser yo».

Supe que habían retirado la tapa que me tenía retenida allí dentro cuando una ligera brisa comenzó a acariciarme, el cosquilleo era agradable, aquella sensación casi logra hipnotizarme. Fui obediente, no opuse resistencia y me dejé llevar. Salí al exterior sin esfuerzo, no hizo falta hacer nada.

Allí estaba, frente al Tribunal, nunca pensé que pudieran imponer tanto, los nervios me reconcomían.

—¡Hola! Me llamo Alma y lle-llevo muerta desde hace... demasiados años. Esta es la tercera vez que vengo a hacer mi propuesta, y creo que por antigüedad ya me corresponde ser la elegida —expliqué sin dejar de mirar al resto de candidatos que me rodeaban y observaban con desgana; la asquerosa rivalidad era mutua.

Cuanto menos era curioso saber que lo hacían de ese modo, pues ninguno tenía lo que vendría siendo una cara al uso ni al desuso, porque no había rastro de nada, pero yo lo sabía. Es más, escuchaba cómo resoplaban inapetentes al oír mi «magistral» discurso.

—Entenderás que eso te da puntos, no obstante, no es algo que te asegure estar entre las cien almas elegidas para ocupar un nuevo cuerpo...

El deseo por ser una de las seleccionadas era tan poderoso que me

importó bien poco interrumpirle. Me dio igual jugármela.

—Lo sé, y de ahí que insista en haceros ver que soy la candidata perfecta. No pretendo desacatar al Tribunal, solo necesito que me observen, estoy en la edad ideal. Creo recordar que vengo de una época en la que los teléfonos móviles acababan de inventarse. La tecnología era limitada, ahora es como si nos enviarais a otro planeta, necesito ir, muero por irme. —Curiosa paradoja la de querer morir estando muerta si no me daban la oportunidad de reencarnarme—. En mi defensa, alegaré que en un par de ocasiones me quedé a las puertas de manera injusta. En una de ellas, cuando la anterior directiva ya me había elegido, ignorando mi ilusión, me sacaron del programa de integración para meter a un tal Jenner. —Me observaban extrañados—. Sí, no me miren así, mi injusticia fue un secreto a voces.

—¡Basta! Déjese de falacias, por el amor de Dios. Eso no se lo cree nadie —me increpó uno de los ancianos.

—Una tiene sus confidentes... Espere que le refresco la memoria: Era aquel hombre, ese que tenía que apañar no sé qué de una vacuna para evitar una epidemia virulenta. Estaba tan cabreada que no presté demasiada atención al motivo por el cual era de imperiosa necesidad enviarlo a él y no a mí. Puedo llegar a entender que era más importante salvar millones de vidas a que una infeliz como yo tuviera la oportunidad de volver a nacer, pero a nadie le preocupó cómo me sentí. Que aunque esté muerta tengo mis sentimientos.

—Entiendo. Estudiaremos su caso. Es probable que en esta ocasión... —me respondió otro de los miembros del Tribunal, y cegada por el empeño de seguir contando mi drama, lo ignoré.

—Y ¿yo? ¿Qué pasaba conmigo? Es que ni me dejaron volver al año siguiente. Es como si ya no pudiera ofrecer nada al mundo. No, no podéis prescindir de mí. Los años van pasando sin que mi alma tenga sentido.

—Está bien... Te daremos esa oportunidad que nos demandas.

—¡Qué más da!, volveré al bote de PVC.

—¡Ya estás tardando! —gritó uno y a mí se me encogió algo por dentro.

Me enfadé y sin ocultar mi gran indignación, me alejé del carro con disimulo. Cuando todavía no había traspasado la cortina que separaba el salón presidencial del limbo, esperando a que me dieran caza en cualquier momento para devolverme al bote, el alarido del sonido de una voz grave me detuvo:

—¡Alto! ¿Estás sorda? ¡¡Está bien. Irás!! —Si hubiera tenido pulmones los habría reventado al inspirar profundamente.

—¿En serio? —Y de haber tenido piernas, el baile que me habría

marcado los hubiera dejado a todos con la boca abierta, claro, de haber tenido ellos. En fin...

—Pero conoces las reglas. Si en veinticuatro horas no has logrado alcanzar un óvulo fecundado, deberás abandonar el cuerpo que ocupes y buscarás una corriente de aire para regresar en el modo en el que se te explicó en las clases. Y en el caso de lograrlo, como nunca recordarás de dónde vienes, aprovecho esta circunstancia para desearte que te vaya formidable en tu nueva andadura y no volvamos a verte por muchos años.

—Vale, entendido, yo también lo espero. Y antes de irme, necesito una pequeña aclaración, que igual os resulta innecesaria. Siempre habéis comentado que el primer cuerpo que ocupemos, en el caso de que no sirva, podremos ir cambiando hasta dar con el adecuado que nos lleve al objetivo.

—En efecto. Siempre que continúe durmiendo o no hayas desplazado su alma podrás cambiar. De lo contrario, en el hipotético y trágico caso que tuvieras la mala suerte de quedar atrapada en uno, permanecerás en el más absoluto de los silencios en su interior hasta que alguien vaya a buscarte, o si aún estás a tiempo, podrás regresar de *motu proprio*.

—Pues vaya. Tengo otra duda —comuniqué, algo confundida, acercándome al estrado por lo que acababa de escuchar—. Entienda que esta situación me genere miles de cuestiones, es mi futuro, necesito tenerlo claro para que luego no hayan malos entendidos y me pidáis cuentas.

—Al grano, mujer, hay cola, los minutos pasan y todos los candidatos debéis tener las mismas oportunidades.

—Sí, sí. A ver que me aclare yo. Cuando sea mi turno, ¿qué hacéis?, me soltáis, me lanzáis por un desagüe, soy aire y me meto por la nariz, lucho por aferrarme a ese cuerpo y bajo hasta el útero. ¿Cómo narices me introduzco en un óvulo?! —Elevó la zona donde iría una ceja y dirigió la vista hacia el suelo hasta detenerse en lo que vendría a ser su entrepierna—. ¡Ay, no! Me niego a salir por ahí o entrar, que no me ha quedado claro. No, de eso nada. No pienso embadurnarme de fluidos corporales masculinos para entrar por los bajos fondos.

—Alma, ¿tú has escuchado algo de lo que hemos dicho en la escuela de Resurrección? Vienes aquí, te quejas de que has pedido, de nuevo, incorporarte al mundo mortal, y no tienes ni idea de cómo hacerlo y no dices más que tonterías; una detrás de otra. Considero que no estás preparada. Estoy convencido de que copiaste en el examen. Te diría que volvieras al bote, pero con tal de perderte de vista, el Tribunal hará la vista gorda con tu caso.

—Pues vaya. Nunca pensé que esas aburridas charlas me fueran a servir.
¿Vamos en grupo?

—¡Deje de decir tonterías! ¿Dónde ha visto que las almas viajen en grupo? ¿Qué se cree, que esto es una manifestación? Salga y apáñeselas, tiene veinticuatro horas —me gritó otro de ellos.

Y así, con su dedo en «mi nada» me despidieron.

Capítulo 2

Todo apuntaba a que lo había conseguido. Por fin había sido liberada e iba camino del mundo de los vivos o ya me encontraba en él. No me quedó demasiado claro el modo en el que debía comenzar mi nueva vida, sin embargo, preferí no seguir preguntando, pues tampoco buscaba que pensasen que era tonta o enviaran a por mí, al descubrir que sí copié en el examen, a Atrapa almas con el cazamariposas. Si hubiera prestado más atención a las clases, entendería por qué narices estaba todo a oscuras. Igual, era el inicio de todo y ya estaba dentro de un óvulo.

—Mami, por fa, déjame que lo abra, ya. —Escuché la voz angelical de un niño mientras sentía todo el tiempo un pequeño tembleque corporal.

—Pepe, en casa. Te advertí que si te lo compraba, hasta que no llegáramos, no podrías abrirlo y aceptaste. Debes empezar a ser responsable y a cumplir con tu palabra.

No entendía nada, sabía que me transporta un niño, al que su madre llamó Pepe, y debía ir dentro de un juguete que ella le acababa de comprar. Miles de dudas me asaltaron en aquel instante. «¿Cómo debía proceder cuando me abriera?, ¿adónde tendría que dirigirme? ¿Me había convertido en el hermano cigoto del tal Pepe y por eso les escuchaba?». La verdad que mi sentido de la orientación era nulo. El Tribunal tenía razón cuando me echó en cara que no presté atención a las clases, pero yo estaba ocupada intentando no olvidar a mi familia. Nunca pasó ni un solo día, desde que me transformé en un alma envasada al vacío, en el que no hubiera fantaseado con la posibilidad de volver a verlos, de abrazarlos. Yo lo quería...

Era todo muy confuso.

Casi al borde del llanto, que no sabía si dentro de donde iba metida, tendría esa habilidad biológica, sentí frío. Parecía que el pequeño Pepe se había pasado por el forro la orden de su querida y crédula mamá. Escuché un pitido y el reflejo de unas luces anaranjadas me sorprendieron.

—Sube al coche, y lo dicho, hasta que no llegemos a casa, no podrás abrirlo. Ayúdame con las bolsas.

—No es justo, tú te has comprado un montón de cosas y a mí, solo este

bote de *slime tirapedos*.

«¿Esli.. qué?». A que iba a resultar que era un *algo* que se comía... y mi sino era ser cosa y no persona y acabaría siendo pasto de los jugos gástricos del jovencillo Pepe. Porque me negaba a creer que era un pedo atrapado en un bote, eso sí que habría sido una buena venganza por parte del Tribunal.

El niño no dejaba de hablar, es que no había forma de callarlo, y su madre, que no parecía muy contenta con el hijo narrador que le había tocado en suerte, subió el volumen de la música, comenzó a cantar como una trastornada y dejó al pobre Pepe hablando a la nada. Si hubiera sabido cómo, le habría dado conversación.

Durante el tiempo que duró el trayecto, intenté ordenar mis ideas y mientras llegábamos al dulce hogar del niño, quise recordar cómo se hacía eso de conseguir un cuerpo. Cabía la posibilidad de que Mamá cantora estuviera embarazada, si era así, en cuanto se durmiera, podría lanzarme a su útero y aferrarme a la vida dentro de ese óvulo fecundado.

—Venga, ponte la chaqueta. —Parecía que nos habíamos parado—. Vamos, que me muero de ganas por llegar y quitarme estos zapatos que me están matando.

Tenía la extraña sensación de estar entre los diminutos dedos de mi nuevo «dueño», aquel niño era un rebelde, —como yo— e ignoró las órdenes de su madre; no pudo esperar a llegar a casa para abrir su cosa, esa de nombre impronunciable.

Escuché el ruido de una puerta al cerrarse y enseguida se encendió una luz, intuí que estábamos en el zaguán de su edificio. Era curioso que no fuera capaz de identificar de qué material me habían fabricado, pero sí pudiese tener la habilidad de ver todo lo que me rodeaba —vaya dramón de nueva vida me esperaba—. Me di cuenta que el pequeño diablillo me observa muy atento. Una maliciosa sonrisilla se le había instalado desde hacía un rato en su boca pringosa de chocolate a la que me hubiera encantado darle un lametón. Me decía cosas.

—Pero, Pepe, ¿no te había dicho que no lo abrieras hasta llegar a casa? Es como si oyeras llover. ¡Qué niño, por Dios!

—¡Buenas noches!

«¿De dónde viene esa voz masculina?».

—¡Hola, Messi! —le respondió Pepe—. Mira, tengo un *slime*, me lo ha comprado mi mamá.

—Niño, no molestes —su madre le reprendió.

—¿Adónde vas, Messi? —insistía Pepe que ignoraba por completo todo.

—Quieres dejar de llamarle así. —Su madre, usando un tono de voz muy repipi y enroscándose un pequeño mechón mientras se pasaba la lengua por el labio, volvió a pedirle que se callara. Con esa forma de actuar, me dio la extraña sensación de que pretendía seducir al tal Messi.

—Nada, no te preocupes, me esperan en el bar para ver el fútbol. Choca esos cinco, campeón. Hoy arrasamos.

—¡Eh! Que yo soy del Madrid —se quejó el niño.

—Pues que lo pases muy bien, y suerte para tu equipo, *Messi* —le dijo con una risilla floja su madre.

Al sentirse ignorada, la mamá de Pepe sujetó, de forma brusca, la muñeca de su hijo y en ese instante sentí una especie de descarga, como algo por dentro si se me hubiera roto. Escuché la puerta del ascensor, a Pepe gritar y... un golpetazo.

«¡Eoh!, ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?». Mis sentidos se habían visto mermados al comprobar que carecía de el de la visión y también el del oído.

—¡Vaya hostiazo me he dado! ¡Mierda!, pero si he debido de estar inconsciente casi noventa minutos. El partido estará a punto de terminar —mientras el vecino de Pepe hablaba solo, yo veía el reloj que lucía en la muñeca.

Me miré la suela del zapato y comprobé que tenía pegada una mierdecilla viscosa de color verde, alargué la mano y...

—*¡Joder, joder! ¡Ay, la madre! ¡Pero si tengo pies y manos, y... —Dirigí la vista hacia abajo—. ¡Hostias, si tengo piiiito!*

—¿Qué está pasando? Me cago en todo, que la hostia me ha dejado gilipollas —gritaba Messi.

—*¡Eh, sal de aquí! Este cuerpo es mío* —le respondí.

—Pero ¿quién me habla? —pregunté mientras se llevaba las manos a la cabeza, a la suya, o a la mía y miraba a todos los lados.

«¡Qué lío!».

—*¿Qué haces aquí dentro?* —indagué un tanto asustada, porque no tenía ni la más remota idea de qué había podido suceder.

—¿Dentro de dónde? —Se golpeó con los nudillos en la cabeza y los dos a la vez nos quejamos.

—*Tú no deberías de estar aquí. Es mi cuerpo, me lo han asignado hoy. Es Black Friday, hoy es el gran día, no voy a permitir que me lo fastidies. Tienes que pirarte.*

—¡Ay, que me he vuelto loco! —se lamentaba pasándose la mano por la frente.

Sin saber por qué, vi cómo me iba de manera irremediable contra la pared y comencé a golpearme la cabeza contra los buzones. «Este tío es imbécil», me había tocado uno al que le molaba eso de sacudirse sin motivo.

—*¡Ey, para, ya!* —le pedí.

—No, para tú, deja de hablarme. Sal de mi cabeza —decía estirándose del pelo.

—¡Buenas noches! Menudo partidazo. Estaréis contentos. —Un vecino, casi anciano, con la frente muy despejada, con una perrita a juego con su dueño, con cuatro pelos mal puestos y un lazo rosa enganchado en el único mechón de pelo que tenía el animal, acababa de entrar al edificio.

—¡Buenas noches, don Manuel! —le comentó el «intruso» de mi nuevo cuerpo.

—*Te quieres callar y dejar de hablar con el enano calvo del perro espantoso* —le exigí.

—No, cállate tú. Ahora el enano calvo no importa —me respondió ante la estupefacta mirada de aquel señor, sin entender que nadie más que él podía escucharme.

—¿Me has llamado enano calvo? —preguntó el desconcertado vecino, parecía no dar crédito por cómo se le iban abriendo a pasos agigantados los ojos.

—No, perdona, es que me caí y parece que me golpeé la cabeza. —Mi cuerpo intentaba justificarse, pero yo no me pensaba callar.

—*Sal de aquí, que te vayas* —volví a decirle.

—¡Vete, sal, no me sigas hablando! No te soporto —contestó Messi.

—Serás sinvergüenza... —El hombre se nos abalanzó y el puñetero perro no paraba de ladrar como si no hubiera un mañana, lanzándonos dentelladas.

—Perdón, perdón. ¿No sé qué me está pasando? —Subió en el ascensor tras dejar al tal don Manuel dando gritos e insultándonos.

Cuando entramos en su casa le informé de que no sabía qué había sucedido, con la intención de tranquilizarlo, sin embargo, mis palabras consiguieron alterarlo más. Creía que se había vuelto loco y aunque no presté demasiada atención a las clases de cómo elegir el cuerpo perfecto, sabía que, bajo ningún concepto se podía revelar a nadie nuestra procedencia. Nadie debía conocer que existía eso del tráfico de cuerpos y la reencarnación. Habría sido una auténtica locura y me hubieran condenado al fuego eterno.

Decidí no darle más explicaciones, era mejor que creyera que se había trastornado, yo solo tendría que esperar a que se durmiera y de un *patadón* lo lanzaría al vacío para quedarme con su cuerpo.

—Será mejor que me vaya a dormir —dijo en voz alta.

—*Eso, venga, que hay sueño* —le animé a que se tumbara y procediera a realizar su viaje con Morfeo.

—Pero ¿qué cojones hago hablando solo? Además, he quedado, joder, que ya se me había olvidado.

De nuevo, vi cómo nos íbamos aproximando hacia una de las paredes. «¡Qué obsesión tenía el muchacho con esto de estamparse!».

—*Messi, no me extraña que oigas voces, si no deben de quedarnos neuronas.*

Sonó el timbre.

—¡Mierda!, no me acordaba que venía, ya. Ahora, estate calladita. ¡Un segundo, enseguida voy! —gritó desde el salón en dirección a la puerta de la calle.

—*Deja de berrear de esa forma o me perforarás el tímpano. No me agredas o tendrás un verdadero problema* —me quejé.

Abrió la puerta dando paso a una rubia despampanante, para mi gusto demasiado operada, si parecía una fulana.

—*¿Quién es esta puta?* —Lo siento, no pude evitarlo, las palabras se me escaparon por el impacto que sufrí al ver esa imagen.

—Tú si que eres puta, pero de las grandes.

—¿Perdona? —preguntó la rubia un tanto sorprendida sin perder la oportunidad de darnos dos besos.

—Ni caso. Esta tarde me di un golpe en la cabeza. El niño del cuarto tiró al suelo el moco ese verde que se ha puesto de moda otra vez y como si hubiera pisado una cáscara de plátano.

—*¡Eso es!, Pepe, necesito ir a su casa. ¡Eh!, despide a la rubia operada y llévame a casa del niño del moco verde.*

—Te pido por favor que te calles. De verdad, solo una hora, no necesito más. No me jodas la cita —me susurró dándole la espalda a la forastera para que no lo viera hablando al aire.

—*¿Cita? Pretendes que tengamos una cita. Tú no estás bien, definitivamente, el golpe te ha dejado secuelas o como no tengo el disgusto de conocerte de antes del resbalón, no puedo concretar si tu cerebro funcionaba mal de antes de mi llegada.*

—Solo una hora, después, prometo escucharte e iremos con Pepe.

—Entonces ¿no fuiste a ver el partido? Podrías haberme avisado y hubiera venido antes. —Se acercó a darnos otro beso. Olía fatal.

—*Trato hecho, estaré callada hasta que la despaches* —le confirmé.

—Gracias, solo necesito que estés con la boquita cerrada un rato. Con una hora será suficiente. —Sonrió.

—¿De verdad que quieres eso? —nos preguntó bien cerquita de la oreja y pude sentir su aliento calentorro—. Yo que venía dispuesta a no cerrar la boca en toda la noche. ¡Umm!

—*Lo que yo te diga, una fulana y de las baratas.* —Otra vez se me escaparon las palabras.

—¡Basta! —gritó, y de un salto, la rubia se apartó.

—Estás rarísimo. ¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó asustada.

—Voy a por hielo. ¿Lo de siempre? —Me mantuve callada, ese era el trato.

Entró en la cocina, cogió una cubitera y mientras la rellenaba me rogó por lo que más quisiera que no le fastidiara la cita. Hasta me dio pena. Le confirmé que habría una tregua de sesenta minutos, ni uno más ni uno menos.

Salimos con la cubitera, se detuvo en un aparador para sacar dos vasos anchos y al girarse, ahí, en mitad del salón, nos la encontramos como su madre la trajo al mundo.

—*¡Zoorraaa! Perdón, perdón. Fue un arrebató, ya me callo. Sus tetas me han impactado* —me disculpé tan rápido como pude de mi incontinencia verbal, aunque la cara de espanto de Messi, al escucharme, lo decía todo.

—Veo que te he impresionado. Deja, ya los recojo yo, *amore* —respondió a la vez que daba saltitos. Y visualizar cómo sus pechos *englobados* rebotaban cual pelota playera contra su mandíbula, dejaron en mi retina un recuerdo horroroso difícil de olvidar. Aquella imagen se me grabó a fuego.

La muy guarra se giró para ponernos en toda la cara su enorme culo operado, con cero disimulo, y comenzó a deleitarse a la vez que recogía los cubitos de hielo que estaban desperdigados por todo el suelo del salón. Aquel desafortunado hecho, me reveló que la muchacha disfrutaba de una depilación integral, y casi fui capaz de verle hasta la campanilla, desde atrás.

—*¿Esa presión que siento no será lo que creo que es? Dime que no. No, no me digas nada.* —Percibía cosquillas y no sabía el porqué, cuando por una extraña razón supe lo que pretendía hacer Messi—. *Haz que baje. Por*

favor, no pienso meterle «eso» a la rubia. Para, por favor, que no soy lesbiana. Oye, para, que pares, que nooo.

Seguí gritando en su interior, pero hacía caso omiso a mis ruegos y sin pedirme permiso se bajó la bragueta. ¡¡Pretendía que nos la trincáramos!! Se había vuelto loco.

—Lalita, qué ganas te tenía. —La besó.

¡La estábamos besando!

Pedí al cielo que eso no estuviera sucediendo y que todo fuese producto del golpe que nos habíamos metido, de manera voluntaria, contra los buzones.

—Necesito salir de aquí dentro. El Black Friday está a punto de terminar, necesito otro cuerpo. Hago un llamamiento a los embajadores: Alma llamando al embajador que se me haya asignado. Necesito un cambio urgente.

—Calla, así no hay quién pueda —explicó Messi.

—*Amore*, ¿no te gustan mis gemidos? Si esto siempre te pone mucho —la aclaración de la rubia me produjeron arcadas.

—Sácala de ahí, no pienso penetrar a una desconocida. ¿Lo ves? Me estoy volviendo loca. Me niego a mantener relaciones sexuales con una desconocida, bueno, y con una conocida. Dile que se vaya. Ya si eso, quedas con ella mañana que yo ya me habré ido —le supliqué sin obtener respuesta.

Messi seguía ignorándome, su izada de bandera le había debido dejar sordo, porque mis berridos internos no parecían afectarle lo más mínimo. No me quedó otra que ponerme a cantar.

—*Kumbaya, my lord, Kuuumbayaaa...*

—Lo que me faltaba —susurró y empecé a notar cómo la erección menguaba.

«Bien, hay que seguir cantando». Pensé en alguna letra con mensaje subliminal y por fortuna di con la canción perfecta:

—Había una vez un barquito chiquitito. —Eso, chiquitito, chiquitito, a ver si el subconsciente le reduce el miembro—. Que no podía, que no podíaaaa.

—¡Ahhh! —comenzó a gemir en el momento en que la rubia se había introducido...

—¡Buaj!, que saque de su boca nuestro pito! Como no deje de felarnos, te juro que me lanzo a su cuello y no será para besarla.

—Espera, Lalita, no puedo, de verdad que no sé qué me pasa. Creo que tengo fiebre.

La rubia, con nombre de caniche, se la sacó de la boca, supuse que con la intención de darnos pena, pues hacía pucheritos, y al comprobar que no servían de nada nos miró enfadada, para a continuación, mandarnos a la mierda.

Indignada ella, y satisfecha yo, recogió toda su ropa, se colocó la gabardina con la que había aparecido, y sin ponerse las bragas, —por darle nombre a aquel triangulito minúsculo que no cubría un ápice su chochete—, se marchó dando un portazo.

«Alma 1, Messi 0».

Capítulo 3

Lejos de sentirme mal por haberle fastidiado la noche, me quedé igual. Él estaba muy preocupado porque no sabía qué le sucedía, y como yo tenía prohibido contarle a ningún vivo en qué consistía mi misión, tuve que morderme su lengua y no confesar.

Todo era muy extraño, aunque ocupara su cuerpo, era incapaz de escuchar su mente, y menos mal, porque viendo cómo actuaba, miedo me daba averiguar lo que se cocía entre sus neuronas; tenía la esperanza en que tuviera más de una. Para comunicarme con él, teníamos que hablar como si de dos personas diferentes se tratara, no me preguntéis cómo funcionaba la cosa pues nunca lo supe. Cuando yo le hablaba, él me respondía, sin embargo, nadie más que él me podía oír y de ahí que en las dos ocasiones que sucedió en presencia de una tercera persona, lo tomaran por loco.

Como Messi estaba convencido de que se había trastornado, pensé que si le decía que yo necesitaba el cuerpo de una embarazada para meterme dentro de su óvulo, no iba a poner el grito en el cielo, ya que daría por hecho que todo estaba en su mente. Sí, supongo que pensaréis que incumplí el primer mandamiento, ese que impedía que contara mi propósito, sin embargo, tuve que rogarle que subiera a pedirle sal a la madre de Pepe o me quedaría en el interior de su cuerpo, con suerte, un año. Se trataba de una emergencia y me vio obligada a desvelárselo.

—*Messi, en serio, solo es un segundo. Subimos, tocas a la puerta, le pides sal y yo salto en su vientre* —lo dije con total naturalidad, pero bien es cierto, que no tenía ni idea de cómo debía proceder.

—*Calla, no me hables. Solo estás en mi cabeza. Debo de tranquilizarme, eso es y así, dejaré de escucharte. Además, no me llames Messi* —gritaba pasándose las manos por la cara.

—*Estoy en tu cabeza y en todas partes, no te olvides que el hecho de compartir cuerpo, me permite moverme por él con libertad.*

—*Cierra la puta boca, mujer, ¿es que no me has escuchado? Necesito silencio. ¡No estoy loco! ¡No estoy loco!* —repetía sin perder el compás mientras balanceaba su cuerpo.

Le gustara o no, por ese tipo de comportamiento, para el que lo estuviera viendo desde fuera, sería la confirmación de que se trataba de un enfermo mental.

—*Mira, te propongo un trato. Subimos antes de que sea demasiado tarde, y si no consigo abandonar tu cuerpo, prometo no volver a hablarte.*

Era mentira, yo no podía estar callada más de dos segundos, pero acabábamos de conocernos y jugaba con ventaja, todavía él desconocía mis «virtudes».

—Solo estás en mi cabeza, eres producto de mi imaginación, no debí de comerme ese yogurt caducado. Si las fechas las ponen por algo, pero nooo, por vago y por no tirar comida, ahora me pasan estas cosas.

—*Si no quieres subir a casa de la vecina, vayamos a un hospital, allí habrá embarazadas, solo necesito un útero fecundado.*

—Pero ¿te has vuelto loca? Pretendes que me detengan, ¿se trata de eso? Llego a urgencias y pregunto quién está preñada, y si todavía no me han echado a patadas, explico que «tengo» una voz que quiere meterse en su útero —todo eran pegas, aunque reconozco que escuchárselo a él, sonó un tanto descabellado.

—*Descartada la visita al hospital. Subamos a casa de Pepe* —dije decidida.

Por arte de magia se puso en pie y comenzó a caminar hacia la puerta. Le expliqué que no tenía que decirle nada, solo tocar al timbre, del resto me encargaba yo. Pulsó el botón del ascensor, en cuanto se abrió la puerta, entramos, y cual fue mi sorpresa, que marcó al sótano. Nos dirigíamos al garaje.

—*¿Dónde vamos?* —pregunté ansiosa.

No me respondió, solo resoplaba sin dejar de caminar. Abrió el coche, se subió e ignorando mis gritos de indignada, arrancó.

Aparecimos al lado de un hospital.

—*Se tratará de una broma, ¿verdad?* —volví a preguntar y de nuevo, obtuve la misma respuesta: silencio.

Como no parecían importarle mis súplicas, cambié de táctica. Le recomendé que lo más conveniente sería acudir a urgencias para que un doctor le hiciera un examen exhaustivo. Ya de perdidos al río. Tendría que alegar que se había caído y golpeado la cabeza, por supuesto, sin nombrar que aquello sucedió cuando yo entré en su cuerpo, —lo mismo se había quedado tontito por el batacazo— y un diagnóstico precoz, en esos casos, era crucial para

comenzar con la recuperación.

Mejor insistir en eso y no en el útero que yo pretendía alcanzar, pues así, bajaría la guardia y me daría vía libre para buscar, con mayor tranquilidad, a la mujer en estado de buena esperanza sin que él se esperara el ataque.

Aparcó en un descampado alejado de la mano de Dios, sentí miedo. Se intuían cuatro coches desperdigados, la falta de iluminación hacía más tétrica la escena y me imposibilitaba visualizar correctamente. Mientras caminaba decidido le pedí, con la voz temblorosa, que acelerara el paso, y sin esperármelo, comenzó a gritarme. Me rogaba que cerrara la boca, y no se daba cuenta de que comportarse de esa forma no iba más que a traerle problemas, pero él erre que erre.

En dos zancada aparecimos en la entrada de urgencias. Allí, un celador nos preguntó qué sucedía.

—Me golpeé la cabeza y no me encuentro bien —le informé.

—Facilíteme su tarjeta SIP —le comentó una señora desde la ventanilla que teníamos al lado.

Una vez que le tomaron los datos, le pidió que le confirmara su teléfono móvil, le devolvió la tarjeta sanitaria y nos invitó a esperar en una sala con unas sillas de color naranja muy estropeadas. El lugar era asqueroso, olía a desagüe mezclado con alcohol; me estaba entrando angustia.

—*¿Qué les piensas decir? Porque yo creo que no te van a tomar enserio* —le pregunté.

—Les pienso decir la verdad, que el golpe me ha debido dejar agilipollado. Solo estás en mi mente —me respondió enfadado.

—*Si no quieres que la gente se vaya alejando de tu lado, cállate, no hables, porque no es muy normal que esté un tipo en urgencias hablando así, él solo. ¿No ves que desde que hemos entrado se ha quedado la sala vacía? Todos han salido al pasillo y no creo que sea por lo mal que huele. Hijo, de verdad, es que no piensas. Sácate el móvil, y al menos, disimula.*

—¡Claro que no pienso! No me dejas hacerlo. Sal, sal de mí —gritaba tanto, que un celador entró a pedirle que guardara silencio y que le acompañara. Por fin abandonamos la maloliente sala fea.

Pasamos por una puerta que se abría sola y frente a ella nos esperaba un señor con bata.

—¡Buenas noches!, ¿qué le sucede? —le preguntó el médico mientras nos señalaba una silla que había en una especie de salita con las paredes de tela.

—Oigo voces.

—*¿En serio? Venga, ya, nos acabas de meter en un lío, que lo sepas. Si quieres dile que oyes voces, pero en la lejanía, como si te estuvieras quedando sordo, no insistas en que escuchas voces en tu interior porque acabamos en la planta de psiquiatría. Mejor que te manden al otorrino para sacarte un tapón que con los locos. Bueno, si para llegar allí primero pasamos por partos, me vale.*

—Calla, nadie va a ir a partos —me respondió dándose un golpe en la frente con la palma de su mano.

—¿Disculpe? Y... ¿Desde cuándo oye esas voces? Pero, ¿en el interior de su cabeza? —indagaba curioso el facultativo.

—*Otro que tal baila. ¿Dónde las va a escuchar? Qué manera de tirar a la basura una carrera.*

—Que te calles, unos minutos, al menos. Sí, una mujer se me ha metido en la cabeza y no se calla. Ahí está dale que te pego. Lo comenta todo.

—¿Ha bebido? ¿Quizás haya tomado drogas? Puede confiar en mí. Solo intento ayudarlo —pretendía darle confianza mientras, escribía en una hoja.

—No, no he bebido y tampoco me he drogado. Soy un tipo sano. Esta tarde, cuando iba al partido de fútbol, me caí, y debí estar casi una hora sin conocimiento, tirado en el suelo. Al despertar, ya me había poseído —le narraba los hechos de una forma tan normal, que hacía que todo pareciera mucho más preocupante de lo que en realidad era.

El doctor se puso en pie, aprovechó para alisarse las arrugas de su bata blanca y segundos después, se acercó muy despacio hasta nosotros sin dejar de apretar los labios. Cogió una especie de linterna y la enchufó, sin avisar, en el ojo derecho de Leo; casi me deja ciega.

—*Tío, pareces masoca, deja de decirle tonterías, porque este no tiene pinta de creer en el más allá. De patitas a psiquiatría y con una camisa de fuerzas. Como si lo estuviera viendo* —intentaba convencerle de que contando la verdad, no íbamos a solucionar el problema.

—Es horrible y desesperante. Sáquela de mi cabeza —lloriqueaba sorbiendo con ritmo los mocos sin apartar la vista del doctor.

—Pero ¿a qué se refiere? Está deprimido porque se ha enamorado de una mujer que lo ignora o es que su pareja le ha dejado. Entiendo que cuando dice que se le ha metido en la cabeza, es eso. Que no se la puede sacar porque todo le recuerda a ella. La exploración parece dentro de lo normal, no veo nada raro por lo que alarmarse. ¿Puede ponerse ahí? —Señaló al lado de la camilla —. Coloque los brazos en cruz, y muy despacio, con el brazo derecho intente

tocarse la punta de la nariz.

—No, me habla, me dice tonterías. Fíjese si quiere joderme, que esta noche estaba con una tía y cuando estábamos a punto de rematar, se me pone a cantar la canción del barquito. Claro, no pude seguir, no conseguí mantener la erección.

—¡Ah!, ya entiendo. Ha tenido lo que viene siendo un gatillazo —afirmó con tono burlón.

—Preferiría llamarlo de otro modo, pero sí.

—A usted le parece normal presentarse en urgencias a estas horas para que le recete una pastilla que le ayude a culminar —respondió a la vez que se señalaba el reloj dorado que lucía en su peluda muñeca—. Le explicaré cómo funciona: pide cita en su centro de salud, nada de venir a un hospital, y tras un reconocimiento médico, si todo es correcto y su médico de cabecera lo considera oportuno, se la recetará.

—*¿Lo ves? No te ha tomado por loco, no, pero sí por impotente* —comencé a carcajearme como una auténtica loca. No puede evitarlo.

—¡¡Deja de reírte, no te rías de mí o te...!! —comenzó a gritarme, sin embargo, al encontrarse solo con el doctor en la diminuta consulta, este pensó que se lo decía a él.

Leo se puso en pie, sin dejar de amenazarme y de estirarse del pelo, que tanto estiró que se arrancó la goma que había usado para hacerse una coleta y acabamos con un batiburrillo de mechones dentro de los ojos y de la boca, plantados frente al doctor que observaba atónito, en silencio.

—*Piensa, Messi, piensa* —le pedí que se inventara algo, la cosa se estaba complicando.

—¡No me llames así!

—Por favor, cálmese, nadie le dice nada —comentó el doctor con la respiración agitada sin acercarse a él. Podía olerse lo preocupado que estaba por cómo miraba hacia la puerta que teníamos detrás—. *¿Puede venir alguien a ayudarme?!*

—*Eso, ya que a mí no me haces ni puñetero caso, házselo al médico, que como ponga una firmita, nos encierran. Dile que sí, que te referías a que te abandonó una, porfa, venga, Messicillo. Dile eso y nos piramos.*

—Lo confieso, echo de menos a mi novia. Buenas noches.

Ignorando las palabras del médico, que no dejaba de pedirle que se sentara y calmase, nos marchamos. Al menos, me había hecho caso en algo. Le pedí que se fuera, sin embargo, era por si tenía la suerte de toparme con alguna

embarazada rezagada. Tenía las esperanzas intactas todavía.

Salimos a la rampa que había para entrar en urgencias, y ya allí, empezó a cagarse en toda mi pobre y desconocida familia, ajena al caso.

Regresamos a casa.

—*Volvamos a tu edificio, necesito ver a tu vecina, la embarazada, la madre de Pepe.*

—¿Tú cómo sabes que está embarazada? Si está buena... —Me había metido en el cuerpo de un lerdo, estaba claro.

—*Guapo, que esté embarazada, no tiene nada que ver con estar o no buena. ¡Antiguo! Además, estará de poquito tiempo. Supongo y espero, porque si no, no me sirve.*

Nos colocamos frente a la puerta de casa del niño, tocó al timbre y enseguida escuchamos unos pasos.

—¡Buenas noches, vecino! ¿Sucede algo? —«¿Y este quién narices es?».

—¡Buenas noches!, necesitaría un poquito de sal, perdona por la hora — se disculpó con aquel hombre tostadito por el sol.

—¿Sal? ¿Casi a las doce de la noche? —Pusimos cara de circunstancia y vimos cómo dejaba entornada la puerta de su vivienda.

—*Cuélate, guapo, que este hombre no me sirve* —le pedí de manera «sutil» que entráramos.

—¡Estás loca! Cómo vamos a meternos. ¿Quieres que me partan la cara?

—*No, solo quiero introducirme en el útero de la madre de Pepe, además, ¿este hombre quién narices es?*

—Quién va a ser, su marido.

—*¿Tiene de eso?*

—Sí, tiene marido, si no, de dónde iba a estar embarazada, eso contando con que sea verdad, que ya te dije que la mujer está rebuena.

—*Lo que yo diga, eres muy antiguo. Parece mentira que sea yo la que lleve muerta tantos años.*

—¿Qué me estás contando? ¿Muerta? ¿Eres una muerta?

—Aquí tienes. —El vecino alargó el brazo para darnos un salerito.

—*Pregunta por su mujer, venga, antes de que cierre* —le rogué.

—Paso.

—¿Cómo? Pasas de coger el salero o pasas de que me pides entrar. ¿Te encuentras bien? —El vecino no daba crédito a sus respuestas y yo, tampoco.

—Sí, todo perfecto, nada, me refería a que me parece tener mucho morro llevarme un salero entero, solo necesito una pizquita.

—Nada, llévatelo, ya me lo devolverás mañana. Ni que fuera oro.

—*Pregúntale por su mujer, por Dios, que veo que nos llevamos el salero y yo seré condenada a vivir un año contigo, con suerte. Se habrá terminado la sal y seguiré sin mi propio cuerpo.*

—¿De qué narices estás hablando? —gritó.

—Oye, creo que te estás pasando —comentó el buen hombre con una paciencia tremenda.

La indignación del pobre y sufrido vecino crecía por segundos, pero es que Messi no estaba actuando de la mejor manera. Solo tenía que preguntar por la mujer, no creo que fuera tan complicado.

—Pues muchas gracias, tú mujer está dur-durmiendo, ¿verdad?

—Y yo, si no me hubieras tocado al timbre.

—Lo siento, nada, era solo para saludarla, y para darle la enhorabuena.

—*Nooo, no le digas nada del preñamiento, que lo mismo no lo sabe* — le expliqué, pero ya era demasiado tarde.

—¿No sabe que está embarazada?, ¿es que no es suyo? Hostias, que le ha ha puesto los cuernos —me preguntaba Messi.

—¿Cuernos? Venga, guapo, anda, siempre supe que no estabas bien de la cabeza.

—Perdón, perdón —volvió a disculparse.

—*¡Madre mía! Acabo de comprenderlo todo. Si yo estoy dentro de ti y necesito un óvulo, igual es que..., igual es que... que te la tienes que beneficiar para que yo salga por ahí bajo y me implante en su óvulo.*

—¿Pretendes que me folle a su mujer?!

—No hace falta que te diga que cierro la puerta por no partirte la cara. — Nos arrebató el salero y pegó un portazo.

Y allí nos quedamos con dos palmos de narices, él sin sal y yo sin útero.

«Alma 1, Messi 1».

—Nada, ahora se correrá la voz de que estoy loco y que su mujer es una adúltera.

—*Volvamos a urgencias. Esto es más serio de lo que te piensas* —le pedí.

—Y tanto que es serio, me he vuelto loco, escucho una voz en mi interior y acabo de llamar cornudo a mi vecino. Y se ha creído que pensaba que me pedía que me acostara con su señora esposa. Le he faltado el respeto a un hombre que apenas conozco. Pero si volvemos al hospital, me encerrarán.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, sonó el despertador, estábamos tan agotados que no había forma de levantarnos. Él hizo el amago un par de veces, pero yo le rogaba que no lo hiciera.

—*¿Adónde piensas ir a estas horas?* —le pregunté medio dormida.

—Mierda, sigues ahí. Tengo que ir a trabajar, si llego tarde, tendré problemas.

—*¿Dónde trabajamos?*

—¿Trabajamos? Estarás de coña. Necesito que guardes silencio, al menos, el tiempo que esté allí. Duérmete si quieres, pero no me hables o me meterás en un lío —me pidió tras levantarse.

—*Recuerda que si no encontramos a la embarazada, estaré condenada a compartir contigo todo, y no estoy dispuesta, y me da que tú tampoco.*

No me respondió. Abrió el grifo de la ducha y esperó a que saliera el agua caliente. Para no estar parado, entiendo, comenzó a enjabonarse, y justo cuando bajó su mano hasta la entrepierna, noté un tirón, lo que provocó que me sintiera en peligro. Recé a la velocidad del rayo, solo pedía que no se le ocurriera «relajarse». Me daba igual que estuviera embadurnado de espuma y oliera de maravilla, para una hazaña en solitario de aquella magnitud, no estaba preparada, al menos, no todavía. Nos conocíamos desde hacía unas horas y no, me negaba.

—*¡Eh, sube la manita, anda!*

—Te juro que albergaba la esperanza de que todo hubiera sido una pesadilla y al despertar, no estuvieras. ¿Qué me está sucediendo? ¿Por qué a mí? —se iba preguntando a la vez que se secaba el cuerpo y preparaba para ir al trabajo. Y yo no dejaba de preguntarle que dónde narices trabajaba. La forma en la que me ignoraba, me sentó fatal, aunque lo justifiqué por su drama personal o séase: Yo.

De camino al misterioso trabajo, me pedía que no le hablara, que respetara su espacio. Me informaba de manera muy educada que necesitaba el dinero y que si veían que se comportaba de manera extraña, lo único que iba a conseguir es que lo echaran a la calle y se quedara en el paro.

Acepté, pero antes, le exigí que me escuchara, pues el tiempo corría en nuestra contra, y debíamos localizar el famoso útero fecundado, no me valía uno vacío. También le conté que en el caso de no encontrarlo, habría que comunicarse con algún embajador, que llegado el momento, le explicaría lo que debíamos hacer. Aunque yo no tuviera la más remota idea debía parecer una entendida en la materia.

Habíamos firmado una tregua de cuatro horas, cuando llegara el momento del almuerzo, debatiríamos y después de ese descanso, yo me volvería a quedar calladita y tras finalizar su jornada, buscaríamos a mi embarazada.

—¿Qué pasa, Leo? Menuda cara traes. —Un armario de dos por dos le habló cuando todavía no había bajado del coche.

—*¿Trabajas en un gimnasio?* —Lo sé, no tenía que hablar, pero me sorprendió su oficio.

—Buaj, no he dormido nada —le comentó al «mueble».

—Noche de fiesta para celebrar el partidazo, ¿no? —preguntó el hombre *anabolizado*.

—Sí, sí.

—*Vaya tías, si parecen de plástico. Sorry, ya me callo, ya* —le dije al entrar y encontrarme de sopetón a todas esas muñequitas de gimnasio.

Hasta llegar a la taquilla del vestuario para guardar sus cosas, en los pasillos y por la sala de máquinas, fui incapaz de ignorar a aquellas mujeres, allí no había ninguna normal. Nadie en su sano juicio va a hacer deporte maquillada como si de una boda se tratara y con esa ropita tan... En fin, que se notaba que venían a lo que venían.

Messi les sonreía y se movía como pez en el agua. Saludaba a diestro y siniestro, sin duda, era un tipo con carisma. Entramos en una sala y cerró la puerta, que era de cristal.

—¡Buenos días! ¿Cómo están mis «chicas»? ¿Preparadas? —preguntó colocándose en primera fila, delante de unos espejos, mientras meneaba las piernas, lo que provocó que su culo también lo hiciera y yo sentí un escalofrío.

—*Esa de ahí, ¿por qué te observa así? ¿Te la has tirado? Te mira cómo si quisiera repetir* —le pregunté, un poco incómoda.

—Calla, deja que dé la clase de zumba —me dijo tapándose la boca ante aquellas miradas, con la intención de disimular.

—*¿Zumba? Porque vi lo que le hicimos a la rubia operada, que sí no, pensaría que eres de la acera de enfrente* —le dije aquello para fastidiarlo, pues me importaba bien poco a qué lado de la calle perteneciera.

La música sonaba a un volumen tan alto que impedía que me escuchara. Sus jadeos por el esfuerzo, tampoco ayudaban, me estaba hasta mareando. Las miraditas de las fémias a su culo y al paquete, no favorecían la concentración; la verdad. Pero reconozco que tenía un movimiento de pelvis maravilloso, veía su reflejo en el espejo y disfrutaba admirándolo. Por un momento sentí la necesidad de tocar su torso, y así, poder sentir esas gotitas de sudor entre mis dedos; parecía que la pasión que despertaba en sus alumnas, me la habían contagiado.

Su contoneo me fue relajando hasta tal punto que consiguió que me olvidara de todo y me metí de tal manera en el papel de *dancing-woman*, que en la siguiente canción, tomé el control de su cuerpo, —sin saber cómo—, y comencé a bailar según me venía en gana.

Al desconocer los pasos, me movía siguiendo el ritmo que escuchaba, a modo danza africana. Improvisé, no me quedaba otra, pues ya no podía dejar de bailar, era como si alguien me hubiera hechizado. La emoción interior me obligó a llevarme la mano a la entrepierna buscando eso que hacía unas horas no quise rozar en la ducha. Con una mano ahí y la otra arriba, con el puño cerrado, dejando ver tan solo el dedo índice que apuntaba al techo y sin parar de agitar las caderas, seguí con el bailoteo. Eso se me daba de coña. Los gritos de Leo me importaban bien poco.

No era consciente de estar dirigiendo el cuerpo, pero sabía que él no podía estar haciendo algo así. De un modo que ignoraba, tipo posesión, —debió de producirse algo en nuestro organismo por el que yo era la única responsable de aquella actuación estelar—, me había coronado como la reina y señora de la pista, aunque a los ojos de todos, Leo se había convertido en el rey del Mambo. Reaccioné al comprobar cómo no dejaba de restregarme por la pierna del único hombre que asistía a clase. Cuando sentí el muslo de ese afortunado alumno rozando «mi» miembro viril, noté cómo algo tiraba de mí, debía de tratarse de Messi que quería recuperar el control. Por primera vez, fui la artífice de esa inmensa erección. «Cómo molaba la sensación».

Sin pretenderlo, éramos el centro de las miradas, y no hablo solo de los de la sala, el resto del clientes se fueron agolpando a las paredes, que eran de cristal, como la puerta. Allí estaba yo, dándolo todo y bien empalmada.

—*¡Guau!, ha sido increíble* —dije dándole un beso en la mejilla a mi alucinado e improvisado compañero de baile.

Terminó la canción y todos aplaudieron, el mocito feliz me guiñó un ojo, era monísimo y ese *mallot* fucsia le quedaba de escándalo.

—Estás loca. ¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo has conseguido anularme? ¡Ay, Dios mío, qué vergüenza! Y, ¿ahora? —me decía mientras corríamos hacia el vestuario.

—*Pues la verdad es que no puedo explicarte cómo lo he logrado. Pero ha estado bien, ¿eh? Debería dedicarme a esto. Creo que lo llevo en la sangre, bueno, da igual, ya me entiendes.*

—¿Bien? Tú estás tonta, has acabado, en tres minutos, con mi reputación de muchos años. ¿Cómo se te ha ocurrido restregarme en la pierna de Camilo? Si es que lo has hecho para joder. Doce mujeres, un hombre, y lo eliges a él. Esto ha ido a mala hostia. ¿Quieres guerra? Pues, nada, que empiece la batalla —me amenazó.

—*¿De qué estás hablando?* —grité asustada, y de nada sirvió.

Era consciente de que el tiempo corría en nuestra contra y aunque las evidencias fueran claras en lo que respecta a mis avances, ya que había dado un paso más, pues fui capaz de tomar el control del cuerpo, sin saber cómo, pero no se podía negar que aquella actuación prodigiosa había sido obra mía, no avanzaba tan rápido como iba a ser necesario.

Según iba dándole vueltas a cómo sucedió para volver a hacerlo e ir en busca de la preñada por mi propio pie, vi cómo cogía del brazo a una muchacha, y sin venir a cuento, le pasábamos la lengua por el cuello; se me quedó un regusto asqueroso a colonia por toda la boca, que no lo sabe nadie.

—*¡Eh, eh! Ni se te ocurra* —le rogué con la respiración acelerada, pues sospechaba qué vendría a continuación.

—Te vas a enterar —respondió y no me quedó claro si aquella afirmación iba dirigida a mí o a la otra, porque sin ser consciente, ya estábamos en el interior de un baño y la teníamos contra los azulejos.

—*Messi, anda, porfa, venga, te juro que no lo hago más. Esta tía no me gusta, esta ni ninguna, además, ¿un lunes a las nueve de la mañana? Eso ya es estar obsesionado con el sexo. Deberías ir a un grupo de desintoxicación para enfermos sexuales* —le intentaba quitar la maravillosa idea de la cabeza, sin éxito.

—La culpa es tuya, que quede claro lo macho que soy —decía todo digno.

—Claro que sí, Leo, venga, demuestra quién es mi chico —respondía, con un tono de voz muy seductor, la elegida.

—*¿Su chico? Esta sabe que no es la única que pasa por tu cama, ¿no? Me parece mentira que ignoren que la exclusividad pichil no está presente*

en tu modo de vida —le informé.

—No, a nadie le importa si me acuesto con otras —confesó en el peor momento.

—¿Cómo? —preguntó la chica, con los *leggings* por los tobillos, pegada a los azulejos .

—Bésame —le pidió, con intención de que olvidara la frase anterior.

—¡No, no le metas la lengua, no le metas nada! —le gritaba cada vez más alto.

Me cabreeé tanto, que volví a tomar el control, esta vez, a medias, solo conseguí estirarle del pelo a la muchacha, aunque logré arrancarle la goma que sujetaba esa coleta informal, hecha a conciencia. Ella gritó, Messi me mandó estarme quieta y la mujer se asustó. Lógico, es que le decía unas cosas que no eran normales: «Calla o tendrás un problema»; «si se te ocurre moverme el brazo, te acordarás de mí para los restos»; y la *megafrase* con la que se coronó: «me la follo porque soy un macho. Esta tía me importa una mierda, pero no voy a consentir que mi reputación de empotrador se resienta. Si no te gusta, no mires».

Sí, patético, y todo porque quería vengarse de mí por el baile.

La chica comenzó a gritar muy asustada, él le pedía disculpas, que se callara, todo eso, susurrando y tapándole la boca. Muy tranquilizante no era, la verdad. Lo empujaba como podía y con la mirada le rogaba que no le hiciera daño. Pobrecita, me dio mucha pena.

—Perdona, esto no es lo que parece —le lloriqueaba muy preocupado. Por un momento presentí que nos iba a dar un infarto—. ¡Lo siento, lo siento! Soy un gilipollas. En mi vida he hecho algo así. ¿Estás bien? Perdona, de verdad que no sé qué más decir.

Media hora después..., de vuelta a casa. Nos habían abierto un expediente disciplinario, y nos daban una semana de «vacaciones» para pensar.

—Has decidido hundirme la vida, ¿no?

—*La guerra la empezaste tú.*

«Alma 2, Messi 1».

Capítulo 5

En el momento en el que rescataban a la chica, me sentí eufórica, estupenda. En unos pocos minutos había logrado destruir la reputación de Leo y sin apenas esfuerzo. Le di donde más le dolía, sin embargo, verlo tan mal, comprobar cómo la pena se escapaba por sus ojos transformada en lágrimas y la rabia le hacía golpear todo lo que encontraba a su paso, provocó que me empezara a encontrar mal.

Mi destino jugaba conmigo, pero el suyo se estaba cebando con él. Yo no quería esto para el chico, lo único que pretendía era encontrar a mi óvulo. Todas sus desdichas, desde que llegué, tan solo eran daños colaterales. Tenía derecho a una vida digna comenzando desde cero, y debía aprovechar la oportunidad o mi esencia se iría de cabeza al limbo para ser condenada a la difunta eternidad.

—*Messi...* —le susurré temiendo que me mandara a paseo.

—No me llames así, de hecho, no quiero volver a escucharte —me pidió tapándose los oídos.

—*¿Prefieres, Leo?*

—Es que es mi nombre, no entiendo qué manía te ha dado por llamarme Messi. Desde el segundo cero que empecé a oírte en el interior de mi cabeza, supe que eras odiosa.

—*Disculpa, pero Pepe te llamó así y en tu camiseta venía tu nombre. Yo...*

—Te he dicho que te calles, que cierres la puta boca. Eres una pesadilla. ¿Qué quieres de mí? ¿Dime? ¿Qué me digas!—preguntaba dándose palmadas en las mejillas.

—*Me dijiste que me callara. ¡No me confundas!*

—Vete a la mierda. —Me hizo una peineta golpeando con la yema del dedo en «nuestro» entrecejo. Definitivamente, este hombre no estaba bien.

—*Créeme que si pudiera, me iría* —le confesé.

—Y ahora, ¿por qué lloro? ¡Joder! ¡Joder! Estoy como una puta cabra.

—*Tranquilo, esas lágrimas no te pertenecen. Creo que son mías. Lo siento, de verdad que lo siento.* —Aquella situación me había afectado

demasiado.

Sentado en el sofá, resoplando sin cesar, se pasaba una y mil veces las manos por la cara, y mi llanto, cada vez más ansioso, incrementó mis ganas de llorar. Sus lagrimales habían mutado a modo aspersion y eso ya no era llorar, era el diluvio universal. Por lo visto, él también lo hacía, por lo que las lágrimas se multiplicaban de manera exponencial y era un no parar.

Tenía que pensar rápido, algo se podría hacer para solucionar nuestro drama personal, lo que estaba claro es que así, no podíamos continuar, ninguno de los dos nos hacíamos bien. Necesitaba salir de su cuerpo y si no localizaba un óvulo, al menos, quedarme con uno que me hiciera sentir a gusto. «¿Cuántos cuerpos más tendría que catar para encontrar el adecuado?».

Sonó el teléfono y sin inmutarse, lo miraba sin decir nada.

—*¿No piensas responder?* —le pregunté alargando la mano hacia su móvil.

—*¿Por qué lo has hecho?* —me pidió explicaciones y como ya lo había descolgado no le respondí.

—Leo, me acabo de enterar, tío. ¿Qué se te pasó por la cabeza? ¿Estás loco? —Al otro lado una voz masculina nos hablaba.

—Sí, lo estoy —contestó muy seguro de su respuesta.

—*¿Qué pretendías?* Si era una presa fácil, a esa tía siempre le has gustado, de hecho, me ha insistido en que en ningún momento lo hizo forzada. Está fatal, dice que no entiende por qué le decías aquellas cosas tan horribles —aclaró la voz masculina.

—*Y tan fácil, fue ella la que nos metió en el baño* —le recordé a Messi.

—*¿Cómo tengo que decirte que no te metas en mis cosas?* —me reprendió.

—*¡Joder, tío! Solo pretendo ayudarte. ¿Te encuentras bien? En cinco minutos estoy en tu casa.*

—No te preocupes, no creo que lo mío tenga solución —dijo, y sin despedirse, colgó.

Se puso en pie y entró en el baño para lavarse la cara. Permanecía inmóvil mientras observaba su reflejo en el espejo, cuando se me ocurrió guiñarle un ojo. Sí, reconozco que no era el momento, no, pero estaba aprendiendo a controlar «mi cuerpo». Aunque la situación era un tanto delicada, me había emocionado con mis progresos.

—Ahora que estamos frente a frente, te diré una cosa, y no la pienso volver a repetir. En cuanto entre por la puerta Carlos...

—*¿Quién es Carlos?* —pregunté confusa, bueno, en realidad, intuía de quién se trataba, sin embargo, pensé que, en ese caso, me vendría mejor hacerme la inocente.

—Quién a ti no te importa. Cuando entre Carlos, no quiero ni una sola palabra. Si escucho tu voz en el interior de mi cabeza, te juro que abro la ventana y salto al vacío.

—*¡Venga, ya! No flipes.* —Sabía que iba de farol.

Salvado por la campana. El timbre acababa de sonar. «El tal Carlos volaba», pues no habían pasado ni cinco minutos. Respiró hondo, salió del baño y caminó hacia la entrada. Abrió.

—*¡Hostia puta!* —grité dentro del cerebro de Messi—. *Lo siento, lo siento. Es que no he podido resistirme.*

—Vaya cara tienes, colega. ¿Seguro que te encuentras bien? —Le colocó la mano en el pecho y con un suave empujón, entró en la vivienda.

—No, no me encuentro bien, pero paso de darte explicaciones. Creo que me estoy volviendo loco, bueno, no, sé que lo estoy. Me he trastornado y sufro un desdoblamiento de personalidad.

—Invítame a una cerveza y me cuentas —comentó sin quitarle ojo.

—*Quien dice a una cerveza, dice a lo que surja, guapetón* —le respondí yo.

—Noo, no te puedes quedar, tienes que irte o sucederá algo de lo que estoy convencido nos arrepentiremos lo dos —le pedía sujetándole de la muñeca y tirando hacia la entrada, con la intención de sacarlo del salón.

—Leo, me estás asustando. ¿Sabes que puedes confiar en mí? Siempre lo hemos hecho —le recordó su potente y achuchable amigo.

Se dio la vuelta, y acto seguido, pegó la frente contra la pared. Con los puños la golpeaba una y otra vez y el tal Carlos, su amigo buenorro, intentaba pasarnos la mano por el hombro. Sentí un escalofrío.

—*No te enfades conmigo, ya me callo, solo necesito que encontremos el óvulo fecundado, me quedan horas. No es por meterte prisa, pero la cosa se está poniendo fea* —me disculpé con Leo porque veía que le iba a dar un ataque.

—*¡¿Fea?! ¡¿Fea?!* —dijo elevando los brazos hacia el techo y dando vueltas sobre sí mismo.

—Leo, ven, vayamos al salón, necesitas relajarte —su amigo, sin éxito, intentaba calmarlo.

Cuando se tranquilizó, y yo cerré la boca, cosa que ayudó un poco,

consiguió contarle a Carlos lo que le sucedía. Le habló de mí con un desprecio y un asco que me puse a llorar, hizo que me sintiera como una mierda. «¿Yo qué culpa tenía de haberme quedado atrapada en su cuerpo?». Lo decía como si fuera la peor persona del Universo. Estaba claro que solo pensaba en él. Y era evidente que su amigo no creyó ni una sola palabra. Lejos de animarlo y de consolarlo, porque eso habría estado genial, ya que me hubiera permitido olisquearlo, —pues me moría por saber qué aroma desprendía esa piel tersa y tostada por el sol—, para a continuación saborear su cuerpo escultural, solo le hablaba. Y menos mal que aquello no ocurrió, porque habría sido un verdadero problema y a ver cómo le explicaba a Leo que estaba muy «necesitada». Sin que se produjera el contacto físico entre amigos, Carlos comenzó con un interrogatorio:

—A ver, Leo, no llores, que tampoco es para tanto.

—Si es que no soy yo el que llora, es ella. ¿No ves a lo que me refiero?

—Vale, vale. Bueno, pues dile a «ella» que no llore que es bastante complicado mantener una conversación normal —le pidió aguantando la risa.

—Estamos enfadados, me niego a dirigirle la palabra —respondió a la vez que se cruzaba de brazos y le daba la espalda al espejo, que estaba en la pared de la derecha.

—¡Hostias! Estás peor de lo que creía. ¿Has tomado psicotrópicos? ¿Te dopas y lo que tienes es un *shock* anafiláctico por atiborrarte a anabolizantes?

—Sé que es difícil de creer, no he tomando nada. Me caí, me golpeé en la cabeza y al despertar, ya estaba dentro de mí. Hasta fui a urgencias.

—Bien, hiciste bien, tío. ¿Qué te dijeron allí?

—Nada, que si lo que quería eran Viagras que fuera a mi médico de cabecera.

—¿Cómo? No me jodas, normal que estés así. Si a mí no se me levantara, te aseguro que estaría mil veces peor que tú. Anda, eso se cura follando.

—*¡Qué bestia! Pero qué bueno está.*

—Nada, ya está otra vez. Que dice que estás bueno. ¿Te lo puedes creer?

—¡Venga, ya! Espero que estés de coña, porque si lo que pretendes decirme es que te has dado cuenta de que te ponen los tíos, y todo este rollo lo has montado para insinuarte, me importan tres mierdas que llores, del guantazo que te arreo no se te levanta en la vida.

Leo se puso en pie, se acercó hasta el mueble de la tele y se quedó apoyado en silencio. No hacía ni decía nada, por lo que me tomé la justicia por «su» mano y toda digna yo, una vez que había recuperado el control del

cuerpo, me giré hacia Carlos.

—Mira, si es tu amigo de verdad, no debe importarte que le gusten los hombres. Eres un antiguo, además, de creído. Que en el hipotético caso de que le fueran los tíos, a santo de qué querría tener algo contigo. Que vale, nada más verte, mi primer impulso fue comerte toda la boca.

—¿Perdona?

—Ni perdona ni leches. Tienes que ayudarlo, ayudarnos, al fin y al cabo, ya que yo estoy dentro de él. Hay que localizar a una embarazada, en cuanto demos con ella, os juro a los dos que os dejaré en paz para siempre, es más, como no recordaré nada de lo que ha sucedido en este día y medio, no volveréis a saber de mí. Seré libre, seré asquerosamente feliz y Leo, también.

—Esto es una broma, ¿me estás grabando? Porque si no se trata de esto, me estás acojonando. —Se levantó y empezó a dar vueltas por el salón mientras buscaba una cámara.

—Deja de quitar libros. Es lo que hay. Me llamo Alma y estoy atrapada en el interior del cuerpo de tu amigo. Sí, es una locura, pero es la realidad. Yo qué culpa tengo de que el Tribunal se las gaste de esta forma. Ayúdame a salir de aquí.

No hubo manera de que me creyera, pues en todo momento escuchaba la voz de Leo y era al que veía.

La situación se tornó preocupante: Leo le gritaba al espejo, entiendo que necesitaba desahogarse diciéndome esas barbaridades a su cara y Carlos pretendía, sin éxito, apartarlo de ahí, mientras le rogaba que lo acompañara al hospital.

Por lo que, «Alma 2; Messi 1; Carlos 0».

Íbamos de mal en peor.

Capítulo 6

Activada la alerta roja. Mi tiempo se agotaba.

Era increíble, tantos años esperando para volver a la Tierra, y cuando por fin parecía que lo había logrado, tuve que equivocarme de cuerpo.

Después de lo sucedido, tenía claro que no podía mantener una conversación normal con Leo y decidí dejar de llamarle Messi, porque cada vez que lo hacía, sentía cómo aumentaban nuestras pulsaciones. Y por más que pensara no se me ocurría nada para conseguir mi objetivo.

Mi óvulo fecundado sería un sueño no cumplido. Una esperanza truncada. Tanto embarazo no deseado y en el barrio que había venido a parar, la natalidad brillaba por su ausencia. Temí que esto fuera una venganza del Tribunal de Almas y por eso me seleccionaron para ese año, aún a sabiendas que no estaba preparada para seguir los pasos y cuando regresara poder echármelo en cara.

Tenía que reconocer, aunque me costase, que mi gran problema siempre había sido que no escuchaba, siempre yo y yo, y después... yo, también.

De haber prestado atención a las clases de resurrección, no me encontraría en esa encrucijada, pues tampoco tenía ni la más remota idea de cómo narices se podía contactar con los embajadores; probé, en un par de ocasiones, a llamarlos a gritos, pero allí no apareció nadie. Haberme visto obligada a declarar el protocolo de emergencia sin saber cómo se hacía, no había sido un plato de buen gusto. Luchar con uñas y dientes en el aire era un gasto inútil de energía. Daba palos de ciego, caminaba a trompicones y mi vida se desmoronaba antes de haber sido construida. Mi gozo en un pozo.

Mi aura emitía señales intermitentes con lucecitas rojas, me sentía la puerta de la Feria de Sevilla, y ya no sabía si era por el mareo de ver todo con el parpadeo típico de las luces que tinteneaban en toda mi cornea o qué, pero desde que comenzó la sensación, estaba como aturdida.

No quería molestar a mi cuerpo, y tras dos horas en el más absoluto de los silencios, que con lo cotorra que yo he sido siempre, me costaba *muy mucho*. Mientras escuchaba los lamentos de Leo, barajaba, a la vez que visualizaba, miles de hipótesis y ninguna era normal, sin embargo, visto lo

visto, nada iba a serlo.

—*Leo, Leito, guapo.* —Usé mi tono más dulce y ñoño, sin esperanza alguna de ser tenida en cuenta—. *Hazme caso, es un segundo. Necesito comentarte una cosa, es posible que haya dado con la solución.*

Aunque seguía sin responderme, noté un vuelco en el estómago. Iba por buen camino, reaccionaba a mis palabras.

—*De verdad que lo lamento. No sé cómo disculparme, pero yo nunca quise que todo esto terminara así* —continué con mi discurso.

Silencio. Tragó saliva y cuando descendía por la tráquea, fue como haber ingerido cianuro. Me ardía todo, tal vez de la emoción, por el miedo o la incertidumbre de no saber por dónde iba a salirme, aquello me mataba.

Resopló y entonces...

—¿Así? Así, cómo. Loco perdido, con una voz que no me deja vivir, despedido del trabajo y repudiado por mis vecinos. Sin olvidarme que me has convertido en el hazme reír de mis amigos. O ¿es que hay más?

—*Yo soy la primera que quiero salir de aquí. Para mí no es plato de buen gusto estar atrapada en el cuerpo de un tío que no me hace caso. Ya no sé cómo decírtelo. Si me dejas, te explico lo que se me ha ocurrido.*

No me respondió, se puso en pie sin dejar de resoplar. Se mordía el labio, la respiración cada vez era más agitada, y me daba miedo comentarle mi posible solución.

—*Yo te lo digo y luego ya en tu mano está que quieras llevarla acabo.* —Mi voz retumbaba en su interior y cuando fue a abrir la boca para responderme y mandarme a paseo, sonó el timbre.

Cerró los ojos, se pasó las manos húmedas por las mejillas y se dirigió a la puerta.

—¡Joder! —es lo único que dijo al abrir la puerta. Entiendo que se adelantó a mis intenciones, pues temería mi reacción cuando comprobara de quién se trataba.

—¡Hola, Leo! Mira, lo que sucedió el otro día... Quiero decir, mi marido...

No pude dejar que terminara de hablar. Tal cual lo pensé, lo hice. Era en ese momento o nunca más se me pondría en bandeja la posibilidad de transferirme en su útero.

Me hice con el control corporal, cogí aire como si me hubiera convertido en el lobo de los tres cerditos y fuera a derribar la casa robusta de ladrillos. Agaché la cabeza, cerré los ojos, y todo lo rápido, y con toda la fuerza que

logré reunir, con la adrenalina por las nubes, fui directa a hacerle un placaje de libro.

Objetivo: Atravesar a su vecina.

Resultado: Desastre nivel experto.

Justo cuando iba por el aire, el vecino malas pulgas, el tal don Manuel y su pequeño, quisquilloso y travestido perrito alopécico, —porque aunque llevara un lazo rosa se le veía la pichilla—, aparecieron de la nada. En un golpe seco, caímos todos contra la pared del descansillo de la planta de su piso. Se hizo el silencio; no sabía qué ocurría.

Me faltaba el aire, bueno, al cuerpo de Leo, pero para el caso, era a mí a quién no le llegaba suficiente oxígeno al cerebro. Me ardían las orejas y tenía la boca pastosa. Al confirmar que no podía moverme, me asusté.

Tras dos intentos fallidos al incorporarme, acerté a descubrir que nos encontrábamos entre las piernas de la vecina, las tenía abiertas de par en par sobre el suelo, —qué cerquita estaba del poder entrar en el óvulo— nos acogía por ahí bajo. Un nuevo intento por golpear con mi cabeza su vientre y un nuevo fracaso. La agonía más grande llegó cuando entendí lo que había sucedido. Mis órdenes mentales no llegaban porque Leo estaba inconsciente.

Cuando se me ocurrió esa brillante, patética e inútil idea, no pensé que terminaría con aquel catastrófico resultado. Segundos antes de impactar contra su barriga, me pareció la idea más increíble del año, que digo del año, del siglo. Me visualizaba, implantada en ese óvulo que llevaba días resistiéndome, haciendo el baile de la victoria. Lo que jamás imaginé, es que estaría muriéndome en el suelo de una triste comunidad de propietarios, aplastada por un viejo y su perro, junto a la madre de un pequeño niño inocente ajeno a todo aquello.

Ahora lo pienso y sé que fue un suicidio. En mi defensa, diré que nunca atendí a las clases que explicaban cómo debía hacerse, es más, yo acabé atrapada en ese cuerpo por puro accidente y tampoco conté con que al ver la imagen de un hombre con su perro me asustaría. Mis palabras me rebotaban cual eco en una cueva cerca del centro de la Tierra.

—¡¡Leo!! —gritaba la madre de Pepe convertida en *barman* por el modo en el que nos agitaba la cabeza.

—¡¡Leo!! —imité a la buena mujer. Teníamos que hacerlo reaccionar. Mi vida dependía de ello.

—¡Auxilio! ¡Qué alguien nos ayude! —seguía vociferando.

«¿Nos ayude?». Si estaba más que claro que había sido un ataque

premeditado por parte del cuerpo de su vecino; ella desconocía mi existencia.

Leo permanecía inmóvil, yo sentía y escuchaba todo, y no entendía el motivo por el cuál la vecina pedía ayuda para socorrerlo. Soy yo, y de haber podido, habría salido huyendo, creo que no lo intentó porque una avalancha humana se lo impedía.

—¿Qué ha sucedido? —preguntaba don Manuel aturdido, separando su barriga de mi espalda, mientras, su perrillo me lamía la oreja.

La vecina se fue arrastrando hasta conseguir liberarse del todo de nuestro peso, y fue cuando noté cómo la cabeza nos rebotaba contra el frío suelo, en ese momento, se arrodilló a mi costado. Comenzó a acariciarnos con delicadeza, pasando sus dedos por la frente de Leo, susurrándole que no se preocupara. «¿Estarían liados?». No podía tratarse de otra cosa. Le decía todo aquello delante del vecino, que permanecía sentado sin quitarnos ojo, impidiendo con la mano que su perro siguiera chupándome la cara. En el instante que impacté contra su estómago, con la única intención de entrar en su organismo, ella dijo algo, que por la emoción del momento pasé por alto. «¿Qué había ocurrido entre ellos?». Hasta que yo llegué, Leo era muy activo en esto del sexo, luego, entiendo que se le pasaran las ganas, teniendo en cuenta los dos intentos frustrados de penetración que tuvo el chico, gracias a mis grandes dotes de interpretación. Seguí barajando posibilidades. Cuando llegó, nombró al marido. «Se referiría al momento en el que fuimos a pedir sal y este incauto le soltó lo de los cuernos.», «sería Leo el padre del bebé que esperaba y en el que me quería convertir yo». Sospechando eso, se me habían quitado las ganas de entrar en una familia en la que iba a conocer al dedillo el interior de ambos progenitores.

Como buen alma entrenada, sin conocimiento de las reglas correctas, y viendo que Leo había perdido el conocimiento, reuní las fuerzas necesarias y me puse en pie. Ella se sorprendió y alegró a partes iguales, del señor Manuel no podía decir lo mismo. Me encontraba un tanto aturdida, pero no había perdido el contacto con la realidad, o eso creía.

—¡Estás bien! Pero ¿qué te ha sucedido? No sabes el miedo que pasé cuando te desplomaste contra mí —me decía con los ojos anegados en lágrimas.

Lo dicho, aquella mujer creía que fue un desmayo y no un intento desesperado de hacerme un hueco en su útero.

—No sabes cuánto lo siento. Si me disculpas, necesitamos, perdón, necesito descansar —le dije todo lo digna que la situación surrealista me lo

permitía y preocupada y agobiada, pues no tenía claro si Leo seguía con vida.

Para todos era como si a él no le hubiera sucedido nada, ya que aunque hablara yo, la voz seguía siendo la suya.

—Ya veo que mi estado y el de Pupsy te importan tres narices. Si ya lo dije yo el día que te mudaste: «este hombre no va a traer nada bueno a la finca» —me recriminó sin dejar de acariciar a su perro que intentaba por todos los medios saltar al suelo.

Como no quise continuar con la charla, abrí la puerta de casa, entré y me apresuré a cerrarla de un portazo, incluso, una vez dentro, me seguía sintiendo insegura, por lo que pasé la llave y el pestillo. Si en el fondo, esa mujer estaba enamorada de Leo, lo mismo era capaz de echar la puerta abajo y lanzarse a mis brazos. No escuché nada, parecía que se habían marchado, al igual que el dueño original de mi cuerpo, ni rastro de él.

Su silencio, y el que yo pudiera actuar a mi antojo, confirmaban que Leo había fallecido. No pude evitar llorarle. La pena se apoderó de mí, como yo lo hice con su cuerpo aquel Black Friday.

No me planteé si mi llanto tenía sentido, pues no éramos amigos, no, sin embargo, podría considerarse que éramos mucho más. Sí, el hombre que acaba de perecer cual planta de Navidad antes de finalizar el mes de diciembre en manos de una asesina de vegetales, había sido mi alma gemela. ¡Ay, qué congoja tenía!

Había que pensar y rápido, no era justo que él hubiera muerto y yo me quedara de brazos cruzados disfrutando de su cuerpo serrano, porque otra cosa no, pero estaba claro que estábamos muy buenos. Al menos, necesitaba despedirme de él.

Daba vueltas por el salón, respiraba agitada, o agitado, pues en aquel momento no sabía indicar cuál era mi género. Divagaba sin sentido.

«¿La gente que dice que es una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre, es por esto que me ha sucedido a mí?». Creía haber dado con la solución a todos esos pobres hombres que habían nacido en el cuerpo equivocado o mujeres, que aquí no era cuestión de hacer diferencias.

Juré que cuando resolviera el caso, iba a crear una asociación de Almas atrapadas en el cuerpo equivocado. Sí, me emocioné al visualizarme rodeada de medios de comunicación y de mujeres felices, al fin, comprendidas e integradas en esta sociedad que no hay quién entienda.

«Alma, vuelve, regresa, no te disperses como siempre. Deja de soñar tonterías, hay que localizar el alma de Leo».

—¡¡Leeoooo!! Si estás aquí, manifiéstate —grité mirando a los plafones que decoraban el techo del salón.

Nada, que no me contestaba. Estaba sola; ya lo echaba de menos.

Fui corriendo a su dormitorio, necesitaba coger su móvil. La contraseña no la sabía, pero por suerte, se desbloqueaba con la huella, y eso era maravilloso. Mis dedos eran los suyos, y aunque yo presumiera de respetar la privacidad del prójimo, aquello se consideraba una emergencia.

—Carlos, soy Leo. —Preferí obviar el fallecimiento de su compañero, al que horas antes había dado por desahuciado mental—. Necesito que vengas a casa, es urgente.

—¿Piensas abusar de mí? —Soltó una sonora carcajada que me sentó como una patada en todos los huevos; huevos, que ahora me pertenecían. Vaya herencia me había tocado en suerte.

—¡Calla! Es importante que vengas a casa, pero antes... —Tragué saliva, lo que iba a pedirle era suficiente para que dejara de hablarme de por vida—. Carlos, antes, y te pido que no me interrumpas ni me tomes por loco...

—Va, tío, suéltalo. Sabes que siempre termino metido en líos por tu culpa, porque no sé decirte «no» —me confesó su amigo, y aquello, me alegró.

—Genial. Necesito que vengas con una *ouija*. Sí, sí, sé lo que estarás pensando, y aunque es una locura, en cuanto vengas a casa, lo entenderás todo. Corre, el tiempo avanza en contra nuestra.

—Estás para encerrar. Si quieres, también puedo llevarte una bola de cristal, no te jode.

—Si lo consideras necesario, tráela, pero no vengas sin la *ouija*.

En esta ocasión, no me atrevería a poner marcador, estaba claro que todos habíamos perdido.

Capítulo 7

La espera se me hizo eterna, no se me ocurría qué más hacer. Poco hice, salvo dar vueltas por encima de una alfombra con motivos étnicos que cubría el suelo de un trozo de salón y llamar a gritos a Leo sin obtener respuesta.

Era oficial, acababa de conseguir mi propio cuerpo y lejos de alegrarme y querer celebrarlo, me sentía extraña, vacía, sola. Llevaba poco tiempo compartiendo pensamientos con él, pero saber que lo había perdido para siempre y del modo en el que había sucedido, hizo que rompiera a llorar.

Entre llanto y llanto, me había bebido todas las existencias de cerveza que encontré en la nevera; el aburrimiento cada vez era mayor y como el chico no había podido ir a comprar por culpa del disgusto en el gimnasio, obligado a «disfrutar» de aquellas vacaciones forzosas, no tenía qué comer, por lo que me di a la bebida.

Los botellines vacíos confirmaban el motivo por el cual veía doble, eso o que me estaba dividiendo en dos.

Justo cuando me disponía a lavarme la cara, con la esperanza de espabilarme un poco, y así el nivel de alcoholemia disminuyera a una tasa aceptable, sonó el timbre.

—¡Yaaa! ¡Ya voy! —respondí dándome golpes contra las paredes, y eso que solo había dos—. ¡Ya llego!

—¡Joder, tío! ¡Das pena! —me dijo Carlos mientras me apartaba para entrar.

—Y más pena te voy a dar cuando te diga lo que te tengo que decir. ¿La has traído?

Se giró hacia mí y elevando las cejas alargó el brazo para darme una bolsa.

Metí la mano en el interior y al sacar lo que había dentro, un fuerte olor a incienso y a humedad envolvieron la estancia, parecía que nos habíamos transportado a una iglesia. Cuando nuestras manos se rozaron pude sentir un escalofrío.

—¿Por qué has tardado tanto? —me quejé, tenía que disimular la respuesta de mi organismo a su caricia.

—¡Encima! A ver si te crees que el bicho este se encuentra en el supermercado. ¿Me vas a explicar para qué querías el cacharro este? —se excusó camino de la cocina.

—Te comunico que si quieres cerveza, coge otra cosa, me las he tenido que beber todas.

—Ahora entiendo tu cara y el olor que desprendes. Menos mal que las compras sin alcohol.

Pues menos mal, sí, pero entonces, ¿por qué estaba tan mareada? No tenía sentido.

—Creo que queda algo de leche —le grité mientras colocaba el tablero sobre la alfombra, esa que horas antes, había estado pisoteando para amenizar la ansiosa espera.

—¿Leche? Hombre, no me jodas. Marcarnos una *ouija* con un Colacao. ¿De qué va todo esto? —me preguntó.

—Ven, siéntate aquí, a mi lado. ¿Alguna vez has participado en una sesión? —indagué, pues yo, aunque fuera un alma, no tenía muy claro el funcionamiento del tablero.

—¿Estarás de coña? O es que se te ha olvidado la noche que nos estrenamos. ¿Leo? —me preguntó con una sonrisilla.

Me parecía increíble, que Leo, mi Leo, hubiera tenido que hacer un llamamiento a los espíritus para ligarse a una chica. Supongo que podríamos decir que tuvo algo así como un desvirgamiento espiritual.

—Refréscame la memoria, la malta me ha secado el cerebro. —Fue lo primero que se me ocurrió para disimular que no era Leo y para evitar seguir mirándole el culo.

—Estás rarísimo. Pero si es la misma que usamos aquel día. —Mis ojos se abrieron de par en par—. O también se te ha borrado de la mente cuando me suplicaste que le dijera a Claudia que solo nos desharíamos del espíritu de su bisabuela si se acostaba contigo.

—¡Qué gilipollas! —se me escapó un pensamiento en voz alta.

—Sí, todo lo gilipollas que tú quieras, pero bien que aprovechaste la ocasión.

No sabía cómo plantearle lo que íbamos a hacer, y aunque necesitaba hacerlo, tenía que buscar el mejor modo, pues no quería asustarlo y por ello se marchara, me negaba a enfrentarme en solitario a aquel trocito de manera que imponía tanto.

Apagué las luces, dejé solo la iluminación de las velitas que había

encontrado en el baño y colocado de manera estratégica al rededor del tablero. De no haber sido porque íbamos a invocar espíritus, me habría lanzado a besuquear esos labios carnosos y rosados; la ocasión era de lo más romántica.

Le pedí que se arrodillara a mi lado, froté el puntero y a continuación lo coloqué en el centro. Cogí aire y cerré los ojos, sabía que había llegado el momento, por lo que alargué mi mano libre para buscar la suya y sentir su compañía. Le rogué silencio.

—Te pido que no me juzgues, Carlos. Necesito que colabores, que no te rías ni que me tomes por loca. Sí, has oído bien. Loca, con a, de mujer, del sexo femenino.

—¡Ya estamos! —se quejó.

—Carlos. —Coloqué mi dedo índice en sus labios, y noté cómo se alejaba asustado, pero no abrió la boca.

—Empecemos.

Los dos habíamos colocado nuestros dedos sobre el puntero. El juego había comenzado y tenía que ser clara y directa.

—Leo, si estás ahí, manifiéstate. Carlos y yo estamos en tu casa, necesitamos saber que te encuentras bien. Y también, quería pedirte perdón. Nunca tuve la intención de matarte, te lo juro.

Escuché cómo Carlos se tragaba una carcajada, decidí ignorarlo, pues íbamos muy mal de tiempo.

Por arte de magia, aquello comenzó a moverse, y yo a emocionarme. Percibí el modo en el que se me ponía el cuerpo entero con la piel de gallina y disfruté unos segundos de esa sensación.

Se acercaba hacia la letra E, después, a la S, y siguió una detrás de otra hasta que pudimos leer el mensaje que nuestro amigo nos enviaba desde el más allá:

«Estoy follando, no me molestéis».

Lo repetí tres veces, cuando iba a comenzar la cuarta, me di cuenta de que aquel mensaje no era de Leo. Carlos se estaba burlando de mí. Me indigné y al borde de perder la cordura, me encaré a él:

—¡Tú eres idiota! ¿Cómo eres capaz de tomarte algo tan serio a cachondeo? No es un juego, repito, no estamos jugando. Leo ha muerto y hay que encontrarlo.

Lo sé, soné a puta loca, pero era la verdad.

—Leo, son muchos años de amistad, sabes que te quiero, pero no un amor

de que te quiera hacer morder la almohada, no me malinterpretes, que quede claro. Te quiero como a un hermano, y me tienes muy preocupado. Creo conveniente que te examine un neurólogo. Yo te acompaño. Tío, ya está bien con la broma. Si lo que estás es falta de cariño, podemos buscar a alguien, pero deja ya la mierda esta de las posesiones.

Me puse en pie, resoplé, necesitaba calmarme, calmarnos al fin y al cabo. Había que contactar con Leo, fuera como fuere. Y en ese instante, sonó una cancioncilla que salía del teléfono móvil del ex propietario de mi cuerpo. Fui a silenciarlo, cuando vi la cara de una señora, con un gorro de unicornio y el pelo color zanahoria, que enseñaba los dientes. Me asusté, fue una imagen que no esperaba.

«Soy mami, cógeme el teléfono. Soy mami, cógeme el teléfono».

—¿No se lo vas a coger? —me preguntó Carlos.

—¿Es la madre de Leo? —Por el cutre tono de llamada, me daba que sí, pero necesitaba que me lo negara.

—La misma que si no le descuelgas, se presentará en tu casa. Se quedó muy preocupada cuando pasé a recoger la *ouija*.

—¿Es de mi madre? Perdón, de la madre de Leo. —Ya no sabía ni lo que decía; estaba sufriendo una crisis de identidad.

Me explicó la procedencia del tablero. Por lo visto, Leo la tenía enmarcada y colgada en una pared de su cuarto, de cuando vivía en casa de «mi» madre. Siempre la conservó a modo de trofeo, pues era cierto que perdió la virginidad gracias a ese cacho de madera. Y después de dar mil vueltas por la ciudad en busca de una, recordó que su amigo tenía aquella.

«Soy mami, cógeme el teléfono. Soy mami, cógeme el teléfono». Y aquello seguía sonando.

—¿Sí? Mamá... —no me quedó otra que descolgar.

—¿Mamá? —me respondió la mujer zanahoria.

—Dime —solté una palabra ambigua al aire, no quería más sorpresas. Pero si no era su madre, de quién se trataba.

—Nene, que ha pasado antes Carlos por casa. Se ha puesto muy pesado y hasta que no ha conseguido llevarse el cuadro que te regalaron cuando terminaste el curso ese, el esotérico, el que hiciste cuando tu crisis de identidad....

«Mierda, no estaba entendiendo nada de nada».

Tapé el móvil del mejor modo que pude, y miré desconcertada a Carlos, que no paraba de reírse mientras, movía una vela para hacer dibujitos de cera

encima de un plato.

—¿De qué va todo esto? —le susurré.

—Pues si tú no lo sabes... —me respondió.

—¿Quién cojones es la señora con el gorro de unicornio?

—Tu madre.

—¿Entonces?

—Entonces, qué. De verdad que no quieres ir a que te eché un ojo un médico.

—¡¡Dime!! —susurré a voz en grito, confundiendo a «mi no madre».

—No, dime tú. No me envías mensajes, no me coges las llamadas, no vienes a visitarme y tienes la poca vergüenza de mandarme a Carlos a por un trozo de madera lleno de letras y números, que encima, no pega con la decoración de la casa, y ahora, te llamo y me dices «mamá».

—Siempre la has llamado Marta —me aclaró Carlos.

—¿Marta? —pregunté en voz alta.

—Ya vamos entendiéndonos —respondió la indignada, que era la madre de Leo a la que no se le podía llamar mamá.

—Nada, tranquila, que me ha salido un asunto y necesitaba hacerle unas fotos. No te preocupes, todo está bien, ma... Marta —le conté un rollo que no se entendía, pero precisamente por ello, me protegía de posibles meteduras de pata.

—¿Cuándo tienes intención de venir a vernos? —me dijo enfadada.

—En breve, en menos que canta un gallo iré a visitaros. —No tenía claro a quiénes, pero bueno, eso era lo de menos, pues no pensaba llevar a cabo esa visita.

La conversación se estaba alargando más de lo esperado, y la prisa ya no era la misma, en ese instante mi desesperación era mayor. Le colgué y silencié el móvil con la esperanza de que no cumpliera lo que había dicho Carlos. Si la mujer se presentaba en casa, me metería en un lío importante. En la cárcel no iba a terminar, porque por mucho que yo fuera la única responsable de la muerte de su hijo, como no había cuerpo, bueno, haber, lo había, pero hasta dónde yo sé, no encierran a un cuerpo con un alma diferente si ese cuerpo tiene el mismo aspecto de siempre. En cambio, me veía más en la planta de psiquiatría, encerrada en una habitación con las paredes acolchadas y con una camisa de fuerza; con lo poco que me gustaba a mí la ropa ceñida.

—Leo, venga, a qué ha venido eso.

—Lo creas o no, mi cuerpo es el de Leo, pero me llamo Alma. Ya te

conté el otro día. Estoy atrapada en su interior, aunque ahora la situación ha empeorado. Leo ha muerto. —Carlos me miraba desconcertado y yo no pude evitar que empezaran a caerme lágrimas—. Me lancé contra su vecina, y creo que lo he matado, ya no me habla, no está aquí conmigo. Lo echo mucho de menos. Y lo peor es la incertidumbre, necesito que me diga que está bien allá donde esté. Viviré con esta culpa lo que me reste de vida, pero si hay algo que podamos hacer para despedirnos de él, lo haremos. No sé nada de su pasado, como habrás comprobado hace unos minutos. Me encantaría devolverle su cuerpo y encontrar el adecuado para mí, uno con menos experiencia en la vida, algo así como un pequeño cigoto, mi ansiado óvulo fecundado. Suena a locura, sin embargo, era mi destino. Tenía que haber ido a parar al útero de la vecina.

—¡Joder! Sé que me voy a arrepentir, y prefiero no preguntarte nada más. Vamos a invocarle.

—Gracias.

Fue lo único que le dije mientras me limpiaba las lágrimas que no dejaban de resbalar por mis mejillas. No me planteaba si lo decía en serio o por el contrario, se trataba de seguirle el rollo al cuerpo del fantasma de su amigo.

Capítulo 8

Para que mentir. El contacto con el más allá fue un auténtico desastre, no solo no pudimos hablar con Leo, si no que algo debimos de hacer mal, pues al poco tiempo, por un suceso callejero, me tocó compartir piso, aunque en aquel momento todavía no lo sabíamos.

Sí, la suerte seguía burlándose de mí. Iba de desgracia en desgracia y ya llevaba tres días sin escuchar su voz, sin pelearme con él, nada de nada. Y tampoco se había presentado ningún embajador para llevarme de regreso a «casa».

A mí ya casi se me había pasado el ansia de encontrar mi cuerpo perfecto, me convertí en una especie de alma errante arrastrándose en un cuerpo que sabía que no le pertenecía. El objetivo, en caso de no poder nacer, era este, pero es que era tan feliz peleándome con Leo. Discutir nos daba la vida. Y yo, como «buena» amiga, me lo había cargado.

En el fondo, creo que Carlos dudaba de mi historia, si lo hacía hasta yo, sin embargo, había algo que le impedía marcharse y dejarme «solo».

La búsqueda de Leo nos había unido en los últimos días. Que estuviera triste por no sentirlo conmigo, no era impedimento para que, de vez en cuando, admirara el cuerpo de su amigo con verdadero deseo. Hacía un esfuerzo sobrehumano por reprimir mis impulsos sexuales. Fui fuerte y pensé con la cabeza para sacar fuerzas y no perderla lanzándome a sus brazos. Necesitaba a Carlos de mi lado, no importaba que pensara que me había vuelto loco, o loca, porque insisto, que en el fondo no se tragaba mi historia, sin él, estaba convencida de que la cosa podría haberse complicado mucho más.

—Explícame para que yo me entere —me pidió Carlos—. Entonces, intentas decirme que no eres Leo, que llegaste en un bote de moco verde y por un traspie de mi amigo, acabaste en su interior. ¿Es eso?

—Exacto.

—Entiendes que me cueste creerte, ¿verdad?

—Perfectamente, y por eso te estoy tan agradecida.

—Y qué se supone que debemos hacer.

—En eso estoy igual de perdida que tú. Que venga del más allá y que

haya estado muerta muchos años, no me hace saberlo todo. Es más complicado de lo que parece.

—Vale, digamos que te creo, que lo acepto, que me trago eso del Tribunal, de los embajadores, que por otra parte, te han ignorado, porque aquí nadie ha venido a rescatarte, y también... digamos que, podría llegar a creerme que mi amigo ha muerto. Y ¿Qué pinto yo en todo esto? Porque de estos temas no es solo que no entienda, es que a parte de que nunca me han interesado, me dan mal rollito.

—No lo sé, la verdad —respondí elevando los hombros.

Estuvimos sin dejar de hablar toda la noche. Y su curiosidad fue en aumento, y aquello, lo único que provocó en mí, es que despertara algo que en apariencia, estaba dormido en el interior de mi alma. Desde mi llegada al 2018, no me lo había planteado, pero con todas sus dudas, y esas preguntas que ansiaba que yo le resolviera, avivaron mi sed de saber.

«¿Cómo había muerto?».

Sí, parece una banalidad, porque aquí no se trataba de resolver nada, no, tan solo debía, a ver cómo lo digo, pues eso, que mi único objetivo era volver a nacer y en su defecto, ocupar un cuerpo y comenzar una nueva vida a la espera de que volvieran a por mí. Y así estaba siendo. Lo demás no debería importar, pero a mí había empezado a comerme por dentro el no saber.

Los recuerdos de aquel pasado que ya no importaba, cada vez eran más borrosos, porque el día que me presenté ante el gran Tribunal para solicitar mi incorporación a este mundo, la sensación de añoranza de mi vida anterior estaba presente, cuando llegué, aquello se durmió y con Carlos, todo resurgió en una nebulosa extraña.

Haciendo un gran esfuerzo, y uniendo pequeños y fugaces *flashazos*, recordé que antes de morir, tenía pareja, un sentimiento de vacío se apoderó de mí. La pena me alcanzó, sin embargo, no le ponía rostro, solo sé que lo amaba, que por aquel entonces, no podía vivir sin aquel hombre, ahora, sin rostro.

A cada pregunta de Carlos, mis respuestas me generaban más ansiedad. Había descubierto que mi final y mi inicio coincidían en algo, había perdido a los dos hombres que le daban sentido a mi vida. El drama era el motor de mi existencia.

—Molaría descubrir quién eras en tu vida anterior. No me mires así — me comentó Carlos, pues mi expresión de sorpresa cada vez era mayor—. Me encantaría ponerte cara. Entenderás que cada vez que te miro, veo el careto de

mi mejor amigo, que por cierto, ya que estamos, podrías afeitarte un poco.

—No me lo había planteado. Sufro amnesia, solo sé que estaba muerta, pero no alcanzo a visualizar qué paso.

—Y es cierto eso que dicen que cuando estás a punto de morir, ves tu vida pasar como si de una película se tratara.

—Y yo qué sé. ¿Tú me escuchas? Si te estoy diciendo que no recuerdo nada.

—¡Vale, vale! No te pongas así. Y no, por favor, Leo, digo, Alma, no, no empieces a llorar otra vez.

—Pues si no quieres que lllore, no me insistas. Ahora estoy triste, ponte en mi lugar. Cómo te comportarías si acabases de descubrir que no sabes cómo has muerto, que no recuerdas a nadie de tu vida anterior, pero sí la sensación de que los amabas, de que estabas enamorado de un hombre maravilloso y de repente... Todo se terminó. ¿Y si tengo hijos? —Sentí un vuelco en el corazón al plantearme aquella pregunta.

—¡Joder! Dicho así, es un putadón. Yo es que no sé si todo esto es una broma y te estás burlando de mí o es cierto y me he vuelto loco. ¡Y qué coño!, si se trata de eso, pues te sigo el rollo y ya luego acabaré contigo.

—Creo que lo mejor será buscar a Leo, al fin y al cabo, de él nos acordamos.

Cuando parecía que todo había vuelto a la normalidad, y después de una ducha y un afeitado un tanto accidentado, con la cara llena de trocitos de papel higiénico, nos marchamos a la biblioteca municipal. Carlos no le encontraba sentido, pero tampoco podía ponerme pegatas a todas las ocurrencias que tenía. Y ya no era por no llevarme la contraria para que me sintiera mejor, creo que la cosa iba más porque temía que todo esto fuera una locura que estaba en el interior de la cabeza de su amigo y que tuviera un brote psicótico y se lanzara al vacío o comenzara con una masacre indiscriminada, que podría evitar estando con él, y por eso se negaba a abandonarlo.

—¿Qué hemos venido a buscar? —preguntó curioso en la puerta de acceso a la biblioteca.

—Información. Qué si no.

—¿Información? Si se trata de eso, aquí está todo. —Me mostró su teléfono móvil—. ¿Buscamos cómo contactar con un fantasma? ¿Cómo regresar al otro mundo? Dime.

—Dame eso. —Le arrebaté su teléfono—. ¿Explícame cómo funciona?

Aunque parezca ridículo, entiendo que en mis tiempos, estas cosas

estaban al alcance de unos pocos y no tenía conocimiento de que yo fuera de los privilegiados y de haberlo tenido, no recordaba su funcionamiento.

Entramos en una cafetería, mientras desayunáramos, buscaríamos la información. Necesitaba saber si en alguna ocasión se habían hecho públicos más casos como el mío.

La camarera no dejaba de mirar a Carlos y eso a mí me molestaba, nos hacía perder la concentración a los dos. Estaba claro que a él eso de tontear le encantaba y además, se le daba genial, estaba babeando hasta yo.

—¿¡Quieres parar, ya!?! Deja de mirar a la guarra esa, no hemos venido a buscar pareja —me quejé.

—¿Pareja? Ahora sí que tengo claro que no eres Leo. ¿Es posible que estés celosita? —me respondió mirando a la otra.

—Venga, dime cómo podemos hacer la búsqueda, no me aclaro.

Mientras me explicaba cómo se entraba en Google, hice un gesto muy exagerado con la mano y debí de asustar a la camarera cuando llenaba de agua mi copa o lo hizo porque le molestaba mi presencia, pero me mojé hasta las bragas, en el caso de haberlas llevado, pues la ropa interior era la de Leo. Y antes de que pudiera abrir la boca para quejarme, ya tenía de rodillas, frotándome el muslo con un paño, mientras me ponía ojitos, al encargado, un moreno de ojos verdes con carita de niño y cuerpo de superhéroe. Me sobresalté, pero lejos de apartarle la mano, le dejé hacer ante la atenta mirada de Carlos y de la inútil de la camarera seduce amigos.

—¡Ya está bien, Leo! —me gritó un enfurecido Carlos. Cerré de inmediato la boca.

—Perdón, perdón —me disculpé, mientras me arreglaba la camisa.

Cuando regresé de nuevo a la realidad, le di las gracias al afanoso encargado y le eché una mirada de asco difícil de olvidar a la camarera.

—Si necesitan algo más, estaré detrás de la barra —susurró la empleada, a la que le había cogido una manía irracional y que pensó que aquel chico al que intentaba camelarse y yo éramos pareja.

—¿A qué ha venido eso? Te parece normal ponerte a jaderar de esa forma, porque a mí no —me reprendió Carlos.

Estaba claro que aquellos gemidos de placer sobraban, pero a mí me había gustado el modo en el que me intentaba secar el pantalón.

—Mira, he encontrado algo —pretendí desviar el rumbo de la conversación.

—No me cambies de tema, Leo, tío, ¿qué te está pasando?

Comenzamos a discutir, toda la gente que había en la cafetería seguía muy atenta nuestra pelea sin sentido, cuando me sonó el teléfono. Era Marta.

Ignoré la llamada, sin embargo, ella parecía no darse por vencida, en cambio, yo no quería volver a hablar con esa mujer. Al quinto intento, Carlos me aconsejó que le respondiera, y por eso la ignoré, no tenía pensado obedecerlo.

Me estaba poniendo muy nerviosa, necesitaba salir de allí. La búsqueda en el móvil no me ofrecía nada útil, solo tonterías y muchos teléfonos de videntes que aseguraban ponerte en contacto con tus seres queridos del más allá, por un módico precio.

—¿Ves lo que has conseguido? La camarera se ha pensado que somos pareja. ¡Madre mía! ¿Gay? Desde cuándo tengo pinta de eso. Creo que la broma ya ha durado demasiado. Hazme el favor de comportarte como el capullo que has sido siempre.

Estaba en modo *ignoreitor* activado.

Caminaba por las calles contoneando mis caderas toda digna y por detrás, tenía a Carlos gritándome. Y aún se sorprendía de que la gente nos mirara y pensara que éramos pareja, pero es que se comportaba como el típico novio en pleno ataque de cuernos y eso no ayudaba a que creyeran lo contrario.

A mí me dio por reírme, lo que provocó que él se cabreara más, cuando de pronto, al pasar por un portal, sentí un escalofrío extraño, me ardía todo el cuerpo, me estaba congelando. Era como si me hubieran lanzando miles de témpanos de hielo a la espalda y se hubieran quedado adheridos a mi piel, quemándola. Me detuve en seco.

Comenzó a faltarme el aire, alguien intentaba estrangularme y para conseguirlo me presionaba con fuerza en el cuello, era imposible respirar.

«¿Por qué me hacía aquello Carlos?».

Sentía mucho calor en las mejillas y un frío desmesurado en el cuerpo. Un tremendo y horroroso dolor empezó a extenderse por el brazo hasta alcanzarme el pecho, y por unos segundos se me nubló la vista.

—Carlos... —Fui incapaz de terminar la frase.

Invadida por el pánico al comprobar que nadie intentaba matarme, me llevé la mano temblorosa al pecho. Necesitaba aire, pretendía cogerlo por la boca, pero los pulmones se me habían cerrado. La presión que sentía en los ojos terminaría por hacerlos explotar cayendo a mis pies. Cada vez me costaba más mantener la mirada en un punto, y aquel dolor era insoportable.

Estaba sufriendo un infarto.

Caminábamos cogidos de la mano, hacía frío y los guantes impedían que sintiera el tacto de su piel.

El olor a invierno era maravilloso, nunca supe a qué olía, pero algo me decía que se trataba de aquella estación.

—Te prometí que antes de que te marcharas, te iba a llevar a un sitio que nunca olvidarías —me decía aquella voz familiar.

—Te voy a echar mucho de menos. No creo que soporte vivir sin ti. — Las palabras se me escapaban por la boca sin encontrarle el sentido. Solo podía reconocer un gran sentimiento de pena y culpa.

Necesitaba que se girara, quería recordar cada milímetro de su rostro olvidado cuando ya no estuviera conmigo.

—Alma, esta es mi sorpresa —me susurró antes de besarme en los labios.

•••

Todo estaba oscuro, me pesaban los párpados y un ruido intermitente y rítmico me martilleaba los tímpanos.

—¡Leo! ¡Doctor, parece que reacciona! —No pude identificar aquella voz, pero solo confirmaba que no había sido una pesadilla o en su defecto, que el mal sueño continuaba.

—¡Leo, Leo! Apriétame la mano si me estás escuchando. —A él si que lo reconocí, se trataba de Carlos, estaba conmigo, me acompañaba allá dónde quisiera que me encontrara, pero todo apuntaba a que estaba en un hospital.

Abrí los ojos sin esfuerzo, los mantuve de par en par si necesidad de parpadear y al encontrarme de sopetón con aquel foco en el techo, apuntando a mi cara, provocó que me quedara ciega.

—¡Mierda, mierda! ¡Joder! —me quejé mientras intentaba arrancarme todos esos cables que tenía pegados al cuerpo, pretendía frotarme los ojos—. ¡No veo! ¡Qué alguien me ayude!

—¿Qué le pasa, doctor? —chillaba una mujer.

—¿Ciego? —preguntó Carlos.

—Sí, coño, que no veo —les expliqué.

—Tranquilos, no se preocupen, está todo correcto. —Supuse que se trataba del médico, pero vamos, decir que todo estaba bien sin haberme explorado..., me daba pánico que fuera tan acertado en todo.

—¿Cómo que bien? ¿Es usted idiota? ¿Es normal no ver? —me volví a quejar.

—¡Ya ha vuelto! ¡Hijo, tú siempre tan natural y faltoso! ¡No vuelvas a darnos un susto como este! —Una señora, que olía a pastel de chocolate, me lloraba abrazada a mi tronco desnudo. Se trataba de Marta.

—¿Marta? —sonreí, al recuperar poco a poco la visión.

—Macho, otra como esta y el que acaba contigo soy yo.

—Anda, calla, no bromees con esto, Carlos —se quejó la mujer.

—¿En qué año estamos? —pregunté con miedo.

—¡Madre mía! El golpe sí que le ha afectado. Nada, hijo, llevas un par de horas en observación.

Escuchar aquello me relajó, por un segundo imaginé haber estado treinta años en coma, postrada en una incómoda cama de hospital y al despertar, descubriría que los coches eran naves espaciales y que convivíamos con extraterrestres.

—Te esperamos fuera. Y tranquilo, que todo va a salir bien —me aclaró mi amigo acomodado en el borde de la cama.

Y antes de que el médico les despidiera, intenté decirle algo en el oído a Carlos, pero me fue imposible, por lo que me abalancé a hacia él, cayéndome de la cama. Debí de calcular mal las distancias. Conseguí agarrarle del tobillo mientras Marta pretendía levantarme sin dejar de chillar. Yo cada vez apretaba aquella pierna con más ansia, intentando trepar hacia su pecho, pidiéndole que no se marchara, que no me abandonara, que lo quería... Sí, se me escapó aquella desafortunada confesión.

Le había dicho eso como el que pide un vaso de agua.

El silencio se apoderó de la estancia. Carlos sacudió el pie tres veces, y me dio, —entiendo que sin querer—, con la punta de su zapato en la boca. Me provocó una hemorragia labial y la sangre no dejaba de salir. No había sido nada grave, pero la situación parecía más escandalosa de lo que era.

—Por favor, vamos a calmarnos todos —pedía el doctor sin entender qué sucedía allí, en realidad, ninguno lo comprendía.

—Dime que este tarambana y tú no estáis juntos, porque me caigo aquí muerta —reclamaba Marta señalando con su dedo tieso al suelo.

—Puedes estar tranquila. Tu hijo no se ha referido a nada sexual. ¿Verdad que no, Leo? —Carlos intentaba justificar mi confesión, alegando mi bajada de guardia por la medicación.

—¡Hagan algo! Córtenle la hemorragia, mi hijo se desangra. —Ella

continuaba histérica, tapándome la boca con un pañuelo, que minutos antes, había usado para limpiarse los mocos provocados por el llanto de emoción al descubrir que su hijo había regresado al mundo de los vivos, y aquel gesto desesperado, me impedía respirar bien.

El médico, mientras me examinaba, comentó que había sufrido un ataque de ansiedad, y que la falta de aire, al hiperventilar, provocó que me desmayara, y fue cuando me di un fuerte golpe en la cabeza que me dejó sin conocimiento. Mi amigo le explicó que últimamente había estado sometido a mucha presión en el trabajo y que las cosas no me iban del todo bien, que en un par de ocasiones había actuado como si hubiera perdido la razón.

Como era evidente, me negué a contarle nada de lo que me seguía rondando la cabeza, es más, en aquel momento, decidí fingir ser Leo y omití la existencia de Alma. Aquella chica pasó a la historia. Pretendía continuar con mi búsqueda, pero en solitario.

Capítulo 9

Mi gozo en un pozo. De solitario no había nada. Marta se había instalado en el piso de Leo y obligaba a Carlos a venir a diario para vigilarme cuando ella necesitaba regresar unas horas a su casa. Ninguno quería dejarme solo ni un minuto. Hasta habían quitado el cerrojo de la puerta del baño. La intimidad había muerto en aquel hogar.

Era desesperante no escuchar voces en mi cabeza. En lugar de olvidar poco a poco, a cada segundo, mi obsesión por recuperar a Leo iba en aumento. Todos los días eran igual de aburridos para mí.

—Nene, te dejo preparado el desayuno en el salón. Necesito salir urgente y Carlos está de camino. Espero que no hagas ninguna tontería el tiempo que te quedes solito —me gritó Marta desde el pasillo.

—Tranquila, prometo no lanzarme al vacío desde la galería.

Fue decir aquello y unos segundos más tarde, escuché cómo cerraba la reja que teníamos en la puerta de la cocina para salir al lavadero. Suspiré. No podía comprender el miedo que tenían los dos porque acabara con mi vida, si en ningún momento insinué nada parecido; si mi objetivo era nacer. Igual, fue por el diagnóstico del médico, ese que decía que había sufrido un ataque de ansiedad y desdoble de personalidad, aquello les habría activado la alarma. Si no, de qué.

Me aburría en la cama, hambre no tenía, sin embargo, pensé que si me daba prisa, igual podría ponerme a buscar algo que me iluminara y diera luz, pero sobre todo calmara mi desesperación por localizar a Leo antes de que llegara el guardián de Carlos. Estaba convencida de que tenía que estar en algún lugar, no podía haberse volatilizado sin más. Desde que me dieron el alta en el hospital se habían convertido en mis ángeles custodios, no podía hacer nada sin que se enteraran y no me dejaban encender el ordenador, aunque sabía dónde lo escondían.

Mi cabeza no paraba de darle vueltas al tema de Leo, aunque también es cierto, que intentaba analizar el momento de mi desplome en mitad de la calle, ante los ojos de Carlos. Ataque de ansiedad debido a...

Que quisiera saber cómo había muerto, era algo que me quitaba el sueño

y a cualquiera que se encontrara en mi misma situación era lógico que le sucediera lo mismo. Conocer algo de mi vida pasada era muy importante para mí o eso es lo que sentía. Si había dejado huérfanos a unos pequeños, necesitaba saberlo, y también, aquel recuerdo que tuve mientras permanecía enchufada a la máquina del hospital era cuanto menos intrigante. «¿De quién se trataría?». Y por qué me decía aquellas palabras. En aquel momento comprendí por qué cuando te envían a buscar un cuerpo te borran la memoria. Esto era una tortura.

Hice un cálculo aproximado de cuántos años llevaría muerta. Sabía que solo los que hubieran muerto antes de tiempo tenían derecho a solicitar al Tribunal su regreso al mundo de los vivos, por lo que yo debí de morir pronto. Si tenía pareja, mi edad no sería inferior a los quince años y por probabilidad, estaría entre los veinte y los veinticinco. No me daba la sensación de haber sido solo adolescente.

El buscador de internet no me daba lo que yo quería. Busqué accidentes aéreos, ferroviarios. Al no encontrar nada que me aclarara algunas de las muchas preguntas que me venían a la mente, se me ocurrió poner «esquelas», pero tampoco tuve suerte. No recordaba mi apellido, por lo que el cerco en lugar de cerrarse se ampliaba.

Me estaba poniendo nerviosa, me encontraba en un callejón sin salida y no pude seguir con la búsqueda porque escuché cómo se abría la puerta de la calle. Cerré la tapa del portátil y cogí el vaso de leche para disimular.

—¡Buenos días, Leo! —Era Carlos—. No sabía que le hubieras hablado a tu vecina de mí.

—¿A qué vecina? —pregunté sobresaltada.

—A la del niño. Me la he encontrado en el ascensor.

—¿Cómo está? ¿Te ha dicho si está embarazada? —Sentí un vuelco en el estómago y pregunté sin pensar, aquello era estúpido.

—Y por qué iba a decirme eso a mí. Espera, esto es increíble. No me jodas que sospechas que puedes haberla dejado preñada. ¿Leo? Contesta. ¿Tú sabes el lío en el que puedes meterte?

—¡Carlos! ¿Qué te ha dicho? Jolín. Me estás poniendo muy nervioso.

—¿Jolín? Qué mierda es esa.

—Bien. Coño, mierda, hostias. ¿Te vale así? —se me había escapado, no es que fuera muy bien hablada, pero tampoco era de soltar tacos fuertes, así, sin más, que decirlos los decía.

—Leo, ¿te follaste a la vecina? Es que no me lo puedo creer. Y a mí por

qué me metes en tus líos.

Yo no estaba entendiendo nada y su conversación me estaba liando cada vez más. En el caso de haber tenido un pequeño *affaire* con esa mujer, qué problema habría, por qué se ponía así.

—No recuerdo haberme acostado con ella. —No mentía. Podría ser cierto que Leo hubiera tenido algo con la chica y yo no saberlo. Ser la dueña de su cuerpo, no me revelaba ningún dato pasado—. ¿Me vas a contar qué te ha dicho?

—Nada, decirme poco. Más bien ha sido el modo en el que me ha mirado y supongo que no ha sido más explícita porque iba con el niño.

—¡Joder! ¿Recuerdas que me dio un ataque de ansiedad? ¿Verdad? Y supongo que también recordarás que el médico aconsejó que estuviera tranquilo y sin sobresaltos. Pues tu actitud no ayuda.

—¿Te encuentras mal? ¿Sientes taquicardias? —me preguntó mientras me sujetaba de los hombros con cara de loco.

—Ve al grano y deja de preocuparte por mí. —De un manotazo le aparté sus manos.

—Nada, solo me dijo: «¡Hola, Carlos! ¿Cómo está Leo? Hace tiempo que no lo veo». Me lo decía muy nerviosa, movía los ojos mientras me hablaba. Y...

—¿Y qué? ¿Todo este rollo para decirme que has subido en el ascensor con una vecina educada? —pregunté alterada. Carlos era buena gente, pero su forma de comportarse sacaba lo peor de mí.

—Y al abrir la puerta del ascensor, me tocó el hombro, yo me giré y me guiñó un ojo.

—Increíble. La vecina educada quería ligar contigo —lo interrumpí.

—No, Leo, no se trata de eso. Me tocó el hombro y me soltó: «Si ves a Leo dale recuerdos de mi parte. Este finde estaremos fuera».

—En fin. No entiendo tu preocupación.

—No fue lo que dijo ella.

—Carlos, me vas a provocar un infarto —me quejé.

—El niño dijo: «mi mamá está *vululando* y se van de viaje romántico».

—¿Ovulando? Eso es una mierda. ¿No te das cuenta? Una mierda muy *requetegrande*. Gigante. Una fatalidad. —Me puse en pie sin dejar de quejarme, cada vez alzaba más la voz y me coloqué la mano en la izquierdo del pecho. Carlos me miraba asustado. Yo podía contarme las pulsaciones sin necesidad de presionarme en el cuello.

—Tío, no estoy entendiendo nada. ¿Pretendes decirme que tú y esa tía estáis buscando un hijo juntos? ¿Y por eso te jode que se marche con el marido para tener intimidad?

—¿Eres imbécil?

—¡No me jodas! ¿Te ha pagado para que la fecundes? Esto ya es lo más —me confesó entre falsas carcajadas.

—¡Estás enfermo! ¿Cómo me van a pagar por eso? Nada, si te dijo que estaba ovulando es porque no está embarazada.

—Me estás asustando, eso lo dijo el niño. Es evidente que el enfermo eres tú. Tengo que hablar con Marta. Tú no estás bien. Has intentado engañarnos todo este tiempo, pero en el fondo sigues con la misma mierda de antes de terminar en el hospital. Es que cómo si lo viera. Le fuiste con el cuento a la vecina de que necesitabas un óvulo fecundado y esta, que seguro es una pirada, vio el cielo abierto y lo que quería era pasar un rato contigo. Por qué si no, de qué te nombra.

—Carlos, siéntate. Tenemos que hablar. —Le sujeté de la muñeca, tirando de ella para que se colocara a mi lado.

Sin necesidad de arrimarse a mí, cualquiera vería que la respiración la tenía agitada, me sudaban las manos y notaba un peso tremendo en la boca del estómago, me trababa, la boca se me estaba quedando seca y sentía presión en las piernas. La ansiedad había poseído mi cuerpo.

—Leo, no empieces.

Lo ignoré, necesitaba abrirle mi corazón, de nuevo, y esta vez iba a ser muy clara. El hecho de que el hijo de mi vecina, la de Leo, le hubiera dicho eso, cuanto menos era para tener en cuenta. Estaba convencida de que nuestro amigo se había puesto en contacto con ella, eso o que se encontraba en el interior de su cuerpo. Aquel golpe lo que hizo fue sacarlo del suyo y quedarse atrapado en el de ella. Eso era fantástico, no que la estuviera volviendo loca a ella, como lo hice yo con él, si no, que continuara con vida.

Carlos me miraba raro, no se creía ni una sola palabra, incluso, pensó que era un broma que había preparado con esa vecina para reírnos de él. A mí me daba igual lo que pensase, siempre que me ayudara a sacar a Leo de ahí dentro.

Le expliqué mi plan. Había que avisar a la mujer, decirle que bajara a casa y una vez dentro, podríamos hablar con tranquilidad.

Me vine arriba, fui corriendo hasta la cocina, abrí la ventana y comencé a gritar:

—Vecina, vecina. Soy Leo. Vecina, bájame sal.

—¿Sal? Leo, en serio, siéntate a pensarlo, esto no tiene ni pies ni cabeza. Ya verás cuando llegue tu madre.

—Llámame Alma y hazme un favor, avisa a Marta. Dile que nos vamos a dar una vuelta, explícale que me encuentro mucho mejor y que has pensado que sería bueno que me diera el aire. Si luego mi plan no funciona, prometo hacer todo lo que me digáis. Es mi última, nuestra última oportunidad para recuperar a Leo. Si tanto lo aprecias, me harás caso. Leo está en peligro, si se encuentra en el interior de la vecina, no tengo ni la menor idea de qué sucederá con él. Recuerda que ahora yo estoy en su cuerpo, y él lo comparte con otra persona, él no puede meterse dentro de un óvulo porque él no ha muerto, por lo que no le corresponde iniciar una nueva vida. No sé si me explico.

Llegar a esa deducción me asustó. Pero tenía toda su lógica.

—Un segundo. Prométeme que no saldrás de casa, voy a buscarla.

Según salió por la puerta, me tiré satisfecha en el sofá. Sabía que todo iba a solucionarse y recuperaría de nuevo a Leo.

Y como nada me salía bien, parecía que en esta ocasión no iba a ser diferente.

Escuché un susurro, pensé que sería Carlos con la vecina. Alargué el brazo para coger el mando de la tele y sin darme tiempo a reaccionar, vi cómo salía volando. La voz cada vez era más clara y cercana. Juro que no estaba en el interior de mi cabeza, no, alguien me hablaba desde el más allá. En mi intento de hacer caso omiso a la voz, debí de cabrearla, porque yo seguía escuchando: «Ya estoy aquí y no quiero», mientras, los libros salían volando por los aires; la estantería se estaba quedando vacía.

Como es normal, me asusté. Que yo fuera un alma no tenía nada que ver para que el miedo se apoderara de mí. Que un espíritu se dedicara a destrozarse la casa, era lo de menos, porque mi problema venía del lado de los vivos, a ver cómo narices iba a explicarles a mi madre y a Carlos que no había sido yo.

Acojonada perdida, decidí dejar a aquel indignado invisible con su destroza y me encerré en el cuarto. Me senté en el suelo con la espalda pegada a la puerta, pensé que así no podría entrar nadie, cosa estúpida, pues todo el mundo sabe que los fantasmas pueden atravesar las paredes. Y mientras él seguía gritándome que no quería estar en casa, yo le respondía que yo tampoco quería, que si su deseo era marcharse, que lo hiciera y me dejara vivir en paz. Le pregunté si era Leo y sin darme una respuesta, siguió con su queja. Al no

responderme, le pedí una señal, sin embargo, sus señales eran destructivas y se estaba cargando la decoración de la casa; con lo fácil que hubiera sido decirme: «Sí, soy yo, o no, soy Fulanito y me quiero ir».

—Leo, ya estoy en casa. —Mierda, era Marta. Guardé silencio.

Esperaba escuchar sus gritos cuando entrara en el salón y se encontrara con aquel campo de batalla, que el señor Espiritu había decidido regalarnos. Nada, silencio sepulcral.

Temí por mi vida, no porque alguien me asesinara, que eso no me lo planteé. Creía que iba a sufrir un infarto. Me faltaba el aire, tenía hasta ganas de vomitar. El miedo me hacía pensar tonterías. «¿Le habría hecho algo a mi madre?». «¿Por qué no gritaba?». Todas esas preguntas me retumbaban en la cabeza, hasta me puse en pie con la intención de ir a salvarla. Pobre mujer, atacada por un fantasma, y todo por mi culpa.

—Leo, abre. ¿Te encuentras bien? —me decía sin dejar de aporrear la puerta.

—Marta, sí, sí. Ahora salgo. —Respiré aliviada. Seguía viva.

—Deja de hacer el tonto.

—Ahora te explico. —Necesitaba inventarme una excusa para justificar el destrozo del salón—. Estoy buscando un libro, ahora mismo recojo los del salón. Es un libro muy importante para mí.

Menuda excusa de mierda se me acababa de ocurrir, pero era eso o confesarle la verdad y prefería que me tomara por imbécil a que lo hiciera por loca.

Aparecí en el salón, Marta me sonrió y se acercó a darme un beso en la mejilla, yo miraba a todos los lados desconcertada. Estaba todo en su sitio. «¿Lo habría soñado?». «¿En verdad me estaría volviendo loca o loco y siempre fui Leo y Alma jamás existió?». No pude evitarlo y rompí a llorar, me abracé a mi madre. Fue un no parar, y de vez en cuando, de reojo, miraba hacia la estantería donde los libros permanecían en el mismo lugar de siempre.

—Leo, cariño, no te preocupes. Vas a ponerte bien. Te lo prometo. —me decía sin dejar de acariciarme la espalda.

Capítulo 10

Estuve más de media hora abrazada a Marta, sin dejar de llorar, sin embargo, tanto llanto no ayudó a disipar aquellas dudas sobre si todo había sido un sueño, seguían reconcomiendo todo mi ser. De pronto Carlos apareció con la vecina.

—Ya estamos aquí —dijo al entrar sin dejar de mirar con asombro a mi madre—. Marta, te dije que no hacía falta que vinieras.

—Pues menos mal que no te hice caso. Si vieras cómo ha llorado el pobre. No llego a estar y no sé qué hubiera sido de él. No puedo confiar en ti —le recriminó mientras me acariciaba la frente.

—Mamá, perdón, Marta, la culpa ha sido mía. Yo le pedí que te llamara. Quería salir a dar una vuelta.

—Mentira. Sé que mentís. Puedo oler las mentiras a kilómetros. ¿Y esta quién narices es? —preguntó al ver a la madre de Pepe, que estaba en mitad del salón con una sonrisa de oreja a oreja mientras sujetaba una maleta.

Carlos y yo nos miramos, parecía que nos había pillado, de todos modos, mucho olfato no debía tener, pues llevaba más de un mes haciéndome pasar por su hijo y no había sospechado nada hasta aquel momento.

Volví a escuchar la voz y decidí ignorarla, creo que fui la única que pudo oírla, y casi que mejor así, porque de lo contrario la cosa iba a ponerse muy fea. Cerré los ojos como si con ese gesto el problema se fuera a solucionar sin consecuencias. Aunque «mi» madre y mi amigo ya pensarán que estaba loco, la realidad era muy distinta. Sabía que no estaban preparados para escuchar que la novedad de mi enfermedad ahora se manifestaba en un ente ocupa, enfadado y que quería pirarse.

—¡Hola, Leo! —me saludó mi vecina, parecía que se confirmaba que nadie más había escuchado al fantasma.

—¡Hola! —le respondí mientras con el brazo señalaba el sofá para que tomara asiento e intentando disimular que compartíamos estancia con una presencia.

—¿No me vais a presentar? —se quejó Marta.

—¡Hola, Marta, soy Ali! —dijo sin más. Pero a mí no me pasó

desapercibido que supiera el nombre de pila de mi madre. Cada vez estaba más convencida de que Leo se había comunicado en algún momento con ella.

—Encantada, Ali.

Los cuatro nos sentamos en el sofá, y segundos después, mi madre se levantó y se marchó a la cocina. Por fin nos habíamos quedado los tres solos, era ahora o nunca.

—¿Se ha puesto Leo en contacto contigo? —le pregunté sin sopesar el sin sentido de mi pregunta, pues él era yo.

—¿Estás tonto? —me preguntó Carlos.

—Tranquilo. Deja que cuente. Verás, el día que nos caímos en el descansillo de tu puerta. ¿Lo recuerdas? —me preguntó interesada sin asustarse por mi pregunta ni por la queja de Carlos.

—¿Cómo olvidar aquello?

—¡Chicos!, ¿queréis que prepare en un momento algo de comer? —gritó Marta desde la cocina.

—Perfecto —le respondí, pues cuanto más tiempo permaneciera fuera del salón, iba a ser mejor para todos—. Continúa.

—Como os iba diciendo: Aquel día me levanté aturdida tras la caída, me fui a casa y hasta aquí todo normal.

—¿Habéis escuchado eso? —comenté asustada, pues de nuevo, aquella extraña voz volvía a martillearme los tímpanos.

«Ya estoy aquí y no quiero...».

—Leo, ¿de verdad que te encuentras bien? —me preguntó Carlos.

—Deja que siga —le pedí sin apartar la vista del techo, sin embargo, no encontré nada que me pudiera dar una muestra de que hubiera alguien o algo. Lo habría imaginado, por tercera vez.

—Gracias, Carlos. Bien, pues llegué a casa, y todo seguía como siempre, pero... cuando me metí en la ducha... —No pude dejar que terminara aquella frase. Me emocioné, sabía qué nos iba a contar y me adelanté a sus palabras.

—Y... entonces, te tocaste. Y... aquello te sorprendió, porque el que lo hacía era Leo.

Imaginé que le habría ocurrido como a mí la primera vez que nos duchamos juntos. El día que bajó la mano y yo me negué.

—¿Pero qué coño estás diciendo? Júrame que no has dicho lo que creo haber escuchado.

—Carlos, Leo, dejadme continuar —nos pidió Ali sin darle importancia a la barbaridad que acababa de formular—. Como iba diciendo: abrí el grifo

del agua caliente, esperé a que alcanzara una buena temperatura y cuando me giré a coger la esponja, entonces, empecé a escuchar una voz. Pensé que sería la tele, pues mi marido acostumbra a poner el volumen bien alto, no por sordo, si no porque Pepe siempre está haciendo ruido.

—¡¡Leo!! —Me lancé con una efusividad descomunal a sus brazos y comencé a darle besos por el cuello. Aquello era la confirmación de lo que sospechaba desde hacía un rato, y solo podía tratarse de que el alma, desaparecida en extrañas circunstancias de mi amigo, se transfirió aquel día en el cuerpo de la madre de Pepe. «¡Lo habíamos encontrado!».

—¿Te has vuelto loco? —me decía Carlos estirando del cuello de mi jersey con la intención de despegarme de ella.

—¡Quita! Leo, por favor —me decía entre risas la vecina.

—¿No eres Leo? —justo formulé la pregunta cuando salía Marta de la cocina.

—¡Ay, señor! Ya sabía yo que no estabas bien. Con lo joven que eres y ya ido —decía entre lágrimas a la vez que se pasaba una de sus manos por la cara y aguantando de manera estoica el peso de la bandeja donde llevaba la comida. Sin dejar de llorar, vi cómo cogía su teléfono y empezó a marcar.

—Señora, tranquila. Me da que su hijo no está loco, al menos, de estarlo, no es el único —aclaró Ali.

Carlos intentó serenar a mi madre, después de quitarle el móvil le pidió que tomara asiento. Yo estaba ansiosa por escuchar la historia de la vecina, si no estaba Leo en su interior, «¿quién le habló mientras se duchaba?». «Sería el mismo espíritu que me martilleaba y se quejaba».

—Ali, perdona por lo de antes, en cuanto te lo explique, vas a comprender por qué me lancé a tu cuello.

—No lo hagas, no lo entenderá —me pidió Carlos.

—A parte de la voz, ¿has visto cómo volaban objetos? —Quise saber si se trataba del mismo muerto que se había instalado en nuestro piso.

—Confirmado, el que se ha vuelto loco soy yo. Marta, toma, llama y que me ingresen —le dijo Carlos a «mi» madre.

—Primero deberíais escuchar lo que os tengo que decir —interrumpió Ali—. La voz me dijo que tenía que localizar a una chica que se llama Alma. —Carlos y yo nos miramos asustados—. Como es normal, no le dije nada a nadie ni siquiera a mi marido. ¿Cómo iba a confesarle que una voz, que salía del chorro del agua de la ducha, me hablaba?

—No te disculpes, continúa —le pedí.

—¡Qué calor me está entrando! —Marta, abanicándose con la mano, se quejaba.

—Dejadla que siga —les pedí.

Era alucinante lo que contaba Ali. Por lo que decía, alguien del Tribunal se había puesto en contacto con ella. Usaron el medio acuático para contactarla, aunque le explicaron que ellos pretendían comunicarse conmigo. Todo lo que decía era fiel a lo que me había ocurrido, por lo que en ningún momento dudé de su historia, fui la única, porque Carlos y Marta no daban crédito.

Por lo visto, preocupados por no saber nada de mí ni bueno ni malo, hizo que desde hacía semanas intentaran enviarme un mensaje a través de Leo, sin éxito, pues él ya no estaba en su cuerpo. Después de escuchar aquello, mis deducciones fueron que «mi voz» no tenía nada que ver con el Tribunal, y eso me inquietaba más aún. El tiempo se había agotado, algo que ya sospechaba, y mi caso se había convertido en el único diferente hasta ahora conocido por ellos, por lo que las normas, esas que se suponía debía haber aprendido en las clases, y aunque por mucho que me las explicaran a través de Ali para seguir los pasos y regresar al más allá, no iban a servir, —solo en una ocasión había sucedido un caso como el mío, pero pasado un tiempo, no tuvieron forma de contactar con ese alma descarriada—, por lo que no tenían experiencia en ese tipo de vínculos.

Desconocían las consecuencias provocadas por la relación de uno los míos viviendo en el mismo cuerpo que un vivo. Tenían constancia de que algunas almas consiguieron desplazar al dueño original del cuerpo, —como yo había logrado hacer con Leo, sin saber cómo—, pero solo ocurría cuando a esa persona le había llegado su hora, la de morir. Y por fortuna, a Leo nadie lo esperaba en el otro lado hasta dentro de mucho, bueno lo de mucho lo añado yo, por eso de que no soy partidaria de las muertes prematuras.

Y la misión de Ali era localizar a alguien que se llamara como yo y ayudarle a encontrar el camino. Le dijeron que había la posibilidad de que continuara viviendo en el piso de su vecino, pues aunque el registro de mi llegada, antes de perder el contacto, señalaba a Pepe, tras varias averiguaciones, me situaron con Leo. Le hablaron de Marta, la madre del chico. Para no asustarla más, nadie le explicó que la tal Alma, a la que debía encontrar, ocupaba el cuerpo de Leo, pero le dieron todas las pistas para que pudiera dar conmigo. Debería hablar de óvulos y de fecundación, era posible que de este modo, las respuestas le llevaran junto a mí, y por eso, su hijo le

comentó aquello a Carlos, del que también le habían hablado. Sabía que si Pepe escuchaba esas palabras, fingiendo que mantenía una conversación por teléfono con alguien, el niño lo repetiría allá donde fuera; ella conocía bien a su pequeño.

Una vez me encontrara, primero tenía que preguntarme qué había sucedido desde que llegué al lado de los vivos, pues posiblemente, en un momento que ellos desconocían, perdería la memoria, ya no recordaría nada, y a ellos les interesaba conocer todos mis pasos para ampliar conocimientos y descubrir por qué no regresé, o algo así, la chica estaba muy nerviosa mientras nos contaba su experiencia paranormal y no se expresaba muy bien.

Se había convertido en la primera embajadora con vida, ella había sido la elegida y con orgullo aceptó su misión.

A partir de que me localizara, el contador de tiempo se pondría a cero. Por lo que desde ese instante tenía dos meses para conseguirlo. Ni uno más ni uno menos.

Y así fue cómo Ali, Carlos y yo decidimos hacer un viaje, y bueno, Marta también, que sin haberse creído ni una sola palabra, se nos acopló, sé que fue más por la vena madre que le salió que por hacer turismo, pensaría que a nuestro lado nos iba a controlar mejor los brotes de locura.

Ali, involucrada como la que más y bordando su papel de embajadora, nos habló de una médium que vivía en Fuengirola, era amiga de una prima de la vecina de su abuela y que conoció de pequeña. Por lo que decía era alguien muy profesional y estaba interesada en casos paranormales; cosa evidente, ya que se dedicaba a contactar con el más allá. Aseguró que una vez, en su época de adolescente, la visitó para que le echara las cartas y acertó cuando le vaticinó que encontraría el amor. Vamos, no quise discutir con ella que eso no tenía ninguna explicación lógica de vidente, no concretó cuándo sucedería, y tratándose de una chica de unos dieciséis años, tenía un margen de error muy atemporal. Nos confesó que la gente acudía a ella desde muy lejos, incluso, personajes famosos, pues tenía muy buena fama en su campo. Como era nuestra única opción, aceptamos viajar a la Costa del Sol para entrevistarnos con Maliko Beluga Esteban.

Cuando ya tuvimos decidida la hora de salida, Ali se marchó para prepararlo todo, primero tenía que llamar a la bruja y anunciarle que íbamos en camino.

Mientras hacía la maleta, volví a escuchar la voz, y entonces, comprendí que debía tratarse de Leo que, tristemente, al desplazarlo de su cuerpo, lo maté

y cuando hicimos el intento frustrado de *ouija*, lo dejamos atrapado en este mundo. Tenía que llevarlo con nosotros, no sabía si podía dejarlo en casa solo y desamparado, aunque por lo que contaba, muy a gusto aquí no estaba, quería marcharse. Me puse a investigar cómo se podía atrapar a un fantasma.

Capítulo 11

Antes de cerrar la maleta, comencé a gritar al techo de mi habitación, intentaba contactar con la voz, convencida de que se trataba del dueño de mi cuerpo. No tenía muy claro cómo tenía que proceder para llevarlo con nosotros, pero en casa, como ya dije, no quería dejarlo, así que, ante su inexistente respuesta cerré la maleta y salí de mi cuarto.

Según mis investigaciones, para cazar a un fantasma había que aspirarlo y lo único que tenía en casa era un cacharro tipo platillo volante, que reptaba por el suelo, y al golpearse con los bajos de los muebles cambiaba de dirección. Leo lo tenía programado para que se fuera comiendo las pelusas del suelo, todos los días a la misma hora. Me daba que eso no iba a servir, además, mi fantasma lo que pedía era irse, así que entré en el baño y me hice con el secador de pelo.

Justo cuando lo encendí comencé a chillar como una loca, ya que el ruido que hacía el secador era más potente que mi voz.

—¡Venga! ¿Te quieres ir? Pues engánchate a la corriente. ¡Leo! ¡Leo! Ven al baño que el cable no llega al salón —gritaba con una emoción contenida que solo se podría justificar ante los ojos de cualquiera como locura pura y dura.

En mitad de mi discurso fantasmagórico Marta apareció por la puerta, se quedó petrificada, llegué a pensar que estaba viendo al ente, porque permanecía paralizada y de color blanco virginal.

Ella seguía observándome sin apenas respirar, continuaba con la boca abierta. Le sonreí y seguí con mi misión. Si para quedarme con el fantasma tenía que aspirarlo, deduje que para echarlo, sería suficiente con darle mucho aire, pero aquello no funcionaba.

—¡Leo, deja de quejarte y ven! ¡Si te quieres marchar, este es el modo!

—Cariño, por favor. —En cuanto Marta recuperó la movilidad, se empeñó en bajarme el brazo que apuntaba a diestro y siniestro con el secador a máxima potencia, sin éxito, pues mi cuerpo superaba el uno ochenta y ella, aunque no muy mayor, era unos dos palmos más bajita.

Seguimos forcejeando, tanto fue así, que en uno de los giros le enganché,

con la parte trasera del secador, unas plumas que llevaba acopladas en su gorro y se quedaron pegadas.

Ella venga a gritar, yo le decía que se tranquilizara que me iba a espantar a Leo, y como no entendía nada, se ponía más nerviosa y el secador cada vez se tragaba más trozo de gorro sin dejar de hacer un ruidito raro y empezó a oler a quemado.

—¡Leo, hijo, tienes que ir a un especialista! Para, para, me vas a arrancar la cabeza —gritaba pegada, de puntillas y sujetándose con las manos el gorrito.

—Marta, estaba a punto. Es Leo, se trata de tu hijo, está aquí, pero no está a gusto. Me ha dicho que quiere marcharse y este es el modo. Vete a buscarlo, estará en el salón lanzando libros.

—¡Carlos, Carlos! Corre que se ha vuelto loco del todo.

Al escuchar cómo llamaba llorando a mi amigo, desenchufé el secador llevándome pegadas las plumas y también el gorro de lana. Corrí con el brazo en alto como si me persiguiera una jauría de perros rabiosos, tropezándome con el cable, que se me iba enredando entre las piernas a cada zancada que daba huyendo de mi madre. Entré en mi cuarto y cerré la puerta, como habían quitado todos los pestillos para que no pudiera encerrarme, no me quedó otra que atrancar la puerta colocando la mesita de noche y un trozo de cama. Enchufé el aparato y comencé a gritarle a Leo para que viniera.

Mis gritos, el ruido del secador de última generación, a cinco mil revoluciones, levantando por el aire los papeles de la mesita de noche que tenía con mis notas y los berridos de Marta, más los golpes en la puerta de Carlos, amenazando con derribarla si no salía, consiguieron que mi operación de cazafantasma se fuera al traste.

Le di al botón y aquello dejó de funcionar. Antes de poder girarme para abrirles la puerta, Carlos la echó abajo y me dio en la cabeza con el canto de la cama.

—Leo, amigo, te lo digo muy en serio. Tú no estás bien. Dime cómo podemos ayudarte, pero está claro, que así, es imposible vivir —me decía Carlos, muy preocupado, mirando el chichón de mi frente.

—¿Pero qué te está pasando? Si tú siempre has sido un chico muy sano. Nadie en la familia, que yo sepa, tiene ninguna enfermedad mental y tampoco en la de tu padre —se lamentaba Marta llorando a moco tendido.

La situación me daba mucha pena. Yo sabía que no estaba loca, también, que si aquello le estuviera ocurriendo a otra persona, era algo bastante

complicado de creer, pero es que yo era Alma y estaba atrapada en el cuerpo de Leo y era cierto que escuchaba al fantasma. Sabía que terminaría por volverme loca si nadie me creía. Intenté calmarme para transmitirles a ellos una seguridad inexistente en mí. Fingí que había sido una broma y que nunca más se repetiría. Les pedí disculpas y en cuanto abandonaron el dormitorio, metí el tablero de la *ouija* entre mi ropa, bueno, la de Leo, porque yo habría metido un par de vestidos, y volví a cerrar la maleta.

Salí como si nada de aquello hubiera sucedido y antes de irnos, susurré muy bajito que no me tuviera en cuenta que lo dejábamos solo en el piso.

Marta, con un gorro de cabeza de perro, —el de las plumitas terminó en la basura—, llevaba un par de tarteras con comida que había preparado para el viaje, esperaba ansiosa a que llegara la vecina.

Ali tuvo que pedirle a su hermana que se encargara de Pepe, ya que a su marido le contó que se iba a la despedida de soltera de una de sus mejores amigas de la universidad y como él trabajaba no podía hacerse cargo del niño. Cuando resolvió todo, se presentó en la calle con su maleta, la misma con la que había aparecido en casa el día anterior y para sorpresa de todos, llevaba a Pushy en un bolsito con brillantes. A don Manuel lo habían ingresado hacía un par de días, nada importante, dijo, y por ese motivo le pidió que se quedara con el perro alopécico y no le quedó otra que traerlo con ella.

Carlos aparcó encima de la acera, abrió el maletero del coche y fuimos colocando nuestro equipaje. En un principio, se negó a que Pushy nos acompañara, pero Ali explicó que su marido era alérgico y que no podría dejárselo a él, además, le había cogido mucho cariño y no quería separarse del perro.

Ninguno sabía si encontraríamos en Fuengirola a la médium, pero estábamos muy emocionados con esa nueva aventura. Quién nos estuviera observando, seguro que se preguntaría qué hacíamos dos chicos jóvenes con una señora peculiar y con una chica en chandal, que llevaba, en un bolso de diseño, un perro muy feo.

—Una duda que me surge —preguntó Carlos mientras se incorporaba a la carretera—. Si Leo no está dentro de Ali, y tú ya no lo escuchas en el interior de tu cabeza, dónde narices ha ido a parar. No tendría nada que ver el numerito que has montado antes en tu cuarto con el secador de pelo y el fantasma que decías que te hablaba desde el salón, ¿no?

—¿Qué secador? ¿Qué fantasma? —preguntó Ali.

—Mejor no quieras saber. Ahora dice que fue todo una broma. Solo

espero que esto no lo hayáis preparado los dos para tener unos cómplices y fugaos juntos —añadió Carlos.

—¿Yo con Leo? ¿Pero qué dices? —se quejó Ali con las mejillas casi en llamas.

—Yo creo que Leo está muerto —expliqué y Marta comenzó a llorar, no porque pensara que su hijo hubiera fallecido, si no porque estaba convencida que yo, al que creía hijo biológico, me había trastornado del todo—. Pero no os preocupéis porque me he traído la *ouija*.

—A mí esas cosas me dan mucho miedo —se quejó Ali.

—¡Ay, Señor Piadoso allá dónde estés, ayuda a mi hijo! —suplicó mi madre a una estampita que iba pegada en el salpicadero del coche.

—¿Sabes ya dónde tenemos que ir? —me preguntó Carlos y yo no supe qué contestar.

—Pues habrá que ir a Fuengirola. ¿Verdad? —dijo «mi» madre.

—Sí, quedé con ella que cuando estuviéramos cerca, la volvería a llamar —confirmó mi vecina.

Le pedí que se dirigiera al Sur, fue lo primero que se me ocurrió y una vez allí, Ali avisaría de nuestra llegada y nos entrevistaríamos con la bruja que debía resolver mis dudas. Esperaba, al menos, que si no sabía decirme el modo en el que encontrar otro cuerpo, sí me explicara quién había sido en mi otra vida y cómo dejé este mundo y por supuesto, decirnos dónde estaba Leo y si se trataba del fantasma que se había colado en casa.

Paramos un par de veces para que Pushy hiciera sus cosas, y a que le diera el aire. Aunque fuera muy cariñoso y se pasara todo el tiempo dándonos lametones y meneando la cola, parecía que viajar en coche no le sentaba muy bien, porque el pobre, entre lengüetazo y lengüetazo, vomitaba y echaba espuma por la boca sin dejar de sacudirme la cara con los cuatro pelos que tenía en la punta de su cola. «Un encanto de chucho» que no dejaba de quejarse. Igual era que echaba de menos a su dueño y nuestra compañía no le terminaba de convencer.

—Anda, quitadme de encima a esta «rata» —pidió Marta elevando el brazo para evitar que se comiera una croqueta que había sacado de la tartera.

—Tendrá hambre —contesté, pero no debía tratarse de eso, pues empezó a saltar de uno a otro y a golpearse contra las puertas, dificultando la visibilidad de Carlos.

Era como si hubiéramos lanzado una pelota saltarina y fuera rebotando de un lado a otro, hasta que terminó encima del gorro de Marta.

Carlos se quejó, Marta pretendía sacar al perro de su «gorro perro» y Ali y yo no podíamos dejar de reír. Intenté coger a Pushy, pero en un giro brusco de mi madre, el perrillo cayó en la bandeja del maletero y comenzó a aullar. No era un quejido normal, me refiero a perro, no. Se comportaba de manera extraña, muy extraña. Se daba golpes con el hocico en la bandeja y estiraba las patas como si fuera a saltar sin hacerlo. Abría la boca e intercalaba pequeños «guau» con «auuuu», pensé que estaba sufriendo una muerte lenta y dolorosa. Seguía con sus aulliditos de perro enano para terminar con algo que entendimos todos y no era típico de los animales por muy raro que fuera este: «hostias».

—¿Te estás haciendo pasar por el perro? Porque estoy en un punto que ya no distingo la realidad de la ficción. He llegado a pensar que había sido él. Tengo ganas hasta de llorar —se quejó Carlos mientras daba un frenazo con el coche, que a punto estuvimos de salirnos de la carretera. Las tres, al unísono, pegamos un grito. En cuanto vimos que seguía la marcha, nos relajamos y continuamos con la discusión.

—Eso habrá sido el descerebrado de mi hijo que quiere volvernos locos, no ves que no ha parado de reírse con la fresca del cuarto —soltó mi madre.

—Marta, anda, que nosotros no hemos tenido nada que ver, en serio. El perro ha dicho «hostias» con todas sus letras, y porque la hache no suena... —le expliqué.

Carlos puso las luces de emergencia y a continuación se situó en un lado de la carretera, en mitad de la autopista. Se giró hacia atrás para mirarme muy serio, y sin cambiar el semblante, dijo:

—Leo, ¿me intentas hacer creer que el puto perro calvo habla?

—¡Carlos!

No pude contestarle porque una patrulla de tráfico se detuvo delante de nuestro coche.

—¡Ahora, silencio! —nos pidió Carlos—. Solo falta que me detengan.

—¡Buenas! ¿Se le ha averiado el coche? —preguntó uno de los agentes.

—No exactamente —respondió mi amigo.

—¿Necesitan algo? —volvió a preguntar inspeccionando desde su posición el interior del vehículo.

—Verá, el perrito que llevamos está indispueto. Había parado para que mi novia se limpiara, le ha vomitado entera —dijo señalando a Ali, que reaccionó con un tímido saludo hacia la ventanilla.

—¡Hoooola! —dijo el perro y solo yo vi cómo movía la boca.

—Por favor, Leo, ahora, no —me pidió Marta.

—¿Sucedo algo? —nos preguntaba a todos como si quisiera averiguar si alguien estaba retenido en contra de su voluntad, digo yo.

—Nada, nada, le repito que el perrito...

—¡Documentación!

—¡Ay que joderse! —respondió Pushy.

—¿Perdón?

Y cuando menos nos lo esperábamos, el animal saltó y se colocó encima del volante enseñando dientes y gruñendo. Todas nos pusimos a gritar, el agente de tráfico se cabreó y le pidió a Carlos que bajara del coche. Marta se giró para rogarme que arreglara lo que acababa de provocar, acusándome, sin decirlo, de hacerme pasar por el perro parlante.

—¡Pushy, ven, ven con mami! —se me ocurrió aquella estupidez.

—Tranquilo, señor agente, es mi hijo, piensa que es una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre. Un drama familiar —le explicó Marta y ninguno entendimos su estrategia.

—¡Le pedí que bajara del coche! —se dirigió a Carlos, ignorando a mi madre.

—Disculpe a mi hijo. Mire, aquí, tome, vea, lea. Ahí. —Señalaba con el dedo tembloroso a unos papeles que le había entregado a través de la ventanilla.

—¿Qué es esto, señora?

—Ahí le explica que mi hijo es un desequilibrado, que está loco, por eso se comporta de ese modo. Peligroso no es, aunque no puedo negar que estamos viviendo una auténtica tragedia y es muy duro para una madre tan joven como yo tener que pasar por estas situaciones, no se lo tenga en cuenta. En ocasiones se cree también perro, aunque en el informe no lo indique. El diagnóstico vino antes de su nueva locura.

—¡Marta! Lo que me faltaba.

—Queréis callaros —nos pidió Ali.

Después de leer con atención esos papeles, donde diría que estaba como una puta cabra, —aunque no con esas palabras, claro—, nos pidió que continuáramos con nuestro viaje. Yo sujetaba al perro y le susurraba al oído que sabía que había hablado, que no estaba loca y que en cuanto el resto estuviesen distraídos, me dijera de quién se trataba.

Carlos arrancó y mientras intentábamos volver a la normalidad, Marta me pidió que dejara de comportarme como un crío, por lo que mi amigo siguió la

conversación, justo donde la habíamos dejado cuando los de tráfico nos pidieron la documentación.

—Lo del perro, ya os vale, Leo. Repito, no me pienso tragar que un chucho hable, por ahí sí que no paso.

—¡Claro! A qué tiene más sentido aceptar que tu amigo ha muerto y que un alma descarriada habita dentro de un cuerpo que no le pertenece y habéis huido junto con una vecina, que jura haber escuchado cómo el chorro del agua caliente le hablaba, y a la que unos del más allá convencieron de que se tenía que quedar embarazada para que luego, la ocupa del cuerpo de Leo se transfiriera allí. Por no hablar de la médium. Hacer casi quinientos kilómetros para que os explique cómo narices la supuesta Alma tiene que localizar a tu amigo y cederle de nuevo su cuerpo. Eso tiene más lógica que un puñetero y adorable perrito sea parlanchín. Es que vais a terminar por volverme loca a mí. A mis años y que tenga que vivir esto. Ahora, que como sea una broma, no tenéis autopista para correr.

La verdad que la teoría de Marta... Mierda, no, la teoría del perro, el perro podía hablar, estaba segura que conocía toda la historia. Sería un enviado del más allá y su misión era guiarnos, por eso se lo había traído Ali.

Ellos continuaban discutiendo si era más normal que un chucho hablara o que una muerta hubiera matado al dueño de un cuerpo.

Entre tanto, le pedí que me dijera de quién se trataba, pero era un indignado, solo me decía que lo sacara de ahí dentro, cómo si yo tuviera el don de hacer realidad lo que me prepusiera.

—¿No serás el fantasma de casa y te has colado dentro del perrito de don Manuel? —le estaba preguntando cuando Ali colocó su mano de una forma muy delicada y con cero disimulo sobre la mía. Se empezó a aproximar muy despacio a mi oído para susurrarme que ella me creía, que había visto cómo Pushy había dicho aquello.

Al escuchar sus palabras, sentí una paz interior difícil de explicar. Le sonreí a modo de agradecimiento, seguí sonriendo, y creo que aquello le confundió. Se lo tomó como una insinuación o algo, porque se acercó más de la cuenta y con sus labios, me acarició el cuello. Sin saber cómo, algo por mi entrepierna comenzó a tomar vida propia y según se endurecía, buscaba el modo de subir para arriba en el interior de mis calzoncillos; «no debería haber salido con chandal». ¡Me acababa de empalmar! Y eso que a mí las mujeres no me han llamado nunca, pero aquel gesto me emocionó de cintura para abajo y en mi intento frustrado de evitar que alguien se diera cuenta, conseguí todo lo

contrario. El primero en notarlo fue el perro, que, conforme se me «izaba la bandera», saltó debajo del asiento del copiloto buscando un escondite. Se tapaba con las patas los ojos. La siguiente en descubrir mi abultada y vergonzante erección, fue mi querida madre que se giró hacia mí al notar que Pushy estaba debajo de ella.

—No, no. Esto ya es lo último. Leo, hijo, ¿pero qué te ha sucedido? ¿Tú no eras así? Al menos... ¡Ay, qué engañada me has tenido todo este tiempo!

—¿Ahora, qué ha hecho? —preguntó Carlos elevando la vista al retrovisor.

—¿Guarda algo para la noche? —me susurró Ali al oído.

Su propuesta me confundió, pues era una mujer casada y yo pensaba que felizmente casada. En aquel instante, miles de dudas me asaltaron y no podía quitarme de la cabeza que igual Leo y ella mantenían una relación secreta y horas más tarde me pediría que cumpliera con mi obligación de amante, en ese caso, inexperta. Me estaba poniendo muy nerviosa, la erección no menguaba y no sabía por qué, pues lejos de querer hacerle marranadas, me estaba asustando el hecho de pensar que la noche me acechaba y que con nocturnidad y alevosía, lo haría Ali.

—Nada, que el muy cerdo acaba de tener... Que... ¡Ay, qué situación más vergonzosa para una madre! —Se golpeó la frente con la palma de la mano y yo sentí cómo de un momento a otro me iban a salir llamas por los ojos.

—¿No me jodas que estás empalmado? Perdón, Marta, pero es que no entiendo nada —se justificó mi amigo.

—Tranquilo, bastante haces con seguirle el rollo. Bueno, cuando quiera el señorito pensar en otra cosa y eso de ahí se haga chiquitín, seguiremos hablando. —Me señaló a la falsa bragueta *chandalera* que yo presionaba con las manos—. Y a ti te diré que eres madre, tienes un niño, por lo que me ha comentado Carlos y que tu marido no se merece esto.

—Lo sé, y no entiendo qué me está pasando con su hijo —se disculpó sin apartar la mirada de mis manos.

Seguíamos debatiendo si era normal que en un momento así, yo tuviera que concentrar toda la sangre de mi organismo en un mismo punto y que fuera visible para mis acompañantes de viaje. Me sentía ridícula y aunque fuera Alma y esa señora con gorro de perro, en realidad, no fuera mi madre, me moría de la vergüenza. No sabía qué decir y tampoco tenía muy claro que debiera hacerlo. Entiendo que empalmarse era algo involuntario, un acto reflejo, algo fisiológico, era ridículo recriminarme aquello. Para mí habría

tenido el mismo sentido que me hubieran echado la charla por haber estornudado en público. Aunque estar así, por cierto, daba mucho gusto y no podía controlarlo. Además, insisto en que nunca me sentí atraída por Ali, por lo que me era imposible justificar mi empalme.

Sin dejar de discutir, Carlos tomó la primera salida, algo sucedía y yo no me había enterado, todavía mi cerebro no debía recibir el suficiente oxígeno, porque se me escapaba algo y no sabía qué. Mientras, Pushy seguía oculto en su escondite, alargué la mano para cogerlo y con miedo fue asomando la cabeza.

—Creo que será mejor hacer noche en Granada, ya mañana nos levantamos pronto y tiramos para Fuengirola —comentó Carlos y a las chicas, sin incluirme a mí, les pareció estupendo.

Saber que dormiríamos juntos me estremeció, el simple hecho de imaginar a Ali en mitad de la noche metida en mi cama para terminar lo que ella creía que yo había empezado, era espeluznante.

—¿Cómo vamos a dormir? —preguntó mi querida y en esos momentos, temida vecina.

—Tu verás... —respondió mamá, mirándonos a Carlos y a mí.

Marta llamó a un hotel y pidió dos habitaciones dobles, el problema era que no admitían animales. Tuvimos suerte al segundo intento y enseguida encontramos el lugar.

—Vosotros, esperad aquí, no quiero numeritos, entramos Marta y yo a por las llaves. Ali, confío en ti —le dijo Carlos a la vez que le guiñaba el ojo.

Vimos cómo se alejaban y en cuanto entraron a recepción los perdimos de vista. Mi adorable Ali fue directa al grano, se lanzó a mis brazos. Brazos que tenía colgando a los lados como si no formaran parte de mi recién estrenada anatomía.

—Estás cometiendo un error —fue lo único que logré susurrarle, porque no pude reaccionar ni para detenerla.

—Leo, por favor, que a estas alturas me vengas con esto. Siempre me has dicho que te morías por besarme, bueno, tus palabras fueron «comerte toda la boca».

—¿Yo? ¿Cuándo he dicho esa barbaridad? —pregunté indignada y reaccionando a tiempo. Justo detrás teníamos a mi madre y a Carlos.

—Luego hablamos —se despidió y cada uno se marchó a su habitación. Yo con Carlos y ellas con Pushy.

Al entrar, comprobamos que solo había una cama, grande, muy, pero que

muy grande, pero solo una. Los dos nos quedamos mirando como si supiéramos lo que estábamos pensando, y a la vez dijimos:

—¡Ni lo sueñes!

—¡Hombre, no me jodas!

Por mi parte no se trataba de no querer compartir lecho con él. Mentiría si dijera que no me sentía atraída, pero no era algo incontrolable, o ese creía. Podría soportar compartir cuarto con Carlos sin necesidad de marcar un perímetro de seguridad, tan solo temía que una vez dormida, en sueños, se me fueran las manos, y claro, igual eso sería imposible de justificarlo. Alegar que era una mujer en edad de merecer, atrapada dentro de un cuerpo con su pene juguetón y toda llena de pelo, no serviría de excusa. En su caso, creo que su inquietud era la misma, pero porque temería lo que mis manos o boca pudieran hacerle. Según visualizaba lo que podría ser capaz de hacerle una vez dormida, activó a «mi compañero de viaje», y se animó, no tanto como en el coche, sin embargo, ya se estaba poniendo durita, cada vez más. Mi calentón empezó a hacerse visible en mis mejillas, podía sentir la ebullición en esa zona. Lo hacían al mismo ritmo frenético que lo de abajo aumentaba.

Intenté disimular todo lo que pude, no sé si lo logré, pero cuando Carlos comentó que iba a ducharse, el lado creativo de mi cerebro se activó un poco más, y comencé a imaginarlo, sin querer, todo mojado mientras el agua resbalaba por su espalda desnuda, por supuesto, yo estaba dentro con él, por lo que no me quedó más remedio que confesarle que necesitaba hacer algo urgente en el baño. Me excusé y me marché dando saltitos sin dejar de presionarme con las manos en la zona. Fingí que me meaba encima, prefería que creyera que sufría incontinencia urinaria a que sospechara que iba directa a hacerme mi primera paja o al menos, a intentarlo. Necesitaba calmarme, aquello era una locura. Me sentía como si fuera a profanar el cuerpo de mi alma gemela; «¿qué pensaría Leo cuando se enterara?», tampoco tenía por qué contárselo, sería mi secreto. Si el hacerlo daba tanto gusto como el que estaba sintiendo en esos instantes, lo iba a flipar.

Entré al baño como si me fuera la vida en ello. Descorrí la pequeña cortinilla que protegía el interior de la ducha, abrí con miedo, esperaba no encontrar a nadie, pues según se iban desarrollando los acontecimientos, en mi día a día, no podía dejar nada al azar.

Me senté encima de la tapa del inodoro, sin tener muy claro cómo había que proceder. No es que en mi anterior vida hubiera muerto virgen, entendía que no, sin embargo, tampoco sabía si era una experta en esto de dar placer a

algo tan enorme, porque otra cosa no, pero Leo tenía que ser un portento.

Intentando controlar mi respiración, me quité los pantalones junto con los calzoncillos, y con miedo, bajé la vista; ahí estaba ella, bien grande y lustrosa. Me dio la sensación de que brillaba. Acerqué la mano con temor y al sujetarla con tanta fuerza, con la emoción me hice daño. Me quejé. Parecía que empuñara una espada láser. Fui bajando a su alrededor, de manera delicada, la mano cerrada. Mi puño comenzó a subir y a bajar muy despacio, cuando lo hice un par de veces, cogí el ritmo y la velocidad aumentaba sin ser yo consciente, —ya le había pillado el punto—, aquello era coser y cantar. Subía, bajaba y le daba la presión necesaria para que me hiciera sentir más placer. Con los ojos cerrados, comencé a pasarme la lengua por los labios y los jadeos no se hicieron esperar. Para darle mayor credibilidad a mi primera masturbación, no se me ocurrió otra cosa que visualizar a Carlos dándome besitos por el cuello, por lo que me animé más y entre suspiro y suspiro grité su nombre. Mi mano iba a toda leche cuando... la puerta se abrió a la vez que mis ojos. Allí, frente a mí, en mitad del baño, me observaba, con cara de pánico, el gran amigo del alma de Leo. Juro que no fue mi intención, era mi primera vez dándole uso a esa parte de mi recién estrenado organismo y digamos que no nos conocíamos. Sentí una descarga por las piernas y escalofrío me recorrió todo el cuerpo, me puse en tensión, apreté, subí, bajé y zasca.

—¡Hijo de la grandísima puta! Te voy a matar. ¿Para esto me llamas? —gritó mientras se limpiaba la cara y al girarse, con la intención de darme un guantazo, se resbaló. Lo vi saltar por los aires, con tan mala suerte que al caer se golpeó la cabeza con el borde del lavabo. Cayó desplomado en el suelo, a mis pies y yo entré en pánico.

—¡Carlos! ¡Carlos! Lo siento, despierta —le pedía sin dejar de abofetearle. Nada, no se movía.

Salí despavorida hacia la cama, cogí el teléfono y sin pensarlo, llamé a Ali:

—¡Socorro! Carlos no se mueve.

En mi vida había pasado tanto miedo, y prueba de ello fue que abrí la puerta de la habitación, regresé al baño junto a Carlos olvidándome de todo lo demás. Escuché a Ali entrar, y antes de que me encontraran, Pushy me lamía la... «Mierda, con la confusión olvidé vestirme».

—¡Quita, Pushy, no seas cerdo!

—¡Ay, Dios de los hijos invertidos! Ya me olía yo algo. Anda, tápate,

descerebrado, que parece que no tuviste bastante con el espectáculo del coche. ¿Tan mal te educamos? Si a mí me da igual a qué te dediques en tus ratos libres y en la intimidad, pero airear tus actividades impúdicas, no, me niego. Si de adolescente jamás nos diste un disgusto, nunca, nada. Todas las madres decían que menuda era la edad del pavo y yo contigo no la padecí. Te las estás cobrando ahora todas juntas, cabrón, tápate. Miedo me da saber por qué Carlitos ha terminado así, ahí tirado al lado de los testículos de un depravado y me da igual que se trate de mi hijo —me decía sin dejar de pegarme en la cabeza con un gorrito en forma de pato.

—¿Está muerto? —preguntó Ali muy afectada y escuchar aquello hizo que se me paralizara el corazón.

—¿Carlos? —lo llamaba y movía a la vez. Pushy comenzó a lamerle por todas partes, movía la cola y saltaba por encima de su cabeza de lado a lado. El perro estaba también muy nervioso.

—¿Qué lleva en la cara? —preguntó Marta y es evidente que preferí no contestarle, además, el perro alopécico casi no había dejado rastro.

Me levanté para coger una toalla, pretendía lavarle la cara, pero me daba pavor confirmar su fallecimiento, que en ese caso, qué menos que limpiarle mis restos biológicos. Frotarle lo hizo reaccionar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó incorporándose y al ponerse en pie, se rozó la nuca.

—¡Menos mal! —grité emocionada mientras me lanzaba a darle un fuerte abrazo, olvidando de nuevo que iba desnuda de cintura para abajo.

—Toma, tápate, anda. —Marta me ofreció una toalla—. Bueno, ¿Carlos, estás bien? Pues nosotras ya no tenemos nada que hacer aquí. Ali, vamos, habrá que dejar a la «parejita» sola y que hablen de lo que ha sucedido, porque yo me niego a escucharlo. Ahí os quedáis con el chucho.

—No, no, al perro me lo llevo, que si le pasara algo, a ver cómo se lo explico a don Manuel. —Ali se agachó a cogerlo.

Dieron un portazo y antes de disculparme con mi ex amigo, fui a ponerme unos calzoncillos limpios.

La situación era horrorosa, no sabía cómo afrontarla. Yo no lo había llamado, bueno, sí, me refiero a que yo no quería que entrara y me pillara dale que te pego, disfrutando de uno de los mejores placeres hasta ahora desconocidos para mí, porque mira que me gustó. Dije su nombre en alto como podía haber llamado a cualquiera, —la lujuria hablaba por mí— la mala suerte hizo que me escuchara.

Pensé en ignorar el suceso y hacerme la tonta como si nada de lo que había sucedido en el baño hubiera sido real, pero al ver que estaba haciendo su maleta, no me hablaba y se dirigía al baño, lo asalté.

—Perdóname, entiende que fue un accidente. ¿Cómo puedes pensar que yo quería hacer eso?

—¡Quita! La bromita ha llegado demasiado lejos. ¡Que te has corrido en mi cara! Que lo digo en voz alta y me entran arcadas. No, Leo, somos amigos desde hace más de veinte años, pero yo para algo así no estoy preparado. Aparta, no hagas que me arrepienta de esto. —Me empujó y se encerró en el cuarto de baño.

—¡Carlos, abre! ¡Carlos, soy Alma! Estoy desesperada, ya no sé qué más hacer para que me creas. Masturbarme pensando en ti ha sido un error, lo reconozco y te pido perdón, no volverá a suceder. Yo te juro que no sé qué me pasa y el tiempo se agota —le gritaba a moco tendido aporreando la puerta hasta que me dejé caer al suelo, sin dejar de llorar.

Tenía razón y ante eso no me quedaba otra que dejarle hacer. Sabía que cuando terminara de ducharse, recogiera sus cosas, me dejaría abandonada como a una colilla en aquella habitación de hotel.

Comencé a escuchar golpes, venían del pasillo. Antes de que pudiera asomarme para averiguar de qué se trataba, Carlos empezó a chillar dentro de la ducha.

Me sequé las lágrimas y toqué a la puerta, él seguía gritando y como había puesto el pestillo por dentro, no pude acceder. Los ruidos de fuera cada vez eran más cercanos, corrí hacia la puerta y abrí.

Pushy intentaba correr, pero era como si sus patas no le respondieran, porque iba dándose golpes con las paredes, estaba como poseído y no era dueño del control de su cuerpecito pelón.

—¡Leo, coño! Leo, ven —Carlos me gritaba desde el interior del baño.

—Alma, Alma. —Escuchaba a Pushy decir mi nombre.

Dudé hacia dónde dirigirme, pero tenía claro que si el perro había dicho mi nombre, el real, debía ayudarle a él. Cuando ya lo tenía entre mis brazos, empezó a convulsionar, y sin tiempo de reacción, Ali apareció de la nada, también gritando, todos lo hacían y a mí me retumbaban los tímpanos. El resto de inquilinos del hotel comenzaron a abrir sus puertas para deleitarse con el espectáculo.

—¡Leo, corre, corre!! —me gritaba mi vecina huyendo de un gran danés con manchas—. Entra a la habitación.

—¿Qué sucede? —pregunté asustada.

—Dentro te lo explico.

Al intentar pasar, tropezamos con Carlos que huía de algo. Caímos los tres al suelo.

Capítulo 12

En cuanto conseguimos entrar en la habitación, Ali se apresuró a cerrar todo lo rápido que sus brazos inquietos, por el nerviosismo, le permitieron hacerlo.

—¿Estáis bien? —preguntó entre jadeos apoyada contra la puerta.

—¡Joder, no ganamos para sustos! ¿De dónde ha salido el «caballo» ese? —comentó Carlos.

—*Ni idea, es lo malo de permitir animales en un hotel. Nunca sabes qué especie pueden traerse los inquilinos* —respondí para justificar la presencia de aquel ser que galopaba por los pasillos del hotel.

—¡Hostias! —comentó él.

—Hostias, ¿qué? —preguntó Ali.

—*Mierda, Pushy ha desaparecido* —alerté al grupo, pero solo Carlos me contestó.

—¿Qué está pasando? ¿El «caballo» se ha comido al chucho? —volvió a preguntar mirando a Leo que permanecía inmóvil en mitad de la habitación sin hacer gesto alguno.

«¿Se puede saber qué narices hago ahí en medio?». «¡Ay!, no, no, no, no. ¡Ay, ay!».

Era lo único que podía repetir ante la fascinada mirada de Ali, porque Leo, o sea, yo me encontraba como si fuera la reina del ajedrez en mitad de una partida a punto de ser comida por un insignificante peón marrón caca.

—¿Leo, te hizo algo el perro? Responde, hombre —curioseaba Ali pasándole la mano por delante de los ojos, arriba, abajo.

—No, no, no puede ser cierto. Esto sí que no. ¡Joder! Me cago en todo. ¿Leo, me oyes? —preguntaba un asustadísimo Carlos—. Dime que eres Alma, por tu madre, dime que sí.

—¿Me he perdido algo? —preguntó nuestra vecina.

—*Dile que se marche a buscar a Pushy. Que vaya a por Marta.*

Confirmado, el golpe grupal había logrado otra transferencia corporal. Otra locura que no se pudo evitar, más que nada porque ninguno se la esperaba. Había terminado atrapada en el interior de Carlos, ahora compartía

cuerpo con él. Maldije mi suerte. Qué poquito me había durado la exclusividad de un cuerpo, pero por otro lado, reconozco que estaba feliz al comprobar que Leo, mi Leo querido había regresado, un poco aturdido, pero era él o eso esperaba. No estaba preparada para más sorpresas.

—*Calla, no se te ocurra decir nada de mí. Sí, lo sé, es una mierda saber que existo de verdad y más, descubrirlo de este modo. Ni se te ocurra comunicarles que estoy aquí o te tomarán por loco* —aconsejé a mi nuevo compañero, con la intención de evitar llegar a daños mayores—. *Diles eso, que vayan a por Pushy y tú, discúlpate y di que necesitas ir al baño. Carlos, venga, allí hablamos con tranquilidad, pero tienes que saber algo.*

—Necesito saber antes si Leo se encuentra bien —susurró.

—*Está bien, solo que hace tiempo que no estaba en su cuerpo, no hay más. No te preocupes, por experiencia sé que solo es confusión. Nos encargaremos de él más tarde.*

—Perdonad, ahora vuelvo —dijo poniéndose en pie para salir a la terraza.

—*No, al baño, allí hay más intimidad, siempre que echemos el pestillo, claro. No hace falta que te explique por qué* —me reí, pero a él no le hizo ni pizca de gracia.

—Deberíais iros a por Pushy —con esa frase finiquitó la charla con nuestros amigos.

Ali cogió del brazo a Leo y medio a rastras se lo llevó. Ya no teníamos que escondernos para mantener una conversación y necesitaba serle franca y explicarle cómo funcionaba eso de compartir cuerpo, así nos evitaríamos sorpresas en el futuro.

—No era necesario que acabaras dentro de mí para creeros —me aclaró.

—*¿A qué te refieres?*

—Se supone que lo recuerdas todo, ¿no? —me preguntó y sin dejar que le contestara prosiguió.

Me contaba, algo confuso, que cuando entró en la ducha, al abrir el grifo del agua caliente se quemó y justo cuando iba a regular la temperatura con el del agua fría, una voz le habló. De nuevo el Tribunal de Almas, desesperado, contactó con alguien de mi entorno. Estaban indignados con Ali, pues no había hecho nada de todo lo que le habían indicado, salvo organizar un inútil viaje y desvelar la existencia del más allá ante Marta y Carlos, y en vistas de que ella solo quería ligar con el cuerpo de Leo, se vieron obligados a designar un nuevo embajador para mi caso. El mando lo habían dejado en manos de

Carlos, entiendo que antes de saber que yo terminaría en su interior o por el contrario, esta nueva situación habría sido provocada ellos y así, descubrir desde dentro todo lo que yo sentía y todo lo que podía recordar. Estaba claro que me había convertido en un reto para ellos. «¿Terminaría siendo famosa?».

Carlos estaba muy asustado, tras haber tenido su primera experiencia paranormal y sin tiempo para gestionar sus sentimientos, le tocó sufrir la segunda, descubriendo que ahora me encontraba dentro de él.

Me daba mucha pena, nunca imaginé que este chico fuera tan sensible, su apariencia de hombre rudo y desenfadado que pasaba de todo y que no se planteaba nada de la vida, que actuaba por instinto y que le daba todo lo mismo, era solo fachada. Sus preguntas eran profundas y tenía una necesidad de saber que superaba con creces a las de Leo.

Carlos no solo estaba buenísimo, también era hipersensible. Y yo una desgraciada que no podía admirarlo y deleitarme de su cuerpo como antes, salvo colocándonos ante un espejo.

Mi historia cada vez se complicaba más, porque el tiempo corría en nuestra contra, no había embarazada por ningún lado y mi esperanza de vida pendía de un hilo. Ahora que ya no me pertenecía un cuerpo, pasados esos dos meses de prórroga de gracia, una mañana cuando Carlos despertara, todo se convertiría en un sueño o en una pesadilla, pero yo habría dejado de existir.

—Tenemos que conseguir que Leo la deje embarazada —afirmó Carlos. Se le veía muy involucrado.

—*Entonces, eso me convierte en su futura hija, ¿no?*

—Entiendo que sí. Pero no recordarás nada, y por lo que entendí, ninguno de nosotros lo recordará tampoco, así que, todos contentos.

—*Os voy a echar mucho de menos.*

—No es cierto, porque será como si jamás nos hubiéramos conocido, tranquila. Sé que todo va a salir bien. Alguna vez en la vida nos merecemos que las cosas nos salgan bien.

—*Bueno, si lo dices por mí, soy una desgraciada con suerte. Que te mueras una vez ya es tener mala suerte y que te den la opción de regresar es como si te tocara la lotería. Pero ser la primera enviada que acabe atrapada en el cuerpo de alguien, cuando ya se ha agotado el tiempo, es mala pata, aunque más el hecho de que nadie de ellos sepa cómo solucionarlo y cuando crees que vas a hacerlo, averiguas que de nuevo te has equivocado de sitio, eso es de ser muy desdichada.*

—Tenemos que hablar con Leo, él sabe que existes y a Ali le pone él,

esas cosas se notan.

—*Y tanto que se notan, como que me lamió el cuello y pretendía terminar en la cama conmigo, bueno, con Leo, pero eso es bueno. Sabemos que sexualmente le atrae. Y Leo siendo como es, yo creo que no le importará, además, lo hará por una buena causa. Creo que sería su primer polvo justificado y no en beneficio propio* —nos reímos a la vez.

—A Ali no hay que decirle nada. Vale que el Tribunal contactó con ella, pero también es cierto que en ningún momento se comportó de una manera lógica. No dejaba de acosarte. Y según el Tribunal de Almas, parece que no creyó ni una sola palabra.

—*Ahora que lo pienso, igual lo hacía para asegurarse de que era yo y no él. No sé, es una chica muy extraña.*

—Le salva que está muy buena.

—*¿A ti también te gusta Ali?*

—No digas tonterías, bueno, si nada de esto hubiera sucedido y nunca hubiera descubierto que era casada y con un hijo, no te niego que le hubiera entrado alguna noche de esas locas en las que Leo y yo salíamos de caza.

—*Nunca entenderé la facilidad que tenéis los tíos para ir de flor en flor.*

—Bueno, no voy a justificarme, pero cada cual tiene una historia a sus espaldas de por qué se comporta así y nadie es quien para juzgarlo. Tampoco hemos engañado a nadie. Siempre hemos ido de frente con las tías.

—*¿Sois dos despechados? ¿Nunca os habéis enamorado?*

—Creo que deberíamos llamar a Leo. Necesito confirmar que está bien.
—Supe que había ignorado mi pregunta.

Nos pusimos en pie y cogió su teléfono.

Me había quedado claro que no quería seguir respondiendo a mis dudas, y como ya estaba hablando por teléfono, decidí no explicarle en aquel momento que de vez en cuando tomaría el control del cuerpo, opté por no estropear ese momento tan maravilloso que acabábamos de tener y bueno, no lo creí muy necesario, pues ya era casi una experta en eso de las posesiones.

Salimos a la zona de la piscina del hotel, habíamos quedado allí con Leo. Ali nos avisó que se quedaría en su habitación para darle un baño a Pushy, nos dijo que estaba hecho un Cristo. El gran danés lo había secuestrado, no le hizo nada, según sus dueños, sufría un embarazo psicológico. Se dedicaba a secuestrar peluches y zapatillas, en esta ocasión, le parecería atractivo agenciarse como hijo adoptivo a un crestado chino, eso de ser «un sin pelo»

entre los caninos debía de tener su aquel.

Habíamos decidido no decirle a nadie que yo estaba en el interior de Carlos, pues necesitábamos comprobar que Leo se encontraba bien y también, saber hasta dónde recordaba.

—¡Tío! —Según nos vio se lanzó a los brazos de Carlos.

—Leo, ¿eres tú? —Me emocioné al verlo, ahí plantado, tan guapo, tan él. Acababa de anular a Carlos. Hablaba yo a través de su amigo, por lo que no pudo saber que se trataba de mí.

—Eso parece. Qué fuerte todo lo que me ha pasado, incluso, llegué a pensar que todo había sido un sueño, bueno, en realidad, una pesadilla.

—¡Hombre, no creo que todo haya sido malo! —le respondí.

—¿Qué quieres que te diga? Una loca se metió en mi mente. Me despidieron del trabajo, aunque me dijeran que necesitaba unas vacaciones, sé que cuando regrese me estarán esperando con el finiquito. Luego, no contenta con ello, me lanzó a la nada para robarme mi cuerpo. Cómo comprenderás, pena no siento.

—¡Qué hijo de puta, desagradecido! —solté por la boca de Carlos. No pude evitarlo.

Sabía que Leo me había escuchado y para disimular, me giré hacia la piscina, me puse a mirar a unos que estaban sentados en el borde con los pies dentro del agua, y empecé a decirles cosas. Yo creo que en el fondo Carlos se había trastornado, pues no lo escuchaba desde que lo anulé. El disgusto al oír las palabras de Leo me hicieron bajar la guardia y de nuevo, tomó el control, me dejó en un segundo plano.

—*¿Qué narices estás haciendo? Deja de decirles cosas o nos meteremos en un lío. Yo lo hice para disimular* —le grité alterada.

—Ahora no —me susurró—. ¿Pero de qué van? —preguntó, y entendí que él también lo hacía para encubrir mi comportamiento de hacía apenas unos segundos.

—Carlos, qué más te da que estén ahí. Yo lo único que quiero hacer es olvidar. No sabes por lo que he pasado. Lo que viste en mi casa era una minucia con el infierno que viví a solas con ella. Desde que llegó todo ha ido de mal en peor. Es como si tuviera un imán que atrajera las desgracias. Una especie de alma gafe.

Le contaba cosas que para mí no fueron tan espantosas, yo no sé por qué estaba tan negativo. Seguía sin ver dónde estaba el drama en que una Barbie Poligonera se quisiera marchar antes de que se la metiera. O dónde veía ese

buen hombre el problema del bailecito con el chico tan mono del gimnasio. Y bueno, sí, el tema de la pobre mujer del baño, aquello estuvo muy mal por mi parte, pero Leo se lo buscó. Me daba muchísima rabia que le estuviera abriendo el corazón a su gran amigo sin saber que yo lo podía oír todo de primera mano, preferí no contestarle, no quería entrar en una guerra y descubrir el pastel. El seguía despotricando de mí.

—*Le dices tú algo o te juro que ahora mismo poseo tu cuerpo de nuevo y me lío a hostias con Leo. Este a mí no me conoce y no sabe lo que he avanzado en esto de tomar la iniciativa* —me quejé a su amigo—. *Ya puedes lavar mi nombre.*

—Bueno, Leo, tampoco creo que haya sido para tanto. Lo importante es que ya no está dentro de ti y sobre todo y principal, que ya no la escuchas.

—Sí, claro, pero lo peor vino después. Estar atrapado en el interior de un chucho mal oliente, con un dueño que me obligaba a llevarle las zapatillas y a comer potitos de niño fue un castigo horrible.

—*Dile que no se queje tanto, que podrían haberle dado para comer bolas de pienso o peor aún, su dueño ser un depravado y haberlo obligado a chupar mermelada y no de una tostada...*

Empecé a reírme, pero a Carlos no le hacía ni pizca de gracia, me mandaba callar chistando y aquello provocaría que, en breve, Leo me descubriera.

—Hombre, eso debió de ser cuanto menos traumático.

—No lo sabes tú bien. Que me he tirado casi un mes meando en un empapador y qué mal lo pasé con el tema del olfato. Eso creo que fue lo peor, y te lo cuento a ti porque sé que esto no va a salir de aquí, pero tío, era capaz de oler a las perras del barrio que estaban en celo a kilómetros y me tenía que follar los cojines que encontraba por casa, era eso o reventaba. —Carlos y yo soltamos una carcajada—. Se me ponía una especie de nudo doloroso con los dos huevos ahí arriba —contaba sujetándose el paquete.

—Mejor obviemos esa parte. No tengo buen recuerdo del aparato reproductor masculino.

—*No, por Dios, prométeme que jamás le contarás a nadie que me corri en tu cara. Es un tema que no hemos hablado y me gustaría disculparme en cuanto nos quedemos a solas.*

—Calla, coño. Me crees capaz de contarle a alguien que mi mejor amigo me escupió en la cara con la punta de su po...

—*Silencio* —le ordené. Ya me daba igual que supiera que yo estaba el

interior de su amigo, porque después de escuchar lo mal que se lo hice pasar, en ese momento, iba de indignada y no quería saber nada de él.

Lo peor fue darme cuenta que, si al final conseguía que Ali se quedara embarazada, iba a ser mi padre. Menos mal que dijeron que nacería sin recordar.

Justo cuando ya regresábamos a la habitación, sonó el teléfono de Carlos, era Marta. Me quedé de piedra al escuchar lo que le decía.

Comencé a gritarle, él me ignoraba, era como si hubiera dejado de oírme, pero no, sus pulsaciones se iban acelerando; podría ser también por mi estado de nerviosismo, si no hubiera estado dentro, le hubiera pasado un tanque por encima. «¡Cómo me había engañado!». Nunca imaginé que me encontraría en el interior de un traidor. La amistad era lo más importante que había en el mundo, incluso más que la familia, pues al fin y al cabo, ellos te vienen impuestos, pero los amigos los eliges tú sin ser una obligación.

No sabía cómo, pero necesitaba hacerle llegar un mensaje a Leo, explicarle todo y así que pudiera huir. Era una locura, porque claro, si me quería marchar con él, tenía que hacerlo con el cuerpo de Carlos, y como era evidente, si necesitábamos deshacernos del traidor, yo lo tenía complicado. Empecé a ponerme nerviosa y en ese estado era complicado pensar.

Nos dirigimos al comedor, tocaba cenar y mi cabreo lejos de menguar había ido en aumento.

Cuando ya estábamos sentados los cuatro alrededor de la mesa, llegó el camarero y al dejarnos las bebidas lo vi todo claro.

—¿A qué hora saldremos para Fuengirola? —preguntó Ali.

—Tempranito, hija, tú asegúrate de tener a mano el número de teléfono de «la Bruja Lola», odio ir dando palos de ciegos —apuntó Marta y ganas me dieron de echarle a la cara el plato de consomé que Carlos se estaba tomando y decirle cuatro verdades, pero me contuve.

—¿Creéis necesario ir a la vidente? —apuntó Leo, supuse que para él ya nada tenía sentido.

—Lo que tú veas, hijo. Lo que es cierto es que te veo mejor color. ¿Te estás tomando la medicación? —Leo puso cara de circunstancia y gracias a mi velocidad mental, le exigí al *apóstata* Carlos que confirmara que tomaba las pastillas, pues su amigo no tenía ni idea de qué le hablaba.

—No te preocupes, Marta, ya sabes que de eso me encargo yo —respondió el traidor y sentí cómo le dábamos un toque a Leo, en toda su espinilla, por debajo de la mesa.

Como después de la llamada de teléfono y de los miles de insultos que le propiné, sin que nadie más los escuchara, no habíamos tenido ocasión de discutir la errónea decisión de Marta, necesitaba dejarle claro que no estaba de acuerdo con el plan de la vieja gorros horrorosos. Insistí en que si era su amigo, debía hacer algo, más, después de descubrir, en primera persona, que yo existía, por lo que Leo jamás había estado loco. Tenía que inventarse cualquier cosa o me vengaría de él, además, necesitábamos que dejara embarazada a Ali y con lo que pretendía mi ex madre, esa misión iba a ser imposible. Sin embarazo, los dos perdíamos. Me quedaría en su interior cual garrapata lo que le restara de vida, y fuera mucho o poco, le resultaría una condena eterna.

Nada, me ignoraba, incluso llegué a pensar que ya no me escuchaba. Comía, bebía y conversaba de manera desenfadada con todos. Me había convertido en un cero a la izquierda y había sido una ilusión auditiva para Carlos.

—*Diles que después de cenar enviáis a la vieja a sobar y vosotros os vais al café pub ese cutre de ahí, a tomaros algo. Hay que emborracharlos y que me fecunden.*

—Calla —me respondió con la copa en la boca, fingiendo que bebía y así, poder hablar sin que ellos se percataran. Me enfadé. Parecía que había llegado el momento de mi venganza.

Ali seguía con su plan de seducción, no me había vuelto a nombrar, pero se le veía lanzada, aquella noche esa mujer quería fiesta. Le pedí a Carlos que se disculpara, necesitaba hablar con él y por supuesto, que me respondiera, estaba harta de los monólogos. Después de una buena amenaza, me hizo caso.

—*Lo tengo, emborracharemos y drogaremos a la vieja con las pastillas de Leo. Será lo mejor. Cuando se haya dormido que Ali venga a nuestra habitación. Y tú y yo nos salimos a por tabaco, aunque no fumes. No me apetece estar presente. Ahora cuando volvamos a la mesa, ya le estás echando vinito en la copa y brindando. Y pensaré cómo hacerle tragar, sin que se entere, la medicación.*

—¡Joder, Alma! Ya te vale. Actúas como una perturbada —me respondió.

Nada de lo que yo le decía le parecía apropiado, pero el tiempo se agotaba y necesitaba a «mis padres» juntos. Solo esperaba que Ali estuviera ovulando, porque si no, vaya manera de desperdiciar espermatozoides.

Justo al intentar salir del baño entró Leo. Cogió del cuello de la camisa a su amigo y nos llevó contra los azulejos.

—Cuéntame qué está pasando. Carlos, no me jodas. ¿Qué-está-pasando? No te lo volveré a repetir. —Algo nos habíamos perdido, eso era evidente o que lo de la locura le había molado y se trataba de un brote.

—No sé de qué hablas —le respondió.

—*Te juro que no tengo ni idea* —le apunté yo.

Por lo visto a Leo le resultó muy extraño que después de la conversación en la piscina, le hubiera dado la razón en todo, que no hubiera cuestionado nada. Estaba muy sorprendido que le pareciera normal que le contara lo del perro y él no hubiera indagado más. En eso tenía razón, porque yo todavía necesitaba que me resolviera un par de cosillas. «¿Cómo narices había acabado en el cuerpo de Pushy?». No sé, algún cotilleo de don Manuel. Y lo que más le hizo sospechar, dijo que, había sido el modo en el que se miraban él y su madre. No, si al final pensaría que estaban flirteando. Esto ya hubiera sido lo último. Si Carlos intentaba algo con Marta, a la que le había cogido una manía indescriptible, hubiera tomado el control de nuestro cuerpo y sin dudar, hubiera saltado por la ventana.

—Tranquilo, Leo. No hay nada raro. Yo te creo, amigo. No creo que sea lugar para discutirlo. Te doy mi palabra que luego en la habitación, lo hablamos todo. Pero te creo. Relájate y salgamos.

Nada, si después de todo iba a resultar que Carlos le terminaría confesando que el chorro del agua le había hablado y que... tachán, tachán, Alma había cambiado de cuerpo.

Insistí en que debía decirle el plan de Marta, si no lo hacía me iba a vengar de todos.

Llegó el postre y Carlos no había abierto la boca. No había echado vino en la copa de Marta y por supuesto, no había movido un dedo para que Leo se tirara a Ali.

Me enfadé y cuando estaba masticando un trozo de flan de huevo casero, tomé el control, abrí a boca, les mostré a todos hasta la campanilla. Sentía cómo pretendía anularme, y en ese tira y afloja, sujeté con fuerza la cucharilla, enganché todo el flan que quedaba y lo absorbí, lo revolví en el interior de la boca y sin titubear, mirando a Marta empecé a escupirlo.

—¡Qué haces! —gritaron todos, incluso Carlos. Yo me partía de risa mientras le decía que ellos se lo habían buscado.

Nos levantamos, él le pidió disculpas a Marta que intentaba limpiarse la cara con la servilleta. Comenzó a toser, quería fingir un atragantamiento, pero me negaba a que todo mi esfuerzo no hubiera servido de nada. Enganché la

cubitera de los que teníamos en la mesa de al lado, la sujeté con fuerza y lancé el agua helada y el resto de cubitos de hielos, que había dentro, sobre la cabeza de Marta. Otro gorro a la porra y por supuesto, ahora ya podía odiarnos por algo justificado. Que diera gracias que me había tomado la molestia de sacar la botella de vino espumoso que había en el interior.

Carlos salió corriendo, por lo que no pude enterarme de lo que el resto decía ni qué les había parecido el baño glorioso.

—Tienes el don de volver loco a todo aquel que conoces. —Sus palabras me dolieron más de lo que pensaba.

Capítulo 13

La huída del restaurante iba a provocar un antes y un después y ninguno lo sabía.

Comenzamos a echarnos en cara miles de cosas, como si nos conociéramos de toda la vida y los dos estuviéramos hartos el uno del otro, y eso que solo llevábamos unas horas juntos y muy poco tiempo teniendo relación. La necesidad de localizar un óvulo apremiaba más que nunca. Carlos y yo éramos incompatibles. Todo lo maravilloso que había pensado de él, lo retiraba, menos lo de que estaba bueno, eso era innegable.

A cada palabra mía su respuesta se iba subiendo de tono, pretendía amedrentarme, en cambio, yo le intentaba hacer ver que la idea de Marta era una auténtica locura, más encontrándome en su interior. Si hacía lo que la madre de Leo había planeado, todo lo demás ser iría al traste. Había que conseguir por todos los medios llegar a la médium. Cuando parecía que lo había convencido, proseguí con el tema de Leo. Estábamos tumbados en la cama con la luz apagada mirando al techo, pero sin ver nada.

—Alma, me has acusado de traidor, de mal amigo y no te das cuenta que lo que pretendes es mucho peor. No pienso colaborar en eso, lo siento.

—*Pero, tú me dijiste...*

—Sí, tienes razón y no sé por qué lo hice. Estoy viviendo situaciones que hasta para el más cuerdo son una puta locura, es normal que diga cosas sin analizar las consecuencias. Ahora lo he pensado mejor y no me parece corrector que Leo deje embarazada a Ali. No es ético. ¿Qué pasará cuando eso suceda? Ella está casada, tiene un hijo con otro. ¿De verdad quieres nacer en una familia así?

—*No digas tonterías, yo no me acordaré. Lo dijiste.*

—¿Y dónde queda Leo en todo esto?

—*Desde que lo conozco, su objetivo no era otro que acostarse con alguien.*

—Una cosa es echar un polvo, ¡coño!, y otra muy distinta tener un hijo. Es mi amigo, eso es una putada. Alma, entiéndelo.

—*¿Y quién me entiende a mí?* —Comencé a llorar.

De repente la habitación se iluminó, alguien había abierto la puerta.

—¿Alma?

Mierda, mierda. Pillada monumental. Acababa de entrar Leo.

Le pedí a Carlos que me dejara tomar el control de su cuerpo. Podía haberlo hecho yo, pero preferí hacerlo así y al menos, demostrarle a Carlos que quería firmar una tregua y a Leo que era yo de verdad y no que su amigo le estaba tomando el pelo.

Con un poco de esfuerzo lo logré. Las otras veces lo había conseguido gracias a un subidón de adrenalina provocado por un enfado o de emoción, como sucedió en la piscina.

—Leo, ven, siéntate. Tenemos que hablar. No me mires así. Es cierto, soy Alma, pero también está Carlos. Ahora mismo la situación es la que tú y yo vivimos al principio. Él y yo compartimos cuerpo.

—No será una broma, ¿no? —preguntó desconfiado a la vez que se sentaba en el borde de la cama, junto a nosotros.

—Tengo que contarte muchas cosas, pero para demostrarte que soy yo y que no hay nada raro en esto, te diré que el día que nos conocimos, por mi culpa, don Manuel se enfadó contigo. ¿Lo recuerdas? —Fue lo primero que se me ocurrió, pero era algo tan simple que no tenía por qué saberlo Carlos.

Se quedó muy sorprendido. No sabía si era el hecho al descubrir que no me había marchado o por la forma en la que lo miraba, bueno, la manera en la que lo hacía su amigo de toda la vida. Muchas veces me olvidaba de que mi cuerpo no me acompañaba.

Tuve que contarle todo, y cuando digo todo, es todo. Hasta el plan maquiavélico de su madre, eso lo hice a mala leche, quería que tuviera claro que ella no lo creía. Lo que más me costó fue explicarle que había decidido convertirme en su hija. Habiendo vivido tantas experiencias paranormales juntos y por separado, tratar ese tema, aunque para cualquiera fuera una locura, para nosotros no tenía por qué serlo.

—Me sabe mal que ella esté casada, pero es la única salida que le hemos encontrado Carlos y yo. Créeme cuando te digo que nunca hubiera imaginado que podrías llegar a convertirte en mi padre. —Me estremecí al oírme en voz alta decir aquello—. Esta tarde, cuando te escuché hablar así de mí, me sentí muy mal. Aprovecho para pedirte perdón antes de que Carlos se mosquee y me anule y deje de hablar yo.

—Alma, no sigas. Deja que te..., que os cuente —me pidió a la vez que me cogía la mano. Volví a estremecerme.

Aquellas palabras me sorprendieron. Carlos no decía nada y eso era de agradecer. No sabía si había perdido el conocimiento al sentir el contacto físico con su amigo o era porque se limitaba a escucharnos y dejarnos así, disfrutar de una intimidad que no era fiel a la realidad.

Cuando quedó atrapado en el cuerpo de Pushy, tras convivir con don Manuel, unos días antes de que Ali viniera a nuestra casa a contarnos lo del Tribunal, Leo llevaba un par de días viviendo con ella y su familia, por lo que todo lo que allí sucedía y se hablaba, él lo escuchaba y comprendía, que fuera un perro no quitaba para que nuestro idioma no le fuera extraño.

Ali vivía una mentira, en realidad, más que eso, se trataba de una mentira de puertas para fuera. Aquello era un matrimonio de conveniencia y eso era maravilloso. Dormían incluso en cuartos separados y cada uno hacía su vida siempre que no fuera descarado. El marido necesitaba el permiso de residencia y fue el modo en que lo consiguió.

Y lo mejor de todo, era que Leo y ella, hacía mucho tiempo, ya tuvieron algo, fue puntual y fugaz, pero se conocían en la cama, no quise entrar en detalles de por qué no funcionó, me daba igual, no pretendía saber más de la cuenta. No lo supo ni Carlos, que por aquella época tenía novia formal. Lo importante era que si surgía un nuevo encuentro, tenía pinta de que llegaría a buen puerto y más, después de todas las insinuaciones que Ali me había hecho cuando yo era Leo. Él me confirmó que se dio cuenta de todo cuando íbamos en el coche.

También hablamos de lo sucedido en la ducha con el Tribunal de Almas, tanto el caso de Ali como el de su amigo. Parecía que todo iba a solucionarse. Me emocioné al pensar que si todo salía bien, dejaría de ser amiga de ellos, me daba mucha pena, aunque evité mostrarles mi debilidad.

Seguía con su historia, cuando sin venir a cuento y sin dejar de hablar, se me lanzó para abrazarme con fuerza. Mi primer impulso fue plantarle un beso en los labios, deseando pasar a mayores, pero la cordura se apoderó de mí y me limité a pasarle la manita por la espalda. Lloramos juntos.

—Venga, ya vale. —Carlos había recuperado el control. Entiendo que el momento moñas le había parecido demasiado profundo y empezó a asustarse.

—*Gracias* —solo dije aquello. Había sido un detalle por su parte dejar que fuera yo la que le contara la historia a Leo.

Después de llorar, abrazarnos y de tomar la decisión más acertada, nuestro siguiente paso era evitar que Marta hiciera lo que tenía previsto llevar a cabo.

Fue bastante complicado conciliar el sueño, ya que Carlos y Leo se dedicaron a hablar durante horas, al haber estado separados el tiempo que fui dueña absoluta de su cuerpo, parecía que necesitaban ponerse al día. Y luego las mujeres tenemos la fama de hablar con las amigas como auténticas cotorras, pero estos dos habían roto aquel mito.

Me encantaba escucharlos, era como estar viéndolos por una rendija sin que ellos fueran conscientes. Tan a gusto estaban que me daba la sensación de que había dejado de existir para ellos.

Nunca hubiera imaginado que estos dos fueran unos románticos empedernidos, aunque fueran de duros. Que a Leo le gustara el baile, no era ningún secreto, ya que siendo profesor de zumba haría sospecharlo al más despistado, pero que para conquistar a una chica de su instituto, se preparara un baile y Carlos sujetando una radio de esas gigantes, fuera por toda la calle corriendo detrás de ellos, mientras su amigo pegaba saltos, giros y quiebros para declararse sin dejar de perseguir a su enamorada, cuanto menos, era curioso a la par que precioso.

Me enteré de muchas cosas, que de otro modo no me hubiera sido posible. Confirmado: Se olvidaron por completo de mí, que lloraba a lágrima viva emocionada en el interior de Carlos, escuchando sus batallitas de amigos del alma.

Volví a obsesionarme con el momento de mi muerte, necesitaba saber a quién había dejado en este mundo que me obligaron a abandonar y sobre todo, cuánto tiempo hacía de ello.

Quería averiguar si yo también tuve una amiga del alma, y en el caso de ser así, qué había sido de ella.

Mis recuerdos del otro lado, cada vez eran más confusos y aunque tenía muy presente aquella imagen, cuando me desplomé, ya apenas recordaba la conversación.

Qué ganas tenía de que se hiciera de día y poder coger el coche y dirigirnos a la consulta de la médium para que nos desvelara cómo hacerlo y no cometer ningún error. Pero para ello, primero había que deshacerse de Marta.

—*Chicos, siento interrumpir este momento tan precioso. Espero y deseo que más tarde me sigáis contando, pero hay que activar la operación Mamá Traicionera. Arreglamos ese tema o estoy muerta.*

—Yo creo que si le explico a mi madre que ya estoy bien, no lo hará —apuntó Leo.

—Está decidida, puede que todo sea una locura, pero ella no se quedará con los brazos cruzados —nos explicó Carlos—. Está muy preocupada.

—*Podemos probar con algo, pero necesitamos estar coordinados.* —Se me había ocurrido algo brillante, era una idea maravillosa. Mi mente solo estaba puesta en Fuengirola y era capaz de cualquier cosa, incluso, de deshacerme de todos los problemas que fueran surgiendo y amenazaran con truncar mi objetivo. Y Marta era mi mayor problema en esos momentos.

Pusimos en marcha la operación Mamá Traicionera. Lo primero que necesitábamos era neutralizar a Ali, no para hacerle nada raro, eso si que no lo hubiera consentido, iba a ser mi madre, y ya le había empezado a coger cierto aprecio, pero con ella en escena iba a ser complicado ejecutar el plan. Además, sabía que los chicos no hubieran aceptado.

Creíamos tenerlo todo controlado.

Salimos de nuestra habitación, primero fuimos al *parking*, pues Leo recordó que en el maletero había visto la caja de manualidades de Marta, —siempre la llevaba con ella por si se inspiraba y creaba algún diseño nuevo para cubrir su cabeza—, allí dentro habría todo lo necesario. Regresamos de nuevo al hotel, cruzamos el recibidor y entramos en el ala opuesta a nuestro cuarto, ya que ellas estaban alojadas donde se permitían animales. Nos aproximamos a su puerta, teníamos la esperanza de que estuvieran dormidas; en estos casos el factor sorpresa es fundamental. Durante la cena le había robado a Ali su llave sin que se diera cuenta o lo mismo sí lo hizo y esperaba a Leo en la cama, como Dios la trajo al mundo. Visualicé, y en cero coma deseché la imagen; además, Marta estaría a su lado.

—*Carlos, por favor, necesito que todo salga como hemos hablado. Va a ser bastante complicado comunicarme con Leo durante la operación, porque será mejor que no tome el control de tu cuerpo.*

—Ni se te ocurra.

—*Por eso. Yo estaré atenta por si algo se os escapa a vosotros.*

—Esto me parece una locura —se quejó Leo mientras se «calzaba» en la cabeza una media de su madre frente a la puerta de la habitación 215.

—*Carlos, abre* —le pedí.

Estaba demasiado nervioso y no había forma de que sacara la llave correcta del bolsillo de su chaqueta. Más nerviosa me puso a mí y empecé a gritarle.

Los dos estaban lentos de pensamiento y de actuación, por lo que me animé a hacerme con el control de la operación. No sé muy bien cómo se me

ocurrió, pero en un segundo, ya llevaba el mando. El hecho de tener que comentarle todo el tiempo a Carlos lo que quería que hiciera, me sacaba de quicio y más en una situación que requería velocidad y coordinación, y tener que esperar a que el otro me hiciera caso, era frustrante. Ninguno de esos dos páñfilos tenía iniciativa. Saqué la cartera del bolsillo trasero del pantalón. Cogí la primera tarjeta que encontré, fue la del gimnasio como podía haberme hecho con la VISA, me daba igual destrozarla, yo quería entrar en aquella habitación, fuera como fuere. La acerqué a la cerradura y la incrusté en el marco, y con gran maestría y dos giros de muñeca, conseguí que el resbalón de la puerta saltara, dándonos así paso al interior. Sentí una gran satisfacción al descubrir que estaba cualificada para esto de los allanamientos.

—¿Llevas la cinta? —le pregunté a Carlos que asintió sin abrir la boca, pues ya estábamos en el cuarto. Volvimos a cambiar los papeles. De nuevo el que dirigía el cuerpo era él.

El primero en actuar sería Leo. Tenía que acercarse a Ali, presuponiendo que dormía su misión consistía en taponarle la boca, no podíamos permitir que despertara y alertara a todos los del hotel.

Íbamos de puntillas, Carlos alumbraba con la linterna de su móvil, pero no lo suficiente, pues Leo se tropezó con algo, escuchamos un ruido y vimos cómo se abalanzaba hacia la cama a una velocidad que no era normal y cayó contra el cuerpo de Ali.

—Leo, ¿estás bien? —le susurró su amigo y yo le mandé guardar silencio, si no, para qué narices se habían puesto las medias, no tenían que reconocer sus voces y por supuesto, sus nombres.

—*Date prisa, ya no contamos con el factor sorpresa, como es evidente* —le comenté a Carlos, al comprobar que el otro cuerpo se giraba hacia la lamparilla que reposaba sobre el cabecero de su cama, justo hacia donde la linterna apuntaba.

—¿Quién anda ahí?

Leo le tapaba la boca a Ali, aunque nosotros solo distinguíamos un bulto negro. Al principio, cuando se precipitó sobre ella, se revolvió, sin embargo, en seguida se calmó, debió de reconocer la voz y se mantuvo quieta.

En cambio, Pushy no dejaba de moverse, ladrar no ladraba, pero se le había enganchado en la pierna a Leo, supuse que lo habría reconocido y echaría de menos sus polvitos *cojinales* conjuntos, porque estaba ahí dale que te pego, mordisqueando su rodilla.

Al ver que Carlos no reaccionaba y se había quedado paralizado a los

pies de la cama, se me pasó por la mente que igual todo eso había sido una treta para llevar a cabo el plan inicial de Marta y que Leo no pudiera viajar a Fuengirola, por lo que, ante la duda, tomé el control del cuerpo y salté sobre ella.

La mujer debía de haber pertenecido a las Fuerzas Especiales, porque consiguió tumbarnos de un puñetazo, casi sin incorporarse, y eso que Carlos era más alto que Leo, por lo que el uno noventa lo superábamos con creces.

Salió volando para aterrizar sobre nosotros en un nano segundo. Me costaba respirar, se había sentado a horcajadas en mi pecho, y la señora, aunque no gorda, estaba entrada en carnes. Con sus muslos intentaba inmovilizarnos, con decisión y con fuerza presionaba contra mis costillas. Escuchaba los gritos del dueño original de mi cuerpo mientras Marta intentaba noquearnos, —menudo rechazazo tenía—, yo solo sentía cómo una especie de puño americano intentaba taladrarnos la mejilla.

—¿Qué narices queréis? —preguntaba sin soltarnos las muñecas que tenía sujetas con su descomunal puño por encima de nuestra cabeza.

—Marta, Marta, tranquila. No pasa nada —le decía Leo sacudiendo la pierna. Pretendía deshacerse de Pushy, pero pedirles tranquilidad en aquella situación carecía de sentido, pues no había que ser muy inteligente para sospechar que algo malo sucedía. No todos los días entran en tu cuarto dos encapuchados, entiendo.

Haber asaltado, en mitad de la madrugada una habitación, dos hombres con medias colocadas a modo de pasamontañas y con cinta americana y bridas, pues muy tranquilizador no era. Ali tenía los ojos abiertos de par en par y la mano de Leo le cubría la boca, por lo que no podía decir nada. Tampoco se revolvía y aunque pareciera relajada no fui capaz de encontrar una palabra que definiera su estado, y por supuesto que encantada no sería. Era cierto que no se lo había tomado tan mal como Marta, sin embargo, el susto le había hecho envejecer varias décadas de golpe.

Carlos y yo teníamos el labio partido, el ojo hinchado y sin necesidad de hacernos una radiografía, me atrevería a decir que un par de costillas rotas, también. El dolor punzante y agudo era insoportable.

La «Teniente O'Neill» decidió soltarnos las muñecas, se dio la vuelta para abrir el cajón de su mesilla de noche y sin darnos tiempo a reaccionar, se giró de nuevo hacia nosotros que todavía permanecíamos en el suelo. Como el dolor corporal era espantoso, y total, ya nos habían descubierto, no creímos necesario salir huyendo. Y cuando quisimos incorporarnos, sin mediar

palabra, alargó su mano, nos sujetó de las mejillas con los dedos, —aquel gesto hizo que la media, que nos cubría la cara, se rajara de arriba abajo, dejando al aire nuestro rostro— y comenzó a presionarnos a los lados, en los mofletes, como si fuera una madre que intentaba darle el jarabe de ricino a su vástago, por lo que nos vimos obligados a abrir la boca y por arte de *birlibirloque*, ya teníamos descansando, sobre la lengua, el cañón de una pistola. Estaba helada.

—Suéltala, cabrón y enciende la luz, de lo contrario, le reviento el cráneo a tu amigo.

La voz de Marta había mutado, ¿adónde había ido a parar aquella voz de pito estridente y cantarina que tanto caracterizaba a la madre...? ¡Ostras!, Marta se convertiría en mi abuela paterna, siempre y cuando la bestia parda que nos había metido una buena paliza y a la que pretendíamos secuestrar, no nos matara.

—*Carlos, tengo miedo* —le dije con la voz entrecortada.

—Calla, ahora no es buen momento para mantener una conversación y menos para confesiones —me intentaba decir con cierta dificultad, pues él era el que lidiaba con aquel pepino metálico y le estaba provocando un exceso inhumano de salivación.

—*No me callo, pídele perdón, dile que ha sido un error. Por favor, Carlos, estoy cagada de miedo. Si morimos, dime tú qué narices va a pasar. No creo que el Tribunal de almas vuelva a confiar en mí.*

—*Pe-pedone.* —Nada, que no podía articular de manera correcta palabra alguna.

«Harry el Sucio» retiró el arma, con nuestras babas, la besó sin limpiarla y se la enfundó en la cinturilla de su pantalón de pijama de franela.

Todo había sido una espantosa confusión. No sabíamos qué había sucedido, si entendimos mal el número de habitación o qué, pero estaba claro que aquel señor no era Marta y que la ancianilla a la que le había dado un pequeño *parraque* cuando se encendieron las luces, no era mi futura mamá.

Como es evidente, no dejábamos de pedirles disculpas, mi única obsesión era salir indemne de aquella habitación maldita.

—*Carlos, por tu madre y por todos esos polvazos que te quedan por echar en la vida, hay que darle pena. Dile que se trataba de un juegucito sexual guarrillo. Júrale que habíamos quedado con dos pivones. Tienes que ser rápido, la única preocupación de Leo el Lerdo es sacarse de la pierna a esa garrapata con pelo. ¡Venga! ¡Qué nos va a matar!*

La casualidad quiso que aquel matrimonio también tuviera un perrillo de tamaño reducido que hizo que lo confundiéramos con Pushy.

—Señor, le doy mi palabra de que no queríamos hacerles daño. Se lo juro por lo que más quiera. Anoche, en el comedor de este hotel, concertamos una cita con dos señoritas de muy buen ver...

—*Por favor, no seas antiguo. ¿Señoritas? ¿De muy buen ver? En fin... vas a conseguir que nos meta un tiro entre ceja y ceja o mejor, me levantaré y me lo pegaré yo, solo por no oírte.*

—Tú, colócate al lado de tu amigo —le pidió a Leo sin dejar de apuntarnos—. Herminia, querida, llama a recepción y que manden una patrulla.

—No, por favor, ha sido una confusión. Cómo puede pensar que queríamos empotrar a su señora y anciana esposa.

—*Tú eres gilipollas, pero vamos, no hay más. Nos merecemos morir* —le dije indignada a Carlos que no hacía más que soltar por nuestra boca tonterías.

La tal Herminia se levantó para colocarse una bata, no medía más de uno diez, estaba convencida. La observaba muy atenta, cuando comprobé que Ali y Marta, junto a otros alojados, se encontraban en mitad del pasillo presenciando el patético espectáculo, incapaces de abrir más los ojos y la boca.

—¡Ali, Ali! —grité haciéndome pasar por Carlos.

Las dos aparecieron en un segundo en el cuarto.

—Veníamos a por ellas. Ellas, sí, ellas deberían haber estado en esta cama —añadí.

—¿Habéis pensado que me voy a tragar esta patraña? ¿Pretendes que me crea que la idea era mantener algo con esta «señorita»? Pero si podría ser mi madre.

Aquello debió de caerle como un jarro de agua fría a Marta, porque se puso a insultar al pistolero como una loca y le daba golpes en el hombro con un gorrito en forma de luna. Nosotros aprovechamos la confusión y salimos corriendo, detrás nuestra, ellas. Allí se quedaron los dos asaltados. No quisimos averiguar si llegaron a denunciarnos.

Cuando la indignada madre de Leo se creyó que todo había sido un mal entendido, nos dejó de chillar. Ali escuchaba y sonreía. No decía nada más.

—¿A qué ha venido esto? Sinvergüenzas. De mi hijo me lo esperaba, pues está loco, pero de ti... Ay, Carlitos que mala es la amistad ciega.

—Marta, perdona, de verdad que nunca quisimos provocar esto —le hablaba por boca de Carlos—. Leo se ha enamorado de Ali. Deja que os explique.

Siempre pensé que en algún momento me tocaría soltar la historia más surrealista jamás contada para defendernos si alguien nos acusaba de locos, y ese instante ya había llegado. Necesitaba explicar lo de las bridas y el saco gigante que llevábamos con nosotros. De ninguna de las manera quería que pensara que era para su propio secuestro. Todo nos salía mal.

En realidad, no nos habíamos confundido de cuarto, solo que cuando Marta vio que era una cama de matrimonio, regresó a recepción y pidió una con dos camas individuales, de ahí que nosotros no nos hubiéramos enterado del cambio y la tarjeta que robé, había sido desactivada desde recepción. Aquel señor y su mujer, a los que dimos un gran susto, casi tan fuerte como la paliza que nos había propinado el marido a Carlos y a mí, era un comisario y de ahí que fuera armado.

Todo aquel mal entendido retrasó nuestra huída hacia Fuengirola, sin Marta. Sus intenciones todavía continuaban en pie y aunque aquello ya no me preocupara tanto, pues teníamos plan B, me inquietaba el hecho de que siguiera empeñada en internar a Leo.

Estaba convencida de que su hijo había perdido el juicio, que siendo sinceros y con el corazón en la mano, había que reconocer que cualquiera se hubiera comportado del mismo modo. Alguien le habló de un centro especializado en tratar locuras «especiales» y en aquel lugar había pacientes que juraban ver fantasmas, y por eso había pedido parar en Granada, el sitio estaba cerca de las Alpujarras.

Por un instante me pareció interesante acudir al sitio, por qué no, lo mismo estaba repleto de almas como yo, atrapadas en gente normal, como Leo o Carlos. Era muy probable que el mundo estuviera plagado de locos cuerdos que compartían su existencia con pequeñas Almitas que si hubieran atendido a las clases de los embajadores, ya se habrían reencarnado, pero por alguna circunstancia ajena a a ellos, los habían encerrado. O igual eran locos de verdad, y tenían alucinaciones, creían ver fantasmas o escuchar voces del más allá, por lo que si no íbamos, nunca lo podría averiguar.

—Está bien, Marta, iremos —le pedí a Carlos que le dijera que aceptaba acudir al centro, pero había condiciones.

Leo se quedaría con Ali en el hotel, para Marta no tenía lógica, en cambio, para mí el único sentido de ir allí, lo tenía si era yo la que visitaba el

lugar. Necesitaba que ellos se fueran conociendo mejor, porque haber echado un polvo rápido y casi olvidado, hacía años, no implicaba que ahora fuera llegar y besar el santo, en ese caso, fecundar el óvulo. Cuando decía: «conocerse mejor» quería decir que se acostaran cuanto antes. Y yo quería averiguar si había más de los míos.

Capítulo 14

Así hicimos. Leo se quedó con Ali y nosotros nos dirigimos al Centro. Le explicamos que era mejor acudir a la cita solos, inspeccionar el sitio, y mantener una charla con el doctor sin que Leo estuviera presente. No tenía lógica dejar allí a su amigo sin antes echar un vistazo y ver cómo funcionaba todo. A Marta le pareció bien. En realidad, jamás se me pasó por la cabeza que se le internara, pues yo era real.

Mientras Carlos conducía, le fui contando cosas, me encantaba hablarle cuando estaba de buenas, aunque era un poco aburrido hacerlo sin que él pudiese contestarme, —llevábamos a Marta al lado y teniendo en cuenta al sitio que nos dirigíamos, no era momento de desvelar que ahora «el loco» era Carlos—. No era lo que yo había soñado cuando visualizaba ese momento, el de intimar algo más con mi yo exterior y más, después de la ducha rápida de aquella mañana.

Comencé rememorando el instante en el que Leo y yo nos conocimos. Sé que le hacía gracia las cosas que le contaba, pues se le había instalado una sonrisa perpetua y aquel gesto me hacía sentir genial. Él callaba y fingía escuchar a Marta que iba despotricando y riéndole por el suceso de hacía unas horas, en el cuarto del comisario, y por haberle echado a perder sus herramientas.

Yo seguía con lo mío y le expliqué que aunque no recordara nada de mi vida pasada, gracias a su interés, cuando me acompañó a la biblioteca, había reavivado mi necesidad de saber. Que solo cuando mi desmayo, en mitad de la calle, con la amenaza de infarto que luego resultó ser ataque brutal de ansiedad, había tenido mi primer recuerdo. No sirvió de nada, pero sin sus dudas de quién había sido en mi vida anterior y qué me había sucedido, no me habrían llevado a aquel momento del pasado. Valió de poco, pues que una voz me resultara familiar durante el recuerdo, no significaba nada, no pude verle el rostro. En cambio, me hizo ilusión saber que por aquel entonces amaba a alguien y por lo que pude entender, él a mí.

Lo pensé un par de veces, y decidí que ese momento era el indicado para pedirle disculpas por haber hecho lo que hice en toda su cara. Sabía que no me

diría nada, ya que no era lugar para ponerse a discutir en voz alta nada de lo sucedido. Me daba muchísima vergüenza sacar el tema, pero lo hice. Tampoco podía negar que me encantaba como hombre, aunque en el fondo, mi mayor miedo era averiguar, o más bien, confirmar que mis sentimientos eran mucho más profundos que una simple atracción.

Me había puesto tan profunda que me vine arriba y le confesé que desde el primer momento en que lo vi, cuando Leo abrió la puerta de su casa y me topé con su cara, me sentí atraída por él. Me encantaban sus ojos, aunque ahora uno de ellos pareciera el de un boxeador. Ese color indefinido de iris entre gris, verde y amarillo, le daban un toque exótico y cuando sonreía, me volvían loca los dos hoyuelos que se le hacían en la mejilla. Y en ese instante sentí cómo un fogonazo se instalaba justo «ahí», creo que se había ruborizado, y con disimulo desvió la vista hacia el retrovisor para comprobar cómo se le formaban.

No sé por qué lo hice, pero sentí la necesidad de revelarle que me moría de ganas porque me rozaran esos mechones que le caían por la frente y solían escapársele después de haberse hecho la coleta. En una ocasión, siendo yo Leo, se acercó y pude sentirlos, al igual que el aroma que su piel desprendía y que, afortunadamente, ahora, olía todo el tiempo.

Él se reía de vez en cuando. Marta se había dormido, tener los ojos cerrados y roncar como si nos fuera a absorber de un momento a otro, nos lo confirmó.

—¿Sabes que esto es una locura? —me preguntó pasándose la mano por la frente, retirando los mechones.

—*Locura o no, el hecho de haberme dado cuenta de que cabe la posibilidad de que esté enamorada de ti, es horrible.*

—¡Anda, ya! No puedes estar enamorada de mí. Tú eres yo y yo soy tú.

—*Bueno, para eso hay un diagnóstico. Seré una narcisista. Pero no puedo dejar de pensar en ti, en tu voz, en tu cuerpo... Y más, después de lo que ha sucedido esta mañana al salir de la ducha. Me decepciona saber que a ti no te pasa lo mismo.*

—No es momento, entiéndeme, además, pensar en eso me hace sentir ridículo. Créeme que besuquear un espejo, estando completamente desnudo, cuanto menos ha sido... En fin, vamos a dejarlo —me pidió que no siguiera, creo que habíamos empezado a sufrir una pequeña erección por mi culpa, y si Marta se hubiera despertado en aquel momento, nos habríamos estrellado, pues estábamos seguros que nos habría dado una buena colleja.

Habíamos llegado al psiquiátrico. Aquel lugar daba miedo. Me sentí fatal al pensar que Marta pretendía dejar abandonado en aquel sitio a su hijo. Era una mansión y tenía pinta de estar abandonada, un enorme jardín con árboles muertos presidía la entrada principal. No podía identificar el color de la fachada del edificio, pues estaba cubierta por unas enormes enredaderas verde oscuro que era lo único vivo de aquel lugar. El resto impresionaba por la ausencia de vida y el olor a humedad estremecería hasta el más fuerte.

—Marta, hemos llegado —Carlos la avisó, pues seguía dormida.

Aparcó el coche debajo de un pequeño y destartado techado, junto a otros vehículos. Bajamos con miedo. Marta no decía nada, pero supuse que se sentía fatal al ver todo aquello.

—Si quieres nos marchamos y esto nunca ha sucedido —le comentó el amigo de Leo.

—*Ni se te ocurra, ya puedes quitarte esa idea de la cabeza. No te has enterado de nada, hemos venido por mí, no para internar a nadie. Pareces tonto* —le recordé.

Entramos en el edificio y al ver la recepción nos detuvimos en el mostrador. Salió a recibirnos una joven un tanto extraña, no sabría decir el porqué, pero los dos nos estremecimos a la vez. Era como una presencia. Mirarla a los ojos daba escalofríos.

Nos mandó subir a la segunda planta, advertí a Carlos que si había que hacerlo en ascensor, se lo fuera quitando de la cabeza, aquel lugar debía haberse construido hacía siglos y posiblemente, el ascensor lo manejaban unos enanos con una polea.

No hizo falta sentarnos en la salita de espera, la puerta de la consulta estaba abierta y una voz grave y ronca nos llamó. Entramos sin más.

—Tomen asiento.

Si la mujer de recepción daba miedo, aquel señor parecía recién salido de lo más hondo del Averno.

—*Esto es una locura. Me da la sensación de que no vamos a salir con vida de este lugar* —le susurré con miedo a Carlos, aún a sabiendas que nadie más me escucharía.

Nos explicó que allí seguían un programa en el que al paciente se le dejaba hacer a su antojo lo que su mente le pidiera. La gran mayoría llegaba de la mano de algún familiar desesperado, porque en otras clínicas no les ofrecían solución.

Nunca nombró que hubieran pacientes como Carlos, pero escuchó muy

atento a la historia que Marta, entre lágrimas y muy afectada, le contaba a aquel doctor sobre Leo.

—Entiendo que este muchacho de aquí no es su hijo —comentó atravesándonos con la mirada.

—*¡Vámonos!, creo que me ha descubierto* —le pedí muy asustada, pensé que no nos dejaría marcharnos.

—Mi hijo se ha quedado en Granada con una amiga. Preferimos venir primero nosotros. Él es el mejor amigo de Leo y ha vivido este tema en primera persona. Es mi único apoyo en estos momentos tan dramáticos.

—Entiendo. Pues si lo prefieren, para adelantar, denle todos los datos a Dolores, la mujer de recepción y ya cuando regresen con el enfermo, es solo proceder al ingreso. Aquí lo *cuidaremos* muy bien.

—¿Podemos ver las habitaciones? ¿El comedor? ¿Tendrán un gimnasio o algo? Mi hijo suele hacer deporte todos los días.

Carlos le apretó el muslo a Marta, pretendía decirle que se callara, él también quería marcharse cuanto antes de allí. Nos pusimos en pie, nos despedimos y antes de salir, nos pidió que cerráramos la puerta al irnos.

Nada más abandonar la salita de espera, en el pasillo, nos topamos con el comisario y su pequeña esposa, Herminia. Por inercia, Carlos se rozó el ojo hinchado y tragamos saliva a la vez.

«¿Qué narices hacían allí?».

—¿Nos estáis siguiendo? ¿No tuviste bastante? —nos dijo apretando el labio y la mano sin dejar de mirar a nuestro ojo morado y deforme.

—No se preocupen —se disculpó Marta—. Hemos venido a ver si tenían un hueco para mi hijo.

—Ni se le ocurra —le susurró el señor comisario—. Hábleme como si nos conociéramos y salgamos de aquí. En la calle les pondremos al día. Este lugar no es lo que parece.

Bajaron con nosotros, y justo cuando la tal Dolores nos avisó de que tenía toda la documentación preparada para que la firmáramos, nos disculpamos con ella, diciendo que en seguida volvíamos, que nos habíamos encontrado con un matrimonio, amigo de la familia y que después de charlar mientras paseábamos por el jardín, dejaríamos todo solucionado.

Herminia no podía dejar de llorar, contarnos su experiencia, más concretamente, la de su nieta, le hacía sentirse mal. Nos rogaba que no ingresáramos allí a Leo, vale que eso no iba a suceder, pero queríamos saber el motivo. Sin decirnos qué era lo que ocurría en la clínica y el porqué no era

buen lugar, continuó explicándonos la historia de la chica que habían internado en aquel hospital.

Su nieta, un sábado por la noche, después de una fiesta, llegó a casa gritando, no sabían si alguien le había echado algo en la bebida, —la mujer se quejaba de que la juventud no sabía divertirse—, por lo visto, la chica hablaba sola y gritaba sin dejar de mirarse al espejo. Pedía que sacaran a alguien de su cabeza. Sus abuelos no entendían nada. Lo que más les llamó la atención de sus palabras era que ella insistía en que no estaba embarazada, y claro, nadie le había preguntado, y por supuesto, sospechado, pues su abuela hacía hincapié en que cómo iba a pasar algo así si su nieta tan solo tenía quince años cuando aquello sucedió.

La llevaron a urgencias, allí le administraron un calmante, pero su situación en lugar de mejorar, a cada día que pasaba empeoraba más. Visitaron a miles de especialistas, se gastaron una cantidad indecente de dinero y ella lo único que decía era que no quería quedarse embarazada y que le sacaran a la voz de su cabeza.

—Un drama. Lo peor de todo es la impotencia que sientes al comprobar que nada de lo que hagas podrá ayudarla. Y es que esa chiquilla ya había sufrido bastante cuando perdió a su madre en aquel lago. Mi hija siempre fue muy decidida, mira que dijimos que no fuera con aquel chico. El lago estaba helado, aquello fue un suicidio.

—Herminia, no llores, nosotros hemos hecho todo lo que hemos podido. Ahora, nuestro único objetivo es sacarla de este sitio, pero no sabemos muy bien por qué no quieren que nos la llevemos —nos explicó el comisario—. Le han dado por desahuciada, aunque tenemos la seguridad de que ella ya está curada.

—¡Ay, todos los pelos de punta que tengo! —le dijo Marta—. Eso mismo que cuenta le sucede a mi hijo. Y por eso hemos acabado en este lugar. Aunque desde ayer ya no se comporta como si estuviera loco.

—¿Dónde está su nieta? ¿Podríamos encontrarnos con ella? —Necesitábamos hablar con la chica y explicarle que no estaba loca, igual así, mejoraría.

—Pues la tienen en el ala de peligrosos. Dicen que temen por su vida. Mi niña, pobre. Yo ya no puedo más. El doctor dice que si no la tienen sedada intentará acabar con todo. Y no sabemos cómo ayudarla.

—Entonces ¿dice que su hijo ya no escucha esa voz? —preguntó el hombre.

—Un segundo —interrumpió Carlos.

Salimos al exterior, no era lugar para ponerse a discutir él con «él mismo».

—*Coge el móvil, hazme caso* —le rogué. Pretendía tener una conversación a solas y no quería sorpresitas.

—Este sitio me pone los pelos de punta —me comentó mientras fingía hablar con alguien al otro lado del aparato.

—*Está claro que esa chica tiene en su interior a alguien como yo, aunque debió de tocarle uno sin tacto, y luego vosotros os quejáis de que estáis hartos de mí. Por lo que cuenta, le soltaría a bocajarro que dónde estaba el óvulo. Digo yo.*

—Me está entrando un miedo que no creo sea necesario explicar —me confesó sujetando con fuerza el teléfono mientras lo apretaba contra la oreja.

—*Hay que rescatarla. Nos la llevamos a Fuengirola. Venga, entra y díselo a mi padre.*

—¿Tú qué?

Era cierto, había tenido una especie de revelación y até cabos a la velocidad del rayo.

La hija de estos señores había muerto en un lago. Mi único recuerdo era en invierno, tenía frío y...

La respiración se me cortó al comprender que si la madre muerta de la huérfana loca era yo, aquella niña desquiciada sería mi hija.

Capítulo 15

El hecho de haber descubierto todo de esa forma, cuanto menos, fue traumático y doloroso. Solo quería lanzarme a sus brazos, besarlos, decirles que los quería y que los había echado mucho de menos, aunque no me acordara de ellos. De no habernos encontrado en aquel lugar infernal, no me lo habría pensado, sin embargo, estar atrapada en el cuerpo de Carlos, me hizo tener la mente fría y comprendí que ese sentimiento era un espejismo. Aquella sensación no era real, nos lo conocía de nada. Era todo psicológico. No podía querer a dos desconocidos por muy padres biológicos míos que fueran. No, era estúpido y ridículo. El *shock* inicial se fue transformando en emoción y derivó en impotencia.

Esos señores, a los que la noche antes habíamos intentado secuestrar, eran sangre de mi sangre o yo de la suya, básicamente, éramos familia. Y cuando comprendí y acepté que nada iba a cambiar, me sentí fatal. Tenía que recompensarlos de algún modo. Su nieta, la niña que había perdido el juicio, era mi hija, y aquí sí que me daba igual todo. Una madre no puede olvidar a su hijo, aunque no sintiera la llamada de la sangre, tenía que comportarme como si así fuera. Había que sacarla de ese infierno, costara lo que costase. Si Carlos no quería colaborar, tomaría el control y aunque tuviera que liarme a tiros con la pistola de mi padre, a la niña me la llevaba conmigo.

—Llama a Leo, dile que venga. Tenemos que llevarnos a la chica. Carlos, ese señor, el que anoche nos reventó el labio y casi nos vuela la cabeza, es mi padre.

—Alma, no empieces. ¿No te das cuenta de que es una locura y que sería demasiada casualidad? —Percibí cómo le temblaba el pulso y se le aceleraba la respiración al escuchar mis palabras. Se podía oler su miedo. A mí me importó bien poco lo que decía.

—Me da igual lo que pienses. Tenemos que salvar a mi hija —le comuniqué fingiendo una seguridad inexistente, pues de ser cierta mi teoría era algo increíble. De todos los psiquiátricos del mundo, fuimos a parar justo en el que se encontraba mi hija.

Le pedimos a Marta que se marchara con Herminia y con el comisario,

del que todavía no sabía el nombre. Al principio no estaba de acuerdo, pero Carlos la convenció, le explicó que había que ayudarles, que no se merecían eso. En ningún momento le dijo que creyera que un espíritu la estuviera volviendo loca, solo que había que llevarla a otro lugar donde los médicos no dieran escalofríos, de los de temer por tu vida. Insistió también en que sus abuelos habían dicho que querían pedir el alta voluntaria y siempre se negaban, porque lo que entendió que hacer aquello era hacerles el favor de su vida.

Se despidieron de Dolores, no sin antes, pedirles que dejaran a su otro nieto ver a la paciente, necesitaba despedirse de ella, pues se marchaba a vivir al extranjero. Lo sé, era una excusa ridícula y poco original. Que apareciera otro familiar de la nada justo cuando habíamos llegado nosotros, era algo que no se lo creería nadie, pero había que intentarlo.

Para no levantar sospechas, le comentaron que iban a buscar al hijo de Marta, querían acompañarla en el momento del ingreso, ellos sabían lo duro que había sido el día que llevaron a su nieta. Plantearme si se lo había tragado o no, me dio igual. Yo tenía el plan perfecto.

Necesitaba que Leo se hiciera pasar por su primo, a él no lo conocían y pensé que no descubrirían que era el hijo de Marta, al que una hora antes, había pedido su ingreso.

Carlos y yo esperaríamos en el jardín que algún día lució flores y plantas verdes, porque lo que era ahora ni una incipiente hojita.

En cuanto llegara Leo, entraríamos para preguntar dónde estaba el baño, nos ocultaríamos dentro hasta que Leo saliera a dar un paseo con la chica, y en cuanto pudiéramos, nos largaríamos de allí para siempre.

Escuchamos un motor, a lo lejos, vimos un camión de hielo. Aparcó en mitad del camino, el conductor nos hacía señas.

—*Acércate a ver qué dice* —le comenté a Carlos que estaba al borde de un ataque de nervios.

Corrió hacia el lugar y al comprobar que se trataba de Leo, empezó a decirme que aquello era una locura.

Por lo visto, según nos contó su amigo, fue el único vehículo que encontraron en el hotel con el que llegar al psiquiátrico. En parte, no podíamos echarle en cara nada, pues los habíamos dejado tirados en aquel lugar sin medio de transporte, bueno, en realidad, fue para darles intimidad, no hace falta que lo aclare.

Le pidió que aparcara mirando a la salida, si íbamos a escapar en ese

camión, lo mejor sería preparar bien la huída.

—¿Lo de pasar desapercibido? —le echó en cara Carlos—. Tío, te dije que no había que llamar la atención. Este sitio da escalofríos.

—Fue el único que pudimos «tomar prestado». El único que llevaba las llaves puestas. El repartidor bajó y aprovechamos para subir. Acabo de sustraer un vehículo. No me lo puedo creer. Espero que tengas una buena excusa. Tu llamada me asustó. ¿Dónde está mi madre?

—Todo esto se le ha ocurrido a Alma, yo no tengo nada que ver, pero a ver quién es el guapo que le decía que no. Está convencida de que ahí se encuentra su hija. —Señaló a la mansión y luego se golpeó con la palma de la mano la frente—. Sí, lo sé, es una locura, pero en realidad es una locura más que sumar a la lista.

—Yo sigo sin entender nada —apuntó Ali.

Bajaron del coche y los cuatro nos dirigimos hacia la recepción, cuando caí en la cuenta:

—*Pregúntales si han copulado.*

—¿Estás idiota?

—*¡Hazlo! Si ya hay un óvulo fecundado, es mandarla a una muerte segura, bueno, a mí. Como comprenderás no voy a poner en riesgo mi billete hacia la libertad. Si estos huelen que hay un ovulito listo para viajar, imagina la que se puede liar ahí dentro. Corre, no hace falta que les preguntes si han folleteado. Solo que si ha cumplido.*

—Espero que todo esto sea cierto, porque mi mayor miedo es averiguar que no existas y que todo esté en mi mente confirmando que estoy como una puta cabra y que esto sea un psiquiátrico de verdad.

—*Anda, deja de decir tonterías y manda a Ali al coche.*

—Leo, una preguntita sin importancia: ¿Te la has tirado?

—*Olé tú, eso es sutileza.*

Leo sonrió y no supe interpretar si era una respuesta afirmativa, pero ante la duda, le pedí de nuevo que la enviara al coche. No iba a arriesgar mi pasaporte con destino al mundo de los vivos con tanta alegría.

Conseguimos poner al día a Leo, no entendió nada, pero por alguna razón, aceptó ayudarnos.

—¿Y cómo sabré quién es la chica? Si se supone que soy su primo, qué menos que sepa su nombre.

—*Pues será la más guapa.* —Lo sé, amor de madre. No estaba siendo objetiva.

—La verdad que no saber cómo se llama es un cante, un segundo y le pregunto a Marta, está con los abuelos, ellos nos dirán. Si es que las prisas son muy malas.

Ali ya estaba en el coche con el que nosotros habíamos llegado. Decidimos que lo mejor sería que se marchara. Hacerla esperar allí era una osadía, y si algún alma la olía, —no tenía claro cómo funcionaba eso— iría a por ella. Aquel lugar debía de ser como el metro en hora punta, pero de almas atrapadas que habían vuelto locos a sus cuerpos y matarían por liberarse sin miramientos. Si venía con nosotros se lanzarían en masa a por ella.

—Lo tengo, la chica se llama Marina Alcántara —comentó emocionado Carlos.

—*Qué nombre más bonito, ¿no crees?* —le dije yo.

—Alma, por favor, no te dejes llevar por los sentimientos, ahora no, te necesitamos con la mente fría, al menos, yo necesito dejar de escucharte durante un rato. Habla solo para dar instrucciones.

Me dieron ganas de mandarlo a paseo, pero tenía razón.

—¡Hola, Dolores! —Ya estábamos en la recepción y podía escuchar a la perfección los latidos de Leo. Estaba atacado.

—¿Qué se os ofrece? ¿Este es el muchacho que va a pasar una temporada en la clínica?

—No, no. Es-es el nieto... de-de la señora Herminia —aclaró Carlos.

—¡Ah!, sí, me habló de él. Pero me comentó el doctor que iba a ser imposible ver a la paciente.

—Serán solo cinco minutos. Me marchó esta noche y me voy a la otra punta del planeta. Nunca antes quise venir a verla, pero claro, mis abuelos se hacen mayores y sé que lo han pasado muy mal y nunca quise participar de esto.

—*¡Ese es mi Leo!* —grité y Carlos se frotó la oreja.

—Veré qué puedo hacer.

—Disculpa, los servicios —le pedí a Carlos que preguntara.

—No, aquí no tenemos de eso.

—¿Perdona?

«¿Qué pasa que la gente no mea?».

—Sí, que solo hay baños en los dormitorios. Lo siento.

—Ehh, en realidad solo necesito pasar a lavarme las manos, estuve tocando la hiedra y las hojas han debido de provocarme una reacción, pues me pican.

—Ya le dije que no tenemos baños, además, no hay agua.

—*¿Cómo no va a haber agua? Esta tía se está quedando con vosotros.*

Mientras esperábamos a que Dolores nos diera una respuesta, le expliqué a Carlos que tenía que decirle a Leo que tuviera preparado el teléfono, por si ocurría algo mientras nosotros íbamos a echar un vistazo por la planta. Dejamos a Leo en recepción.

—*¡Lo tengo! Mierda, los pelos de punta* —le comenté a Carlos.

—Lo sé, recuerda que tus pelos son los míos. ¿Qué tienes? —respondió tapándose la boca con la mano.

Había llegado a la conclusión que el corte de suministro de agua, seguro que era debido a que si alguien abría el grifo, los de Tribunal de Almas podrían comunicarse con ellos y darles pautas para regresar o para cualquier otra cosa —de ahí que todas las plantas y árboles estuvieran muertos—. Llegue a esa deducción porque eso hicieron conmigo al ver que no había cumplido con el objetivo. No creo que ellos fueran a permitir que pudiéramos quedar atrapados en este mundo y sobre todo y principal que saliera todo a la luz. De eso me acordaba, era el primer punto, jamás revelar nuestro origen.

—*Carlos, la cosa pinta muy fea. Tengo miedo por Leo, me parece que no le van a dejar ver a la chica, eso con suerte, igual nos retienen.*

—Calla, creo que lo mejor será que cierres la boca. Recuerda que si te descubren, el que pagará el pato seré yo. Volvamos a la entrada, así estaremos juntos.

A lo lejos, Dolores empujaba una silla de ruedas. Una chica con la cabeza ladeada, con el pelo todo despeinado le cubría media cara, dejaba entrever que tenía la mirada perdida hacia el infinito. Me estremecí. Sin lugar a duda se trataba de mi hija, iría a esconderla, no puedo explicar qué sentí al verla por primera vez. Vale que no era un bebé, pero para mí era mi niña. Empecé a llorar, y como es evidente, las lágrimas de emoción y de impotencia caían por el rostro de Carlos. No era capaz de hablar y por algún motivo, el sentimiento de madre coraje se apoderó de mí y yo de Carlos.

Sin pensar en las consecuencias, salí corriendo como una flecha, aproveché el desconcierto de Dolores que alucinaba al verme apresurarme hacia ella, y en dos zancadas me coloqué a su lado. Cerré con rabia la mano para meterle un puñetazo en toda la boca del estómago. Al comprobar que la había dejado traspuesta, enganché los pomos del manillar y salí huyendo sin dejar de empujar aquella silla. Desde el suelo, a la vez que se retorció, pedía socorro. Ignoré sus súplicas, pues no era a mí a quién reclamaba auxilio.

Comencé a gritarle a Marina que no tuviera miedo, que habíamos venido a salvarla, que nos enviaban sus abuelos. De no haber sido porque el único ojo que se le veía lo tenía abierto, por su inexistente reacción, habría pensado que estaba dormida o incluso... muerta. Me estremecí.

Mi voz se mezclaba con la de Dolores y era lo único que se podía oír en el pasillo.

Por más que corriera, el final nunca llegaba a mí, era como un túnel eterno que se iba alejando a cada paso. No veía el momento de alcanzar la recepción, y así, traspasar victoriosa la puerta de salida.

Carlos me gritaba y por las cosas tan «preciosas» que me decía, me podía imaginar que intentaba tomar el control de su cuerpo, sin embargo, mi subidón de adrenalina era tal, que no lo lograba. Insistía de manera incesante sin dejar de decir que me había vuelto loca, pero a mí me daba lo mismo, yo solo quería sacar a mi hija de allí. Cuando conseguí doblar la esquina y enfilé el pasillo, que terminaba en la recepción, respiré tranquila. Estábamos a unos metros de alcanzar el exterior cuando varios hombres, vestidos de blanco, se cruzaron en nuestro camino. Sobre el mostrador, donde un rato antes nos había atendido Dolores, vi un ambientado en *spray* y ni corta ni perezosa, me hice con él, comencé a fumigarlos sin compasión; ¡cómo olía a lavanda!

—¡Leo, Leo! ¡Nos vamos! ¡Ya la tenemos! —grité para avisarlo, pero él no estaba allí.

Sin dejar de correr y de chillar, esquivé con elegancia y como buenamente pude a los matones, que sin importarles su ceguera transitoria, pretendían cerrarnos el paso. Marina me miraba desde su silla, yo le sonreía sin dejar de llorar, de miedo, de emoción, de todo.

—*Carlos, ¿qué hacemos? Leo no está.*

No esperé a que me respondiera, lo tenía claro, saldría con mi hija, de aquel lugar, costara lo que costase.

Justo cuando traspasamos el umbral y aparecimos en el jardín, ajeno a todo, Leo llevaba del brazo a una chica. Ella sonreía y le acariciaba la cara. Iba vestida con la misma ropa que Marina. Me paré en seco.

—¡Corre, corre! —le grité haciéndole señas con los brazos, como si intentara cazar moscas.

—¿Quién es esa? —preguntó sorprendido al ver a la chica que me acompañaba en la silla y no supe qué responderle.

«La emoción me ofuscó. Acababa de secuestrar a una inocente».

—Abre el camión, ábrelo y entrad.

Dudé un segundo. Solté la silla para ayudar a Leo a subir, a la parte trasera del camión de los hielos, a la chica que lo acompañaba, y que con seguridad, sería mi verdadera hija.

Los de la clínica salieron en manada acompañados del doctor y de Dolores. Yo podía verlos, sin embargo, desde su posición les era complicado localizarnos, por lo que ya con el camión en marcha, bajé sin apagar el motor, lo bordeé por el lado opuesto a dónde se encontraba el personal del centro y me detuve delante de la chica que minutos antes sentí hija mía. La enganché por debajo de los brazos y aprovechando la corpulencia de Carlos, me di impulso y sin esfuerzo, me la eché al hombro.

En ningún momento dejé de gritarle a Leo, le pedía que abriera la parte trasera accionando la palanca desde dentro, y cuando lo hizo, la lancé en el interior. Sin perder tiempo, salí corriendo para subirme en la parte delantera del camión. Decidí llevarnos con nosotros a la falsa Marina y así hicimos; ya pensaríamos más tarde qué hacer con ella, pero no podía abandonarla a su suerte en aquel lugar terrorífico.

Me faltaba el aliento, me dolían las costillas, y al comprobar que los perros guardianes del doctor del Infierno intentaban abrir el portón, se me nubló la vista. Metí la primera y...

—Mierda, Carlos, no sé conducir.

Frené en seco, lo que provocó que nos fuéramos contra el cristal.

—¿Qué coño estás diciendo?! —preguntó Leo—. Deja, deja que conduzca yo.

—Tranquilo, ya estoy —le confirmó Carlos. Acababa de hacerse con el control de su cuerpo.

Faltó un pelo para que nos alcanzan.

Carlos conducía sin dejar de gritarme y de pedirme por favor que dejara de meterlos en líos.

—¡Eres una puta loca! ¿Me oyes? ¿Lo tienes claro? Pues eso, nos has obligado a secuestrar a dos inocentes. Vamos a ir de cabeza a la cárcel —se quejaba Carlos.

—Tío, yo estoy flipando —apuntó Leo.

—No ayudas, capullo. ¿Te das cuenta de lo que acabamos de hacer? Solo espero que hayas dejado preñada a Ali, y que la pirada, que tengo en la cabeza metida, se marche para siempre. Menuda hija cojonuda te ha tocado. Tremenda vida os va a dar.

—*¡Carlos, tranquilízate y mira a la carretera!* —le gritaba desesperada

al ver que de un momento a otro todos nos marcharíamos en comandita al otro mundo.

Después de comprobar que nadie nos perseguía, paramos en un área de servicio, nos ocultamos entre unos camiones de reparto, para evitar sorpresas.

Era necesario cerciorarse de que las chicas se encontraban bien. Sin embargo, en el último momento, pensé que no sería conveniente hacer las presentaciones allí e insistí en que lo más sensato iba a ser averiguar cómo regular la temperatura de la parte trasera, porque de lo contrario, llegaríamos a Granada, donde nos esperaban Marta, mis padres y Ali, con las dos secuestradas *criogenizadas* y de nada habría servido la huída.

Capítulo 16

Habíamos puesto rumbo a Granada para reunirnos con el grupo que esperaba ansioso la llegada de Marina. Preferimos obviar que llevábamos dos por el precio de una, en cuanto nos vieran, lo iban a saber, por lo que convencí a los chicos de que si llegábamos un poco más tarde, las ganas por reencontrarse con la chica, irían en aumento, deseosos por verla, y así, obviarían el hecho de que llegáramos con otra paciente. Parece que lo entendieron, al menos, lo aceptaron.

—¿Qué vamos a hacer cuándo lleguemos? —preguntó Leo.

—Pues entiendo que entregar a la chica a esos señores y dirigirnos a Fuengirola —apuntó Carlos, aunque estaba equivocado en algo.

—*Creo que lo mejor será llamarlos y decirles que vayan para Málaga, allí nos encontraremos todos* —añadí, pues me negaba en rotundo a tener que darles a mi hija.

Lo sé, mi comportamiento no estaba siendo racional, pero hacía tanto que no estábamos juntas, que dársela a esos señores, por muy padres míos que fueran, no me provocaban el mismo sentimiento que Marina. Además, ellos ya la habían disfrutado desde que yo desaparecí, y haber renunciado a ella a las pocas horas de llevarla en el camión, me sabía a poco, y hacerlo tan pronto me habría hecho mucho daño.

—Paso de escucharte, así que te recomiendo que no me hables más —me gritó Carlos.

—¿Me dices a mí? —preguntó Leo.

—No estoy hablando contigo —respondió a su amigo.

—Y cómo quieres que lo adivine —se quejó dándose una palmada en la frente.

—Pues si no tiene sentido lo que digo, es más que evidente que la cosa no va contigo.

—*Queréis dejar de discutir* —les reñí.

Sabía que me había pedido que no le hablara, aunque en el fondo, tenía claro que me escucharía, por lo que yo seguía narrando mis ocurrencias, él canturreaba fingiendo no oírme y Leo miraba al infinito cuando le sonó el

teléfono.

—¿Sí? Dígame. ¿Cómo? ¿Está seguro? —preguntó a la vez que se giraba hacia Carlos.

—*¿Qué sucede? Pregúntale qué ha pasado. Está más que claro que algo grave ha debido de ocurrir* —comencé a chillar pidiendo que averiguara por qué Leo decía esas cosas y ponía los ojos así.

—¿Ha pasado algo?

—¿Está seguro? —preguntó a quién quiera que le hubiera llamado mientras alzaba su mano pidiendo que nos calláramos—. No se preocupe, en un par de horas estaremos allí. Sí, tranquilo, supongo que en casa de mi madre habrá unas llaves.

—Leo, ¿adónde se supone que tenemos que llegar en dos horas? —preguntó Carlos.

—A casa. Me ha llamado el presidente del edificio, que por lo visto ha habido una fuga y le he inundado la casa, dice que su salón se ha convertido en las Cataratas del Niágara.

Había que transmitirle calma, se había vuelto loco, más que cuando aparecí en el interior de su cuerpo. Tuve que pedirle a Carlos que le dijera que se tranquilizara, que no ganaba nada poniéndose así y que sería mejor enviar a alguien de confianza a su casa; llegaría antes que nosotros. De haber hecho lo que pretendía, mientras llegábamos, con total seguridad, el vecino hubiera muerto ahogado. Me iluminé, era genial. Había que enviar a Marta allí.

Yo solo podía pensar en Fuengirola. Mi objetivo estaba claro, necesitaba entrevistarme con la médium, separar a mi hija el mayor tiempo posible de sus abuelos y proteger a mi futura madre, debía alejarla del centro paranormal todo que pudiera.

No veía yo muy convencido a Leo, aunque le hizo caso a su amigo y tras calmarse, telefoneó a su madre. Le pidió que se marcharan para Alicante y que una vez allí, le diera el parte del siniestro. Como mis padres, los abuelos de Marina, mi hija, a la que dejé huérfana en mi otra vida, y llevábamos retenida en el congelador, estaban muy impacientes por saber cómo se encontraba su nieta, y no querían acompañar a Alicante a la madre de Leo, les recomendé a los chicos que lo mejor sería parar unos minutos, estirar las piernas y abrir el portón para hablar con las chicas y comprobar que estaban bien. Había que explicarles que aquello no había sido un secuestro, porque el modo en el que nos las llevamos, cuanto menos, era preocupante. Sedadas o no, no nos

conocían de nada y por muchas ganas que tuvieran de marcharse de la mansión, que tampoco lo sabíamos, se merecían una explicación. Y también se me ocurrió que, para tranquilizar a todas las partes implicadas, habría que hacer unas fotos de ellas sonrientes y mandarlas al móvil de Ali, así verían que estaban a buen recaudo y haríamos cambiar de opinión a Herminia y al comisario.

Y así hicimos. Carlos detuvo el camión en un pequeño recoveco de la carretera comarcal por la que conducía, la verdad es que estábamos cerca del hotel, pero después de convencerlos de que nosotros seguiríamos hasta Fuengirola, no tenía sentido cambiar de dirección.

—A mí esto sigue sin parecerme buena idea —se quejó Leo mientras los dos iban a la parte trasera para presentarse a las chicas.

—Yo prefiero no decirte lo que me parece. Somos dos putos perturbados que llevamos metidas en un congelador a dos jóvenes, que según la loca que me habla, pretende hacernos creer que se trata de su hija. En fin, si necesitas que te confirme que yo tampoco lo veo claro, lo haré, de cualquier modo, vamos a acabar enchironados.

Fue abrir el portón y ahí, pegadas a la puerta estaban las dos internas abrazadas. No sabría decir si azuladas o descoloridas. El primer impacto fue de susto, igual las habíamos destemplado un pelín, el tono blanco descolorido violáceo con el que nos recibieron sus semblantes, me hacía sospechar que debía ser culpa de las bajas temperaturas del lugar en el que viajaban. La otra opción que busqué y consiguió tranquilizarme, es que ese sería su color natural, por culpa del doctor Maligno que las había tenido demasiados años a la sombra.

—¡Chicas, está todo bien! —Leo abrió la boca para transmitirles un sosiego que nunca llegó.

Mi mirada, en realidad la de Carlos, se cruzó con la de mi querida hija, sin lugar a dudas, era más guapa que la otra. Me puse muy triste al darme cuenta que me era imposible recordar algo, y me hubiera encantado afirmar que esos ojos oscuros los había heredado de mí, al igual que los labios o que ese pelo rubio español era como el mío, pero no tenía ni la más remota idea de cuál era mi aspecto cuando estaba viva. Ya ves tú, sin saber si era guapa o fea, alta o baja y ni tan siquiera sabía con exactitud cómo se había producido mi muerte.

Cuando la mirada de Carlos se topó con la de la falsa Marina, noté un vuelco en el estómago y supe, sin necesidad de preguntarle, que había sentido

algo especial. Me enfurecí, era como si me estuviera traicionando. No, es que lo estaba haciendo.

—*Ni se te ocurra tocarle un pelo* —le informé más seca que una pasa.

—Marina, nos mandan tus abuelos. No te preocupes por nada —le comunicó Leo, que por lo visto, era el único que cumplía a pies juntillas el plan.

Giré la vista, y confusa, alargué el brazo con la intención de acariciarle el cabello, no por brillar y resplandecer lustroso, pues parecía un estropajo, si no porque necesitaba sentir su tacto, hubiera estado feo acercarme dentro del cuerpo de Carlos para olisquearla.

—*Tenemos que sacarlas, que anden. Tienen que entrar en calor. Madre mía. Marina estará traumatizada, si su madre, o sea, yo morí en un lago congelado, esto habrá hecho que recuerde el trágico suceso.*

—No te pongas dramática —me rogó Carlos.

—Quieres dejar de hablar solo, las vas a asustar y más, sabiendo por qué las encerraron allí. —Leo era el único que parecía mantener la cordura.

Las chicas se miraron y justo cuando les iban a ayudar a descender del camión, saltaron, y cogidas de la mano, emprendieron una huida sin rumbo fijo. Gracias a Dios no pasaba ningún coche por aquella carretera, de lo contrario, hubiéramos tenido que lamentar la muerte de las dos, porque parecían dos pollos sin cabeza corriendo hacia ninguna parte.

Mi corazón latía a dos mil por hora amenazando con salirnos de la boca y si a eso le sumábamos los de Carlos, podría decirse que estábamos al borde de sufrir un colapso. Leo, de nuevo, reaccionó y corrió tras ellas, les gritaba que no temieran, pero claro, yo de haber sido ellas seguiría con la huida sin mirar atrás.

—*Carlos, tenemos que alcanzarlas, no pienso renunciar a mi hija. Hay que ir a por ella* —le gritaba mientras sentía cómo se nos aceleraba la respiración y una presión muy fuerte en el pecho nos impedía coger aire.

—Alma, tienes que calmarte, así está claro que no vamos a ninguna parte. Por favor, aunque solo sea por el poco cariño que me has cogido, si te pasa algo a ti, el primer perjudicado seré yo. Si quieres encontrar a tu hija, hay que relajarse. Respira conmigo.

Tenía razón. No me quedó más remedio que hacerle caso. Aunque todavía no éramos capaces de correr, pero sí caminar por el arcén de manera sosegada. A lo lejos, entre los matorrales que acompañaban al borde de la carretera, podíamos ver a Leo persiguiendo a las chicas.

Retomamos la marcha despacio hasta que cogimos un ritmo lo suficientemente rápido, pero no tanto como para que nos faltara el aire, y empezamos a trotar campo a través.

Sacó su teléfono móvil para contactar con su amigo, cuando nos respondió, le pidió que le enviara su ubicación, porque así nos resultaría más sencillo localizarlos. Parecía que todavía no los había alcanzado, aunque no los había perdido de vista, los veía a lo lejos.

Mientras caminábamos, para no pensar todo el tiempo en Marina, Carlos no dejaba de darme conversación. Y no se le ocurrió otra cosa que sacar el tema de nuestra última charla en el coche, antes de llegar a la clínica. Sí, quería que le explicara bien a qué me refería cuando le confesé que estaba enamorada de él. «Buen momento para curiosear».

Hablar de aquello me ponía nerviosa, me sentía como una chiquilla a la que habían dejado sola con el chico que le gustaba y deseaba con toda su alma que le regalara su primer beso, en nuestro caso, iba a ser bastante complicado. Todo era ridículo, pero él insistía.

Supongo que mis nervios eran más que evidentes, pues todo el rato me pedía tranquilidad, hacía hincapié en que podía confiar en él y que necesitaba volver a escucharme decir lo mismo.

—*No puedo explicarte con palabras lo que siento al estar dentro de tu cuerpo* —le confesé.

—Pues deberías intentarlo, más bien, porque salvo por palabras, de otro modo vas a tenerlo bastante complicado —me comentó soltando una carcajada.

Decir que pensaba en él a todas horas era una evidencia absurda y tenía su lógica. Estar encerrada en su cuerpo no ayudaba. Lo escuchaba respirar, el aroma que desprendía su piel lo tenía impregnado todo el tiempo. Él era yo. Si tuviera que describirlo, diría que sería algo así como si dos cerebros diferentes compartieran el mismo cuerpo y cada sensación que sintieran fuera individual y lo percibieran de manera distinta. Podría denominarlo como: *almas siamesas*.

Mientras esperábamos a que Leo nos llamara, decidimos sentarnos debajo de un olivo, junto a una gran piedra.

—*¿Cómo me imaginas cuando escuchas mi voz?* —cada vez que Carlos y yo manteníamos una conversación algo más seria o profunda, una curiosidad enfermiza se iba despertando en mi interior. En momentos así, la necesidad por descubrir algo sobre mi pasado se incrementaba.

—No sé.

—*¿Qué desilusión! ¿De verdad que nunca has intentado ponerme cara? ¿De qué color crees que tenía el pelo? ¿Los ojos?*

Carlos se recostó contra el tronco del árbol, cerró los ojos e inspiró muy despacio. Cuando ya no nos entraba más aire en los pulmones, lo expulsó muy relajado. Se iba pasando, con suavidad, las manos por la cara hasta llegar al nacimiento del cabello, y así, poder retirar de la frente los mechones, esos que tan loca me volvían.

—Te confesaré un secreto. El día que hablamos en la cafetería, ahí, fue la primera vez que te puse cara.

—*¿En serio?* —pregunté emocionada.

—Deja que continúe. Creo que esto nunca se lo conté a nadie.

—*¿Crees? No entiendo.*

—Alma, deja que siga o no seré capaz de decírtelo.

Su calma me impacientaba. Un nudo jugueteaba arriba y abajo dentro del estómago, lo que provocó que sintiera una presión en el centro del pecho. No sé si fue a mí por necesitar oír ese gran secreto o al él por ir a desvelármelo, la cuestión es que tuve la sensación de que el tiempo se hubiera detenido.

—Hace muchos años, salí con una chica. —Al escuchar aquello sentí un zapatazo en toda la cara, incluso, percibí el sabor de la suela en la boca. Lo sé, una locura irracional de esas que solo sienten los enamorados y que cuando no tienen sentido lo justifican en nombre del amor—. No era mi primera novia, pero sí de la primera que me enamoré. Vivía por y para ella.

—*Muy bonito, pero avanza.*

—Nuestra ruptura me dejó traumatizado, tanto, que lo abandoné todo y me marché al extranjero hasta hace un par de años. Las primeras semanas sin ella fueron horribles, la vida había dejado de tener sentido para mí. La necesitaba hasta para respirar. No sé, todavía me cuesta hablar de ello.

Por un momento tuve el presentimiento de que iba a romper a llorar, sabía que se obligaba a no hacerlo. Esa forma de tragar, de contener la pena y de fingir que solo contaba una historia que le habían contando y no vivido, me hizo sospecharlo.

—*¿Te engañó?*

—Se esfumó.

—*Se esfumó de que te dejó tirado como una colilla o de que nadie nunca supo dónde se marchó.*

—La última vez que la vi se largó corriendo después de una fuerte

discusión. Fue por una tontería, bueno, en aquel momento para mí era algo muy grave, había dañado mi orgullo de hombre. Ahora lo pienso y fue una santa gilipollez.

Me moría de ganas por conocer su nombre, por saber cómo sería físicamente, pero me daba cosilla interrumpir aquel momento. La ternura que mostraba al recordar las cosas, era conmovedora. De haber podido, me habría lanzado a sus brazos, como es evidente, lo descarté al ser inviable. El modo en el que pretendía ocultar sus sentimientos me parecía adorable. ¡Qué sensibilidad!

—*¿Y nunca fuiste a buscarla?*

—Lo hice a los días, pero ya no estaba. La busqué por todas partes y nadie supo decirme dónde se había marchado. Sin más, desapareció, incluso, llegué a plantearme que todo había sido producto de mi imaginación. Se volvió una obsesión. Dejé de comer, no podía dormir, creí volverme loco. Y bueno, acepté la ayuda de Leo. Me convenció de que me vendría bien un cambio de aires y fue cuando decidí trasladarme a París. Una mierda todo. ¡Putos celos!

—*Sabía que eras sensible, pero hasta ese punto...* —le confesé—. *¿Entonces, me has puesto su cara? ¿Cómo se llama?* —pregunté curiosa, había despertado mi lado más cotilla y sabía que si escuchaba toda su historia iba a pasarlo muy mal. Lo sé, la rivalidad también es otra sensación sin sentido que se justifica en nombre del amor.

—Mariana.

—*¿Estarás de coña? ¿Marina como mi hija?*

Sabía de sobra que se llamaba de otro modo, pero quise imaginar que no era así. Y casi terminando la frase, me llegó una idea que descarté antes incluso de pensar en formular la pregunta. Porque claro, él en ningún momento había hablado de que la chica hubiera fallecido, pero sí, lo confieso, soy una patética obsesiva, aunque esa pena con la que hablaba del suceso, podría haberse justificado por una muerte —desde que me había convertido en un alma, todo lo relacionado con la muerte me parecía hasta normal—. Todo eso me llevó a pensar que igual... Vamos, que su primer amor, ese que le arrebató las ganas de vivir, era yo cuando estaba con vida y que por alguna extraña razón, el destino me había traído de nuevo ante él, dándonos una segunda oportunidad. Pero maldita la oportunidad. Escucharnos, pero no poder verme ni poder tocarnos. Esto era peor que mantener una relación a distancia y hablarse solo por teléfono. Tenía que borrarlo de mi mente, tarde o temprano

terminaría convertida en la hija de Leo y de Ali y con total seguridad, él sería mi «tío» Carlos. Estábamos condenados a no disfrutarnos.

—Cómo la chica a la que hemos secuestrado y que te has empeñado en decir que eres su madre, no. Te diré que no eres ella, qué más quisiera yo. Ella me abandonó, se marchó, no le importaron mis sentimientos, desapareció de mi vida. —Pensé que iba a perder el conocimiento del disgusto que tenía mientras me lo contaba—. Si fueras mi exnovia, nada tendría sentido. La maldita realidad es que simplemente me dejó, pasó de mí, por cabrón. El único que tiene la culpa de que Mariana desapareciera aquel día, es solo mía y de nadie más.

Le pedí que me contara cómo era, que aquello, lejos de molestarme, pensé que me haría sentir bien. Yo también quería ponerme su cara y así, al menos, visualizarme junto a él. De hecho, en todo momento entendí que había dicho Mariana y no Marina, pero así, mi suposición tendría más lógica dentro de lo descabellado que era todo.

Mariana, su novia, era una chica de veinte años, con el pelo castaño claro, que solía recogerse una pequeña coleta, y a la que también, le caían los mechones por la cara. No medía más de uno setenta. Sus ojos verdes le cambiaban a una tonalidad grisácea dependiendo del día. Hablaba de ella con nostalgia y cariño. No pude evitar preguntarle cómo besaba, pensando que esquivaría la pregunta, pero me equivoqué y aquello provocó que nos fuéramos animando, hasta que la necesidad de tocarle fue tan grande que fui incapaz de frenar mi impulso. Me visualicé ante él, con mi preciosa coleta de caballo, con mis cuatro mechones molestándome por la cara, y fingí que me los apartaba para acercarme muy despacio hasta su boca. Le rocé los labios con las yemas de mis dedos, los suyos, no quise disimular que me temblaban. La respiración se nos había acelerado sin ser conscientes, el nudo en el estómago era más fuerte. Mi mano iba acariciando cada parte de su cuerpo, siempre visualizando a Mariana, que ahora, era yo. Bajé la mano hasta... cuando sonó el teléfono.

Leo regresaba con las chicas, había conseguido convencerlas de que no íbamos hacerles nada malo y venían de camino.

Unos minutos más tarde, ya estábamos reunidos los cuatro. Unos jadeos después, Carlos logró recuperar el habla.

Por lo visto, Leo, con su gran poder de persuasión, consiguió tranquilizarlas. Les explicó que los abuelos de Marina nos habían enviado para sacarlas de allí. Insistió en que ninguna de las dos estaba loca y que las

voces que escuchaban en sus cabezas, ellos también las habían oído, por lo que podíamos ayudarlas. Para alguien ajeno a mi presencia podría ser complicado de entender.

No podíamos perder tiempo, había que regresar al camión.

Mientras caminábamos, fueron haciéndoles preguntas. La verdad, que escuchar por boca de dos desconocidas aquellas respuestas, me ayudaron a comprender por el calvario que les había hecho pasar a mis dos amigos desde que me introduje en su interior. Me sentí fatal. Qué manera de fastidiarles la existencia, sobre todo, después del momento tan íntimo que había estado a punto de vivir junto a Carlos. Nuestra relación era imposible. Estábamos condenados al fracaso.

Por algún motivo, sentí la necesidad de quedarme a solas con mi hija, como no quería asustarla, le pedí a Carlos que hablara con Leo, tenía que adelantarse con Sandra, que era como se llamaba la otra chica.

Nosotros nos quedamos rezagados. Los nervios me impedían pensar, así que dejé a Carlos que iniciara la temida conversación:

—¿Entonces, todo comenzó cuando escuchaste una voz en tu cabeza?

—¿De verdad que no me estáis engañando? ¿Es cierto que vosotros también habéis convivido con un alma?

—Tan cierto como que ahora mismo no estoy solo —confesó, por fin, Carlos.

Marina no podía dar crédito, de hecho, no podía ni yo y eso que de quien hablaban era de mí y quien mejor que yo para saber que existía y que no era una alucinación.

Sin dejar de caminar pudimos confirmar que todo lo que sus abuelos nos habían dicho era cierto y también que, al llegar a la clínica, le encerraron en una habitación y le hacían creer que estaba loca, y de ahí que terminara por creérselo.

Recordaba que los primeros meses estuvo sedada y durante mucho tiempo no recibió visitas. De vez en cuando, una mujer entraba a su cuarto para rezar como unas oraciones. Confesó que el miedo era tan grande que nunca, en los pocos momentos que tenía de lucidez, se atrevió a preguntar nada. La voz jamás dejó de hablarle. El no poder contarle le desquiciaba, sabía que terminaría trastornada de verdad, porque era algo que no podía compartir con nadie y mucho menos en aquella clínica. Solo le pedía que tenía que salir de allí, que el tiempo se agotaba y había que localizar un grifo, una fuente o algo para comunicarse con «los otros». Carlos, un tanto temeroso, le

confirmó e insistía, de nuevo, a cada palabra suya, que no estaba loca y le pidió que prosiguiera. A mí me encantaba escucharla. Marina tenía la voz suave, contaba su historia de manera pausada, después de la pesadilla que había vivido, no entendía esa tranquilidad que sus palabras transmitían y oírla me relajaba.

Cuando comprendió que el equipo médico no quería ayudarla, decidió no contarles las cosas que la voz le decía. El día en que le retiraron la medicación por gotero y comenzaron con pastillas, al ser menos agresiva, los momentos de lucidez le permitían analizar de vez en cuando la situación, siempre en silencio y jamás revelando lo que continuaba escuchando en su cabeza. Al poco tiempo, empezaron los paseos por el jardín. La voz le pedía que fingiera tragarse las pastillas, que cuando no la observaran, las fuera ocultando bajo el asiento de la silla de ruedas y entre las plantas, en la tierra, las ocultara. Las primeras veces intentó ignorar sus recomendaciones, pero a la semana comenzó a obedecer.

Ella solo quería que la voz dejara de hablarle, que saliera de su cabeza. Quería regresar a casa, recuperar su vida de siempre y volver a ser una chica normal. Echaba tanto de menos a sus abuelos... No pude evitar emocionarme.

—*Pregúntale por mí* —interrumpí la narración.

—Continúa. —Carlos hizo como si hubiera dejado de escucharme.

Marina cogió aire, nos miró a los ojos y soltó la bomba:

—Después del accidente la voz desapareció.

Capítulo 17

Aquella confesión nos dejó helados. Todo apuntaba a que el alma se había transferido en otro cuerpo, «¿pero en cuál?».

Una cosa tenía clara, y era que Marina ya no compartía cuerpo con nadie, pero en cambio, ninguno de los dos, me refiero a Leo y a Carlos, habían reparado en dónde encajaba Sandra en toda esa historia. Me la había llevado de la clínica, no la conocíamos y tampoco nos preocupó el hecho de que era probable que alguien la estuviera buscando.

—*Carlos, creo que sería bueno hablar con la otra chica, no sabemos nada de ella y es posible que los de la clínica hayan avisado a sus familiares para informarles que dos hombres se la han llevado a la fuerza de allí.*

—Mierda, tienes razón. —Y Marina se quedó mirándolo fijamente a los ojos con cara de preocupación.

—*Eres tonto o tienes un problema. No era necesario hablar solo* —me quejé.

—Lo siento —se disculpó preocupando más a la chica.

—¿Entonces, es cierto que alguien te habla? ¿Cuando me dijiste que no estabas solo era de verdad?

—*Dile que luego le explicas eso, hay que averiguar quién es la otra.*

Se excusó con ella y le pidió a Leo que se acercara un momento. Acordaron que él se marcharía con Sandra a buscar un coche más apropiado con el que poder viajar a Fuengirola todos, y mientras, tendría que averiguar algo más de su compañera de viaje. No se le veía demasiado ida, no tanto como cuando la secuestre en la silla de ruedas de la clínica. Según había explicado Marina, la otra muchacha nunca había dicho que tuviera en su interior a nadie, vamos, que jamás hizo alusión a que alguien como yo le contara cosas. Por lo que mi miedo se incrementó al pensar que de verdad sufría un trastorno y la enviábamos sola con nuestro amigo.

—Leo, vamos a hacer una cosa. Deberías preguntarle a Sandra dónde quiere que la lleves. Y después, podrías cambiar de coche.

—¿Me estás pidiendo que cometa otro delito? ¿No has tenido suficiente?
—se quejó Leo, mientras Marina no podía apartar la vista de nosotros, nos

analizaba en silencio.

Y sin esperarlo, la otra chica, al comprobar que pensábamos separarla de nosotros, nos contó su historia.

—Por favor, quiero seguir con vosotros. Yo no tengo casa, no tengo padres, estoy sola en este mundo —nos informó con la voz rota—. Lo único que tengo claro es que no quiero volver a esa clínica.

—¿Pero cómo terminaste allí? —Quiso saber Carlos.

—*Me parece ridículo que le preguntes eso. ¿Crees que si estuviera loca te lo iba a confesar? Ganas de gastar saliva y tiempo —me quejé.*

—No sé si tendrá algo que ver, pero un día, buscando ofertas de trabajo, encontré un anuncio en Internet donde pedían gente con ganas de trabajar en el extranjero y al no tener nada que me atara en España, llamé. Hice la entrevista ese mismo día y a las dos horas, me llamaron para confirmarme que había sido seleccionada. Un coche vendría a recogerme para llevarme al aeropuerto a la mañana siguiente. Me iba de *au pair* a Australia.

—¿Así, tan sencillo? —indagó Leo.

—No vi nada raro que me hiciera desconfiar —explicó la chica.

—¿Y el pasaporte? ¿El visado? No sé, qué rápido lo hicieron todo —se quejó Carlos.

—*Deja a la chica, no parece que necesite una charla. Si es cierto lo que cuenta, bastante tendrá al preguntarse cómo fue tan tonta de tragarse aquel timo. Bueno, más que eso, podría decirse... secuestro.*

Sabía que Carlos no estaba demasiado convencido con que Leo continuara el viaje al lado de Sandra. Lo que contó no era nada del otro mundo, sin embargo, teniendo en cuenta de dónde la habíamos sacado, tenía cierta lógica su desconfianza.

—*Mira, deja que se marchen. Total, nos fiemos o no, como comprenderás, ya es tarde para deshacernos de ella. Tranquilo, no hablaba de matarla* —aclaré mis intenciones al sentir un golpe seco en el estómago.

—Si quieres puedes ir a tu casa. Avisa a Marta. Ya veremos cómo conseguimos ir nosotros a Fuengirola, pero en ese camión no podemos viajar todos. En cuanto lleguemos a Málaga, te mandaré un mensaje. Además, tendrás ganas de reencontrarte con Ali. —Carlos le guiñó el ojo.

—No me voy tranquilo y lo sabes. Solo te pido que no hagas ninguna tontería —le dijo mirándolo fijamente a los ojos. Tenía claro que lo decía por mí.

—Una cosilla, ¿te la tiraste? —le susurró al oído mientras las chicas se

despedían con un abrazo.

—Eres un cabrón. Lo único que puedo decirte es que hemos decidido intentarlo. Dile a Alma que no se preocupe por nada. —Se subió al camión con una sonrisa de oreja a oreja y yo interpreté aquella felicidad como un sí.

Leo y Ali habían hecho los deberes y me sentí plena.

—Lleva cuidado y llámame cuando llegues —le dijo Carlos antes de retomar la marcha.

Como no teníamos tiempo que perder, seguimos nuestro camino paralelos a aquel campo por el que no pasaba ningún coche, pero era lo mejor.

Marina continuaba observándonos, aunque solo lo mirara a él, —porque a mí no podía verme—, lo hacía sin decir nada, parecía que no se había creído que Carlos también tenía a un ente en su interior y buscaba una señal más clara para confirmarlo.

Cuando él se lo dijo, comenzó a interrogarlo. No dejaba de preguntarle cómo había terminado yo en su interior, pero lo que más le llamaba la atención era que no se hubiera vuelto loco; si ella supiera lo que estábamos a punto de hacer debajo de aquel olivo, cuando Leo nos llamó por teléfono, habría vuelto a huir campo a través.

—Sí, se llama Alma, pero no recuerda nada... —Tragó saliva, por un momento pensé que le iba a confesar que aquella voz, o sea, yo había descubierto que era su madre, pero no lo hizo.

—¿Hace mucho tiempo que sucedió?

—Un par de días, pero nos conocemos de antes.

—¿La conocías cuando vivía?

«A la que conocía era a ti, te llevé nueve meses en mi interior», pensé para mis adentros, negándome a decirlo en voz alta y que Carlos me escuchara. No quería mostrarle mi dolor.

—No exactamente, digamos que... Es una locura, pero qué más da. A Alma la conocí cuando estaba dentro de Leo —sonrió—. Y bueno, había un perro que chocó con una vecina, Ali, que creemos ahora tiene una relación sentimental con Leo y casi seguro tendrán un bebé. En fin, que Leo acabó dentro del perro y Alma se quedó sola en el cuerpo de mi amigo.

—¿Eso-eso puede suceder? —preguntó con la cara desencajada. Imagino que lo preguntaría porque había pensado que a ella le podría haber ocurrido.

—Por lo visto, sí. Bueno, la cuestión es que de nuevo, hace una par de noches, un perro gigante perseguía a Leo Cuatro Patas y una cosa llevó a la otra y chocamos todos y acabé con Alma en mi interior.

—Eso es lo que debió de sucederme a mí. ¿Y no tienes miedo? ¿No sentiste pánico cuando la escuchaste por primera vez?

—Te va a sonar a locura, pero sentí alivio. Sí, alivio al saber que mi amigo no estaba loco. Saber que todo lo que contaba él, era real. No sé explicarlo y ahora...

—Y ahora, ¿qué?

—*Ni se te ocurra decirle que me he enamorado de ti, porque entonces, pensará que estoy loca y me niego a que mi hija tenga ese concepto de mí.*

—Ahora mismo me está hablando. Le caes bien, créeme. —No entendí por qué le dijo aquello.

—*Déjate de tonterías y no intentes impresionarla, no pienso permitir que tengas nada con ella. Enfermo. Necesito saber a qué accidente se refería. Tenemos que averiguar dónde se quedó ese alma.*

No me respondió. Yo creo que le parecía seductor hacerme creer que aquella muchacha le gustaba. Estaba claro que pretendía darme celos. Ellos siguieron haciéndose preguntas, reconozco que me encantaba escuchar la risa melódica de Marina. Hablar con Carlos y compartir experiencia paranormal parecía divertirse. Pero yo necesitaba saber qué sucedió y dónde se largó aquella Alma invasora del cuerpo de mi niña.

Eran tantas cosas las que ansiaba saber que no veía el momento, nadie era consciente de la gravedad de la situación. Comencé a ponerme muy nerviosa y no podía dejar de hablar sin parar, sin apenas coger aire, todo del tirón. Me había convertido en una metralleta. Mi forma de actuar provocó que se pusiera muy nervioso. Sus resoplidos me dieron una tregua para pensar y fue cuando se me ocurrió una brillante idea, aunque tendría que esperar a comunicársela a mi querido amigo.

Mientras ponía en orden mis pensamientos, Carlos debió de centrarse y formuló la pregunta que a mí me había dado miedo ponerle voz.

—Tus abuelos nos contaron que tu madre había fallecido. —El rostro de Marina se entristeció. Apretó los labios, supe que luchaba por no llorar mi muerte ante él.

Me fue imposible ocultar mi emoción, las ansias me podían y su inexistente respuesta se me hacía eterna. Era un sinsentido, reconozco que me moría de ganas por escuchar la historia, sin embargo, una parte de mí necesitaba que no nos la revelara. Era probable que todavía no estuviera preparada para escuchar aquello. Cuando estás vivo, pasan los años, creces, tienes ilusiones y quieres comerte el mundo. Te cuentan muchas cosas, te crean

tantas expectativas con un futuro incierto, y luego... a ninguno nos preparan para morir, no era justo que yo tuviera que presenciar la narración del día en que dejé este lugar de manera prematura. Nadie debería de poder regresar al mundo de los vivos y averiguarlo. *Nadie*. «¿De qué iba a servirme eso?». Saberlo no me devolvería los años perdidos. Mi hija seguiría siendo una huérfana solitaria, a la que le habían arrebatado la juventud por encerrarla en aquella clínica. Mis días estaban contados, en cuanto nos reuniéramos con Ali, cumpliría mi objetivo: meterme en su útero, buscar el óvulo fecundado y olvidarme de todo.

Por alguna razón comprendí que las almas como yo, lo único que hacían era destruir vidas reales; éramos unos egoístas. Antes de cumplir con nuestra misión debíamos llegar sin hacer ruido, no pensar en nadie, no comunicarse con ningún vivo. Hacerlo era matarlos en vida, trastornarlos y por consiguiente, nuestra condena sería quedar atrapados en ninguna parte. Convivir con una persona que no se merecía ese castigo.

Me puse a llorar, no pude evitarlo, es más, no quise, necesitaba sacar todo ese dolor que tenía dentro. Quería dejar de escuchar a Marina. No, no, me negaba a comprobar lo enfadada que estaba conmigo por...

«¿Por qué mierdas no tuve que prestar atención a las clases?», «¿por qué narices no aprendí lo que tenía que hacer?». Dijeron que era sencillo, pero no... yo siempre estropeándolo, cuando estaba viva y después de muerta. El que nace rebelde no tiene remedio y esa era yo. Las normas existen por algo, están para cumplirlas. «Tarde, siempre tarde, Alma». No entendía por qué motivo el Tribunal de Almas me envió.

—Mi madre no murió. —Marina acababa de volverse loca.

—¿Cómo? ¿Qué narices está diciendo esta insensata? ¿Cómo no voy a morir, pero qué hostias está diciendo? ¡Carlos, Carlos, por Dios! Dile que está equivocada. Carlos, que estoy aquí, díselo.

Dios mío, cada vez que esta niña decía algo, abría un misterio y como lo hacía tan seguido, no daba tiempo a resolver el anterior.

Nos adentramos por un camino entre los campos de olivos, pues buscábamos un lugar en el que poder hablar con tranquilidad, sin la necesidad de estar pendientes de la carretera. Estaba histérica, de haber podido habría salido del cuerpo de Carlos y me hubiera esfumado. Recordé mi brillante idea y la puse en práctica. Tenía que tomar el control del cuerpo, necesitaba hablar directamente con ella, nada de pedirle a él que le preguntara, porque encima, no me hacía caso.

—Marina, siéntate y no te asustes —comencé a hablarle. No me costó dejar en un segundo plano a Carlos.

—¿Carlos, qué sucede? —preguntó mirando a los lados.

—No soy Carlos, soy Alma. Tranquila, no estás loca. —Intenté sin éxito colocarle mi mano sobre su hombro—. Supongo que pensarás que intento tomarte el pelo, pero no. No sé si cuando la voz te hablaba, en alguna ocasión, tomó el control de tu cuerpo y te anuló por completo. Yo he logrado hacerlo con el tiempo. La primera vez fue una sorpresa.

—Que yo recuerde nunca me sucedió, pero también es cierto que siempre me tenían medio dormida. ¿De verdad que escuchas la voz?

—Yo soy la voz. Me refiero a que sí, Carlos y yo compartimos cuerpo, aunque en breve lo vamos a solucionar. Primero tenemos que ir a hablar con una médium buenísima que conoce Ali, mi futura madre, pero antes, me tienes que contar algo. Lo primero, necesito que me aclares eso de que tu madre no ha muerto y luego, lo del accidente.

Pretender mantener la calma, me resultaba cuanto menos complicado. Aquella niña a la que llevaba horas queriendo como a mi propia hija, acababa de echar por tierra todo, de ser así, ese sentimiento dejaría de tener sentido para siempre. Habría que buscarle otro significado o darle un nombre distinto, porque amor filial tenía pinta que había dejado de serlo. Mi desesperación por aferrarme a algo de mi pasado y darle sentido a esa búsqueda iba a terminar conmigo y con los que me rodeaban. Debía relajarme o no conseguiría mi propósito, que no era otro que volver a nacer.

Marina nos explicó todo desde el principio, no de los orígenes, pero sí desde el día en que ella y su madre, junto a un vecino y sus hijos, que vivían desde hacía poco en su barrio, salieron de excursión. Era cerca de Navidad. Habían decidido pasar el día en un lugar maravilloso. A sus abuelos ese chico no les gustaba, la verdad es que nunca les gustó nadie. Desde que su padre, que sí murió en un accidente, unos meses antes de nacer ella, su abuelo no quiso que su hija rehiciera su vida y siempre estaba controlando todo lo que hacían.

Decirnos que su padre era el que había muerto, hizo que me replanteara todo. Lo sé, reconozco que para ser un alma perdida desbordaba imaginación y emoción a raudales. Y si..., lo sé también, otra locura más, era imposible que yo fuera el alma de su padre, ya, pero... aquello justificaría el amor desinteresado que sentía por esa chica. Nunca atendí si las almas teníamos sexo, pero había quedado claro que a mí las mujeres no me gustaban, no era

momento para desvariar, por lo que preferí seguir escuchando su historia y así, comprender un poquito mejor por lo que había pasado la pobre Marina.

La cuestión era que su madre, que también se llamaba como ella y... Vale, volví a dejarme llevar por la pasión y pensé que la madre no muerta, que ya no era yo, podría ser la ex novia de Carlos, aquella que desapareció de manera misteriosa, pero tampoco tenía sentido, pues la madre de Marina estaba casada y embarazada de mi ex hija cuando enviudó y no se llamaba Mariana. Por todos los medios yo intentaba buscarle relación a la historia de Marina conmigo, necesitaba que me dijera que sí, que éramos familia.

El agobio interior no desaparecía y no quería que parara de contarme su vida, por lo que le dejé paso a Carlos, y así, podría ir contándole mis elucubraciones sobre el tema. Sabía que él no diría ni una palabra, solo porque mis teorías eran una auténtica locura y no diciéndolas en voz alta no desquiciarían a la chica.

—Continúa, te escucho —le comentó Carlos sin decirle que era él.

Lo estaban pasando muy bien. Mientras su madre y el vecino se alejaban cogidos de la mano, ella y los hijos de este, que jugaban a la pelota, decidieron seguirlos. Querían espiarlos. Espiar a los mayores era divertido. Se reían de las cosas que se decían: «Te prometí que antes de marcharos, te iba a traer a un sitio que nunca olvidarías».

—*¿Eso quién lo dijo? No, no. Mierda, su madre tiene que estar muerta. Carlos, por favor, reacciona. Carlos, si en algún momento has sentido algo por mí, por favor, pregúntale, no dejes que continúe hablando.*

En esta ocasión me hizo caso y Marina le confirmó que aquellas palabras eran del novio de su madre. Si yo no entendía nada, no hace falta que aclare, que él estaba desconcertado. Mientras Marina seguía con su historia, yo iba narrándole lo mismo. «Mierda, más que mierda». Carlos se colocó las manos en la boca y guardó silencio, supongo que por lo asombrado que estaba al escucharnos a las dos contar exactamente lo mismo.

...Habíamos decidido ocultarnos detrás de unas piraguas. Sería un buen escondite, y así, escucharíamos todo sin problema. ¡Era tan divertido espiar a los mayores!

—Te prometí que antes de marcharme te traería a un sitio que nunca olvidarías —le dijo el hombre.

—Te voy a echar mucho de menos —respondía la madre de Marina—. No creo que soporte vivir sin ti.

—Tranquila, después de primavera estaremos de vuelta y entonces, lo

haremos público —le susurró él.

Mientras yo repetía las palabras de Marina, todo tomó color, no era como si estuviera viendo una película, es que yo formaba parte de ella.

Rodeada de nieve, de hielo, podía sentir el frío en mis mejillas; tenía la nariz helada. Y sabía que no debía moverme, de lo contrario, me descubrirían.

—Miguel, esto es una locura —respondió acompañado de un suspiro al abrir la cajita que su vecino le había regalado.

El brillo de lo que ocultaba en su interior no nos cegó, pero sí su significado. Caímos contra algo duro, y se hizo la oscuridad. No se escuchaba nada. Tanto silencio era desolador. Y el frío dolía.

No podía respirar, juro que lo intentaba, pero al hacerlo, los pulmones se me llenaban de agua. Unos segundos, quizá milésimas más tarde...

Gritos, solo gritos. Confusión. De nuevo podía respirar, pero con dificultad.

Estábamos dentro del lago, por lo visto, la placa de hielo que lo cubría se había roto engulléndonos.

Localicé a Marina que luchaba por mantenerse a flote. Intenté, una y otra vez, cogerla para subirla a la superficie, pero los guantes no me lo permitían, —el frío me había dejado insensibles las manos—, no podía retenerla por más tiempo junto a mí. Sentía impotencia y dolor. Marina desapareció ante mis ojos.

«¡Los niños, los niños!» Esa frase era lo único que podía escuchar. La falta de oxígeno me había dejado aturdida y no sabía con seguridad dónde me encontraba, solo que iba mojada, me dolía la piel y me estaba congelando. Algo en mi interior me animaba a no dejar de moverme, era necesario salvar a la niña, no podía irse, era tan joven...

—Y mi madre se lanzó al lago para salvarnos a la hija de su novio y a mí, pero no lo consiguió y fue cuando Miguel tuvo que elegir —explicó Marina.

—Y la eligió a ella —confirmé con la voz rota.

—¿Qué está pasando? —preguntó Carlos. Tenía la piel erizada. Yo no podía dejar de llorar al igual que Marina—. ¿Quién murió?

—Adara —dijimos las dos a la vez, y a mí se me partió el corazón al pronunciar aquel nombre tan familiar.

Acababa de comprenderlo todo.

Capítulo 18

Guardé silencio, lo necesitaba. No es que fuera incapaz de comunicarme, es que, tras la impactante revelación, había decidido ser muda. Pretendía negarme a las evidencias, y por más que lo intentara, todo me llevaba a la misma conclusión: acababa de revivir mi propia muerte. Yo era la hija del vecino, en mi otra vida fui Adara.

Si morir es lo peor que le puede suceder a alguien, tener que recordarlo y sentir lo mismo que en aquel instante, es el castigo más cruel al que puedes condenar a una persona.

Necesitaba desaparecer, dejar de existir. Por primera vez desde que había llegado de nuevo a este mundo, quería irme para siempre. Dolía tanto querer.

Descubrir que mi padre me dejó morir, fue horrible, pero más, conocer el motivo: las eligió a ellas. Yo estaba muerta por culpa de Marina. De haberlo sabido antes, jamás la habría sacado de aquella clínica, la hubiera dejado pudrirse allí. Qué diera gracias que la única razón por la que seguía con vida era porque no encontré el coraje suficiente para acabar con ella. Total, estábamos en mitad de la nada y los únicos testigos del asesinato habrían sido los cientos de olivos que nos acompañaban y las miles de aceitunas que los adornaban. Con un poco de valor y aquella piedra, que no podía dejar de mirar, hubiese bastado.

—Alma, dime algo. Por favor —me pedía Carlos.

—¿Qué sucede? —preguntó la culpable de mi estado marchito.

Yo seguía callada, no quería hablar, además, no hubiera servido de nada, pues Carlos no me habría hecho caso. Matarla no me devolvería la vida que ella me arrebató aquel inhóspito día en el lago de la muerte.

Estaba convencida de que si le daba los motivos de mi venganza, él no se atrevería a revelar la verdad, así que, aparte de estar en silencio, no pensaba confesarle que yo conocía el nombre de la chica que acompañaba a Marina aquel día, porque se trataba de mí. Supongo que de habérselo contado, ella tampoco lo habría creído a él.

Mi ausencia de palabras harían sospechar al más tonto de que era mejor no hacerle más preguntas y seguir con el plan inicial, que no era otro que

llegar a Fuengirola para reunirnos con la médium, pero a Carlos le dio igual y continuó con el interrogatorio.

Mi única obsesión estaba centrada en intentar recordar, necesitaba ponerle cara a mi padre, saber cómo era, ver al asesino de Adara. Solo sabía que me llamaba así y que él fue el culpable. Entré en bucle y no podía quitármelo de la cabeza.

—¿Entonces, tu madre no murió? ¿Quién era Adara? —le preguntó mientras la abrazaba y a mí eso me mataba.

Ya no quería saber nada de ella. Hacía unos minutos me había planteado acabar con Marina, por lo que era normal que me molestara que él la estuviera consolando. Mi silencio la mantendría viva, tomé la decisión de no volver a hablar nunca más.

Si mi condena era estar atrapada en el interior de Carlos, lo asumiría, pero no quería seguir amargando la existencia de nadie.

Tenía que recordar cómo había sido en vida, y de este modo, descubriría eso tan malo que debí hacer para tener aquel horrible final.

—Mi madre... Adara...

Nada, ella seguía compungida, intentando contarnos su drama entre sollozos. Me molestaba tanto que se estuviera haciendo la víctima.

«Guapa, que la que sigue con vida eres tú».

Según entendí, pues yo estaba concentrada en ponerle rostro a mi padre y no quería escuchar sus mentiras de niña consentida, cuando caímos al lago, mientras una servidora pretendía salvarla, su madre se lanzó a por ella ignorando mis gritos. Por lo visto esa chica era muy querida, pues todos fuimos a por ella. Al verlo, el tal Miguel, al que habría que darle el título de padre del año o del siglo, cuando la hija de su novia desapareció de la superficie, le gritaba a Marina madre que se saliera, pues de lo contrario acabaría congelada. En menos de un minuto, gritó que ya la tenía. «¿Y a mí quién narices me salvaba?». En lugar de haber ido cada uno a por sus respectivas hijas, los dos se centraron en la misma.

Miguel logró rescatarla, y tras dejarla en la orilla mientras, el resto de gente intentaba reanimarla, se volvió a lanzar al lago, esta vez a por su novia que pretendía nadar sin éxito. Cuando la tenía, con mucha dificultad consiguieron salir del agua. Según cuenta la niña consentida, su madre no respiraba y yo estaba ahí en mitad de la nada flotando, bocabajo. Y cuando llegó mi turno ya fue demasiado tarde.

Venga, nada, el resultado de aquel día que prometía ser maravilloso:

Marina hija sana y salva, Marina madre en coma y Adara muerta. Todo muy compensado.

—¿Y Miguel? —Carlos estaba en modo curioso, y no se daba cuenta de que toda esa información solo me encendía más. Terminaría por matarlos a los dos.

—Se suicidó. No lo soportó.

No había dejado de llorar desde que comenzó con la historia, pero al decir aquello se volvió loca, se puso en pie y gritaba al cielo preguntando que por qué no murió ella también. Que tendría que haberse muerto aquel día, que no era justo. Comenzó a decir mi nombre, decía Adara a la vez que me pedía perdón. Una mezcla de sentimientos se apoderaron de mí. Ira, furia, frustración, pena, dolor, angustia. Me sentía impotente, escucharla y comprobar la desesperación que desprendían sus palabras, me partieron el alma, que era lo único que conservaba; también destruyó eso. «No sabía qué hacer».

Carlos fue a por ella y la abrazó contra su pecho. La teníamos tan cerca que pude sentir sus latidos, la respiración agitada y el rostro húmedo por aquellas lágrimas que tanta rabia me producían. Pensé en apartarla de nosotros. Me negaba a que también me arrebatara a Carlos.

Estaba confundida. No sé por qué me comportaba de aquel modo. Pero seguía sin querer hablarle. Por un lado, habría matado por ser yo la que consolara a Marina, y por otro, me daba miedo haber tomado el control del cuerpo y cegada por la ira haber hecho realidad mi primer impulso. Intentaba recuperar la calma. Centrarme, analizar lo que ella había contado y ver cuál era, en aquel momento, la mejor solución para mí .

—Alma, ¿estás bien? —me preguntó Carlos, parecía preocupado por mi silencio.

«Muerta, estoy muerta. ¿Lo recuerdas?». Pensé. No quería comenzar una conversación absurda y menos con él.

—Marina, no puedes cambiar el pasado. No te martirices. Adara murió en aquel lago, pero tú estás viva y debes dar gracias por ello.

—¿Viva? ¿A qué precio? Toda la gente a la que quería ha desaparecido. Lo hicieron ante mis ojos. Solo tenía doce años. Despertar en un hospital y que nadie dijera nada... Yo sabía que me ocultaban algo horrible. Sí, su padre estaba allí, junto a mi cama. Lloraba y me miraba con odio. ¿Sabes lo que es eso? ¿Que alguien te odie por que estés viva? Mis abuelos lo echaron de la habitación y lo mandaron con su otro hijo que no cayó al lago. Y desde aquel

día todo fue un infierno. Me encerré en mí misma, nunca tuve valor para ir a ver a mi madre. Los médicos dijeron que igual, algún día se recuperaría. No saben nada. Siempre rodeada de muerte. Mis abuelos muertos en vida y aquel hombre se suicidó por mi culpa. Si hubiera muerto yo, en lugar de Adara, ellos dos vivirían felices. Soy la culpable. Y creo que por eso me volví loca. Un día comencé a escuchar esa voz en mi cabeza. Quería pensar que era producto de mi imaginación. Durante un tiempo quise creer que se trataba de Miguel, que había vuelto para hacerme la vida imposible y que hiciera lo mismo que él: Matarme. Y ahora, ahora que ya se fue y que todo podría mejorar, llegas tú y me confirmas que hay más voces. Yo no puedo soportarlo más. —Y salió corriendo.

—Alma, necesito que me ayudes —me pedía Carlos sin saber cómo actuar. Yo seguía muda.

En dos zancadas llegó hasta dónde se encontraba Marina, le pidió por favor que no se marchara, que juntos lo conseguirían, cuando sonó su teléfono.

—Leo, no es buen momento, te lo aseguro —le respondió a su amigo.

—Necesito hablar con Alma.

—Alma ha desaparecido.

—Será una broma, ¿verdad?

—No la escucho desde hace tiempo.

—¿Habéis chocado contra algo? ¡Carlos, es urgente! Tiene que aparecer. No sabes lo que ha sucedido en casa.

Estuve a punto de gritarle que sí estaba, pero supuse que yo tendría algo que ver con esa llamada desesperada y continué en silencio.

—¿Estás bien? Y, ¿Ali? Leo, por favor, dime qué ha pasado, en este momento no estoy preparado para más sustos.

Se pusieron a hablar, él le contó por encima la historia de Marina, aunque creo, que Carlos en ningún momento entendió que Adara era yo. Y no iba a ser yo quien se lo diera. Yo ya no quería destrozarse más familias. Yo como tal me había conocido dejaría de existir. *Yo, yo, siempre yo...*

Por lo visto, al llegar a su casa, el agua salía por debajo de la puerta. Alguien había abierto los grifos, no se trataba de ninguna rotura de tuberías. Es más, le decía que aquello parecía más una venganza. El hecho de haber visto una pintada en la pared del salón, de lado a lado que decía: «Necesito hablar con Alma, ya. Tenéis tres días», era bastante revelador. El miedo se apoderó de nosotros, pues no sabíamos qué día habían escrito aquello y claro, igual nos quedaban solo horas o ya era demasiado tarde. Y si ponía mi nombre, seguro

que me conocía y no de este mundo. Lo único que se me ocurrió es que debía tratarse del fantasma enfadado, pero si me conocía, por qué narices cuando estaba enfurecido en casa no me llamó por mi nombre. «¿Cómo había logrado escribir algo en la pared?». Yo continuaba sin entender nada y ya estaba cansada de fantasmas indignados, de Tribunales acuáticos y de recuerdos dolorosos. Me quedé mirando al infinito, necesitaba una salida, huir del interior de Carlos. Sabiendo que Leo logró entrar en el cuerpo de Popsy, tendría que encontrar a algún animalillo, alguno adorable y con esperanza de vida razonable para que me diera tiempo a pensar en una solución. Tenía que provocar un accidente para transferirme.

Carlos continuaba hablando con Leo, yo los escuchaba, pero algo que dijo Marina me sobresaltó y aquello hizo que rompiera mi silencio.

—*¡Mierda, mierda!* —grité y Carlos respiró tranquilo. Si supiera lo que había ocurrido no lo hubiera hecho.

—*¡Alma ha aparecido!* —le transmitió emocionado a Leo que se quejaba por el grito que dio su amigo al oírme.

Marina se giró y mientras se limpiaba las lágrimas, se quedó expectante.

—Dime, Alma, ¿qué pasa? ¿Es por lo que ha sucedido en casa de Leo?

—*No, pregúntale a la chica. Que te cuente. Estoy en peligro.*

Capítulo 19

No podía ser cierto. Me negaba a pensar que se tratara de un plan urdido desde el principio y todo hubiera sido una estrategia, era imposible que aquel encuentro no fuera casual. Me estaba volviendo loca. «¿Y si todo esto se trataba de una conspiración en mi contra?».

Intenté relajarme, y poner cordura, al menos, un poco a toda esa locura sin sentido que me venía persiguiendo desde hacía tiempo.

Quise centrarme y pensar con la cabeza y no dejarme llevar por el corazón, que ya no sabía si el de Carlos me pertenecía, pues yo no tenía uno.

La indignación y el odio hacia Marina no tenían ningún sentido. Yo ya estaba muerta y eso no podía cambiarlo nadie, no servía de nada odiarla; hacerlo era un pérdida de tiempo. Es más, intentaba convencerme de que en algún momento de mi vida quise a esa chica o le tuve cierto aprecio. No querer hablar o negarme a relacionarme con Carlos solo iría en mi contra. Si quería saber cómo había sido en vida, la única que podía desvelármelo era ella, además, por lo que dijo, seguía teniendo un hermano, al que nunca iría a visitar porque estaba convencida de que también terminaría fastidiándole la existencia. Y de nuevo me iluminé. Estaba en peligro, pero... creía haber encontrado una posible solución.

—¿Estás segura de eso? —le preguntó Carlos. Podía sentir su respiración descompasada tras entender la gravedad de mi situación.

—Segura, segurísima —le confirmó Marina.

No me atrevía a hablar, no podía contarle mi nueva ocurrencia porque necesitaba que todo saliera bien. Estaba claro que todos mis planes se iban al traste cuando estaba a punto de alcanzarlos. Era una desgracia en toda regla.

—No entiendo. Si se hizo el traspaso, ¿por qué no te sacaron de la clínica? —Podía mascarse la preocupación de Carlos.

—Mis abuelos cada vez que venían a verme le pedían al doctor que me diera el alta voluntaria, pero él siempre se negaba. Les decía que había que tener paciencia, que aunque en apariencia me vieran bien, cabía la posibilidad de que tuviera una recaída y no me integrara bien en la sociedad. Era evidente que yo ya no decía que la voz me hablaba, solo quería regresar a casa y fue

cuando decidí fugarme con mis abuelos. Salió mal, muy mal, pero dejé de oír a la voz.

Marina iba explicando a Carlos cómo se habían desencadenado los hechos y yo escuchaba muy atenta.

Parece ser, que un día, justo cuando sus abuelos atravesaban la puerta de la clínica para regresar a su casa, ella sin pensarlo salió corriendo, fue todo improvisado. Corría y les gritaba, su abuelo se giró y al dirigirse hacia ella, cosa que Marina no se esperaba, uno de los matones —avisado por Dolores— se cruzó en su camino y provocó que cayeran al suelo los tres. Se excusó, mientras intentaba ayudar a su abuelo a ponerse en pie, que quería darles un último abrazo antes de que se marcharan.

Desde aquel instante la voz la abandonó para siempre. Y en la siguiente visita fue cuando descubrió que el alma, que le había estado atormentando durante mucho tiempo y que la había llevado a aquel lugar, se había traspasado al cuerpo de su abuelo.

—*Cambio de planes. Tenemos que ir a Alicante, la médium ya no nos sirve* —le comenté a Carlos.

—Alma, no te vuelvas loca. Que su abuelo tenga un alma compartiendo cuerpo, no significa que se haya transferido en el interior de Ali. Recuerda, nadie puede asegurar que esté embarazada y sobre todo y principal, este hombre no tiene por qué saberlo. Y otra cosa, puede haber abandonado su cuerpo en otra ocasión. Acudir a la clínica con un alma dentro es un suicidio —Carlos intentaba tranquilizarme, pero yo lo veía todo negro. Sabía que esta era mi última oportunidad, es más, necesitaba convertirme en la hija de Leo, no podría tener mejor padre. Ese óvulo tenía nombre y apellidos y eran los míos, aunque no los recordara.

—*Está decidido, hay que volver* —le respondí ignorando todo lo que me acababa de decir.

—¿Entonces, voy a ver a mis abuelos, ya?

—Sí, tenemos que resolver lo de la casa de Leo y saber qué ha pasado con la voz que le habla a tu abuelo. Si continua compartiendo cuerpo, es posible que nos pueda ayudar con Alma. No tiene muy claro cómo lograr su objetivo.

Ya lo que me podía faltar, que encima le dejara claro a Marina que yo era tonta.

—*Listo, ¿cómo pretendes volver? Por muy en forma que estés y Marina haya demostrado que es corredora de fondo en los momentos de huida, no*

creo que haga falta que te explique que con lo urgente que es llegar a casa de Leo, si lo hacemos caminando, cuando lleguemos, igual no hay ni casa. No sabemos de lo que es capaz el fantasma, en el hipotético caso de que se trate de uno y si el abuelo se ha quedado con mi óvulo, ¿qué haremos?

—Eso no es problema. Vamos a contratar un Blablacar. Es lo mejor.

—*¿Un bla qué?* —pregunté sin entender a qué se estaba refiriendo.

Estaba convencido de que era la mejor forma para llegar cuanto antes, yo seguía sin verlo, pues con la suerte, que nunca nos acompañaba, a ver qué narices nos ocurría si viajábamos con un desconocido.

Después de contratar el vehículo que nos llevaría a casa, solo tendríamos que esperar media hora y pasaría a recogernos un chico que se dirigía hacia Valencia. Prometió dejarnos en el peaje de la autopista de Alicante. Avisó a Leo para que fuera a por nosotros allí y le pidió que se trajera a Ali con él. Había que confiar en que mi óvulo seguía libre y sin ningún okupa roba padres.

Decidí dejar de lado el tema de mi vida anterior, lo importante era solucionar la futura, no me quería despedir de este mundo sin confesarle a Marina que yo era Adara y que le había perdonado, aunque fuera falso. En realidad, no sabía si continuaba culpándola, después de pensarlo, que ya podría haberlo hecho antes de cabrearme tanto, ella tan solo tenía doce años, era una niña y siendo francos, era normal que intentaran salvar primero a la más débil. Según le contó a Carlos, mi muerte se produjo cuando tenía diecisiete años. De mi hermano no me atreví a preguntarle, pues él tendría su vida y yo no era nadie para llegar y trastocarla. Habría sufrido demasiado, perderme a mí y después a nuestro padre. Lo mejor era olvidar mi drama particular y centrarme en desaparecer para nacer de nuevo.

Carlos y Marina seguían hablando. Paseaban como si fueran una pareja de novios que se conocieran desde siempre y se les veía una complicidad, que a cualquiera ajeno a toda la historia le habría transmitido cierta ternura. Él le había pasado el brazo por el hombro y sin dejar de hablar, de vez en cuando, se reían. Reconozco que hacían una bonita pareja. Aceptar que estaba enamorada de un imposible, me dio pena, de todos modos, mi consuelo era saber que en cuanto me encontrara con Ali, mi memoria se *resetearía* y también la de ellos. Nadie me recordaría, por lo que no tenía sentido interponerme entre los dos. Marina se merecía ser feliz y quién mejor que Carlos que había sufrido tanto con esto del amor. Por un segundo me sentí orgullosa de haber conseguido hacer algo bonito por el prójimo y no en

beneficio propio. Y quién sabía, lo mismo la relación cuajaba y si me habían robado mi óvulo, siempre ellos dos podrían acondicionarme un nuevo hogar...

—*Por cierto, parejita. No es por romper este momento precioso, pero ¿no crees conveniente ofrecerle tu chaqueta?*

Con todo el follón del secuestro, nadie reparó en que Marina iba vestida con el camisón horrible que le habían dado en la clínica y lo único que conseguiríamos es que cuando llegara el muchacho, que nos acercaría a Alicante, al verla, se diera media vuelta o en su caso continuar la marcha con su bólido sin dejarnos subir.

—Alma tiene razón. Toma, Marina —le dijo mientras se quitaba la chaqueta para colocársela a ella.

Fuimos al punto de encuentro y esperamos sentados.

—*¿Caslo Matín?* —un Ford Fiesta color verde pistacho se detuvo junto al banco en el que estábamos esperando la llegada de nuestro chófer.

—*¿Rudolph?* —preguntó mientras se ponía en pie.

Afirmó con la cabeza sin soltar en ningún momento el volante, que apretaba con saña con las manos.

—*¿Qué tal todo? ¿Y eso que no lleváis equipaje?*

—Un amigo se llevó las maletas en su coche. Lo llamaron y se tuvo que marchar. Nosotros aprovechamos para quedarnos unos días, pero al comprobar que nuestras cosas iban en su maletero no nos ha quedado otra que regresar.

—*¡Pué vasa mieda!* —respondió con una acento un poco raro.

Nos invitó a subir y Carlos y Marina se sentaron detrás, antes de haberse abrochado los cinturones, Rudolph ya había salido a la carretera quemando rueda. Nos marchábamos hacia la autopista.

Reconozco que iba un tanto asustada, y no era la única, pues Marina apretaba con fuerza todo el tiempo nuestra mano. Aquel hombre tenía una forma muy violenta para eso de la conducción, no me refiero a que el cuenta revoluciones fuera a salir por los aires, ya que no superaba los sesenta kilómetros por hora, y eso que ya íbamos por la autopista, pero el ruido que hacía su coche, de varias décadas atrás, daba la sensación que de un momento a otro explotaría en mitad de la carretera, borrando todo rastro de Marina y de Carlos.

No teníamos muy claro cuándo llegaríamos a nuestro destino, en el hipotético caso de que lo lográramos, porque igual todo se iba a la mierda en el siguiente adelantamiento y terminaríamos debajo de uno de los miles

camiones que nos íbamos encontrando a nuestro paso. Además, cualquiera le decía algo, llevaba la música a todo volumen y no contento con eso, cantaba dándolo todo.

Sin venir a cuento y por sorpresa, Carlos comenzó a canturrear y acompañaba muy rumboso a Rudolph. Quise creer que su intención no era otra que hacer reír a Marina, con el único propósito de que se relajara. Y a mitad de canción, la chica se dejó llevar también y allí iban los tres cantando casi hasta desgañitarse y como yo no quería ser menos, me uní al coro. Aún no había terminado la canción cuando un coche patrulla, de la Guardia Civil de tráfico, nos pedía que nos detuviéramos en el arcén y Rudolph no tenía ninguna intención de obedecerles o no se había percatado o lo que era peor, se le había roto el freno e íbamos a la deriva, ahí pegué un grito con el corazón encogido, tenía que avisar a Carlos que seguía cantando y dando saltitos en el asiento.

—*¡Carlos! La pasma* —le grité cortándole todo el rollo y sorprendiéndome a mí misma de cómo había llamado a los Civiles.

—Perdona, Rudolph, mira a ver si vas frenando y te paras donde buenamente puedas, que nos piden que paremos —le comentó Carlos.

—*¡Mieda! ¿Y ahoda qué quieden* de mí?

Puso el intermitente y detuvo en seco el coche, un poco más violento y consigo una transferencia de cuerpo.

—¡Buenas tardes! ¿Es qué no nos ha visto? —preguntó el agente.

—*Pué*, no.

—¿Durante más de un kilómetro? ¿Ninguno lo ha visto? —preguntó asomando la cabeza por la ventanilla, cuando Carlos y yo dijimos a la vez: «mierda».

—¡Hola! —saludó de manera tímida mi querido amigo, no podía ser cierto, pero se trataba de los mismos que nos habían parado el día que viajábamos con Marta y los chicos.

—*¡Joder! Nos van a pillar, se van a llevar detenida a Marina, o lo que es peor, a nosotros. Seguro que han dado el aviso del secuestro. Carlos, por favor, no dejes que nos encierren, ahora más que nunca necesito ser libre y poder llegar a casa para reencontrarme con mi futura madre.*

—Alma, cálmate —me respondió apretando los labios sin retirar la vista de la ventanilla por donde seguía asomando aquel guardia.

A Rudolph lo habían hecho bajar del coche, no sé qué más podía complicarse, pero no me atreví a preguntarlo.

—¿Y sus amigos? ¿Dónde los ha dejado?

—Pues se marcharon a casa y bueno, allí íbamos nosotros.

—Su amigo el del perro, ¿qué tal va?

—Bien, bien, él va bien —respondió casi para adentro.

—*Sonríe, sonríele al hombre. Hazte el simpático, que por lo menos no nos acuse de maleducados* —le rogué cómo pude.

—Pero relájese, que no pasa nada. Solo hemos parado porque el coche iba perdiendo líquido por el maletero.

—*¿Qué líquido? ¿Qué ha metido este hombre ahí detrás?*

—Ni lo sé ni me importa —me contestó Carlos.

Marina no levantó la vista en ningún momento, parecía que había perdido el conocimiento.

—¿Su amiga se encuentra bien?

—*Dile que va drogada. NOO, eso no, dile que drogada de cosas para el mareo. O mejor, dile que se ha dormido y es una marmota.* —Me puse muy nerviosa y no era capaz de dar pie con bola.

Un par de minutos más tarde, Rudolph volvía a incorporarse a la carretera maldiciendo en arameo o en lo que quisiera ser su idioma materno, pero no se le entendía nada de nada. Por lo visto, se le había abierto un bidón de sirope de arce. Además de llevar a gente, previo pago, también entregaba paquetes y parecía ser que estaba mal sellado. A él le pusieron una multa y creo que su cabreo se debía a que igual tendría que correr con el gasto de lo que se había derramado.

—Dime, Leo —respondió Carlos.

—¿Qué os queda? La cosa se está poniendo muy fea. —Se podía palpar su nerviosismo.

—¿Muy fea? ¿A qué te refieres?

—Horrible, tío, el abuelo de la loca se ha encerrado en el baño. Dice cosas muy raras. Habla de posesiones y de que se olvide de él.

—*¿Se ha transferido? Pregúntale.*

—¿Pero ha estado con Ali?

—*Yo creo que el fantasma ese está haciendo de las suyas o algo.*

—¿El fantasma? ¿Y cómo sabes que es él? —preguntó a gritos Carlos.

—¿Qué pasa? —añadió Marina con la voz entrecortada.

—Nada, tranquila, que por lo visto tu abuelo está encerrado en el cuarto de baño porque alguien quiere poseerlo —le explicó Carlos y yo le pegué un chillido, pues ese tipo de información era innecesaria, tanto para ella como para el conductor.

—*¿Cómo le pides tranquilidad y luego le dices eso? Repito, pregunta por Ali.*

—¿Y Ali?

—¿Ali? Calla, estoy acojonado. Cuando te llamé, estábamos hablando tan normales, pues algo debí de decir que no le gustó al hombre. Levantaba las manos y miraba a todos los lados. Mi madre se puso a chillar y no sabemos cómo ha pasado, pero en el suelo ha aparecido un círculo de sal, aunque luego te cuento eso. El marido le ha metido una hostia y ha salido volando para acabar encerrada en el círculo que está ahí en mitad del salón. Y allí se ha quedado, como si tuviera una pared invisible, pero no queremos tocarla ni ella se atreve a salir de dentro.

—¿Estarás de coña? Cómo se va a dibujar un círculo de sal en el suelo. ¿Y a santo de qué el marido le ha pegado? ¿Le habrás dado lo suyo?

—No sé, tengo ganas de llorar, me quiero ir, y no lo hago por miedo de que al abrir la puerta algo me lance escaleras abajo o me arranque un brazo. ¡No tardéis! Don Manuel no deja de darse golpes contra las paredes, grita y cambia de voz. Esto es una locura, es como si estuviéramos en el puto Infierno. Haz algo.

—¿Don Manuel? ¿Qué pinta este hombre ahí? —preguntó exaltado y confuso.

—*¿Le han devuelto el perro?* —pregunté con la única intención de darle un sentido a su comportamiento irracional.

—¿Le ha pasado algo a mi abuelo? —insistía Marina, pero Carlos no era capaz de darle explicaciones.

—Mi madre se ha vuelto loca —fueron las últimas palabras de Leo antes de colgar.

Si dijera que no estaba asustada, mentiría y lo peor de todo era que no tenía ni la más remota idea de qué estaba sucediendo allí. A Rudolph también debieron de asustarle las palabras de Carlos y detuvo el coche en el arcén de la autopista, les pedía que se bajaran, que no pensaba seguir el viaje con ellos. Lo más gracioso es que estábamos a menos de una hora de casa. Le supliqué a Carlos que se inventara una historia para convencerle que lo más lógico era subir al coche y continuáramos el camino hasta a Alicante, después, no volvería a vernos más. Que le pagara el doble y en caso de negarse, si fuera necesario, le diera un puñetazo y le robáramos el Ford Fiesta. Lo sé, las agresiones nunca están justificadas, pero mi vida estaba a punto de desaparecer. Me extinguía como una velita enana de las de misa, de esas que

duran poco y nada.

Como no me hizo caso, decidí tomarme la justicia por mi parte. Miré al conductor con miedo, aunque fingí no tenerlo. Tragué saliva, apreté los dedos, y sin mediar palabra, le arreé un golpe en todas sus partes. Aproveché la confusión y sus impropiedades me importaron bien poco, él no dejaba de retorcerse en el suelo con las manos en la zona afectada. Ignoré los gritos de Carlos en mi interior. Enganché del brazo a Marina, que permanecía inmóvil en la calzada, y de un empujón la metí en el asiento trasero. Sabía que todo lo hacía a la velocidad del rayo, pero mi miedo cada vez era mayor, pues temía que, en cualquier momento, Rudolph me alcanzara. Cerré la puerta, me coloqué en el asiento con la intención de huir, pero de nuevo, recordé que yo no sabía conducir un coche.

—¡Vuelve, Carlos! —Y antes de terminar la frase, ya había tomado el control y estábamos en la carretera. Atrás dejamos abandonado a su suerte al propietario del Ford Fiesta.

—¡Estás loca, desquiciada! Todo te importa una mierda y así no funcionan las cosas. Me parece estupendo que quieras llegar a casa, ¿pero a qué precio? ¿Has pensado en mí? Egoísta, que eres una egoísta de mierda. No me extraña que nadie quisiera salvarte de ese maldito lago. —Y ahí fue cuando Marina descubrió quién era la voz que vivía atrapada en el interior de Carlos.

—¿Qué está pasando? ¿De qué lago hablas? —preguntó desconcertada sin apartar la vista del retrovisor por dónde se podía ver la cara de preocupación de Carlos.

—*¡Vete a la mierda! Abre la puerta del coche que voy a saltar. Del impacto te desharás de mí.*

—¿Lo ves? Solo piensas en ti. De nuevo te importa una mierda mi vida. ¿Dónde quedaron tus palabras? ¿Era todo mentira cuándo dijiste que estabas enamorada de mí? ¿Es eso? ¿Para qué lo hiciste? No había necesidad, ya estabas en mi interior, daría igual que me hubieras confesado que me odiabas. Tú no puedes querer a nadie, las malas personas no saben lo que es el amor.

—¡Estás loco! Para, para el coche. Quiero bajarme. Me das miedo — chillaba Marina sin dejar de llorar.

—*¿Por qué has tenido que decir esto delante de ella?*

—¿Me vais a explicar qué está sucediendo? ¿De qué hablas, Carlos? Necesito que me digas que todo esto es una broma —gritaba Marina, pero él la ignoraba, estaba obsesionado con destrozarme. Supe que no pararía hasta

que me matara y desapareciera para siempre de su cuerpo.

—*Eso, insúltame. Hazme daño, ya todo me da igual. Por mí puedes parar el coche. Deja que su abuelo se haga con mi vida. Si fuera mala persona, ahora mismo, tomaría el control de tu cuerpo y seguiría con el viaje. No te necesito para eso.*

—¡Mentira! ¿A quién pretendes engañar? Me necesitas y lo sabes —decía apartando la vista de la carretera para mirarme fijamente a través del espejo retrovisor, apuntando con su dedo índice hacía sus ojos—. No puedes llegar a ninguna parte, porque no sabes conducir. De nuevo, vuelves a utilizarme. Solo espero y deseo que ese óvulo que tanto nombras no exista, Leo no se merece engendrar a un demonio como tú. No puedo comprender cómo te brindaron la oportunidad de volver a nacer. Loca, que estás loca.

—¡Carlos, por favor! ¡Carlos, la carretera! —Marina estaba al borde de un ataque y yo también.

Lo pensé, pero por una extraña razón decidí no hacerlo. La vida de Marina valía más que mi indignación. Yo ya estaba muerta, sin embargo, ellos seguían con vida, y haber hecho aquello, habría sido llevarlos a una muerte segura. Tomar el control y estamparme contra la mediana no tendría justificación ni perdón. Decidí no volver a hablarle. Mi silencio les salvaría la vida.

—Carlos, ¿me puedes explicar por qué dijiste lo del lago? ¿Cómo sabes que es Adara?

—Calla, ahora no empieces tú. No puedo más. En cuanto lleguemos, te pido por favor que no intentes localizarme, no quiero saber nada de todo esto. Y lo peor es que igual el que está loco soy yo. Casi que lo prefiero, me encantaría comprobar que ninguna de las dos existís. No entiendo nada. No quiero saber. Esto es un infierno.

—Yo nunca te pedí que me sacaras de aquella clínica.

No podía dejar de llorar, lo hacía en silencio, no quería que Carlos supiera lo mucho que me habían dolido sus palabras, pero fue imposible. Marina también lo hacía y Carlos. Solo deseaba llegar al piso de Leo y poder resolver todo el lío que se había formado por mi culpa, como siempre.

Aparcó en la entrada de un garaje y tras un portazo se dispuso a cruzar la carretera, Marina bajó del coche y lo siguió.

No hizo falta avisar de que habíamos llegado, pues el portal estaba abierto, un número indeterminados de vecinos estaban congregados en la entrada, Carlos, con dos empujones, se detuvo ante el ascensor.

—*Espera a Marina, ella no tiene culpa de nada, es más, no sabe dónde vive Leo* —le rogué que no la dejara sola.

Parecía que el tiempo se hubiera detenido y que el ascensor no avanzara, era como si nunca fuéramos a llegar a la planta de Leo.

Los dos salieron corriendo alertados por los gritos que se escuchaban a través de la puerta de la vivienda, que permanecía cerrada. Comenzó a golpear, a llamar a Leo. El corazón se nos iba a salir por la boca. Marina también empezó a dar voces, llamaba a sus abuelos, cuando la puerta se abrió sin esperarlo y los dos cayeron al suelo, sobre un charco de agua.

Capítulo 20

Sin pensarlo, Carlos se levantó asustado, y por inercia, se giró para ayudar a Marina, le tendió la mano y una vez estaba la chica en pie, la abrazó contra su pecho, supongo que su única intención era protegerla. En el fondo, no quería que le sucediera nada.

—¡Leo! —gritó y todos se volvieron hacia el sonido de su voz.

—Tío, por fin habéis llegado. Mira a ver si Alma sabe cómo solucionar esto. Estoy acojonado.

No sabría describir lo que sentí al entrar en el salón. Miedo, ansiedad, me faltaba el aliento y no se trataba por haber llegado corriendo, a Carlos también podía olérsele el miedo.

Lo que veían nuestros ojos no podía ser cierto, tenía que tratarse de un alucinación colectiva.

Como bien había indicado Leo por teléfono, en el centro de la estancia, en el interior de un círculo de sal, se encontraba Ali y al lado, yacía el salero que aquel día nos negó su marido, que por cierto, también se encontraba allí, pegado contra una pared.

La madre de Leo corría por todo el salón sin rumbo fijo, intentaba proteger su gorro en forma de nido de gorriones, su hijo trataba de llamar su atención, sin éxito.

El que más miedo daba era don Manuel que estaba como poseído. Gritaba, se estiraba del pelo y se golpeaba contra los muebles. Cogía carrerilla para lanzarse contra el sofá, y debía medir mal las distancias, ya que, en todas las ocasiones, caía al suelo. Sin inmutarse por el golpe, de nuevo, recuperaba la posición vertical, y a por cualquier pared.

—¿Qué está pasando? —preguntó Carlos.

—Pues eso es lo que queríamos que nos dijeras. ¿Qué dice Alma? —respondió Leo sujetando de los hombros a Marta—. Ya sabes que de estas cosas no entiendo.

—Alma hace rato que no dice nada, la mandé a la mierda —confesó con desprecio.

—¿Dónde está mi abuelo? ¡Abuelita! —Corrió hacia la pobre mujer que permanecía oculta entre el sofá y una lámpara de pie, con los brazos escondía

su rostro.

Carlos se detuvo delante de la pintada, era necesario actuar, pero no sabía por dónde empezar, por lo que decidí tomar el control.

—Aquí estoy. —Todos se me quedaron mirando, incluso, don Manuel, él es el que más caso me hizo—. Déjalos, deja que se vayan. ¿No me querías a mí? Pues aquí estoy, ahora, hablemos claro. ¿Qué quieres?

No sé cómo fui capaz de decir todo aquello sin echarme a llorar y a pedir socorro mientras huía. Tenía pánico, tanto que, casi me hago pis.

—¡Carlos! —me gritó Marta.

Don Manuel dejó de lanzarse contra el suelo, se giró, y así pudo colocarse ante Carlos, aunque entendí, por cómo lo observaba, que sabía de sobra que se trataba de mí.

El marido de Ali logró despegarse de la pared y sin titubear consiguió cruzarse en su camino. Y cuando nadie lo esperaba, aquel vecino desagradable nos dejó a todos en *shock*. Cerró el puño, elevó el brazo, y comenzó a girarlo una y otra vez como si de una rueda se tratara, — estaba convencida de que se iba a sacar el hombro del sitio—, en el instante en el que se detuvo, enganchó del cuello al esposo de la vecina e impactó con tal fuerza contra su garganta que consiguió estamparlo contra el techo. Allí se quedó, parecía que flotaba, era como si arriba la gravedad hubiera dejado de existir y el pobre esposo de conveniencia fuera incapaz de bajar al suelo y sin dejar de toser.

—Deja a mi marido —gritaba desesperada Ali. En dos ocasiones hizo el amago de salir de aquel círculo improvisado de sal, pero al escuchar a su marido moribundo decirle que no lo hiciera, se detuvo.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Qué alguien me saque de aquí! —Una voz que provenía del baño nos despistó. El abuelo de Marina quería que lo sacáramos de aquel lugar.

La confusión cada vez era más grande, la chica reaccionó y salió corriendo para rescatar a su abuelo.

—¡Cuánto tiempo! Nunca pensé que me volvería a reunir contigo —me explicaba don Manuel y yo no entendía nada de nada.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de nosotros? —le respondí con un tono muy frío, intentaba ocultar el nerviosismo y el miedo, que no eran poco.

—Busco tu perdón. Necesito que me perdones. Yo nunca lo haré, pero quiero arreglarlo para descansar en paz —el dueño de Pushy, sin bajar en ningún momento el brazo que seguía apuntando hacia el marido de Ali, estaba empeñado en pedirme perdón por algo que ninguno de los allí presentes sabía.

—¡Abuelita, nos vamos! —Marina apareció en escena con la intención de marcharse de allí, pero a don Manuel no debió parecerle buena idea y también la elevó, la dejó levitando bajo el marco de la puerta.

—*No dejes que se marche* —me pidió Carlos.

—Ahora eso no importa —le respondí en voz alta sin apartar mi mirada de la de don Manuel.

—Marina, estás muy guapa y has crecido mucho. —Y ahí fue cuando me emocioné con rabia. No, no podía ser cierto.

—¡Por favor, que alguien saque a este demonio de mi cuerpo! Estáis todos enfermos —bramaba don Manuel mientras se revolvía. El hombre luchaba con ahínco por deshacerse del fantasma que lo había poseído.

En ese momento todo cobró sentido, al menos, para la familia Alcántara y para mí.

En uno de esos giros, al bajar el brazo, provocó que el marido de Ali se precipitara en un golpe seco contra el suelo y perdió el conocimiento. Ali intentó, sin éxito, salir del círculo protector, ya que Leo le recordó que debía permanecer ahí por recomendación de su esposo.

—¿Miguel? —preguntó Marina y al escucharla, sentí un vuelco en el estómago a la vez que se me erizaba la piel. Era imposible, no podía tratarse de él, aunque yo en el fondo lo sabía.

—*Chica lista.* —De nuevo, la voz de don Manuel sonaba diferente.

—¿No tuviste suficiente? No te bastó con acabar con nuestra hija, no, ahora has regresado del más allá para hacernos vivir un infierno, ¿verdad? —le gritó el abuelo de Marina, mientras la señora Herminia lo sujetaba del hombro, pretendía impedir que fuera a por él.

—Os presento al padre del año. Este señor de aquí, bueno, don Manuel, no, pero la voz gutural y perturbadora que estamos escuchando todos, es la de un ser despreciable. De un asesino. Él acabó conmigo. Él me dejó morir —confesé a todos los presentes, que veían a Carlos hablar.

—¡Alma! —gritó Leo—. ¿De qué estás hablando?

Di un paso al frente, sin miedo, me acerqué tanto que la respiración de mi asesino podía atravesarme.

—Tú me llamaste, ahora no sé de qué te sorprendes. Pero gracias, gracias a aquella sesión de *ouija*, aquí estoy y no me iré hasta que haga lo que ha venido a hacer. Vengo a darte la vida que te arrebaté. Fui un imbécil, un inconsciente, un egoísta... No creía que aquello fuera a suceder, nadie piensa que algo como lo que ocurrió aquel día en el lago pudiera pasar.

—¡Calla! Nada de lo que digas servirá, ahora —le eché en cara. Escucharlo me dolía, era como si me estuviera arrancando trocito a trocito el alma.

—¿Cómo puedes pensar que no quería salvarte? ¡Por el amor de Dios! Eras mi hija... Tenía que haberte elegido a ti primero. Yo quería salvaros a todas. Creía que me daría tiempo, pero no pude. ¡Fue un accidente!, ¿nadie puede comprenderlo? No fui capaz de soportarlo y por eso acabé con todo. Dejé a tu hermano solo en el mundo, fui un cobarde, me encerré en mi locura. Todos pensaron que sería fuerte y podría superarlo, pero no lo conseguí, porque yo ya estaba muerto, mi vida terminó el mismo día que la de mi pequeña. Yo la maté, sí. Fui el asesino de mi propia hija y eso jamás podré perdonármelo.

—¡Te he dicho que te calles! No sé a qué has venido aquí. Estaba todo solucionado, todo. Sácala del círculo, ella va a convertirse en mi madre. — Señalé a Ali.

—Eso no ha sido obra mía. Ellos, los que te enviaron aquí, la metieron dentro, la querían proteger de él, al que encerré en el baño para que no hiciera lo que pretendía hacer. La chica puede salir cuando quiera. —Se dirigió hacia el abuelo de Marina. Todo cuadraba—. Pero si lo hace... estará muerta.

—Deja de mentir —le chillé.

—Reconozco que fue un error por mi parte abrir los grifos, de lo contrario, jamás podrían haber llegado a este lado y haber entrado en el interior de ese marido inepto que tiene la chica. Lo siento, pero no quiero que lo hagas como ellos dicen. Tú te mereces tu vida, no empezar de cero con una nueva. Si sigues sus pasos, no recordarás nada, no sabrás nada de tu vida anterior. Y ninguno de ellos te recordarán. ¿Quieres eso? ¡Adara, responde!

Comencé a llorar, la impotencia me pudo. Me negaba a escuchar sus palabras. No, me daba lo mismo que hubiera venido para enmendar sus errores, que no eran otros que haberme dejado morir. Yo quería convertirme en la hija de Leo, estaba decidido. Me giré, ignoré sus palabras y de un salto, aprovechando las enormes piernas y la agilidad del Carlos, me subí en la mesa, cogí impulso y el abuelo de Marina debió pensar lo mismo, —él eligió una silla— y según salíamos volando para caer sobre Ali, los dos rebotamos contra ella. Ninguno podía negar que ansiábamos por encima de todas las cosas aquel óvulo, por lo que entendí que ella estaría embarazada y por eso el Tribunal de Almas la dejó metida allí dentro, solo para protegerla. Nada más rozarla, pude percibir cómo me ardía la cara y el olor a pollo quemado de mi

pelo me alertó de que ninguno de los dos cumpliría su objetivo. El señor comisario se precipitó contra el mueble, donde Leo guardaba los vasos, yo me llevé por delante a Marta.

—Adara, no insistas, olvida ese modo para regresar al mundo de los vivos. No se puede traspasar el círculo de protección, al menos, ninguno de nosotros. Ahí dentro está a salvo. Hazme caso, yo te he conseguido el cuerpo perfecto. Nadie la echará de menos. Es joven y tan solo tiene dos años más de los que tú tenías cuando te fuiste —explicaba, sin apartar su dedo de Sandra, que permanecía inmóvil, como hipnotizada.

—Querrás decir cuando me dejaste morir. Y no, me niego a matar a nadie porque a ti se te haya metido en la cabeza que quieres limpiar tu conciencia, si es que en algún momento tuviste una. ¡Deja de decir tonterías! No quiero saber nada más de ti, de un padre que solo quería aparentar, vete por dónde viniste. ¡Necesito que alguien se deshaga de este ser! —grité al techo con la única esperanza de que el Tribunal de Almas me escuchara y regresara de nuevo.

—¡Marta! —el grito de Leo me alertó.

Por un momento pensé que con el golpe me había transferido en su cuerpo, pero no, Marta permanecía tirada en el suelo del salón, su hijo intentaba reanimarla.

Ignoré a todos y aprovechando la confusión corrí a la cocina, una vez dentro, comencé a abrir todos los armarios, buscaba sal; se me había ocurrido una idea para salvar a mi futura madre.

—Toma. —Dejé a su lado un paquete de sal gorda, de esas que usaba Leo para hacer dorada a la sal—. Ali, no puedes borrar este círculo hasta que hayas creado uno nuevo por el exterior, más grande y que se dirija hacia la puerta. Asegúrate de que siempre esté cerrado, así, estarás protegida. Ve avanzando hasta que logres salir fuera de casa, en la calle estarás a salvo de mi padre. Meteros todos. Él está atrapado en esta casa y por mucho que lo intente no podrá seguirlos.

Fue lo único que se me ocurrió. No podía permitir que ninguno de los allí presentes sufriera la ira de un fantasma indignado que venía a darle el regalo de la vida a su hija, la idea era bonita, «¿pero a qué precio?».

—Tengo miedo —me confesó Ali y yo le sonreí reprimiendo las ganas de abrazarla cuando Marina nos interrumpió.

—No te preocupes, mi abuelo no hará nada. Lo hemos hablado y está decidido. Alma es la única que merece ser vuestra hija. Al fin y al cabo, él lleva tiempo conviviendo con la voz y por edad, no cree que sea justo, más,

cuando todo estaba apalabrado de antes. Ese óvulo tenía dueño. Una dueña a la que quise y lloré mucho. Yo era la que debió morir en el lago. Es justo que nos marchemos. Nosotros nos vamos. Ha sido un placer conoceros. Y siempre estaré en deuda con Leo y Carlos.

—Marina, no te marches. No dejes a Adara —le pidió Carlos que acababa de anularme.

—Lo nuestro no va a funcionar. No podría. Nunca me perdonaré que ella muriera aquel día —le dijo con una sonrisa.

Cuando la familia Alcántara se disponía a salir, corrí hacia la puerta y me fundí en un abrazo con mi amiga.

Que no llegara a recordar nada de mi vida anterior, tan solo el trágico y traumático suceso del lago, no quitaba que supiera que la quise mucho, y estaba convencida de que ese iba a ser nuestro último adiós, necesitaba despedirme. Lo necesitábamos las dos y también Carlos. Fue un momento muy triste y emotivo, para que negarlo.

Escuchar cómo se cerraba la puerta, me partió en dos e intuí que Carlos no me lo perdonaría nunca. Sospechaba que había empezado a sentir algo por Marina y aunque en otro momento me habría hecho sentir mal, supe que era lo mejor para él. Yo todo lo que tocaba lo destruía. Tenía salir de su cuerpo.

—Carlos, no llores. En cuanto consiga transferirme al útero de Ali, corre, ve a por ella. Os merecéis ser felices.

—Calla. No digas nada. No llores por Marina. Había pensado que igual, si ella y yo... Da igual, mejor así.

—¿Hablas en serio? ¿Habrías hecho eso por mí? —pregunté desconcertada. Averiguar que su pena era porque temía perderme, me dolió de una manera inexplicable.

—Volvamos, está claro que tu querido padre no se irá hasta que consiga lo que ha venido a hacer. Hay que sacar a Sandra de casa, me temo que hablaba de ella.

—No, jamás aceptaré que alguien muera para darme una oportunidad a mí. Le haré entender que no es la solución.

—¿Alguien piensa hacerme caso? No comprendo que tengáis a un fantasma en la casa y os lo toméis con tanta naturalidad. Esto es indignante. ¿Qué debo hacer para que alguien me preste la atención que merezco? — Miguel se estaba enfadando por segundos.

Regresamos al salón, Ali continuaba echando sal y poco a poco se alejaba hacia la salida. Le pedí a Leo que se metieran los demás dentro, con

ella. Marta también debía huir y por supuesto, Sandra. Cualquiera que estuviera vivo en aquel lugar corría el riesgo de sufrir la ira de mi padre.

—Decide, Adara. Solo tienes que decirme quién quieres ser. Elige, es sencillo. No te vale la chica, bien. Tú pide, tu padre te dará lo que quieras. Tus deseos serán órdenes para mí.

No pude responderle, pues don Manuel luchaba con todas sus fuerzas para deshacerse de él. Se giró, abrió la ventana y sin saber cómo, saltó.

—¡Nooo! —todos dijimos lo mismo y Carlos y yo nos asomamos con miedo.

Ahí, en el suelo de la terraza, entre las macetas, bocabajo y sin conocimiento, permanecía inmóvil el pobre vecino, y antes de que pudiera salir alguien a rescatarlo, por la puerta que daba acceso a la terraza, una fuerza sobrenatural volvió a meterlo en el salón. Se puso en pie y la voz extraña regresó, lo que confirmaba que Miguel seguía dentro.

Al menos, Ali había conseguido salir de casa junto a los otros, solo estábamos él y yo, que como no pudo ser de otro modo, lo hice valiéndome del cuerpo de Carlos.

Estaba desesperada, ya no sabía qué más hacer, me daba pánico que le sucediera algo a Carlos, eso no lo habría soportado. La situación se estaba alargando más de lo debido, aunque, lo importante ya se había arreglado. Mis futuros padres habían conseguido escapar y ya no se encontraban en peligro. Pero me equivoqué.

Gritos, golpes y llantos.

—*¡Carlos! Hay que salir fuera. Él no podrá venir.*

Y allí dejamos el cuerpo de don Manuel lleno de tierra y de hojas de los geranios contra los que había impactado y alguna que otra brecha que no dejaba de sangrar. Miguel nos gritaba, pero lo ignoramos, ya no podía alcanzarnos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, sin embargo, no hizo falta que me lo dijeran, yo lo sabía.

En el descansillo de la puerta de Leo, junto a la casa de don Manuel, en el mismo lugar que se produjo la primera transferencia, acaba de producirse la peor de todas. El señor Alcántara había impactado en el vientre de Ali. Ya todo había acabado. Ya nada tendría sentido.

Marina lloraba junto a su abuelo sin dejar de preguntarle por qué lo había hecho, le gritaba, le daba puñetazos en la espalda. Su abuela estaba junto al ascensor. La voz debió de engañarlos, y cuando salían a la calle, se lo pensó

mejor y regresó con la única intención de cumplir su objetivo, el de arrebatarme el óvulo, y así, había hecho.

—Adara, lo siento, créeme que lo siento. Yo no sabía nada, pensé que me decía la verdad. Me mintió. Carlos, tenéis que creerme. —Su cara de pánico nos confirmaba que eran ciertas sus palabras, de igual modo, no nos importó. Los dos le pedimos que se marchara, que recogiera a su abuelo de allí y le hicimos saber que para nosotros todo había terminado. Marina había muerto para los dos.

Algo debió removerse en su interior porque dejó abandonado a su abuelo y entró en casa. Vimos cómo se acercó a don Manuel y comenzaron a hablar. Se dirigía a él como Miguel. Lloraba, los dos lo hacían, él le daba las gracias y fue cuando lo comprendimos todo. Entonces, Carlos se volvió loco. Mentimos cuando le dijimos que para nosotros estaba muerta, pedirle que se marchara fue una excusa para perderla de vista y no sufrir más con su presencia, pero en el fondo, los dos queríamos a la chica.

Carlos temía que sacrificara su vida por nada. La teoría era sencilla, sin embargo, no teníamos ninguna certeza de que aquello fuera a hacerse realidad, además, ninguno de los dos queríamos nada malo para Marina, se podría solucionar de otra forma sin que nadie saliera herido o... muerto.

—Marina, no, no lo hagas —le decía Carlos llorando sin cesar.

—Papá, no. Así no. —Pensé que dirigiéndome a él de esa manera, ablandaría su corazón, en el caso de que los fantasmas tuvieran uno, pero me equivoqué.

—Adara, solo necesito que me perdones.

—Te perdono, te perdono, pero no le hagas caso. Está loca, la sacamos de un psiquiátrico, no debes creer nada de lo que diga. No, por favor.

Y fue demasiado tarde, cuando nos quisimos dar cuenta, las manos de don Manuel presionaban con fuerza su garganta. No pudimos impedirselo, nos acabábamos de convertir en una estatua. Mientras ella agonizaba, un tremendo escalofrío nos recorría el cuerpo entero. Justo cuando sentimos una descarga en el estómago, Marina cayó desplomada en el suelo, ante nuestros ojos llenos de lágrimas. En cuanto recuperamos la movilidad, Carlos, tembloroso, se lanzó a su lado y con mucho miedo, acercó los dedos a su cuello, pretendía tomarle el pulso.

—¿Qué has hecho? ¿Por qué? ¡Asesino! —le pregunté sin dejar de darle golpes al suelo.

—Date prisa, Adara. Que su muerte no haya sido en vano. Venga, hija.

Carlos se puso en pie, y sin esperararlo, le metió un puñetazo con toda la rabia contenida. Leo acaba de entrar en casa, y al ver la escena, se quedó paralizado.

—*Pídele que abra los grifos, por favor. Corre* —le gritaba a Carlos, me era imposible tomar el control de su cuerpo. No, me negaba a hacer lo que me pedían.

Necesitaba que el Tribunal de Almas resolviera aquella situación, ellos podrían resucitarla. Aquella chica acababa de dar su vida por mí.

—Carlos, ¿tú la quieres? Hazme caso. Haz todo lo que te diga. No escuches a mi hija. Carlos, mírame. La necesitas y lo sabes.

—*Ni se te ocurra escuchar lo que dice. Está loco, es que no lo ves. Es un fantasma y de los malos. Carlos, vuelve, vuelve.*

Aunque seguía en su interior, no era capaz de hacerme con el control del cuerpo, me habían neutralizado.

Carlos saltó contra Marina, y antes de que perdiéramos el conocimiento, vi cómo caía al vacío.

Capítulo 21

Me desperté pegada a unas palas metálicas. El dolor era insoportable. Mi cuerpo saltaba tras cada impacto, cuando escuché:

—La tenemos, ha vuelto. Intenta estabilizarla. Corre, estamos a punto de llegar.

—¿Dónde está Carlos? Marina... —pregunté sin apenas fuerzas.

—Tranquila, estás en una ambulancia. Vas a ponerte bien. Aguanta —me dijo alguien mientras me colocaba una mascarilla para que pudiera respirar sin tanta dificultad.

Yo intentaba quitármela, necesitaba hablar y con eso era imposible. Pretendía que me dijeran qué había ocurrido. Sentía fuego en el brazo y cuanto más me quemaba, más sueño me entraba. Me dormí.

•••

—Pobrecita, mía, mírala. Se me parte el alma —la señora Herminia se lamentaba de mi estado. Yo solo podía escucharla, pero era incapaz de moverme.

—Bueno, lo importante es que han dicho que se va a recuperar del todo y no le quedarán secuelas. —Ahora podía escuchar al comisario.

Sentí una especie de vacío en el pecho, parecía que alguien se hubiera sentado encima de mis costillas y un par de segundos después, todo mi cuerpo se elevó hacia delante como si me hubiera lanzado una especie de catapulta. Abrí los ojos y comencé a toser.

—Nena, nena. ¡Ay! ¡Gracias a Dios! ¡Avisa el médico! Corre, no te quedes ahí pasmado —Herminia le gritaba a su marido.

—¿Dónde estoy? ¿Y Carlos? ¿Qué ha pasado? —pregunté desconcertada y muy asustada.

—No hables, toma, vuelve a ponerte la mascarilla. ¡Ay, mi niña! —lloraba abrazada a mí pecho, sin dejar de llamarme de esa forma.

No me dio tiempo a preguntar nada más, un doctor entró en la habitación acompañado del esposo de la señora Herminia, sonreían y vi que cogía algo así como un boli negro que tenía luz.

—¡Bienvenida, Marina! Nos has tenido muy preocupados. ¿Cómo te encuentras? —me decía sin dejar de apuntar con aquella luz a uno de mis ojos.

—¿Marina?

—¿Amnesia? —preguntó la abuela de Marina y según mis rápidas deducciones, ahora, la mía.

—No adelantemos acontecimientos, es pronto para pronunciarse. Le haremos unas pruebas, pero las constantes vitales y su estado general son buenos. Ahora necesita descansar. Os dejo unos minutos con ella, aunque os pido que por muchas ganas que tengáis de estar bombardeándola a preguntas, esperéis a mañana, lo mejor que le puede venir es dormir.

—¿Más? ¿No le parece suficiente todo lo que ha dormido? —se quejó aquella señora que se estaba haciendo pasar por mi abuela.

—¿Qué ha pasado? Quiero ver a Carlos.

—¿Quién es? ¿Es un amigo tuyo? —preguntó mi presunto abuelo.

Me quedé mirándolos sin decir nada, tenía miedo de meter la pata. Para ellos, era más que evidente que me veían como a su nieta y por una extraña razón, había estado sin conciencia un tiempo. Me asusté, se me empezó a acelerar el corazón, igual todo había sido un sueño, y siempre fui la nieta de esos señores. Era posible que Alma nunca hubiera existido y todo fue producto de la medicación que me suministraban para que me recuperara. Tal era mi preocupación que el cacharrito, que tenía a mi lado conectado por unos cables, comenzó a pitar. Alguien entró, los echó de aquella habitación y cuando logré calmarme los dejaron entrar de nuevo.

—Si no os importa, quiero descansar, más tarde me contáis —fingí no querer tener compañía, deseaba que se marcharan y me dejaran sola con mis dudas.

—Si necesitas algo, pulsa aquí, en este botoncito rojo y la enfermera vendrá a ver qué necesitas. ¿Vale? —me decía mientras me daba un beso en la mejilla, mi abuelo me dio un apretón en la mano. Les sonreí y vi cómo se iban.

En cuanto me quedé sola me puse en pie, me arranqué los cables y salí corriendo hacia la puerta que tenía a los pies de mi cama, «sería el baño», necesitaba mirarme en un espejo, no sabía qué aspecto tenía.

—Mierda, mierda —me quejé frente a mi reflejo. Mi cara era la de Marina. Mis ojos marrones eran los de ella, en cambio, mi vida era otra. Yo lo recordaba todo, no podía ser producto de mi imaginación.

Quise salir a gritarle al mundo que todos estaban equivocados, pero me contuve. Hacer eso no me habría ayudado.

Mi estancia en el hospital fue horrible, no porque me atendieran mal, todo lo contrario. No me gustaba recibir visitas, quería estar sola. Nadie me entendía, y la impotencia me hacía comportarme mal con todos ellos. Temía tanto que Carlos nunca hubiera existido, que yo jamás hubiera muerto y que estuviera enamorada de un espejismo. Mi mal humor me hacía gritarles y siempre terminaba por echarlos de la habitación. Todo eso hacía que me sintiera fatal, eran buenos conmigo y yo se lo pagaba así. Sabía que los estaba traicionando, sin embargo, de nada hubiera servido decirles lo que en realidad me sucedía; me habrían tomado por loca.

Me trataban como a su nieta, parecía que para ellos jamás hubiera ocurrido nada, aquel psiquiátrico nunca existió y tampoco ninguno de nosotros. Los amnésicos eran ellos, estaba segura, eso era mejor que reconocer que me había inventado todo.

El médico decidió darme el alta, les dijo que allí ya no podían hacer nada más por mí. Mi estado de salud era bueno, si hubiera revelado mis pensamientos en alto, el mental habría confirmado que no deberían haberme enviado a casa, a un hogar que no me correspondía. Ellos mantenían la esperanza de que cuando retomara mi vida diaria todo volvería a la normalidad y ya no diría aquellas tonterías sin sentido.

Los días pasaban y las dudas iban en aumento. Yo solo preguntaba por Carlos, pero parecían no conocerle y a Leo tampoco. Al igual que ellos pensaban que con el tiempo todo se solucionaría, yo estaba igual, creía que tarde o temprano me reconocerían que sí, que los recordaban y que en breve vendrían a por mí.

Me sentía impotente, y cada vez que tenía fuerzas para formular la temida pregunta, me echaba atrás. Estaba cansada de las historias que me contaban «mis abuelos», no me interesaba nada de lo que decían, yo solo quería salir de allí, irme, buscar al único que recordaría mi historia. Carlos no podía fallarme, lloró tanto antes de lanzarse sobre Marina cuando yo todavía estaba en su interior. Tenía que decirle que estaba viva, que era yo y que todo se había solucionado, que lo seguía queriendo, pero no, no me dejaban sola en ningún momento.

No importaba que ya no estuviera ingresada en aquel hospital, en casa todo era peor, además, mi abuela vivía pendiente de mí las veinticuatro horas del día, era terrible. Yo entendía a la mujer, lo habían pasado muy mal, solo me tenían a mí y estuvieron a punto de perderme. Decidí no volver a nombrar a ninguno de mis amigos. No es que me hubiera dado por vencida, era

imposible pensar si estaba todo el tiempo luchando por que me creyeran, temía acabar en aquel psiquiátrico paranormal y que toda la historia se repitiera.

Estaba viva, sí, pero viviendo una pesadilla.

Nadie conocía a las únicas personas que yo recordaba. Todos me llamaban Marina y parecía ser que había tenido un accidente. Me caí a un lago.

Sí, aunque ya estábamos en 2019, aquel accidente acababa de suceder. No fuimos con ningún vecino. Mi madre estaba casada con Miguel, y compartíamos casa con él y sus dos hijos cuando fuimos al lago a celebrar su décimo aniversario de bodas. Tenía que tratarse de un error, era imposible que todo lo hubiera soñado.

Herminia me confesó que mi madre estaba en coma, que Miguel y Adara, su hija, habían fallecido aquel día, justo hacía seis meses, el mismo tiempo que permanecí sin conciencia en el hospital, por lo que no habían perdido la esperanza de que mi madre se recuperara igual que había hecho yo.

Supongo que después de todo el miedo que habían sufrido para contarme la verdad, de lo que ocurrió aquel fatídico día, imaginando que entraría en una depresión o sería capaz de hacer una tontería, les debió de sorprender mi aceptación de los hechos, sin más. Intenté llorar, cosa que no conseguí, pues aunque no me hacía ninguna gracia saber que mi padre y yo habíamos muerto, la realidad era que no sentí nada, yo esto lo viví de otro modo. Estuve un par de días en modo vegetativo, pero mi enfado era más porque nadie me creyera, que porque me hubieran confesado que «mi madre» estaba en coma. Madre a la que no recordaba porque cuando la conocí me llamaba Adara y nunca la recordé durante el tiempo que fui un alma y ni siquiera sabía qué aspecto tenía.

—Abuelita. —Recordé cómo la había llamado Marina en casa de Leo—. ¿Hay alguna foto de Adara en casa?

—Marina, no te martirices, hija, ya nada se puede hacer. Si sufres amnesia es porque tu cuerpo es listo y quiere protegerte. No te hagas daño. Si no los recuerdas, perfecto, eso no significa que no los quieras, tarde o temprano, cuando tu corazón sepa que no te dolerá, te devolverá la memoria y podrás recordarlos. Hay que vivir, hay que celebrar cada día que estamos vivos. Venga, vayamos a dar una vuelta.

Resignada fui a coger mi chaqueta. Sandocán, que era como se llamaba el perrito caniche de la familia, y que era el mismo que se le enganchó en la pierna a Leo, la noche del intento de secuestro a mis ahora abuelos, no dejaba de mirarme. Desde el día que llegué se comportaba de manera muy extraña

conmigo, yo creo que era el único que sabía que yo no era Marina, sin embargo, siempre lo ignoraba, me agaché a ponerle la correa y salimos a dar una vuelta.

Nada más poner el primer pie en la calle, sobre la acera, sentí un escalofrío, del mismo tipo que cuando me desplomé por el supuesto ataque de ansiedad, cuando tuve mi primer recuerdo de mi anterior vida, de la de Adara. Parece ser que aquel día, al pasar por aquel portal debí tener una conexión extrasensorial o como quiera que se llamaran esas cosas. Mi reacción fue de lo más normal para mi abuela. Insistió en que era lógico que me sintiera rara al salir por primera vez a la calle. Si ella hubiera sabido...

—Niña, venga, no te quedes ahí parada, que la gente se queja —me dijo Herminia.

—Perdona, ¿adónde vamos?

—Pues adónde va a ser, al parque. A Sandocán le gusta correr entre los árboles, no querrás que lo pille un coche, ¿verdad?

—No, no, pobrecillo mío.

Fuimos caminando sin parar de hablar, reconozco que le prestaba poca atención, cosa normal, si teníamos en cuenta que era mi primera salida al exterior después de haberme convertido en la que era en aquel momento; dueña y señora de mi propio cuerpo y propietaria de una vida que, me gustara más o menos, era mía. Necesitaba analizarlo todo, fijarme en la gente, los árboles, edificios y coches, a mi abuela la veía a todas horas.

Al entrar en el parque me percaté de la existencia de una fuente. «Agua». Sí, pensaréis que me había vuelto loca, pero si era verdad que yo había sido Alma y que había vivido una mini historia de amor con Carlos y el Tribunal de Almas existía, —recordé que se contactaba por medio del agua, pues cada vez que lo hicieron con alguno de mis amigos, había sido por este medio—, hacer lo que se me ocurrió era una gran oportunidad.

Solté la correa de Sandocán e ignorando los gritos de Herminia, —no me gustaba referirme a ella como mi abuela—, de un salto me metí en el interior de la fuente. La gente me miraba preocupada, más que nada porque estábamos en pleno diciembre y muy normal no era que alguien adulto, porque yo tenía unos veintidós años, se lanzara de cabeza en una fuente pública, y menos, gritando, sin dejar de chapotear, mirando al cielo y reclamando la presencia de un embajador. Que el agua estuviera helada no me importaba.

—Marina, hija, ¿qué te pasa? No me asustes. Sal, sal de ahí —me pedía tirando del bajo de mi chaqueta.

—¡Necesito que alguien del Tribunal me hable! ¡Sé que no estoy loca!

Herminia no consiguió sacarme de dentro, pero sí unos municipales. A la mujer no le quedó otra que confesarles que había estado unos seis meses en coma y que todavía no estaba muy centrada. Regresamos en silencio, yo tiritando.

Al llegar a casa, me pidió que me diera una ducha y me cambiara de ropa, mientras, ella prepararía algo caliente para que entrara en calor. No discutí, pues sabía que en el interior de la ducha volvería a tener la oportunidad de contactar con ellos. Estaba obsesionada.

—Esta niña no se ha quedado bien, me da igual lo que nos dijera el médico. Tú no sabes la que ha liado en el parque. Hasta los municipales la han tenido que sacar de la fuente. Sí, hijo, sí. No la defiendas, no. ¿Tú ves normal que en diciembre?, bueno, ni diciembre ni agosto. No es normal que se meta pegando gritos en la fuente. Me da lo mismo. Deberíamos ir a un psicólogo o algo. Lo de su madre ha debido de afectarle y lo de su hermanastra. La niña no está bien. Te lo digo yo.

Mientras esperaba a que alguien del otro lado me respondiera, pude escuchar, a lo lejos ,que hablaba con alguien, supuse que con mi abuelo. La mujer estaba muy preocupada por mí y sus palabras hicieron que me asustara mucho cuando nombró al psicólogo. No podía permitir que me tomaran por loca, no, yo sabía que no lo estaba o al menos, eso pensaba. Si quería ir a buscar a Carlos y acercarme a casa de Leo, pues era el único lugar que recordaba, tenía que fingir que todo estaba bien y hacerles ver que ya podía salir sola a la calle.

Me costó un par de semanas que confiaran en mí. Cogí a Sandocán y me despedí de Herminia con un «abuelita, voy a sacar al perro, en seguida vuelvo», sin embargo, tuve como una especie de revelación, si conseguía dar con la casa de Leo, dónde narices metería al perro, mejor fingir que me lo había llevado y todos contentos. Lo encerré en el baño, aunque primero me aseguré de darle algo jugoso para comer, porque daría igual que fuera un perro de raza pequeña, con la mala leche que se gastaba, sería capaz de tirar abajo la puerta. Le eché la pata del jamón, que mis abuelos tenían en la encimera de la cocina, y me marché. Solo esperaba que mi abuela lo encontrara antes de que se la terminara, ya que, con total seguridad, el estómago le explotaría.

Caminaba, lo hacía buscando un lugar que me resultara familiar, no sabía el nombre de la calle, pero visualizaba a la perfección la fachada de la casa, y también, el piso. Dos horas después, lo encontré, ante mí tenía el edificio.

Cogí aire y pulsé el timbre de Leo, crucé los dedos con la esperanza de que allí viviera él, y poder confirmar así, que todo había sido real.

No pude evitar que se me descompasara la respiración y acelerasen las pulsaciones, tampoco que me temblaran las piernas y que se me llenaran los ojos de lágrimas por la emoción. Toqué sin pensar, eso sí, no sabía qué iba a decirle, porque claro, si todo había sucedido como dijeron, al haberse implantado el alma que ocupaba el cuerpo del abuelo en el útero de Ali, ni la voz ni ellos recordarían nada, y según se comportaban mis abuelos conmigo, la memoria de todos la habían borrado, todas, menos la mía. Lo mío fue diferente.

—¿Sí? —una mujer respondió por el telefonillo. Parecía Ali.

—¡Hola! Sí, verás, estoy buscando a Leo. ¿Vive aquí? —pregunté sin pensar en lo que dije.

—¿Quién es?

—Me llamo Marina.

—¿Marina? Umm, ¿y qué quiere? Leo, ahora mismo, no está.

—No te preocupes, soy amiga de Marta —fue lo primero que se me ocurrió.

—¡Ah! Sube, un segundo que te abro. No te esperábamos hasta mañana.

Por arte de magia había dicho algo que hizo que me confundiera con otra persona, la puerta se abrió y yo pasé sin problema.

Justo cuando iba a pulsar el botón de la planta de Leo, escuché:

—Espera, no subas. —Se trataba de don Manuel.

—¡Está vivo! —grité emocionada y lo asusté.

—¿Disculpa?

—No, no, disculpe usted. Quería decir que usted vive aquí, ¿no? Me sabía mal subir en el ascensor con un desconocido, que vale, usted y yo no nos conocemos, porque es así, ¿verdad? Me refiero a que usted nunca me ha visto y no sabe cómo me llamo, ¿no es cierto?

—¿Te encuentras bien? ¿A qué piso vas? Dices cosas muy raras.

—Estoy nerviosa, no se preocupe, voy a ver a una amiga muy especial, una a la que hace mucho tiempo que no veo.

—No hace falta que me digas más. Vas a casa de Leo, ese chico tiene algo raro, algún día lo descubriré, pero no te preocupes, que si eres amiga de ellos, ahora lo entiendo todo. Eso debe de ser un fumadero de opio o algo similar... No hay nadie normal.

Vale, todo estaba correcto, este señor seguía siendo el mismo

casarrabias de siempre, haber estado poseído por mi padre no le había afectado lo más mínimo. Y supuse que haber asesinado a la verdadera Marina, por muy poseído que estuviera, no le había traído ningún problema, puesto que nadie lo supo nunca, ya que ese cuerpo lo ocupé yo, y sin cadáver, no hay delito.

Llegamos a la planta, las puertas del ascensor se abrieron y me invitó a salir primero, yo no le quitaba ojo, lo analicé milímetro a milímetro.

—¡Sí! ¡Sí! Tiene cicatrices. ¡Bien!

Lo sé, me dejé llevar por la emoción y parecía que me estaba burlando de su cara con marcas, pero aquello significaba que era cierto que el hombre que me había dado conversación en el ascensor, era el mismo que saltó, sin éxito, al vacío por la ventana de Leo. Esas señales demostraban que las macetas le habían hecho brechas y que yo no estaba loca. Sonreí y toqué a la puerta, detrás estaría Ali esperando la llegada de alguien. Don Manuel abrió la suya y entornó, Pushy se escapó y comenzó a ladrar sin dejar de mover la cola, se me enganchó en la pierna y me lamía por encima del pantalón.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Pushy! —Otra vez me dejé llevar por mis ansias.

—Ven aquí, cuatro pelos. Deja de hacer eso, cochino —le dijo su dueño —. ¿Cómo sabes su nombre?

—Eh... lo pone en la chapita.

Una enorme sonrisa se me instaló en la cara, de oreja a oreja, no era capaz de disimular, además, qué narices, no quería. Empujé la puerta y avisé de mi llegada, la imagen fue impactante. Mi último recuerdo de ese piso, no era el mejor, no hace falta que explique el porqué, pero nunca me hubiera imaginado que me esperaría Ali y que al girarse, pudiera comprobar que lucía un tremendo embarazo. La «voz» del abuelo crecía en *mi* óvulo. Intenté no pensar en ello.

—¡Hola! ¿Me dijiste que te llamabas? —me preguntó a la vez que me daba dos besos y yo no pude evitar olerla.

—Marina, soy Marina.

—Pues, tú dirás.

«¿Yo? A ver qué se supone que venía a hacer».

—¡Enhorabuena por tu embarazo! ¿De cuánto tiempo estás?

—En la recta final, ya sabes, en breve, toda nuestra vida se transformará. Leo está emocionado.

—¿Leo? ¡Ah! Claro, perdona —sonreí con disimulo.

Comenzó a hablarme de él y su voz desprendía puro amor, hablaba de su

pareja con una dulzura que me sorprendía y a ella se le iluminaban los ojos al hacerlo. Sentí rabia de no ser yo el bebé que crecía en su interior, para qué engañarnos, pero también es cierto que si fuera yo no recordaría nada de nada y me daría lo mismo ocho que ochenta.

Me cogió de la mano para arrastrarme hasta lo que sería el cuarto del bebé, también me mostró la habitación de Pepe, qué ganas tenía de ver a aquel niño, si no hubiera sido por su *tirapedos*, jamás los habría conocido.

—¿Crees que sería peligroso poner la cuna aquí?

—¿Peligroso?

—Bueno, ya sabes, los primeros meses *colecharemos*, lo hice con Pepe y no iba a ser diferente con su hermana.

—¿Hermana? ¿Será una niña?

—¿Pero a ti Marta qué te ha contado?

Me estaba perdiendo algo, estaba claro. Intenté disimular, pero se notaba a la legua que era una inepta en aquello que había venido a realizar.

—Perdona, no he dormido apenas y bueno, estoy como desorientada. No te preocupes, hagamos una cosa, será mejor que me cuentes y ya con eso te digo cositas.

Abrió el armario de la futura niña y comenzó a enseñarme trajecitos, su actitud me ponía muy nerviosa. No decía nada que me indicara cuál era mi cometido allí, hasta que cogió un metro y me ofreció un extremo, se acercó al marco de la ventana para preguntarme qué me parecía poner allí el cambiador del bebé. «¡Bien, bien, era la decoradora!».

Me emocioné y comencé a decir una tontería tras otra, estaba claro que de decoración sabía bien poco, pero pensé que tampoco podía ser tan complicado, total, una cuna, un cambiador y cuatro chorradas que adornaran aquel cuartito de cuatro por cuatro, no podía ser tan complicado, además, en cuanto me dieran la dirección de Carlos, me marcharía y ya al día siguiente, cuando llegara la amiga de Marta, echaría por tierra mi inútil diseño. «¡Qué más daba!».

Ellos tendrían la habitación de sus sueños para aquel bebé y yo al amor de mi vida.

Sonó su teléfono y para darle cierta intimidad preferí salirme del dormitorio, no debería haberlo hecho, ya que me moría por saber con quién hablaba.

Entré en el salón, no vi nada extraño que diera a entender que hacía poco allí se había producido una batalla paranormal, por lo que me puse a cotillear las estanterías. Tenían fotos, «qué buena pareja hacían y qué mayor estaba

Pepe». ¡Mierda!, qué pintaba una foto de Sandra en un portarretratos en aquella casa. Sentí un vacío en el estómago, me estremecí al pensar que igual se había convertido en la novia de Carlos, de *mi* Carlos. Me puse nerviosa, no quería trastocar la vida de nadie, porque yo había venido con un propósito bueno, si resultaba ser su pareja, de nuevo, volvería a hacer de las mías y haría daño a alguien, de confirmarse, me marcharía.

—Era mi marido, en seguida vendrá. —Ali me sacó de mis pensamientos.

—¡Genial! Estaba mirando las fotos. Me encanta ver fotos. ¿Tienes algún álbum o algo?

—Yo también soy una fanática de inmortalizar momentos. Toma asiento y ya me cuentas, mientras, voy a preparar algo para merendar, me paso el día como si tuviera un agujero en el estómago. ¿Esto es normal?

—¿Esta de aquí quién es?

Lo sé, soy consciente de que no era normal hacer aquella pregunta, y menos, con ese tono de celosa compulsiva.

—Es Sandra.

—Sí, eso ya lo sé. Me refiero a, ¿por qué narices tienes una foto de esa trastornada en el salón de tu casa?

Gracias a Dios no me escuchó, ella ya estaba en el cocina. Me senté en el sofá para esperarla y mantuve la boca cerrada. Me juré que si me confirmaba que aquella traidora desequilibrada era la novia de Carlos, me iría por dónde había venido y olvidaría para siempre a aquella gente.

—Esta mañana, antes de ir a mirar el carrito de la niña, fui a firmar el papel de la epidural, no por nada, pero bueno, firmar un papel no te obliga a nada, ¿verdad? —me dijo al entrar con una bandeja llena de bollería.

—¡Ah, pues genial!

—¿Estás a favor de la epidural?

—Yo estoy a favor de parir sin dolor. Llámalo epidural o pérdida de conciencia —me reí.

—Me sorprende y alegra a partes iguales.

La expresión de Ali cambió, pensé que igual era por lo que había dicho, pero no tenía sentido, no había sido nada del otro mundo, además, ella había sacado el tema, si fue a firmar una autorización, sería porque estaba de acuerdo, y yo no le llevé la contraria.

—¿Y ya sabéis quiénes serán los padrinos del bebé?

Necesitaba que por algún lado saliera el nombre de Carlos.

—¿Padrinos? Disculpa. —Se puso en pie a la vez que se sujetaba la parte

baja de su enorme y descomunal barriga, y comenzó a gritar.

—¿Qué te sucede? ¿Te encuentras bien? —pregunté con la cara desencajada, casi como la suya, pero yo no tenía dolor, miento. No tenía cuando lo dije, pero en seguida comencé a sentir cómo me clavaba las uñas en el antebrazo.

—¿Qué hago?

—Y yo qué narices sé. ¿Quieres que llame a una ambulancia?

—Marina, esto duele mucho. ¿Crees que ha llegado el momento? Me quedan más de dos semanas.

—Hombre, si asoma la cabeza, pues igual es que sí. ¿Quieres que llame a Carlos?

—¿A Carlos? ¿Qué narices va a hacer él? Llama a Leo, pero por favor, mira a ver si estoy dilatada.

—¿Perdona? ¿Cómo se mira eso?

—No es momento para bromear —me respondió mientras se quitaba las bragas y se tumbaba en el sofá.

—¿Qué pretendes? Hay que llamar a una ambulancia, no estarás insinuando que te mire ahí.

Solo decía tonterías, y no lograba entender qué hacía ahí, en el sofá, bien abierta de piernas.

—¡Mariiinaaa! ¿Respiramos?

—No hace falta que me chilles, estoy a tu lado y tápate, por favor. Sí, claro que tienes que respirar, de lo contrario, explotarás.

Me estaba alterando por momentos, entendía su dolor, siempre había escuchado que parir era doloroso y que las mujeres en esos momentos decían de todo para mitigar el sufrimiento, ¿pero esto?

—¡Joder! Me cago en todo. Esto duele y mucho. Mira, toca, mira lo dura que se ha puesto. ¿Comienzo a controlar las contracciones?

Me puse en pie y empecé a dar vueltas por el salón, la cosa se me había ido, con total seguridad, de las manos. Intuí que la amiga de Marta sería una matrona o algo parecido, porque no era ni medio normal que Ali, por muy desesperada y liberal que fuera, se despelotara delante de una decoradora desconocida y le enseñara todo lo suyo, porque no.

—¿Aviso a don Manuel? Necesito que alguien conocido pueda atenderte.

—¡Ay, ay! Leo, haz el puto favor de venir a casa, estoy de parto. No, no puedo hablar de otro modo. Voy a parir y la asquerosa de tu madre nos ha enviado a una inepta. Esto es la confirmación de que no me quiere. Si vieras a

la *doula* que ha mandado. ¡Ay, ay! —hablaba de nuevo por teléfono con su marido.

Ali acababa de romper aguas. Todo el sofá chorreaba. Me tapé la cara, a ver cómo le explicaba que yo en mi vida había visto un bebé, como para confesarle que no tenía ni idea de partos y tenía toda la pinta de que la sangre me mareaba. Evité vomitarle, no se lo merecía y menos con lo mal que lo estaba pasando. Si yo me quería morir y no sentía nada, no me quise ni imaginar su angustia y corrí hasta el teléfono fijo. Llamé al 112.

—Perdone, sí, disculpe, es una emergencia. Estoy en el salón de casa de una mujer que ha roto aguas. Grita y chilla y temo que si me acerco a ella me arranque el corazón.

—Cálmese.

—No puedo.

—Deme la dirección, pero relájese. No sirve de nada perder los nervios. ¿Cree que serían capaces de llegar al hospital?

—Según se mire, si es acompañados por alguien, la respuesta es sí, pero iríamos con el bebé. No deja de gritar, dice que ya está aquí.

—Mantega la calma. Es sencillo, dígame la dirección y enviaré una ambulancia en cuanto sepa adónde. Si se tranquiliza, le podré contar cómo proceder.

—¡Ay, ay!

—Dígale que respire de manera acompasada. ¿Es la que grita?

—Claro, estamos solas las dos. Si no soy yo la que grita, tendrá que ser ella, además, le dije que estaba de parto. ¿Caliente agua? ¿Cojo toallas?

Conseguí darle el nombre de la calle y el piso, pero no el número porque no lo recordaba y Ali se comportaba como si estuviera poseída, solo esperaba que tuviera un bebé normal y no un demonio, porque nadie lo entendería, sin embargo, recordaba a la perfección que mi abuelo impactó contra su vientre, consiguiendo la transferencia, y a saber qué tipo de alma llevaba dentro.

—Ali, tranquila, me preguntan si notas como si... ¿En serio?

—¿Qué? Por tu padre, llama a Leo, hace dos minutos me ha dicho que estaba cerca.

—Y si llamamos a Carlos.

—¿Qué te ha dado a ti con él? ¿Quieres llamar a Leo?, coño, llámalo. ¿Eres tonta o qué te pasa? ¡Ahh, cómo duele! Por favor, que alguien me lo saque, ya. ¡Ay, Dios mío!, la próxima vez que este me quiera tocar, se la arranco de cuajo.

—Avísame cuando sientas la necesidad de empujar. Me dicen eso.

—Ya, ya mismo. ¡Joder!, a ver por qué te crees que... ¡Hostia puta! Ah, ah, ah, ah. No, no.

Me sorprendía verla en ese estado, además, yo no la recordaba tan mal hablada, pobre chica, por lo que estaría pasando.

—Creo que va a perder el conocimiento —confesé, al otro lado del teléfono, muy preocupada.

—No pierda la calma. Acerque los dedos y dígame si nota la cabeza del bebé.

—Creo que me voy a desmayar —le comuniqué.

Miré con los ojos entornados, me daba pánico comprobar que el bebé llevara cuernecillos, mentira, me daba pánico confirmar que aquello fuera un nacimiento, daba igual a quién fuéramos a recibir. Y por fin lo hice y no es que pudiera tocarle la cabeza, es que la tenía fuera, pelo y cara, sí, ahí estaba la pequeña.

—¿Qué hago? ¿Y si le arranco el cuello?

—Sácala, sin miedo y si me quitas este dolor, te regalo a mi marido.

—La ambulancia estará a punto de llegar. Que empuje, compruebe que el bebé no lleve el cordón alrededor del cuello, de lo demás no se preocupe. Saldrá solo, pero evite que caiga.

Y sin haber podido preguntar a qué se refería cuando dijo que no cayera, ya tenía al bebé entre mis manos y... y comenzó a llorar como si fuera un gato. Se me erizó la piel, aquel cachito de carne me miraba muy atenta para a continuación berrear. Estaba caliente y resbaladiza. Con mucho cuidado la coloqué, como me dijo la persona del 112, en el pecho de Ali. Iba a pedirle que la sujetara con cuidado, pero supe que aquello era innecesario.

—¡Gracias, gracias! —solo decía eso sin dejar de llorar y de besarla.

Seguí las indicaciones de la persona, que a través del teléfono, me seguía dirigiendo. Acababa de ayudar a venir al mundo a la hija de Leo y Ali, a quien se suponía que tenía que odiar por quitarme la oportunidad de haberlo hecho yo. Comencé a llorar y tras cortarle el cordón, escuché unas llaves, y Leo apareció con la cara desencajada en mitad del salón. Se quedó paralizado, por un momento pensé que me había reconocido y se acordaba de Alma y de Marina, pero no, es que todo el sofá estaba lleno de sangre y yo tenía todavía las tijeras del pescado con la mano en alto. No hizo falta que dijera nada, su rostro lo decía todo.

—Esto no es lo que parece. Te juro que no le he hecho nada. Tu-tu mujer

se puso de parto y-y, y yo la he ayudado —justifiqué aquel desastre, antes de que pensara en algo trágico.

—¡Gracias! —Se acercó a besar en los labios a Ali, y a continuación, le dio uno más delicado en la cabeza al bebé, que había cubierto con unas toallas.

—Es que no va a venir la ambulancia nunca —me quejé y justo cuando iba a la cocina a lavarme las manos, Leo me sujetó por el hombro, lo que provocó que, sin dejar de temblar, me girara hacia él. Se abalanzó a mí.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo. Es el mejor regalo de toda mi vida. Mil gracias. ¿Cómo te llamas?

—No, por favor, si lo dices por ponerle mi nombre ni se os ocurra llamarla Marina —respondí mientras me limpiaba la frente con la muñeca, que era la única zona que estaba limpia.

—¡Ah, no! Solo era por darte las gracias y saber quién había sido la heroína.

Me sentí ridícula, me disculpé y me marché al baño, que sabía de sobra dónde se encontraba, me encerré allí y rompí a llorar.

Escuché voces, pero preferí no salir, no quería que nadie me viera tan afectada. Me dolía pensar que aquel bebé me había quitado la oportunidad de ser yo, y para restregarme su poder se burló de mí hasta para nacer.

Los tardones de la ambulancia acababan de llevarse a Ali. Me lavé bien las manos y la cara y antes de poder coger la toalla para secarme, unos golpes en la puerta me sacaron de mi estado de *shock*.

—¿Te encuentras bien? Leo me pidió que viniera. Me dijo que Ali estaba de parto y como llegué tarde, me avisó de que la chica que la había ayudado, seguía en casa.

Mierda, mierda, era él, se trataba de Carlos. Y estábamos solos, bueno, siendo sincera, lo único que esperaba es que no hubiera venido con Sandra, para eso no estaba preparada. No pensaba más que tonterías, estaba bien claro que había idealizado su recuerdo. No tenía lógica sentir que estaba enamorada de un cuerpo, que por mucho tiempo que fuera el mío, era eso, «¿me enamoré de mí misma?».

Resoplé, me sequé la cara con la toalla y sujeté con fuerza el pomo de la puerta, él seguía hablándome al otro lado. Suspiré y abrí. Casi me desmayo, lo recordaba guapo, pero así, tan... ¡Qué bien olía! Sin pensarlo me lancé a sus brazos, me impregné de su aroma, no podía dejar de hacerlo. Lo abracé, apretando fuerte, mucho, y me separaba, lo miraba sin dejar de llorar y volvía

a lanzarme. Supuse que estaría alucinando. Durante unos segundos, guardó silencio sin dejar de analizarme, creía que me había recordado.

—Tranquila, todo salió bien gracias a ti. Vayamos al salón.

—Perdona, de verdad, no suelo hacer estas cosas. Estoy muy confundida. Perdona, me llamo Marina. Disculpa que haya sido tan efusiva, pero era la primera vez que vivía una situación tan... ¡Ay, qué guapo! Perdona, no sé lo que digo. Tengo que marcharme.

Y salí corriendo. Allí, en casa de Leo dejé al hombre de mi vida que me llamaba a gritos.

Capítulo 22

Llegué a casa y claro, a mis abuelos no podía contarles lo que había sucedido, me refiero a confesarles que sospechaba que me llamaba Adara y había ido a comprobar que no estaba loca, necesitaba localizar el cuerpo del hombre del que me enamoré cuando yo era la voz que le martilleaba día y noche en su interior. Que aparecí en la casa de Leo, otro al que volví loco un tiempo, pero me abrió la puerta una chica que iba a ser mi madre, antes de que mi abuelo de ahora, me robara el útero fecundado por Leo la mañana que fuimos al psiquiátrico paranormal a secuestrar al cuerpo que ahora me pertenecía y... Era más que evidente que no podía decir la verdad, sin embargo, debía pensar en otra cosa, ya que mi ropa me delataba, por lo que preferí decirles que acababa de atender mi primer parto, y de ese modo, evitar que pensarán cualquier tontería, como por ejemplo que terminaba de participar en mi primer asesinato. Parecía que me había dedicado toda la tarde a descuartizar a un inocente.

—¡Marina! Nos tenías muy preocupados. El abuelo ha salido a buscarte, no cogías el teléfono. —Mierda, debí dejarlo olvidado en casa de Ali y por eso me gritaba Carlos.

—Perdona, abuelita, pero lo que te voy a contar te va a sonar a locura. Acabo de traer al mundo a un bebé.

Me creyó, o quiso hacerlo. Me ayudó a quitarme la ropa y me marché a la ducha. Dejé caer el agua caliente, y mientras me enjabonaba no podía dejar de pensar en esos ojos y en esos hoyuelos que tanto me gustaban. Sentí un gran vacío, nuestra relación estaba condenada a no ser real desde el día que entré en su interior. Tenía que aceptarlo. Y con todo el dolor de mi corazón, así hice.

Obedecí a mi abuela y comencé a disfrutar y a celebrar cada día como si fuera el último. Salíamos a pasear, íbamos a comer al parque, immortalizábamos cada momento. Decidí hacer fotos de cada instante, quería recordar lo mucho que me querían y lo mucho que me gustaba tener una familia. No hacía falta una pareja para sentirse viva y por qué no, ser feliz. Los días pasaban y ya casi tenía asumido todo.

Y cuando ya creía que tenía superado el desengaño amoroso, sonó el

teléfono de mi abuelo y alguien preguntó por mí.

—¡Niña! Es para ti —me llamó desde el salón.

—¿Sí? Sí, soy yo. Muchas gracias. Lo perdí hace más de un mes. Nada, sin problema, en cuanto pueda pasaré a recogerlo. Si me dices desde que tienda llamas, anoto la dirección. ¡Ah, pues genial! Sí, te doy mis datos y si no es problema, me lo envías por correo, si fuera necesario yo me haré cargo de los portes.

Después de darle mis datos y la dirección, colgué un tanto decepcionada, había esperado encontrarme al otro lado del aparato una voz conocida. Mi abuela me preguntó y le conté que me llamaban desde una tienda de móviles, que les habían dejado allí mi teléfono, alguien lo debió de encontrar en la calle. Supuse que Leo o Ali lo habían llevado allí al ver que me lo dejé olvidado en su casa y al no quedarle batería no tendrían forma de localizarme, y los de la compañía de teléfono consiguieron los datos de mi abuelo. Preferí pensar en eso y no que como no querían volver a verme, lo entregaron a la persona que me había contactado, pero no pude explicarlo, pues esa parte de la historia nunca la conté en casa.

Aquella llamada avivó mis recuerdos, sabía que por mucho tiempo que pasara, nunca me olvidaría de Carlos, y para que mentir, tampoco de Leo y de Ali, imaginaba una y mil veces cómo sería el bebé y cómo le habrían llamado.

En más de una ocasión, tuve la tentación de acercarme a la casa, y como se trataba de aprender a vivir sin ellos, sin martirizarme, y no era nadie para irrumpir en la vida de otros, cada vez que tenía la tentación, me reñía a mí misma y pensaba en otra cosa. Yo por fin tenía la vida que tanto había querido, no la conseguí del mejor modo, sin embargo, gracias al sacrificio que hizo la verdadera Marina, ahora disfrutaba de una nueva oportunidad y mis abuelos al desconocer lo ocurrido no sufrían; o eso esperaba.

Y como me obligaba a ser feliz y hacer feliz a los que me rodeaban, puse toda mi voluntad en obedecer a las palabras de mi abuela. Desde que desperté como Marina, me animaban a relacionarme, a estudiar algo y quise darles el gusto. Tuve la suerte de que su nieta, la de verdad, no conservaba a las amigas de su infancia ni relación con nadie, —cuando sucedió aquello, rompieron con todo— y de ser ella, la que era yo, le tocaría comenzar de cero también.

Escuché la puerta, mi abuelo acababa de llegar, por lo que era el momento perfecto, así se lo comunicaría a los dos a la vez.

Y salí corriendo de mi cuarto para darles la sorpresa, y jamás hubiera imaginado que me la llevaría yo. Frené en seco, pero no fue suficiente y caí a

los pies de Carlos.

—Marina, hija, no seas tan efusiva —mi abuelo me riñó entre risas.

—Perdón. Pensé que eras tú, abuelito.

—¡Hola, Marina! Creo que esto es tuyo, te lo dejaste en casa de Leo.

—Pasa, no te quedes ahí, hijo —la abuela lo invitó a entrar, ignorando lo que acababa de decir aquel muchacho y yo no sabía dónde meterme.

Cuando llamaron por teléfono para pedirme la dirección, y así, enviarme mi móvil, no se trataba de ninguna tienda. Parece ser que, su secretaria llamó a casa, que era él último número que aparecía entre mis llamadas perdidas. Pensó que si me decía quién era y me pedía mis datos, no se los daría y quería volver a verme. Había venido para invitarme a ir al bautizo de la pequeña.

Mi abuela, todo el tiempo, le ofrecía comida, y mi abuelo no dejaba de interrogarlo, yo no era capaz de abrir la boca, perdón, lo que no era capaz era de cerrarla.

—Si quieres, puedo invitarte a cenar.

—Eh...

—Venga, niña, dile que sí. Es muy guapo. Así sales y te despejas. Eres muy joven, tienes que salir y conocer gente.

Y así fue como tuve mi primera cita con el hombre del que me había enamorado cuando estaba en su interior.

Una parte de mí deseaba que me recordara, que dijera mi nombre, el de Alma, aunque hubiera sido una locura, y aquí la única que tenía que mentir para que no la tomaran como tal, no era otra que yo.

No dejaba de hablarme de Leo y de Ali, de Pepe y de la niña, él pensaba que me hacía ilusión, que vale, saber de ellos me hacía feliz, pero yo quería descubrir qué narices pintaba Sandra en sus vidas. Entendí que no sería capaz de buscarme para provocar sentimientos en mí, como por ejemplo, hacerme babear al deleitarme con su presencia si estaba comprometido. No lo tenía por una mala persona, quise creer que su época de rompecorazones infiel había terminado, pero... Todo podía ser.

—¿Y Sandra? —Lo siento, pregunté sin pensar. Mentira, lo hice porque no lo soportaba más.

—¿Sandra? ¿La conoces? ¡Madre mía, el mundo es un pañuelo! —respondió sorprendido y aquello me sentó peor de lo que esperaba. «¿Molesto?».

—Sí.

—Supongo que bien. Hace meses que no la veo, aunque en breve

coincidiremos en el bautizo de Ali. No puedes faltar, Leo me mataría.

—¿Así se llama la hija de Leo? —pregunté ocultando mi tristeza—. Bueno, y ¿por dónde para Sandra?

Me hubiera encantado escuchar que la habían llamado Marina o por qué no, Adara, preferí no darle mayor importancia y seguir indagando sobre el paradero de Sandra.

—Se marcharon a por los papeles de Julio Alfredo.

No me atreví a preguntar quién era ese y no hizo falta, porque Carlos estaba lanzado y me puso al día de todo. No era otro que el marido falso de Ali. Se iba a casar con Sandra y no es necesario que explique por qué solté un «Urra».

—¿Y a qué te dedicas? —dijo sin poder ocultar una sonrisa que marcaba más esos hoyuelitos maravillosos, lo que provocó que me olvidara de la pregunta ridícula que acababa de hacerme.

—A nada, justo cuando apareciste en casa, iba a decirles a mis abuelos que quería empezar un módulo de decoración.

—Eso es genial. Oye, las prácticas las puedes hacer en mi empresa.

Cuando no lo miraba, sabía que me analizaba, me daba vergüenza mirarle a los ojos, igual a él le sucedía lo mismo.

Aún no me había bebido el café con leche, cuando su mano rozó la mía mientras me decía que tenía algo que contarme. «Lo sabía, sabía que se acordaba de mí». Se me aceleró el corazón y me puse tan nerviosa que me derramé el café sobre la camisa.

Al ponerme en pie, y comprobar que las piernas me seguían temblando, temí caerme. Me era imposible ocultar lo nerviosa que me había puesto y para colmo, sabía que mi cara lucía en un rojo incandescente, las mejillas me ardían que daba gusto.

Me disculpé, sin embargo, en lugar de esperarme en la mesa, me acompañó al lavabo para limpiarme. Ahí, nuestras miradas se cruzaron, sentí un nudo en el estómago y los latidos del corazón cada vez eran más potentes, en cualquier momento me podría explotar.

Deseaba oír eso que quería contarme antes de tirarme el café por encima. Crucé los dedos con la esperanza de escucharlo decir que él me recordaba, que a él no le habían *reseteado* la memoria, pero aquello no sucedió, por lo que abrí el grifo y desilusionada, mojé un trozo de papel.

—¿Qué querías decirme? —le pregunté mientras me limpiaba la camisa mirándole a través del espejo.

—Tranquila, hay tiempo —me respondió en un susurro.

Sentí un impulso irrefrenable por lanzarme a su boca, me moría por descubrir a qué sabían sus besos. Inspiré profundo, lo miré con timidez y descarté la posibilidad, pues no debía hacerlo, no lo habría entendido. Él también lo hacía sin dejar de sonreír, lo que hizo que recordara aquella ocasión, cuando todavía era Alma y compartíamos cuerpo. Una de esas veces, de las que no había más remedio que ir juntos al baño, al salir, después de habernos dado una ducha de agua fría —porque lo necesitábamos a todas horas—, en silencio, mientras nos colocábamos la toalla, nos quedamos plantados delante del cristal, y tras pasar la mano y limpiar el vaho, admiramos los dos su reflejo. Recuerdo a la perfección el nerviosismo, la respiración desacompasada y cómo su mano, guiada por mí, subió hasta rozar sus labios sonrosados y carnosos. No apartamos la vista del espejo en ningún momento y cuando la toalla cayó al suelo, Carlos se acercó muy despacio, dejó sus manos apoyadas en el lavabo y comenzó a «besarnos». Entre beso y beso, decía mi nombre. Acabamos pegados contra los azulejos húmedos y empezamos a emocionarnos. Tuvimos nuestra primera relación consciente, aunque no en condiciones.

—Marina, daría lo que fuera por saber qué piensas —me dijo mientras colocaba sus manos sobre mis hombros, desde atrás.

—Créeme que no —respondí a la vez que le guiñaba un ojo sin dejar de mirar al espejo.

Se pasó la mano por el pelo para retirar esos mechones que seguían encantándome y sin esperarlo, aunque me moría por que lo hiciera, me giró hacia él y se lanzó a mi boca.

Rompí a llorar, no fui capaz de contenerme. ¡Madre mía, cómo lloré!

No sé qué pensó de mí, sin embargo, no me preocupaba. Yo no podía dejar de hacerlo, me refiero al beso y a llorar. Temía que en cualquier instante se detendría para preguntarme si sucedía algo, porque muy normal no es que beses por primera vez a alguien y que esta rompa a llorar como si supiera que ese iba a ser el último beso de su vida o porque besara fatal. Para mí era el primero, y claro, para él también. Lo importante era poder hacerlo realidad y fue lo que me emocionó. Y no debió de sorprenderle, pues él también lo hizo.

Unas señoras, que entraban al baño, desde la puerta nos miraron con reservas, ya que el lugar, lejos de ser romántico era el peor que podríamos haber elegido para hacerlo por primera vez, y verme llorar de ese modo, llamaba cuanto menos la atención.

—Con total seguridad me arrepiento de lo que voy a decir —comentó tras separarse de mi boca y colocar su frente contra la mía—. Pero si no lo digo me volveré loco: Alma, te he echado tanto de menos.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? —pregunté separándome todo lo rápido que pude.

Sin responderme, nos fundimos en un abrazo eterno que me permitió volver a sentir los latidos de su corazón, que en esta ocasión, trotaba al ritmo del mío en dos cuerpos diferentes. Nunca pensé que pudiéramos hacerlo realidad.

Salimos de la cafetería cogidos de la mano, yo seguía llorando, no podía parar. Caminamos, y después de una media hora, llegamos a su casa. Una vez allí, me contó que el día que nació la hija de Leo, al verme, pensó que se había vuelto loco. Nunca le contó a nadie nada de lo sucedido, siempre quiso pensar que todo había sido un sueño. Los primeros días lo pasó muy mal, porque me echaba de menos y temía haberse vuelto loco, sin embargo, parecía que era el único que me recordaba. Conforme fueron pasando las semanas, mi recuerdo cada vez era más lejano, pero el sentimiento seguía intacto en él. En un par de ocasiones dijo mi nombre, para comprobar la reacción de los otros, aunque nadie reaccionó de ningún modo. Si su amigo no había mostrado interés y actuó como si nunca hubiera conocido a Alma, por qué pensar que también lo ocultaba. Y el día que me encontró en casa de Ali, sintió el impulso de decírmelo, y algo en su interior le frenó, pensó que yo lo había olvidado todo y no hubiera tenido sentido, en cambio, cuando le pregunté por Sandra, se lo quiso tomar como una señal, pobre... si supiera que tan solo eran celos enfermizos y envidia de la mala.

—Por fin juntos. ¿Te das cuenta? Ha valido la pena. Ahora, lo sé —le confesé.

—Tengo algo que decirte. Te he mentado en una cosilla.

—No me asustes.

—Tranquila. Recuerdas cuándo me has preguntado cómo se llamaba la hija de Leo, ¿no? Te mentí, les pedí que le pusieran Alma y es así como se llama la pequeña.

Y fui feliz. Sí, sonaré pesada, pero hay que entender que de estar muerta, pasar por un auténtico drama para conseguir cuerpo y que nadie me recordara, a poder compartir mi vida con la persona que más había querido desde que regresé, era un regalo. También es cierto que tenía como una especie de amnesia provocada por una muerte prematura y no podría decir si alguna vez

quise del mismo modo a otro, la cuestión es que me sentía inmensamente feliz, y en breve, me reuniría con los demás, porque se iba a celebrar el bautizo de Alma.

•••

Llevaba unos dos meses saliendo con Carlos y todo iba sobre ruedas. Nuestra relación era muy intensa y nos llevábamos genial, nos conocíamos demasiado, no sé si el hecho de haber compartido cuerpo y sensaciones tendría algo que ver.

El día que por fin nos reunimos los cuatro, fue precioso. Ali y yo lloramos emocionadas, ella lo hacía al recordar el día del parto, yo por estar de nuevo con ellos. Era mi sueño hecho realidad.

En casa estaban encantados con nuestra relación. Aunque mi abuelo dijera que no le terminaba de gustar aquel chico para mí y, siempre que tenía oportunidad, me recordaba que apenas nos conocíamos, «si el supiera...», e insistía en que fuéramos despacio, pero en el fondo era todo fachada, sabía que Carlos le parecía bueno para mí. En cambio, mi abuela, cada vez que lo escuchaba decir aquellas cosas, me aconsejaba que no le hiciera caso, que sabía que lo decía para no tener que reconocer que estaba contento y me volvía a recordar que de lo único que me tenía que preocupar era de disfrutar de cada momento. Y que solo el tiempo diría.

Era oficial, nos habíamos convertido en novios. Hacíamos cosas como el resto de parejas que acababan de empezar una relación. Quedábamos con nuestros amigos. De vez en cuando me iba al parque a pasear con Ali y la niña. Ya tenía una rutina, había empezado a ir a clases para sacarme el título de decoradora. La verdad, que todo me iba bien y ya no consideraba que viviera en un cuerpo prestado.

Y llegó el día del bautizo.

Mientras me vestía, Carlos esperaba en el salón de casa de mis abuelos, cuando sonó el teléfono fijo, y al momento, escuché a mi abuela detrás de la puerta:

—Marina, hija, que tu amigo Leo pregunta por Carlos. No entiendo por qué ha llamado a casa. Dice que es urgente y que tenéis que iros antes. No sé que cuenta este hombre, parece que Ali le ha pedido algo para Alma y que tenéis que pasar por casa de la madre a por un tablero esotérico. —Se me cortó la respiración, iba a darme un infarto, lo tenía claro—. No sé, mira a ver qué te dice a ti, porque yo no entiendo ni una sola palabra. Me suena todo a

chino.

Al oír lo que mi abuela me decía, provocó que se me paralizara el corazón. Esas cosas que no te esperan que sucedan, pero que de hacerlo, todo tu mundo se pondría patas arribas, pues a eso me refiero.

No me puse nerviosa ya que era imposible estarlo más, sobre todo porque ya había colgado el teléfono y no quería perder tiempo en volver a llamarle. Que fuera incapaz de atarme la tirilla de los zapatos era desesperante, se me iba el cuerpo de un lado a otro. Mi abuela no colaboraba, no dejaba de preguntarme qué me ocurría. Tan nerviosa me puso que hasta caí sobre la cama, me enfadé, cogí los tacones y salí descalza. Sin subirme la cremallera del vestido, fui a avisar a mi novio que esperaba en el salón, ajeno a todo. Ya me daba todo igual.

—Acaba de llamar Leo, a casa. ¿Y tú móvil? —le pregunté apretando los labios.

—Pero, chica, termina de vestirme. No creo que eso, que tenéis que recoger, sea tan importante que dé igual salir medio desnuda y descalza. Te vas a resfriar, Marina.

Mi abuela pedía a gritos que la mandara a paseo, pobre mujer, no era consciente del dramón que se avecinaba.

—Sí, sí, estoy leyendo sus mensajes, lo tenía en silencio. Venga, Marina, vamos —me dijo ya con la puerta de la calle abierta y la respiración agitada.

—Otro que tal —se quejó Herminia, de nuevo.

—No puedo ir más rápido. ¿Qué ha pasado? —pregunté cerrando sin despedirme de mis abuelos.

Parecía que huyésemos de algo, Carlos insistía que no nos quedaba tiempo, tan preocupado lo vi que no quise perder tiempo y me coloqué los zapatos una vez subida en el coche. Las pulsaciones descontroladas y aceleradas. La temperatura se me había elevado hasta el punto que comencé a notar un calor insoportable por todo el cuerpo, me ardían las orejas, me sobraba la ropa.

Carlos me pidió que revisara de nuevo su teléfono, por si en los mensajes se nos había pasado por alto algo, sin embargo, lo único que le decía es que había que recoger la *ouija* de casa de Marta y que fuéramos después a su casa, más o menos, lo mismo que me había dicho mi abuela.

Nos fue imposible localizar a Marta en su casa, allí no había nadie y eso nos puso más nerviosos. Mientras intentaba avisar a Leo para decirle que no teníamos lo que nos había pedido, Carlos iba a gran velocidad, y logró cruzar

la ciudad para llegar a casa de Leo en menos de media hora. Aparcó casi derrapando, llega a ser descapotable y salgo volando del impacto. Entramos en el portal y como no podía haber sido de otro modo, allí, junto a los buzones se encontraba don Manuel, parecía que ese hombre nos espiaba, siempre tenía que estar cerca. Menos mal que no recordaba nada del pasado, o al menos, no daba muestras que hiciera pensar lo contrario.

—¡Leo! —Carlos entró en el piso sin dejar de gritar y yo, detrás, intentando no caerme y partirme un tobillo.

—¡Buenos días! —el saludo de una señora, calva por el centro de su cabeza, vestida de sevillana, nos sorprendió nada más pasar al salón.

—¡Buenos días! —atónitos respondimos los dos a la vez, sin poder dejar de mirarla, pues no esperábamos encontrarnos a alguien con ese aspecto.

—Un segundito. Venid —Ali se disculpó con la folklórica y nos pidió que la siguiéramos hasta su dormitorio.

—¿La habéis traído? Tío, mira a ver si tú entiendes algo. Creo que esa especie de Juan Tamariz tuneado, está loca. Abrió Ali, como siempre, sin asegurarse de conocer al que llama. ¡Qué manía tiene esta mujer! —se quejó Leo.

—A mí no me echas la culpa. Dijo mi nombre, que más pruebas quieres para confirmar que me conoce. Chico, parece que te moleste todo lo que hago —le echó en cara ella.

—A ver, perdonad. Me podéis contar todo desde el principio, porque no entiendo nada —añadí yo.

—No, si aquí nadie entiende nada. Dime tú qué lógica tiene plantarte en casa de alguien, disfrazada y con un mísero «hola», soltar a bocajarro: «¿dónde está la *ouija*?».

—¿Estás seguro que pidió eso?

—¡Joder, Marina! O-u-i-j-a, ahí no hay confusión. Si hubiera pedido la tabla, pues me quedarían esperanzas de que estuviera pidiendo la de planchar —me explicó Leo.

—¡Claro! O la de surf, no te fastidia —soltó de manera natural Carlos.

—Sí, claro. Tiene lógica que una desconocida toque a tu timbre preguntando si tienes una tabla, pues está preocupada porque sus volantes tienen arrugas, eso es más lógico —le respondí con ironía.

—No he dicho que tuviera lógica, solo dije que me hubiera llevado a confusión qué tipo de tabla pedía —aclaró Leo.

—¡Anda! Dejad de bromear —nos riñó su mujer.

—Parad, ya, siempre estáis igual, da lo mismo, es raro que una desconocida pida eso. No hay más —explicó Carlos, intentando disimular.

—No, no te confundas, es raro que lo pidiera cualquiera —prosiguió Leo.

—¡Qué vale! Parecemos cuatro locos. —Ali cortó la conversación.

Me disculpé con ellos para salirme al pasillo con Carlos, estaba claro que esa mujer sería la médium que dejamos tirada para resolver el desaguisado del piso de Leo. A ver cómo salíamos de esta.

Al escucharme, Carlos comenzó a pasarse las manos por la cara y a resoplar. Daba pasitos cortos de un lado a otro sin llegar a la entrada del salón y la miraba de reojo, desde lejos.

—Para. Vamos a ver cómo lo resolvemos. Yo creo que será mejor decirle que se ha confundido.

—Y que nos eche una maldición. ¿La has visto?

—Sí, la he visto, no estoy ciega. ¡Carlos, por Dios! —Le cogí de la muñeca y volvimos al dormitorio.

Necesitaba escuchar de nuevo, punto por punto, lo que les había dicho, a parte de pedirles una *ouija*.

Ali mientras le daba el pecho a Alma, con una tranquilidad que me dio qué pensar que algo sabía. Nos contó que aquella señora llegó a casa y después de pedir el tablero, preguntó por mí, bueno, miento, por la niña, ya que para ellos era la única con ese nombre. Decía que de primeras se asustó, pero claro, recordó que de niña, en su pueblo había una señora muy parecida a esa, y por su aspecto, me lo tenía que creer, pues alguien así no se podía borrar de la mente, y dio por hecho, que al haberse enterado del bautizo de la pequeña Alma, quiso presentarse en su casa, ya que allí se tenía por costumbre poner en la cuna del bebé una ramita de romero y una cinta roja bendecida por la curandera del pueblo. Vamos, que a ella le pareciera todo esto normal me preocupaba bastante, al final iba a resultar que la desequilibrada de verdad, todo el tiempo, había sido ella y nos había engañado a todos. Leo y Carlos la escuchaban y no daban crédito, más bien, su marido, pues Carlos sabía a ciencia cierta que el más allá existía y recordaría nuestro intento frustrado de viajar a Fuengirola.

—Pero, cariño, con la prisa que llevamos, ¿te parece normal que nos marquemos una *ouija* antes de ir a la iglesia a bautizar a la niña? Cómo se entere mi madre, verás.

—Yo paso. Que se marche, y si consideráis oportuno, que te dé la hierba

esa y nos vamos. Yo es que la echaría de casa, en serio. Para qué darle bola —comentó mi chico.

—No, a ver si luego le echa un mal de ojo a Alma y se le cae el pelo como a ella.

Seguíamos discutiendo cuando unos golpes, en la puerta del dormitorio, nos sobresaltaron.

—¿Se puede? Mirad a ver, porque tanta prisa que teníais y ahora ahí, todos cuchicheando mientras Catalina da la teta —se quejó la bruja.

—¿Catalina? —pregunté sorprendida. Jamás me lo hubiera imaginado.

—Ya vamos. Perdona, ¿te llamabas? —pregunté con la única intención de ganar tiempo.

—Maliko Beluga Esteban.

Descubrir el verdadero nombre de tu amiga podría ser una sorpresa, pero solo eso. Qué más daba Catalina que Alicia... Sin embargo, oír de nuevo el nombre de la sevillana sin pelo, daba más miedo que su aspecto. Aunque lo supiera de cuando era un alma, escucharlo por boca de ella me estremeció más que la primera vez que me lo dijeron.

—Enseguida vamos, de verdad. —Conseguí que saliera del cuarto—. Tenemos un verdadero problema. Tu madre no estaba en casa, así que, no hay tablero. ¿Qué hacemos?

—Vamos a dejarnos de tonterías, por favor. Qué tengamos que estar acojonados y escondidos en mi dormitorio porque una loca se haya presentado en mi casa para hacer una sesión de espiritismo, el día del bautizo de mi hija, manda huevos. Que no, que salgo y la echo. Que se vaya por dónde ha venido. Esto es una locura —Leo se mosqueó.

Decidimos salir al salón, no sin antes dejar a Alma en la cuna y asegurarnos de haber cerrado la puerta.

—Pues, verá, no hemos sido capaces de encontrar una *ouija*. Ya ve usted, ¡qué cosas! —le explicaba Leo—. Así, que hoy no va a poder ser. Cuanto lo siento...

—Sentaos y dejaos de tonterías. No pasa nada, empezaré con las cartas.

Cuando ya estábamos todos sentados alrededor de la mesa del comedor, mientras Maliko Beluga extendía una tela de terciopelo roja, me disculpé, —aquella mujer me daba pánico, era mirarla y sentir cómo todo mi cuerpo se estremecía—, les dije que tenía que ir a por un vaso de agua, había tenido una especie de *dejavú* y me entró frío; si no lo hacía no iba a tener la cabeza donde debía. Corrí a la cocina, como en mi último recuerdo en esa casa era

espantoso y aunque ahora nadie flotaba en el ambiente ni hubiera un señor estirándose de la ropa, la cara, el pelo y las orejas, pidiendo que alguien le arrancara al fantasma que le obligaba a hacer cosas malas, no quise dejar nada al azar y me preocupaba que ocurriera algo raro. Si todo comenzó con una sesión de *ouija*, quién me decía que eso no iba a pasar a continuación —igual éramos los personajes de una película de miedo y estaban rodando *Saw XX*—. Una vez en la cocina, rebusqué por los armarios, no paré hasta que encontré un paquete de sal. Como aquel día, corrí, aunque esa vez hasta donde dormía Alma, y comencé a dibujar un círculo en el suelo, alrededor de la cuna. Cuando comprobé que estaba cerrado, entorné la puerta y me senté junto a mis amigos.

—Adelante —dije a la vez que resoplaba.

—Una cosita, qué tiene que ver que en el pueblo le den la rama esa a los recién nacidos con una sesión de espiritismo. Llamadme loco, pero no lo comprendo —se quejó Leo, con toda la razón.

—Silencio. Necesito colocar bien las cartas. Catalina, cuando me telefoneó, parecía ansiosa con contactar con el más allá. Algo le preocupaba y bueno, como no vinisteis a la cita, esa os la cobro, más desplazamiento, por supuesto, y lo que tardemos, también. Solo cobro en efectivo —dijo sin apartar la vista de la mesa.

Ali y Leo se miraron sin entender, si era cierto que con la transferencia sus memorias se habían borrado, esto tampoco deberían recordarlo. Me apresuré a responder, no quería dejar nada más al azar, sobre todo con los antecedentes que tenía «nuestra» familia con las cosillas paranormales.

—Bueno, no se preocupe, casi mejor que nos eche las cartas así por encima y poco más, total, mírenos, rebosamos amor. Esto es más que evidente. Nada, supongo que serían los nervios de una pareja con miles de dudas y... Venga, venga que hay prisa, tenemos que bautizar a la niña y luego nos esperan en el restaurante.

Me miró raro, solo esperaba que aquello no fuera lo que llamaban de manera coloquial: «mal de ojo», que ahora yo era casi normal y mi suerte había cambiado. Ella continuó con su cometido, que no era otro que echarnos las cartas.

—La *ouija* la dejaremos *pa* después —añadió y los cuatro, embargados por el desconcierto y el miedo agarrado al cuerpo, nos mantuvimos en silencio—. Niña, corta.

Después de que Ali tocara el taco de la baraja, Maliko cerró los ojos,

inspiró y comenzó a echarnos las cartas. Decía cosas, todas para dentro, ninguno era capaz de descifrar sus palabras, y poco a poco fue colocando filas de cartas. De vez en cuando se le escapaba un «interesante» y siguió colocando boca arriba las que le quedaban en su mano.

El móvil de Leo sonaba sin parar, pero al ir a descolgar, la bruja le metió un chillido que nos hizo saltar a todos en las sillas. Le exigió que no respondiera y que lo silenciara. Estaba leyendo el futuro y aquello era serio.

—Bien, por lo que veo aquí, os, os. —Tosió al sacar las dos últimas—. Veo que teníais razón, os queréis, os amáis. Y... nada, que sí, que os va a ir genial. Listo, se acabó, yo me tengo que marchar. No es necesario que me paguéis, esta tirada corre por cuenta de la casa. Me doy por servida. Venga, guapos, venga, que hay prisa. Ha sido un placer y no me llaméis nunca más.

Los pelos de punta, pero todos, toditos. Leo se puso en pie, Ali intentó sonsacarle a qué se estaba refiriendo y Carlos y yo nos miramos con miedo, algo debía haber visto ahí, en sus cartas, que no se atrevía a desvelarnos.

—Señora, ¿ya? Se presenta así, en nuestra casa, sin avisar. Se nos ha hecho tarde para ir al bautizo de nuestra hija. Nos convence de una locura y se va tan pancha dejándonos a medias. ¿Pero esto qué es? Será una broma, ¿no? Al menos, déjenos el romero —se quejó Leo.

—Nada, pensad los que os dé la real gana. —Se puso en pie y al ir a colocarse las castañuelas en la cinturilla, Ali la sujetó del brazo.

Un silencio sepulcral se apoderó del salón, yo sentí frío, y afirmo, sin miedo a equivocarme, que al resto le sucedió lo mismo.

—Yo es que me quedo con una sensación extraña. No sé si a vosotros os pasa igual —nos comentó con un hilo de voz, casi agonizante—. No sé si será madre, pero me preocupa que haya visto algo y no se atreva a contarlo. ¿La niña estará bien? Y mi otro hijo, ¿a Pepe lo ha visto?

Leo intentaba convencerla de que todo era una locura y que la dejara marchar.

—Ali, cariño, coge a la niña y ve saliendo, nosotros, en cuanto solucionemos esto, iremos hacia la iglesia. Te quiero —le pidió Leo.

—No entiendo nada, de verdad. Como no lleguéis a tiempo a la misa, necesitarás cuatro vidas para que te perdone. Y a ti. —Miró a Carlos—. A ti no te lo perdonaré jamás.

Según salía por la puerta, escuchamos cómo llamaba por teléfono a su hermana para avisarle que iba a pasar por su casa a recoger a Pepe, le puso como excusa que a su marido se le habían olvidado los detalles del bautizo y

si salían ellas antes, no llegarían tan tarde. No se había despedido de su hermana, cuando apareció Marta. Su manía por seguir luciendo sombreritos no había desaparecido, en esta ocasión, parecía que había disecado a un pavo real en una visera. ¡Cómo se notaba que iba al bautizo de su nieta!

—¡Qué nadie se mueva del salón!

—Alma, cariño, saluda a la abuela. Perdona, Marta, pero me espera mi hermana.

Mientras veíamos cómo se iba la madre con la criatura, obedecemos a la indignada, cualquiera le llevaba la contraria. Tenía unos sobres en la mano, y parecía estar muy enfadada.

—Marta, por favor, la señora ya se marchaba, es una vecina del pueblo de la familia de Ali, vino a traernos un regalito y ya se iba.

Las dos se quedaron paralizadas. No puedo decir qué pensé, pues tenía la sensación de que se me había secado el cerebro. Maliko rompió a llorar.

Después de beberse tres tilas, nos explicó, muy asustada, que al echar las cartas había podido comprobar que yo ya había estado muerta, y claro, decirlo así a las bravas, me impresionó hasta a mí. Intentamos disimular, pero ella seguía diciendo que sabía que uno de aquella casa estuvo muerto. Le aclaré que había estado en coma un tiempo, sin embargo, ella sabía que no se trataba de eso, pues era cierto que veía el futuro y como consecuencia, entiendo que, también el pasado. Insistió que aunque no era una farsante, descubrir aquello, le asustó y no quería tener problemas con el más allá, por lo que aceptó mi versión.

Y cuando parecía que habíamos conseguido engañar a los demás, sacó Marta los papeles del interior de los sobres.

—¿Me podéis explicar esto? ¿Cuándo me habéis drogado y secuestrado? Porque está bien claro que yo jamás he estado en Granada. Leo, que con una hija hagas estas tonterías. Yo es que no sé qué hicimos mal tu padre que en Gloria esté y yo.

—¿Cómo dices, Marta? —preguntó él, boquiabierto.

—No te hagas ahora el tonto. Que tú también sales retratado ahí. Y no vale que me digas que a ti también te drogaron, aunque al menos, no ibas al volante, porque drogado no se conduce. ¿Pero con qué motivo? ¡Si sale hasta Ali!

—Coño, si también estoy yo —dijo Carlos intentando disimular.

Sí, el radar de la autopista nos había hecho una preciosa, estupenda y maravillosa foto de familia, solo faltaba mi imagen, pues yo viajaba en el

interior del cuerpo de Leo.

—Y espera, que hay más, hijo mío. Ahora, no solo me llegan las de mi coche, es que encima las multas del desgraciado de Carlos también las he recibido. Que yo lo tenía por un chaval normal, pues a mi casa que me las mandan.

—Marta, deja que te explique —dijo él y yo no sabía qué iba a decir.

—Nada, no me expliques nada, tenemos que marcharnos al bautizo de mi nieta, que esa, por ahora, es la única normal e inocente de esta familia de locos —respondió a la vez que se daba aire con la mano.

Carlos seguía insistiendo en que nadie la había secuestrado, que todo eso tenía una explicación, solo necesitaba tiempo y tranquilidad para contarlo. Mientras, Leo muy nervioso y sin parar de pasarse la mano por la nuca, revisaba la multa de arriba abajo, sin entender nada.

Marta le empezó a echar en cara una y mil cosas. Lo llamaba mentiroso, lo medio abofeteaba con el sobre. Me cansé y en un intento de intervenir, me fue imposible, pues la señora se había venido arriba y siguió con los trapos sucios del pasado.

Si averiguar que Carlos me recordaba fue genial, lo que reveló Marta, hizo que me viniera abajo.

—Yo que siempre te ha tratado como a un hijo. Que me desviví por ti cuando lo de tu depresión profunda. No, no me mires así ni me hagas señas con los ojos —le decía a Carlos muy indignada—. Es que se te ha olvidado lo mal que lo pasaste cuando la chica esa te dejó y no aparecía por ningún lado. ¿Eh? Lo que lloramos cuando averiguamos que había muerto, ¿eso ya no importa? Yo que te abrí las puertas de mi casa cuando nadie daba un duro por ti. Ya no puedo más, no, no, lo siento, me he cansado. Ahora vais los dos de la manita y solucionáis esto.

—¿Cómo? —me había perdido algo que los demás sabían.

Comencé a verlo todo borroso, sentía la boca pastosa y un pequeño dolor en las sienes me presionaba la cabeza. Antes de que todo empezara a darme vueltas, Carlos me cogió de la mano y me rogó que me sentara en el sofá, a continuación, se giró y le pidió lo mismo a los demás. Una vez que todos estuvimos sentados, comenzó a hablar:

—¿Recuerdas aquel día, cuando estábamos en el campo de olivos de Granada? —Con los ojos empañados en lágrimas afirmé con la cabeza sin romper mi silencio.

—¿Pero de qué hablas? ¿No la conociste hace dos meses, el día que

nació Alma? —preguntó Leo.

—Dejadme que continúe.

Yo creía que me iba a dar un infarto.

—A mí decidme cuándo me habéis secuestrado y que quede claro que yo las multas no las pago —se quejó Marta.

—¿Puedes ir con la niña? Ali estará desesperada en la Iglesia — interrumpió Leo.

—No, que no se vaya nadie. Necesito que esto lo escuchéis todos. Tengo una teoría.

Y así fue.

Carlos me explicó que aquel día, en el campo de olivos, cuando me contó la historia de su novia Mariana y me confesó que me ponía su cara y su voz, era porque él tenía esperanzas de que fuera yo. Pensó que había regresado para estar de nuevo juntos; tantas veces lo había deseado, que cuando ya lo había superado, encontrarse conmigo dentro de su cabeza sería la confirmación. Averiguar que yo existía, le alegró y de ahí sus ansias por colaborar, por ayudarme e intentar descubrir cómo había muerto y quién fui en mi vida pasada. La historia que me contó aquel día era cierta, él la dejó porque ella lo había engañado y ella enfadada desapareció, y al tiempo, confirmó que tuvo un accidente y murió. Él nunca pudo olvidarla hasta que me conoció a mí. Decirlo en voz alta hubiera sido volver a revivirlo y estaba seguro de que yo le habría pedido ir a su tumba; no sé qué le hacía pensar aquello...

Y prosiguió con sus confesiones y entonces, soltó la bomba:

—La bruja tenía razón —dijo sin aparta la vista de mí y yo tragué saliva.

—Médium, preferiría que me dijeras eso, suena como más profesional — se quejó la señora Beluga, que seguía muy atenta la historia que Carlos contaba, sin dejar de pasarse un pañuelo de papel por la nariz.

—No entiendo —añadió Leo.

—Toda esta patraña para no reconocer que me habéis secuestrado — apuntó Marta sin dejar de agitar los papeles de la multa con nuestra foto.

—Bueno... lo intentamos —aclaré.

Y según avanzaba Carlos, Leo comenzó a recordar y a gritar un «¡no me jodas!», sin dejar de mirarme. Y la teoría de mi novio sobre el «recuerdo», se confirmó.

No sabemos bien cómo se produjo, pero todos los de aquella sala recuperaron la memoria. Ali nunca supo quién era yo en realidad y mis

abuelos tampoco; preferimos no decírselo.

A día de hoy, la pequeña Alma va creciendo y parece normal, me refiero a que nunca hemos visto que pueda mover objetos con las manos ni la vista y tampoco escupe rayos. Por ese lado hemos descansado, aunque los chicos dicen que la única que temía esto era yo. Y Marta, siempre que piensa que no la miro, me analiza, yo creo que busca algo en mí para demostrar que mentimos, la señora no se lo termina de creer, aunque recuerda la época en la que creyó que su hijo había perdido el juicio.

Maliko Beluga Esteban no ha vuelto a salir de su pueblo, mi historia le hizo replantearse muchas cosas en la vida, y hoy en día, se dedica a echar las cartas de madrugada desde TeleFuengirola.

Y los del Tribunal de Almas solo contactaron una vez más conmigo, desde la pila bautismal, fue un gran susto, no la lie como acostumbraba a hacer, solo los pude escuchar yo. Me explicaron que era la primera vez que habían hecho aquello. Que nosotros fuimos los únicos que recordábamos todo. Nunca antes habían contado a ninguna persona relacionada con las almas el camino para recuperar un cuerpo, pero al haberme saltado todas las reglas conocidas y haber mantenido una relación con ellos, creyeron que era conveniente que supieran que era yo, algo así como una muestra de agradecimiento, y porque Carlos y yo lo recordábamos todo. De haberme llevado al limbo para encerrarme en un bote de PVC no habría sido la solución, temían que volviera a ponerles en un aprieto a los del otro lado cuando hubiera pedido regresar, les hubiera resultado una pesadilla. Solo el hecho de pensar que en algún momento me habrían vuelto a enviar y se repitiera toda la historia, no tenían ninguna gana de sufrir por mi mala cabeza. Insistieron en que no me preocupara por ocupar el cuerpo de la verdadera Marina, pues solo pude hacer la transferencia desde el cuerpo de Carlos porque le había llegado la hora y de no haber sido Miguel, habría sido un coche al salir del edificio con sus abuelos.

Me aconsejaron que disfrutara de la nueva oportunidad que me daba la vida, que fuera feliz, que me dejara llevar y que no le contara nada a nadie más y evitáramos recordar momentos, por muy «graciosos» que fueran; aquello me hizo visualizar cuando yo era Leo y... bueno, no creo que haga falta que lo explique.

Que podíamos estar tranquila con nuestros cuerpos, —mi mayor miedo era que de nuevo las voces aparecieran en cualquier momento en alguno de nosotros—, pues las normas en cuanto a la liberación de alma nuevas, habían

sido modificada y ya no se procedía del mismo modo. No me dijeron cómo lo haría a partir de ese momento, y tampoco quise preguntarles.

Creo que en el fondo no les caía tan mal, pues gracias a mi actuación estelar, conseguimos destapar una red de tráfico de almas. Todo se gestaba allí, en aquel psiquiátrico paranormal.

Por lo visto, en el otro lado había un topo, un infiltrado, al que ya habían neutralizado, que seleccionaba las almas que habían muerto en extrañas circunstancias y se comunicaba con sus familiares en nuestro mundo. Les explicaban que podrían regresar, sin embargo, lo harían en otro cuerpo. Si aceptaban, tras pagar un cantidad importante de dinero, buscarían a la persona adecuada, bien volviéndola loca o como habían hecho con Sandra. El objetivo era dejarlas en la clínica a la espera de subastar su cuerpo a la familia de otra alma. Y así es cómo robaban los cuerpos. A Sandra y a Marina las tenían a la espera de encontrar al mejor postor.

Como me conocían, me tranquilizaron al aclararme que no debía preocuparme por la pequeña Alma, pues una vez se alcanza el óvulo, a parte de borrarse la memoria, el ánima se convierte en pura y empieza de cero. Por lo que no había que presagiar que la niña de Ali y Leo se convertiría en alguien malo.

Y aunque siempre quise saber más de mi vida anterior, me explicaron que iba a ser inviable, pues no recordaría nada de la anterior, y que diera gracias que no fueron capaces de anular el recuerdo de mi llegada aquel Black Friday.

Y esta es mi historia, la de cómo me convertí en Marina Alcántara y de cómo di con mi alma gemela, que no era otro que Carlos Mendoza.